This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LIBRERIA RIVADAVIA
DE
G MENDESKY É HIJO
359-CALLE FLORIDA-359
BUENOS AIRES

SA
F258

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

10

TRADICIONES

DE

BUENOS AIRES

P. OBLIGADO

TRADICIONES

DE

BUENOS AIRES

(CUARTA SÉRIE)

CON UN PRÓLOGO DE

RICARDO PALMA

BUENOS AIRES

IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN, CHACABUCO 664 AL 670

1898

SA 5258.2.5
✓

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
Dec. 11, 1920

La Maldonado salvada por la Leona

(Tradición del año 1538)

ÍNDICE DE LA 4ª SÉRIE

Prólogo, de Don Ricardo Palma VII
Hospital fundado por un loro 1
Sueño realizado 7
La tradición de La Merced 13
Si sería bueno? Si sería malo? 21
La calumnia mata 29
Raro caso de amor filial 35
El primer tapiz 43
Qué buen amigo! 51
El Coronel Fray Luis 59
La conciencia acusa 65
El estudiante de Catamarca 73
La tradición de Chacabuco 85
San Fernando de Buena Vista 91
"Fraile y Coronel
Líbrenos Dios de él" 99
El abrazo de Maipú 107
Las apariencias acusan 117
Argentinos en Trafalgar 127
Lomas de Zamora 133
El primer cañonazo 139
Se los robó á la muerte! 145
Telepatía 153
El Gobernador del Chaco 159
Fieras humanas 165
Pobre en España, rico en Buenos Aires 175
La tradición de la Yerba 185
Ecos de ultra-tumba 193
Mucho por nada 199

ESTRANGERAS

El Señor de la sandalia 207
En busca de un Gómez 217
Cuento dentro de una campana 229
Arrepentida 237
¡Aquí fué Troya! 249

APÉNDICE

Nota. — (Antiguas familias) 259

CARTA - PRÓLOGO

A MI AMIGO EL DOCTOR DON PASTOR S. OBLIGADO.

Yá ha llovido, y récio mi querido Don Pastor, desde la época en que amigablemente departiamos en Lima, y que yó barruntaba en Vd. algo así como tendencia á dejarse soliviantar por el demonio de la Tradición, demonio que yá de mi se había adueñado, y que me hacía dar ripio á la mano, borroneando cuartillas de papel.

Eso de comer pan de trastrigo, ó de meterse uno donde no lo llaman ni han menester, por sólo el gusto de averiguar vidas y cosas de difuntos, es vicio á que todos los humanos pagamos *obligado* tributo y del que, por más enaltecer su apellido, se ha hecho usted reo convicto y confeso, dando á la estampa los tres volúmenes de Tradiciones que al alcance de mis ojos, tengo hoy sobre mi mesa de trabajo.

Aunque en materia de bella literatura me he llamado al goce de jubilación, y en esto de *tradicionar* (páseme el verbo) soy yá como el herrero aquel á quien machacando se le olvidó el oficio, los libros de Vd. han conseguido que se me suba San Telmo á la gavia, y, como no soy río, atrás me vuelvo de mi propósito de cesantía *y ahí vá*, como dice la leyenda del caballo de copas, en ésta mi carta que, á guisa de prólogo, estimaré á Vd. que publique cuando le venga en gana echar á correr cortes un cuarto tomo, que de buena tinta, sé está Vd. condimentando y puliendo. Por lo ménos, así ha tenido la amable indiscreción de noticiármelo mi buen camarada, el Doctor Anjel Justiniano Carranza.

Cuenta el entretenido Padre Isla, de un loco más flaco y espiritado que el espíritu de la golosina, que andaba por las calles de Sevilla, gritando :

— « La persona que quiera saber cómo se cala un melón, acuda por la respuesta al tío Anton ».

Rodeábanlo los curiosos, hacíanle la pregunta, y el loco contestaba:

— « Con que se empeñan ustedes, señores mios, en saber cómo se cala un melón ?... Pués un melón se cala... (y esto lo decía con énfasis de *magister*) sabiendo rezar el Credo. Y San Seacabó, que es santo que no tiene vijilia ».

Háme venido á los puntos de la pluma el cuento del gracioso fraile, como pretesto para consignar en esta Carta todo lo que sé y pienso que és y debe ser el género literario, de modernísima aclimatación en la literatura castellana, bautizado con el nombre de Tradición, género que es romance y que no es romance, que es historia y que no es historia. Y seguir apuntando lo que es y lo que no es la Tradición, sería el cuento de la buena pipa, ó de nunca acabar.

Como Vd. amigo Pastor, es de los que le sacan púa al trompo y saben rezar el Credo... según me lo comprueban sus tres notabilísimos volúmenes, resultando por ellos un buen calador de melones, vá á permitirme hablarle de mis reminiscencias que con la Tradición tienen concomitancia ; y si de esas reminiscencias no sacare Vd jugo, diga caritativamente de mi lo que reza el refrán, sobre un tal Diego Moreno, que habló largo y menudo, y que nada dijo de malo ni de bueno.

Allá en los remotos días de mi juventud, há más de un tercio de siglo, ocurrióme pensar que era hasta obra de patriotismo popularizar los recuerdos del pasado, y que tal fruto no podía obtenerse empleando el estilo severo del historiador, estilo que hace bostezar á los indoctos. Yó era, por entónces, socio activo de la muy antigua y acreditada casa de Ocio, Pausa y Compañía ; y esta circunstancia abonará ante Vd. el empeño con que consagré la poca ó mucha actividad de mi cerebro á discurrir sobre el tema. Verdad que ello no era meritorio para aficionado á las letras, á quién, por esos días, venía el tiempo mas holgado que los calzones del Cura de Puquina, que medían tres

varas de pretina. El pueblo es como los niños, que tragan, y hasta con deleite, la píldora plateada.

Recordé que en la infancia, los granujillas y mocozuelas de mi casa y de la vecindad, nos agrupábamos, en las noches de clarísima luna, en torno de alguna vieja, gran *cuentista, cuentera ó contadora* de cuentos, (que de los tres modos sabíamos decirlo, sin cuidarnos del Diccionario), y se nos pasaban las horas muertas oyéndola narrar consejas que, si ahora las calificamos de ñoñerías sin entripado á la chiquillería parecieron verdades como el puño, y con más intención que un toro bravo. Sonaban en un reloj de cuco las diez de la noche, y los muchachos distábamos mucho de pestañar embelesado con cuentos que, aunque la anciana nos los relatara por centésima vez, para nosotros revestían siempre el hechizo de lo nuevo. La infancia es de suyo desmemoriada, y la vieja sabía rezar el Credo.

—A dormir, niños! gritaban impacientes las madres que, en nuestras repúblicas americanas, han sido, són y serán siempre muy madrazas; y la muchachería se insurreccionaba, y había lo de:

—"Ahora á la cama te vás.
—Si me cuentan otro cuento.
—Pero, hijo, si yá ván ciento..
—Unito más!"

Y no había vuelta de hoja. Como la paloma en los árboles de fuego, venía el *unito más.*

¿Y qué es el pueblo? El pueblo no es más que una colectividad de niños grandulones.

Resultado de mis lucubraciones, sobre la mejor manera de popularizar los sucesos históricos, fué la convinción íntima de que, más que al hecho mismo, debía el escritor dar importancia á la forma, que este es el Credo del tío Antón. La forma ha de ser lijera y regocijada como unas castañuelas, y cuando su relato le sepa á poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad, obligándolo á buscar en concienzudos libros de Historia lo poco ó mucho que anhele conocer, como complementario de la dedada de míel que con una na-

rración rápida y más ó ménos humorística, le diéramos á saborear.

Tal fué el origen de mis Tradiciones, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de americanismo, me eché á discurrir sobre la forma, entre artística y palabrera, que á aquellas convenía. Bien haya, repito, la hora en que me vino en mientes el platear píldoras, dárselas á tragar al pueblo, sin andarme en chupaderitos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aún algos, de mentira, y tal cual dósis de verdad, por infinitesimal ú homeopática que ella sea, muchísimo de esmero y cumplimiento en el lenguaje, y cata la receta para escribir Tradiciones. Tengo conciencia de que no he propinado veneno, sinó pócima saludable para ilustración y entretenimiento del pueblo, amén de que es eminentemente sujestiva la índole literaria de esa clase de escritos.

¿No opina Vd. como yó, Doctor Obligado? Pués dos cuartos voy á mi gallo.

Y de que no estuve del todo desacertado en predicar, como predicando sigo, que eso, y no más, es la Tradición, y que su atractivo y poder de sujestión sobre el alma están más en la forma que en el fondo, dáme prueba palmaria la circunstancia de que ese género literario, por mí puesto á la moda há más de treinta años, encontró devotos en todas las Repúblicas americanas, y devotos que como Vd., cultivan la Tradición con espirutual humorismo y nó escasa corrección en la frase. El suceso aislado, por interesante y singular que sea, se parece á una jóven bonita vestida de trapillo. La belleza cobra realce y valimiento con traje de seda ó terciopelo. Hasta la fea, (aunque entre las cuatro paredes de su cuarto, lo sea más que una excomunión) dá *gatazo* cuando se exhibe vestida con arte.

Sucede que muchas veces el lector encuentra frívola y sándia una Tradición. Para mi la frivolidad ó tontería, no está en el asunto mismo, sinó en que al tradicionista le faltaron ingenio y arte para dar interés á su relato, mejor dicho, se olvidó de rezar el consabido Credo. Es el caso de la fea mal acicalada, y que por su desgreño, le dá un susto mayúsculo al mismo miedo. Quien consagra sus ratos á borronear Tradiciones, debe tener lo que se llama

la gracia del barbero, gracia que estriba en sacar patilla donde no hay pelo.

Un escritor meritísimo, compatriota de Vd., Don Joaquin V. Gonzalez, muy Señor mio y mi dueño, ha dicho que *la Tradición es la Historia de los pueblos que no tienen Historia.* La frase es bonita, y nueva. Aquí sea mi hora, si no es verdad que, cuando leí ese concepto, me sentí como sin faja de ombligo, que dice el refrán, y por mucho que en el terreno de mi consideración literaria tenga al Señor Gonzalez bajo toldo y sobre peana, como reza otro refrán, no quiero que se me moje la pólvora, sin decir al muy galano escritor argentino, que su aforismo no tiene para mi valor de tal. Siempre he reconocido que la tradición puede ser una de las fuentes auxiliares de la Historia, pero se me atraganta de que ella alcance á ser la historia misma. Cuatro siglos cuenta ya la América, de vida civilizada, y su historia está muy lejos de basarse en Tradiciones. El historiador tiene en mucho los documentos, y en poco ó nada los decires del pueblo. Hasta para la Historia de los tiempos pre-colombinos, á falta de escritura cuneiforme, de geroglíficos como los de los códices maya y mexicano, y de los quipus peruanos, están los monumentos de piedra, convidando al investigador á severo estudio sobre la vida y civilización de pueblos, cuyo orígen sigue envuelto en la noche del misterio. Para el que sepa ó alcance á leer en la piedra, como en un documento, no es la Tradición la que le habrá servido de gran cosa para reconstruir la Historia.

Vd. dirá acaso que al hilvanar esta carta, he llevado lechuzas á Atenas, ó aguas al mar, hablándole de teorías que Vd. se tiene por sabidas, y tanto que las ha llevado á la práctica, como lo prueban sus enteresantes libros; y lo mismo dirá mi bondadoso y viejo amigo Isidoro De María, autor de las *Tradiciones Uruguayas*, y en las que la llaneza del estilo y lo conceptuoso de la frase armonizan su esfuerzo. Pero, amigo mio, nunca por mucho llover fué mal año, y no es dar puñalada en el cielo ó prenteder realizar lo imposible, el insistir en la repeticion de lo mismo que, hasta en tono sério, he predicado cuantas veces me he visto en el compromiso de subir al púlpito, para ex-

presar mis ideas sobre lo que, á mi modesto juicio, es ó debe ser la Tradición.

Y basta de parlerías y que Dios siga dando á Vd. como hasta aquí, buena mano derecha. Adelante, mí querido señor Obligado. No desmaye Vd. en la labor, y que venga pronto su cuarto volúmen de Tradiciones á proporcionar horas de delicioso solaz á éste su apreciador sincero y amigo afectísimo.

q. l. b. l. m.

(*Lima*)

RICARDO PALMA.

HOSPITAL FUNDADO POR UN LORO

Recuerdo á mi condiscípulo
Señor Federico Gonzales.

I

No era un loro sábio, pero sí loro que sabía mucho.

Hablaba en guaraní, su idioma natal, primero que oyó desde el *yatay* en que se balanceaba su nido, y también en latín, adoctrinado por los Jesuitas que, como premio, le trajeron del Paraguay en sus vacaciones.

Aprendió á rezar el *bendito*, al que en sus adelantos intercaló palabrotas más grandes que el barco en el que le enseñaban los marineros, las mismas que entre dos *Ave-Marías*, llegó á repetir en Palacio, á Marquesas y Vizcondesas que admiraron ave de tan brillante plumaje. Fué educacionista y diplomático á la antigua, de los que hablando poco obtienen mucho. Como *Magister*, llegó á enseñar el *Pater Noster* en guaraní al indio más torpe del grupo de los rudos, á cuyo pié le ataban durante las horas del arado. En su segunda carrera, lo que no alcanzó el Padre Gonzalez, lo consiguió éste su hábil discípulo. Luego, de Buenos Aires tendió sus alas hasta Córdoba, y en su Universidad, de teología y otros latines oyó tantos cursos, que sin duda fué de ellos contajiado.

Hermoso plumaje de ori-verde y rojo revestían sus alas, y como lijero turbante de plumitas azul turquí, coronaba su airosa cabecita, en contínuos y graciosos movimientos. Sobre la raíz de su albo pico de marfil, á pico de plata parecido, resaltaban expresivos ojitos negros con imperceptibles puntitos de oro que daban mayor animación á su incesante cotorreo. Si no era nada reservado, fuè animalito de buen corazón, de blanda índole, como los mansos guaraníes que le criaran; y así por sus inclinaciones hábilmente desarrolladas, por la excelente educación que recibiera desde la cuna, (ó desde su nido) léjos de imitar á la urraca ladrona, se dió á obras de caridad, imitando las que á su alrededor se comentaban.

II

En época en que la caridad cantada y bailada en conciertos de aficionadas, que se prestan graciosamente á hacer gracias, y en los cuales el concierto y la afición salir suelen tan mal paradas como la caridad, dispendiéndose más en dulces, flores y obsequios, acaso no esté de más recordar la cooperación de un loro en una de las más útiles obras de beneficencia.

No llegó á tomar la cuchara de albañil como el marlo de la cotidiana ración, pero su corvo pico puntiagudo, cual persona de lábia ó de buen pico, tomó la palabra en favor de su propaganda, llevando luego la abnegación hasta darse todo entero, — y no así no más para un guiso ó caldo de loro, que á débiles enfermas poco *dares* sería, sinó en ocasión de dotar un Hospital entero, con camas, botiquin, y hasta con enfermas!....

Si picára la curiosidad á lectora ansiosa de saber cómo, cuándo y dónde, plumífero semejante contribuyó á tan filantrópica fundación, seguir puede sin temor de ser picada, ni de contagio de fiebre de Hospital, cuyo edificio se moderniza actualmente.

.....

Múltiples páginas hánse publicado sobre funestos caudillos, según las huellas de sangre, más ó menos profundas, que en pós de sí dejáran. Los que fundaron Asilos para recojer abandonadas, Escuelas para educarlas, Hospicios para abrigarlas, de todos estos sencillos

corazones generosos, pertenecientes al batallón de los olvidados, se han borrado sus nombres, antes, mucho antes que el derrumbe de los muros alzados por su filantropía. Por ejemplo: ¿Quién recuerda hoy, que hasta los comenzamientos del siglo andaba el Sr. Miguens, desde el alba, todas las mañanas en su caballito rabón, color perdiz, recorriendo la calle Larga de Santa Lucía, de la Banderita, calle Larga de la Recoleta, Hueco de los Sauces, de los Olivos, de las Animas, Hueco de Ña Engracia, Plaza Almarita, Bajo de los Hornos, Corrales, Convalescencia, Miserere y todos los arrabales, quintas y afueras, socorriendo necesitados? Antes que él, Maciel, que mereció el nombre de *padre de los pobres*, como su homónimo en Montevideo. Ya en las postrimerías del siglo pasado, los señores Gonzalez Islas, Campana, Ocampo, fray Pantaleón García, fundaban Hospicios, Beaterios, Huerfanatos, contando numerosos antecesores, la familia de los filántropos.

Desde Valdez Inclam, Vega y Aragón, Fernandez Barrios, los primeros en esta ciudad, hasta Basavilbaso, Lezica, Belgrano Perez, Escalada, Rodriguez Herrera, Rivarola, Araujo, Almeida, Arroyo, Lorea, Rodriguez Vega, Salas, Ponce de León, Villanueva, Muñoz, Molino Torres, Duran, Gomez, Martinez de Hoz, Segurola, Sanchez, del Sar, Miró, Chás, tuvieron imitadores, cuyos descendientes, en los caminos de la beneficencia, no se han extinguido en los Sres. Cazón, Hornos y Borbón. Puesto que muchas plumas recuerdan los que pasaron cual ráfaga deslumbradora, permítase exhumar al viejo cronista de antaño, bien sea de paso, algunos de esos modestos héroes de la Caridad!

. . . . . .

Y ya que penetramos por la calle cuyo nombre conmemora la más incruenta batalla á las márjenes del florido *Esmeralda*, al antiguo «Hospital de Mujeres», donde tan lujosamente se ensancha el Establecimiento de la Asistencia Pública, cumplido elojio debemos á sus dignos funcionarios, por la actividad que despliegan en suministrar socorros. ¡Ojalá todas nuestras instituciones se halláran á la altura de ésta y la de Bomberos! Si de estos llegó á decirse que tan fino es su olfato que arrojando agua hasta el séptimo cielo, (ó piso) se encontraron alguna vez, antes que la chamusquina empezára, óyese el timbre de las ambulancias con cama, botiquin y practicantes

dentro, por todas partes á la carrera, ofreciendo asistencia á cuantos la necesitan.

.....

Yá la primera Iglesia de San Miguel se había terminado en 1770 por el Padre Gonzalez, y también el Colegio de Huérfanas (en el que tan maliciosa cooperación se atribuyó al Señor Campana), cuando faltaron los recursos para el Hospital, obra que debía coronar las iniciadas por Gonzalez.

Era este Señor, tan bueno, que después de dar todos sus bienes, dió á su hijo, y acabó por darse á sí mismo. No bien regresára de enterrar á su amada consorte, vino y se enterró, nó en un claustro entre las vírjenes del Señor, sinó colgando sus hábitos de seglar y tomando los de sacerdote.

Así como empezó por enterrar á los muertos, cuando por falta de Cementerio aparecían arrojados entre las zanjas, llevado de esa sublime virtud cristiana que ha caracterizado á su familia, levantó Iglesia, prosiguió el Colejio, proyectó Hospital, cedió todos sus bienes á la beneficencia, y toda su vida al bién de sus semejantes, y no teniendo más que ceder, se ordenó para consagrarse como Capellán de su propia obra.....

.....

El presbítero Licenciado Don Juan Gutierrez Gonzalez y Aragón, viudo de Doña Lucía Islas y Alba, fundador de la Hermandad de Caridad y Capellán de las fundadoras Catalinas en Buenos Aires, por él mismo conducidas desde Tucumán, quién edificó la primera Iglesia de San Miguel, nacido en Cádiz en 1637, falleció en esta ciudad en 1768, sin alcanzar á ver realizado el Hospital que proyectára. Su hijo Gonzalez Islas, con ménos años, pero con más suerte, emprendió viaje hasta la Coronada Villa en busca de autorización para tan humanitaria obra, que en aquellos benditos tiempos, no era cosa de entrometerse á hacer obras, ni de caridad, los hijos de la tierra, sin espresa licencia de Su Magestad el Rey, Nuestro Amo y Señor.

Yá por los años de 1776, el Capellán Gonzalez Islas había improvisado una pequeña sala de enfermas, á las que su buen padre no alcanzó á tender una cama; pero exhausto de recursos,—añade la crónica,—en busca de ellos, resolvió hacer un viaje al otro mundo.

A los últimos trescientos cincuenta macuquinos que restaban de

su cuantioso caudal, aumentó dos tantos más Don Domingo Belgrano Perez, (padre del piadoso General) que suplió, agregando por toda comitiva, un sobrino muy pobre y testarudo, y un loro hermoso, rico en colores y sumamente charlatán.....
....

III

En el balcón de un tercer piso de la casa donde se hospedaba en Madrid, paseábase sobre la baranda el raro animalito todas las mañanas, gritando: *¡Hemos de hacer hospital!*, frase pegada á su arpada lengua, de tan repetida por el Capellán al volver á la parda *donada,* la jícara del chocolate con que desayunábase.

El grito contínuo, lo vistoso de su plumaje, y lo reluciente de pájaro tan poco visto en aquellas alturas, picó la curiosidad de la señora cuyos balcones caían al frente de los del loro bullanguero.

Capricho de dama encumbrada, difícil es resistir; pero si gallega fué en lo porfiada la vecina de su vecino, aragonés era de orígen el sobrino de su tio, agregado como apéndice del loro á la comitiva, quién sirvió ménos que éste en la piadosa misión.

Decir que encontró todas las puertas cerradas de casas y Ministerios, está demás, pués que en lo referente á América, solo se abrían para recibir lo que Galeones de Indias conducían en piñas, barras y lingotes de plata, ó cuando más, pepitas y arenas de oro.
....

Un balcón halló abierto ó entre abierto por casualidad, y como si fortuna es propicia, por la menor hendija se filtra, cuando ya el pobre Gonzalez desesperaba, se le apareció en forma de sólida mujer de Ministro, retacona, porfiada y regordeta:

—Manda decir Su Excelencia, que le envíe ese bicho gritón! — dijo una mañana, metiendo su cabeza desgreñada, por puerta á medio abrir, el *anda-vé-i-dile* de la caprichosa dama.

—Aquí no hay más bicho raro que tú,—contestó el sobrino, en ausencia de su tío.

Y vuelta el portero:

—Que de casa del Ministro de enfrente, quieren, por cualquier precio, el palomo verde.,.....,

—Aquí no se vende ningún Juan Palomo, verde ni amarillo!

Y en idas y venidas, recaditos ván y vienen cada vez más picantes, volvió de la Iglesia Parroquial el Padre Gonzalez. Cansado de pedir á sus semejantes, venía de rogar á la Virjen de Atocha le diera una luz, ó caminito para no emprender el de su regreso con una mano atrás y otra delante, cariacontecido, y sin ningún auxilio, ó autorización para la obra que tanto le recomendára su padre. Todo afijido al saber lo que acontecía por la terquedad de su sobrino, que de buena gana lo hubiera dado de yapa, por atraerse la protección de tan influyente vecina, tomó al instante el codiciado animal, su predilecto compañero en tan larga peregrinación, y fué á deshacerse en escusas, por la torpeza del jóven, obsequiándolo generosamente. A esta aventura del loro barranquero de las Misiones del Paraguay, debióse que el agradecimiento de la esposa del célebre Ministro Galvez, se convirtiera en llave de oro, que abrió todas las puertas del Palacio Real, de donde después de breves audiencias, salió Gonzalez con todas las firmas, Reales ordenes, autorizaciones y dispensas para el Hospital.

¡Lo que puede un loro!

De la crónica de aquella época estrajo el Canónigo Doctor Don Gabriel Fuentes, ilustrado Cura de San Miguel por largos años, los rasgos biográficos de ese primer Cura de la misma, que estractamos para que no se crea éste, loro de nuestra invención:

« El Ministro Galvez despachó de acuerdo la solicitud del Capellán
« de la Hermandad de la Santa Caridad. El Rey aprobó todo.
« Proveyó ámpliamente al Capellán de los recursos que demandaba,
« y volvió á la América, encantado con los resultados de su viaje,
« alabando á Dios que puso en sus manos el loro charlatán
« que había de introducirle en la Corte del orgulloso Monarca, y
« proporcionarle fácil y franco acceso en el Palacio del Omnipotente
« Ministro Galvez. »

.....

¡Cuánto pudo conseguir hábil plumífero, aún sin saber escribir!

SUEÑO REALIZADO.

I

No es tan difícil soñar con lo que más deseamos, pero sí realizar lo deseado. De ánsias de atrapar la fortuna, henchidos llegaban todos y cada uno de los que á esta América llegaban. Si ninguno volvió desairado, fué por que no volvió nó porque se satisfaciera de fortuna, que mayor ansiaban cuánto más se acrecentaba.

De la actividad, la enerjía, la perseverancia en el trabajo, la confianza en los propios esfuerzos, resultan verdaderos milagros, (que más aparecían, cuando *llovían milagros*,) pues como tal apreciaban cualquier hecho singular los sencillos labradores en aquellos buenos tiempos.

Y con esto basta y sobra para explicar del modo más natural, un hecho que los fundadores de San Isidro, atribuyeron á milagro del mismo.

....

El Domingo 15 de Mayo de 1698, camino de las Cañitas seguía, cierto Capitán de esta guarnición, y saliendo de Montes Grandes,

llegó á la cima de la barranca que domina el bosque alegre, antes que las célebres cacerías de patos á cañonazos en sus riberas, mancháran su verdor y su alegría, como la reputación de algunas damas que acompañaron en sus meriendas al Virrey galante.

Fatigado iba el viajero, cuando acercándose á un coposo espinillo, cuya sombra invitaba al reposo, mandó á su guía Antonio tendiera el recado allí, mientras pastaban las cabalgaduras.

Y como su último pensamiento fuera sobre las riquezas que en aquella hermosa comarca beneficiaría el labrador perseverante, con idea tan fija, cual si dormido siguiera su visión, continuó soñando lo que despierto le impresionára.

A poco de empezar su intranquila siesta, despertó de pronto, sobresaltado y sonriente, saboreando delicioso ensueño de riquezas. Color de rosa era éste, y hasta las doradas aromas que lijera brisa desprendía, lluvia de gotas de oro antojábasele que derramaba el misterioso árbol de la fortuna.

Hincándose bajo el frondoso ramaje, hizo solemne promesa á San Isidro, Patrón de su pueblo y cuya conmemoración era aquel día, de levantar allí una Capilla para que no carecieran de misa los labradores del pago, si su sueño de riquezas llegaba á realizarse. Mientras mandaba ensillar al vaqueano que le guiaba, grabó una cruz con su largo cuchillo de monte, siguiendo viaje hácia el Puerto de las Conchas.

II

Era este viajero, Don Domingo Ascasuso, vecino de la coronada Villa, quién de regreso de los tercios españoles en Flandes, desembarcára en estas riberas con su luciente espada por única fortuna.

El Gobernador Herrera le había confiado instrucciones para el Alcalde de las Conchas, con objeto de apresar en su puerto dos Goletas, espedidas de contrabando por nuestros celosos vecinos portugueses de la Colonia del Sacramento. Decomisadas á tiempo, fueron de espléndidos resultados para autoridades y apresadores; y doscientos doblones correspondieron á quién condujo tan oportuno aviso; por lo que, colgando su espada, abrió una pequeña tienda frente á la puerta atraviesa de la Catedral.....

Transcurrido algún tiempo, recibió de una Casa de Comercio, corresponsal de otra de Lima, seis cuñetes de tachuelas doradas para tachonar sillones de baqueta. Gran sorpresa tuvo, cuando al abrir el primero, le encontró lleno de oro, y de espaldas cayó, al relumbrar lo mismo en el segundo. El sueño de la lluvia de oro bajo el aromero de las barrancas, se realizaba.

Llamado el vendedor, destapó por sus propias manos los restantes, en que tachuelas de cobre sólo aparecieron. Hechas las investigaciones del caso, contestó don Juan Palomares, con fecha 6 de Junio de 1702, principal de la Casa de Lima, á su corresponsal García en ésta, que él no tenía la culpa de la mistificación. No apareciendo otro con mejor derecho al hallazgo, prévia conferencia con el Cura de la vereda de enfrente, sobre el milagro de los clavos, guardó el oro por aquello de que: "A quién Dios se la dá, San Pedro se la bendiga," donando los clavos, (el producto de cuatro barriles,) limosna á la Iglesia, en la que, desde su trastienda, oía misa cuando salía en el altar transversal, frente á su mostrador, calle hoy de San Martin.

Y así como aquellos doscientos doblones con que se premió su oportuno aviso del contrabando decomisado, le sirvieran de habilitación para tienda que prosperaba en tan santa vecindad, estos polvos, sin ser los de la madre Celestina, trajéronle el recuerdo de su sueño, y fué una angosta y larga zona (trescientas varas de ancho por una legua de fondo, desde la lengua del agua,) los primeros que adquirió allí, hasta el presente llamados "terrenos del Santo."

Con sus propias manos empezó el honrado Don Domingo, á labrar la tierra, las visperas de los días de su nombre, cuando al cerrar cuentas de semana, llegaba á paso de mula hasta Montes Grandes.

Así un año, y dos transcurrrieron, acrecentando rápida fortuna, estendiendo sus negocios y labranzas, sin hacer memoria de la segunda parte en el sueño de la lluvia de oro.

A renovar ésta, llegó una tarde el fiel asistente Antonio, cierto día de días de su antiguo Capitán, y en los recuerdos de viajes y aventuras, vino el de la promesa de Capilla al Santo Patrón de su pueblo, y entónces, reprochándose de tal demora, activó las dilijencias necesarias para su inmediato cumplimiento.

.....

Del amarillento papelito carcomido que las ratas de la Curia respetaron en el archivo á cargo del cartulario de Su Magestad, Francisco de Angulo, extractamos lo que sigue:

« El 5 de Octubre de 1706, se concedió licencia al Capitán Don « Domingo Ascasuso para la fundación que solicitaba de una Capilla « en el pago que llaman de Montes Grandes, con objeto de que los « vecinos pobres logren el bién de tener misa los domingos y días de « fiesta, disponiendo erigir y labrarla en el lugar de su chacra poblada, « por ser el coomedio del pago, fundando un Capellán de misas « *ad perpetuam*. Para que tengan quién les socorra en sus necesidades « espirituales, funda una Capilla de dos mil pesos de principal, sobre « fincas ciertas y seguras, con el gravámen de veinte misas. Donando « (agrega) la dicha Capilla á mi referida chacra, de cuyo fruto gozarán « los Capellanes el interés de dicho principal y demás emolumentos « que produjese su asistencia. Me nombro y elijo por tal patrono « durante los dias de mi vida, y para despues de ellos, elijo á mis « hijos y sucesores. Item: nombro y señalo por primer Capellán al « Licenciado Fernando Ruiz, y despues de su fallecimiento, llamo á « la dicha capellanía á mis hijos y sucesores, y en su defecto, á los « de los parientes más propingüos mios, y por falta de todos, á los « hijos del Capitán Senador Delgado, vecino de esta ciudad. Deseo « que se le celebre fiesta al señor San Isidro, en su día (15 de Mayo) « perpétuamente para siempre jamás, haciendo fiestas solemnes con « repiques de campanas y procesión, sacando el Santo en andas al « rededor de la Capilla, pidiéndole el buen suceso de las mieses, y « cosechas del año».....

.....

Hasta el presente, las piadosas vecinas se oponen á sacar las nuevas imágenes, obsequiadas por el Señor Don Domingo Marin, siendo las primitivas, San Isidro con el arado y la de su mujer Santa María Cabezas, las que procesionan alrededor del templo, cumpliendo la voluntad del fundador. Gran placer nos dió ver filantrópicas de tan reconocida piedad, como las Señoras Isabel Armstrong de Elortondo, Enriqueta Lezica de Dorrego, Mercedes Castellano de Anchorena y Rosario Peña de Bosch, llevando sobre sus hombros la Imágen de Santa María en su última procesión.

IV

Alzando las miradas al cielo, por todas partes nos revela la naturaleza el Omnipotente Hacedor, despertando los dones que recibimos ese sentimiento innato grabado en lo más profundo de nuestro sér, moviéndonos á su reconocimiento; y este eslabón invisible de la relijión, es lo que reune y estrecha á los hombres, á punto de que la primera piedra de toda sociedad fué un altar. Asi al rededor de esta Capilla nació un pueblo. Los labradores esparcidos por sus lomas, no tuvieron centro, hasta que el sueño de una tarde de verano fué una hermosa realidad. Sobre el tronco del árbol en que Ascasuso soñára su fortuna, levantó el primitivo altar, y ensañchada la Capilla por las necesidades del vecindario, el 15 de Mayo de 1730, se inauguraba una más larga Iglesia de bóveda, que estrecha ya á su vez, sobre su propio perímetro, se bendice hoy el hermoso templo gótico, en la ejecución de cuyos planos (de Ducan y Packennam) tan hábil participación ha tenido el activo é ilustrado ingeniero Don Santiago Brian.

Asi aquella Iglesia votiva, dió vida á un pueblo, que no lo era antes de su erección. La fertilidad de su suelo, produjo las más abundantes cosechas *del renombrado trigo de la costa*, y lo bonancible de su clima, le acrecentó á punto de que hubo época en que las familias de más auge se disputaban un palmo de las "tierras del Santo". Desde Medrano hasta Punta Chica, trás los fundadores y la numerosa descendencia de Marquez, Ezpeleta, Rúa, Alvarez, por todo lo largo de la costa y sobre sus hermosas barrancas, florecieron las antiguas chacras de Beláustegui, Sanchez, Uriarte, Saenz Valiente, Pueyrredon, Anchorena, Pelliza, Alfaro, Azcuénaga, Marín, Ibáñez, Garcia Zúñiga, Cano, Llavallol, Sorondo, Parravicini, Arana, Aguirre, Carreras, Santa Coloma, Pacheco, Vernet, Escalada, Wright, Medrano, Obarrio, Elizalde, Soriano, Cazon, Bilbao, Milberg, Castro, Elortondo, Insiarte, Justo, Bosch, Garcia, Crisol, Palma, Rolón, Lezica, Gomez, Becar, Haedo y otras que vinieron á reemplazar la baja casa chata de teja colorada, rodeada de anchos corredores á los cuatro vientos, por espléndidas mansiones de recreo.

Al rededor de su primitiva Iglesia, floreció el pueblo de San Isidro, que al presente, y aún después de haber dado vida á otros

centros, *Villa Martinez* y Pueblo *Mitre*, en los setenta y cinco kilómetros cuadrados que restan á su Partido, de sus nueve mil nuevecientos doce habitantes, mil ciento sesenta niños concurren á sus Escuelas.

.....

Más que el "Ombú de San Martin", á cuya sombra platicára con Alvear y Pueyrredon, sobre el mismo tronco en que Belgrano meditaba sus planes en las vísperas de Mayo; más viejo que "el Ombú de la Espera", hasta donde llegaban alegres cabalgatas de las que iban á esperar sus *cuyos*, cuando en la tarde de los sábados venían cayendo alegres puebleros, son los "tres Ombúes", que á espaldas de la Iglesia prestaron sombra amiga á tiernos coloquios, en la hora en que la luna llena se levanta majestuosa y espléndida sobre el horizonte inmenso del Plata, como subiendo á sorprender dulces misterios de amor. Último representante de una raza que se estingue, como sus congéneres del bosque alegre, cae desfalleciente, yá sin sávia, despues de doscientos años, el inmenso espinillo dentro el ámplio patio de la casa del Señor Anchorena, al mismo tiempo que sobre el tronco de su gemelo, calle por medio, se alza la tercera Iglesia donde el generoso y caritativo Capitán español fundó la primera.

¡Y hé aquí para muchos incrédulos el verdadero milagro! Que un activo Capitán español, llegado en busca de fortuna, la soñára rápida y cuantiosa al arribar á América, era el sueño de todas las siestas, y de cada uno de los que del otro mundo llegaban á las regiones del Plata, pues convencidos venían de tropezar con mina boyante al desembarcar. Tampoco gran milagro fuera que de la tierra del oro vinieran polvos de lo mismo, en algun cambio subversivo, por lo que transbordo de contrabando no figuraba en papeles, libros ó conocimientos.

Pero verdadero y mayor milagro puede reputarse el que, en época de indiferentismo religioso, realiza la iniciación de la piadosa señora Mercedes Aguirre de Anchorena, como las activas vecinas de la Comisión que preside, levantando en dos años ese bello templo, que deseamos cobije por otros doscientos, así al humilde labrador, como á cuantos confían en la relijión de esa Cruz que extiende sus brazos amparando á todos!

LA TRADICIÓN DE LA MERCED

I

No sólo en Lima hubo contienda intrincada, por largos años, sobre qué Comunidad era más antigua y si primero llegaron hábitos blancos ó grises.

En Chile como en Méjico y en todas las Capitales de la América española, desde su primera traza, señalóse solar central para Conventos de Franciscanos, Domínicos y Mercedarios.

Si con limosnas que recolectára la Orden mendicante se habían de levantar Iglesias, la propaganda de predicadores adoctrinaría los primeros neófitos, y objeto era de la última, redimir á quienes los salvajes cautiváran.

Detrás de éstas, colábanse por su cuenta Agustinos, Belermitas, Titianos, y sobre todo Jesuitas.

.....

El Miércoles 11 de Junio de 1580, ningún coronilla tomó resfrío, pués entre los sesenta compañeros de D. Juan de Garay, al descubrirse en el acto de colocar la piedra fundamental (encrucijada de las calles San Martín y Rivadavia) corona alguna se vió en las cabezas descubiertas.

Muestras de todas las frailerías fueron cayendo, de los que rezagados quedaron, adoctrinando infieles por Colastiné, ó catequizando hijas de confesión para la fé, en Coronda, que por algo se llamaron hijas de Santa-Fé.

Tente que tente, los Mercedarios contestaban repitiendo en coro, en el de la Merced: «Hermanitos, papelito canta, y si el más viejo de vuestra Comunidad sólo alcanza al año 1597, pidiendo campanas para atormentar al vecindario, más antigua es nuestra ejecutoria, pués ya la segunda de 1598, mandando repartir, á razón de arroba y media de vino por Mercedario, refiere que así lo concede el Rey Felipe III, porque fray Antonio de Marchena, provincial de la Orden, recuerda que el Felipe anterior, acordóles «concesión renovable de seis en seis años, en limosnas de medicinas, vino y aceite.»

Cierto es que en 1593, cansados estaban los buenos Mercedarios de asistir enfermos y redimir cautivas, pero la verdad es que, el primer corona que llegó á esta tierra, fué el Capellán de D. Pedro de Mendoza, fraile Franciscano.

Fray Pedro López Valero, primer Comendador de la Merced, ascendió por sus muchos trabajos en la edificación de los Monasterios de la Orden, y en especial en la fundación del de esta Ciudad, nombrado por el Comisario Visitador fray Francisco Escudero en 1604. Primer limosnero de Mercedarios fué el Padre Fray Francisco Martell: «autorizado para salir á recolectar cualesquier cuantías de maravedíes é peso de oro é plata, esclavos ganados, mercaderías, é bienes muebles, é raíces, etc., é para que pueda pedir é pida limosna para este Convento de religión, así en el Reino de Angola, como en la costa del Brasil y otras cualquier parte que se hallare,»—se lée en su nombramiento.

II

En el plano de la traza de esta ciudad de la Santísima Trinidad, designó D. Juan de Garay para Domínicos, la manzana ocupada hoy por La Merced. Pero antes de terminar la primera década de la fundación, la cambalacharon aquellos por la que actualmente poséen,

quedando la Orden Militar de Mercedarios en ésta, contígua al Hospital Militar de San Martín, que atendían.

Entre el fundador López Valero, primer Mercedario que llegó á ésta, y fray Jorge Aparicio, último Prior, dignos de recordar son los servicios de Fray Nolasco, Prior en 1721, que en la fiesta de ese año consiguió colocar la piedra fundamental de la actual Iglesia, cuyo padrino fué el *Gobernador mano de plata*, General Zabala, (antes que con la única de persignarse, fundase Montevideo), asistido por el Alcalde de vara larga Señor Bernardo de Saavedra, nieto de Hernandarias y abuelo del primer Presidente argentino, y á su vez, primer cautivo rescatado por los Mercedarios.

La piedra fué bendecida por el Obispo Fajardo, dirigiendo la obra el Jesuita Prunelli, según los planos del arquitecto Blanqui, de la misma Compañía.

Sin duda, por esto, (como proyectos de igual paternidad), nótase cierto aire fisonómico de familia en los frontis de la Merced, San Ignacio, Recoleta y otras Iglesias de esa época. Yá cuando en 1729 las visitó el Padre Cattaneo, anotaba que era la de Mercedarios, la más hermosa y adelantada.

Hoy el hábil artista Rossi, secundando la iniciativa del Señor Cura Rassore, ha transformado la estrecha Iglesia en una de las mejores. Finas pinturas y estucados, le han acicalado disimulando con artificio el decorador todas las arrugas de la vieja nave. Rosetones y chapiletes, arabescos, cornisas, bóvedas y columnas doradas parecen estallar una sinfonía de luces y colores, rompiéndose en mil facetas, aristas chispeantes, que cabrillean en la ramazón floreciente sobre altas ventanas. Al través de vivísima cristalería, resplandece el interior del templo, tamizando luego cenefas y cortinados suave luz mortecina que predispone á la meditación.

.....

Hasta las toscas del río llegaban las dos manzanas que obtuvo la Comunidad, abriendo la puerta falsa de su Huerta á la calle de Cuyo, cerrada con alto muro á pique, hasta que se edificó la hermosa casa de los señores Llavallol.

A mitad de esa primera cuadra, antes Santa Lucía, y más antiguamente conocida por la *de la Virgencita*, frente al nicho de una muy pequeña, colgaba un farolito que más de un mal encuentro

alumbró, nó por Mercedarios salta-conventos como se les calumniára, sinó de Tenorios de guitarra y pandereta que por la calle de las Magdalenas, camelaban á las mismas.

El cañón del Fuerte, enfilaba la calle 25 de Mayo, nó del todo abierta y corrían las tapias del Convento, manteniendo cercadas ambas manzanas, entre las calles de Cuyo, Reconquista, Cangallo y Paseo de Julio. Sobre esta última asomaban los buenos frailes á recrearse con la espléndida vista del inmenso río, tomando mate bajo hermosos parrales en las calurosas tardes de estío, y á su pié, embarcadero de su propiedad tuvieron, por el que salían á buscar la propia yerba y desembarcaban maderas del Paraguay, cal de la Bajada, y otros materiales para sus edificaciones.

III

No es la del Señor de la Paciencia, escultura del indio José, la única joya que guarda la hermosa nave. *Vis á vis* á su altar, vése una reducción de la Gruta de Lourdes, piadosa ofrenda de la devota señora Isabel Armstrong de Elortondo.

Otro precioso lienzo de la Vírgen, presentado por la familia Llavallol, la imágen de Nuestra Señora de Mercedes, ornada de perlas y brillantes, donada por Peña, Lalama y otros vecinos y por la Señora Ocampo de Carabassa su espléndido collar de grandes perlas, ante el que en muda contemplación se postra más de un raspa, implorando el milagro de atraerle hasta su bolsillo.

En la sacristía se halla la mesa más grande, de una sola pieza de mármol, tres metros por dos, recuerdo del Señor Francisco Ignacio Ugarte, y en el Camarín de la Vírgen, capillas, altares, por todos los rincones, ex-votos y recuerdos de antíguos y modernos feligreses de la parroquia más rica, pués cuenta todos los Bancos á su alrededor.

Suprimida la Orden de Mercedarios el año 1821, siendo su último provincial el Reverendo Padre fray Jorge Aparicio, (fallecido veinte años después en esta ciudad, donde había nacido,) y cuando la Sociedad de Beneficencia tomó bajo su cargo el Colejio de Huérfanas, las trasladó de San Miguel, al Convento de la Merced.

Poco después se subdividió la Parroquia de la Catedral, en del

Norte y Sud, (San Ignacio y La Merced) correspondiendo á esta Iglesia los más viejos libros parroquiales, y al buen compaginamiento que en su archivo se conserva, debemos el poder transcribir la partida del primer bautizado, que así reza: «El 11 de Marzo de 1601, á Antonia, hija de Sosa y de Doña Maria Escobar bautizó el Padre Don Juan Martinez, Cura y vicario de esta Ciudad. Fueron sus padrinos el Alcalde Felipe Navarro, y Doña Beatriz Escobar.« — *El bachiller Juan*».

Este, que sin duda es uno de los más antíguos documentos existentes en Buenos Aires, es transcripto del primer libro de bautismos y casamientos de España y Negros.

Fué primer Cura de la Parroquia de la Merced, el señor Ramón Olavarrieta en 1830, sucediéndole los señores: José Antonio Argerich, Palacios, Perez, Flores, Villar, Ordoñez, Balán, Marquez, Espinosa, y desde el año 1875 hasta la fecha, el doctor Rassore.

IV

Aunque en época de indiferentismo relijioso mucho ha perdido de su esplendor la fiesta de Nuestra Señora de Mercedes, nos recuerda la última uno de sus más viejos vecinos, celebrada con toda pompa el 24 de Septiembre de 1845. Su Cura, el ex-Teniente Coronel Argerich, predicaba. El Obispo Medrano pontificaba, ayudado por los Canónigos Palacios y Segurola. Los pardos cantores: Tiburcio, Ambrosio Espinosa, Albornóz, discípulos del Canónigo Piccazzarri, entonaban desde el alto Coro la Salve, compuesta por su sobrino Don Pedro Esnaola. El batallón «Guardia Argentina,» con su banda de música á la cabeza, sus altos Gastadores y jigante tambor mayor formaban la guardia de honor. Dos banderas inglesas, trofeos ofrecidos por Liniers, á los piés de la Virgen, adornaban sus andas.

Aquel año hasta el mismo Rozas se había hecho representar, nó en imágen sobre el altar, como en Monserrat y San Nicolás lo expusieran, sinó en cuerpo y alma, ó al ménos en cuerpo, pues que si solo él fué alma del gobierno omnimodo que en todas partes estaba, sin vérsele en ninguna, el cuerpo visible ó parte de su gobierno que solía representarle en escasas fiestas, estaba allí en los de sus dos

Ministros Arana é Insiarte, á los que seguía el edecán Erézcano á la cabeza de los sillones de respeto, el Inspector General Pineda, y el General Rolón con todo su Estado Mayor de elásticos penachos y charreteras; y en la fila de enfrente, los Hermanos de la Cofradía del Socorro.....

.....

En la postrera invocación á la Virgen, volviendo sus miradas á la del altar mayor, el orador que ocupaba la Cátedra sagrada, militar en sus mocedades, recordamos con cuánta vehemencia exclamaba: «Aún me parece que siento sobre mis hombros el peso de tus andas, Virgen de las Mercedes, cuya imágen sacamos en procesión, (1812) en la ciudad de Tucumán, hasta el campo de la gloria, donde por vuestra intercepción obtuvo el triunfo el ejército de la Pátria!».....

Alguién notó que el perfumado pañuelo de Manuelita Rozas, arrodillada frente al altar de San Ramón, fué llevado á los ojos, pues lágrimas arrancaba el acento del elocuente predicador, implorando no retirára la Virjen su protección, tantas veces visible sobre este pueblo cristiano.

Hasta las campanas repicaron más fuerte en el aniversario que hoy (1895) cumple medio siglo. El último campanero del Convento, alma de ángel bajo la estampa del diablo, (tal era de feo el cieguecito de la Merced, Manuel,) como trasto olvidado en un rincón, anidaba en michinal ó tugurio, á mitad de la escalera, frente á ventanillo que transparente talco tenía por vidrio. De lo alto de la torre, engalanada con banderas, faroles y gallardetes, ensordecía á la concurrencia, bullicioso repiqueteo incesante.

Y si alguna curiosa lectora hiciera impaciente la pregunta del día: «¿Pero, al fin, quiénes estaban?» El cronista, padre del que ayer anotaba los nombres de las jóvenes devotas, entrando á la *retraite* del Colegio de la Santa Unión, pudo contestar:

Notamos en la concurrencia que salía del templo, pisando el fragante hinojo y romero esparcidos en el pretil, entre la crujiente seda de vestidos de raso negro, á las bellas devotas: Agustina Rozas de Mansilla, Cármen Zavaleta de Saavedra, Florentina Ituarte de Costa, Maria Antonia Beláustegui de Cazón, Manuela Machado. Y las familias no menos relijiosas, en aquel barrio, de Anchorena, Llavallol, Pueyrredón, Piñero, Garrigós, Frías, Ocampo, Pineda, Riglos, Peña,

Dorrego, Acevedo, Mansilla, Quintana, Huergo, Gomez, Martinez, Benguria, Urribelarrea, Dozal, Lezica, Fernandez, Elía, Molina, del Pino, Echevarría, Gallardo, Marin, Molina, Aramburu, Lamarque, Alvear, Esnaola, Lerbet, Pestaña, Moreno, Cramwell, Diaz, Albarracín, Callejas, Uriarte, Jurado, Viale, Bosch, Drago, Llambí, Escalada, Real de Azúa, Monasterio, Azcuénaga, Olaguer, Alzaga, Perez Millan, Lugones, Castro, Iturriaga, Carranza, Isla, Eastman, Sagasta, Pondal, Irigoyen, Rolón, Larrazábal, Dávila, Sosa, Aguirre, Pacheco, Peralta, Basualdo, del Sar, Gutierrez, Chás, Guerrico, Castex, Terry, Ezcurra, Nuñez, García Zúñiga, Oromí, Boado, Haedo, Mandeville, Alsina, Halbach, Olazábal, Coquet, Ramos, Armstrong, Villanueva, Suarez, Boneo, Lastra, Rodriguez, Soler, Sanchez, Ruiz, Senillosa, Ibañez, Merlo, Balcarce, Elorga, Rucker, Miró, Carranza, Malbran, Olazarri, Taibo.

V

Aquel año, el mayordomo Don Luis Frías, ayudado por el pardo Mauricio, componedor de altares, y un selecto estado mayor en que figuraban los jóvenes del barrio Jaime Llavallol, Julio Nuñez, Machado, Monasterio, Gallardo, Quintana, Callejas, se habían esmerado en el mejor adorno de la Iglesia.

El altar de Santa Ana, cuya compostura corría á cargo de la Señora Crescencia Boado de Garrigós, como el de San José, de la Señora Javiera Riglos, sobresalían en su brillante ornamentación, y hasta el pendón en cuya custodia turnábanse los señores Miguel Riglos, Calzadilla, Pineda, aparecía espléndidamente bordado de nuevo.

Fuera que la piadosa señora Estanislada Arana de Anchorena, mayordoma ese año, no ponía tasa á su munificencia cuando de limosna á su Iglesia parroquial se trataba, ó por que presentíase como rumor de guerra, ó desembarco inmediato, (el bloqueo de la Escuadra anglo-francesa se estrechaba) la celebración de aquella fiesta hizo época.

La primavera aparecía coronada de flores, vistiendo los primeros durazneros rosada vestidura; más algo vago é inquietante esparcíase en la aromada atmósfera.

Habíanse divisado desde el campanario, allá en el distante horizonte hácia la Colonia, humos de los primeros Vapores que remontaron el Paraná, rompiendo á cañonazos la triple cadena con que Rozas pretendió cerrar los ríos.

Aunque la buena Vírgen de las Mercedes, mercedes muchas ha derramado en estos pueblos, y en su infinita gracia perdona lo olvidadizos que somos los argentinos, como otros muchos que solo recuerdan de la lluvia cuando truena, puede no olvidar que los reconquistadores de esta ciudad, poníanse bajo su protección el dia del peligro, se la proclamaba Generala del Ejército Argentino en Tucumán, y Patrona de la Guardia Nacional de Buenos Aires, en vísperas de una gran batalla.

Indulgente como madre bondadosa, intercede por cuántos llegan á invocarla. Liniers, Saavedra, Belgrano, San Martin, Balcarce, nuestros más grandes Generales se arrodillaron con humilde corazón ante la imájen de la Virgen de las Mercedes, poniendo los soldados bajo su protección primero, y rindiendo luego á sus plantas los trofeos de la victoria. Ella ha escuchado siempre la oración de los que en ella confiaron, suplicándole con la plegaria que se lée en su portada: "Gloriosa patrona del ejército argentino, salvad la pátria!"

Uno de sus viejos devotos nos refería no há mucho: "En todos los peligros de mi vida me he encomendado con fé ciega á nuestra Señora de las Mercedes, así al oir el cañon de la batalla, como en medio de la tempestad, á punto de naufragar. Puede la juventud lijera sonreir indiferente al misterioso influjo de su protección, cuando la borrasca de las pasiones todo lo enceguece; pero en la hora serena de la reflexión, nada consuela más que este dulce y suave sentimiento que nos pone en comunicación con algo más poderoso que sostiene hasta más allá de esta efímera existencia".

"Arbol es la fé que plantado en la tierra se desarrolla y se eleva floreciendo en el cielo". "Por mi parte, agregaba, compadezco más al que en nada crée, que á quién viniendo *á ménos* quedó sin un amigo."

SI SERÍA BUENO?
SI SERÍA MALO?

I

El Obispo Carranza, Carmelita Dezcalzo, hizo época, pués que inauguró la de los Ilustrísimos; pero no es precisamente del fundador de Nuestra Catedral que vamos á ocuparnos, sinó por accidente, en esta crónica del siglo XVI.

Después de muchas noches en vela de invierno tan frío y lluvioso como ya había pasado de moda, sobre el apolillado mamotreto más antiguo y original: " *Extractos de Acuerdos de los primeros Cabildos* (**1609-1639**)," quedamos en ayunas, en cuanto á los grandes servicios, y grandes trapisondas, del Señor Don Juan de Vergara.

Nuestra duda ha quedado en lo mismo, trás investigaciones por presentar hermosos ejemplos del pasado, pués si la página 1356, de nuestro viejo infólio manuscrito, le recuerda *rico-home*, hidalgo de ilustre prosapia, enchapado con tal cúmulo de experiencia y buenos antecedentes, que cual oráculo en aquellos tiempos coloniales, el Cabildo le mandó consultar estando enfermo, (pidiéndole enviára su

voto desde la cama,) á vuelta de fólio se lée, que no sólo fué este buen Señor quién estrenó la cárcel, por muchos años cerrada, sinó que después de haber sido causa del choque de los dos cuchillos (entredicho civil y eclesiástico,) tuvieron á la postre que mandarle á paseo, desterrado como enredista en cuentas turbias.

Figúrense ustedes si serían de buen cariz las gentes que por entonces pisaban estas calles, que la primera generación ni probó Cárcel; y en la segunda, la visita de féria mandóla cerrar (1630) pués que judío usurero, ni portugués contrabandista había que hospedar; y en cuanto á cuchilladas, como no se importaba el busca-pleitos (aguardiente de grano, fabricado ultracordillera por el pacificador de la Araucania) los cuchillos enmohecían en sus vainas. Apesar de la morigerización de costumbres y la benignidad de la justicia, ¿cómo sería el pájaro de doradas alas, que tuvo que dormir á la sombra, sin duda para que sus doraduras no se empañáran?

Cierto que no hay sér perfecto bajo el sol, bueno resulta el que más buenas obras deja, como huellas imborrables de sus pasos por los que se le recuerda, y olvidados quedan en el tintero, los que de la sombra ó de entre dos luces no salieron.

Más, no embargante ser el de Vergara elojiado por Dominguez y Trelles, y criticado por Quesada y otros cronistas, las "Actas de Cabildo" le mencionan por haber sido causa del primer cañonazo, de la primera escomunión, y primero que anduvo enredando la lista.

Veamos cómo en ellas figura, y el lector más avisado deducirá *si fué bueno, si fué malo* el Señor Capitán Don Juan de Vergara y..... y muchas otras cosas!

II

Bien andaban los Gobernantes y gobernados en santa paz y gracia de Dios, por este pacífico vecindario donde ni suegra había llegado, pero como no era cosa de ir en busca del *cacheta-infantes* hasta el Paraguay, para confirmar sietemesinos, nó de allí nos llegó con Don Juan de Garay el Mitrado, pero sí de la Metrópoli, en la división de la Diócesis. Al pisar esta tierra el Ilustrísimo Señor Carranza, Carmelita Descalzo, nó descalzo, pero sí de rodillas sobre

la húmeda arena del desembarcadero, postróse humildemente el Señor Gobernador, quién con el pueblo todo, recibiera la primera bendición Papal, conmovido le besó el anillo, pectoral, y cuanto tenía besable el Pastor de esta Iglesia, hasta entónces sin pastor, y con pocas, muy pocas ovejas descarriadas!.....

.....

Y así continúa la crónica:

"Promediando la Gobernación del ex-*Veinticuatro de Sevilla*, Don Francisco Céspedes, por aquello que no hay tan sólida ó duradera amistad que resista á quiebras si intervienen chismerías, ruines terceros desunieron los dos grandes amigos: el Gobernador y el Obispo. Por una de las tantas bellaquerías, (muchas son las que el manuscrito mencionado refiere) cayó entre rejas Vergara, *rico-home* bien emparentado y bastante caviloso, cuya amistad con el Obispo debiera escudar según creía, todas sus picardigüelas. Alharaca grande levantaron los paniagudos, exaltando á su Ilustrísimo, con que se le pretendía dar garrote aún sin los auxilios de la Religión. Lo que, conocido de él, (agrega Villaruel, que llegó á ésta poco después del sucedido,)—se lo diera, como se lo diera yó. Si bien de tan lindo pecho era el Gobernador, y de corazón tan hidalgo, que templábase tan presto como se había enojado; tan vehemente en ejecutar, y precipitado era Carranza, que corrió á la Cárcel en numerosa y armada procesión, seguido del Dean, Arcediano, Canónigos, Curas y Sacristanes, Prestes y Arciprestes, Acólitos, Organistas, Perdiguero, Perrero, Mayordomo, Cancelario, Ceremoniero, Apuntador, Maestre escuela, con el Crucifixero por delante, y grupo de beatos por detrás, armados de bastones y paraguas, entrando á la cárcel, rompió sus puertas y abriendo la del calabozo, sacó violentamente al preso en medio del vecindario asombrado de ver un delincuente preso, llevado en andas ú hombros de eclesiásticos.

¡Pués no era nada lo del caso, que la autoridad eclesiástica había de dejar poner la mano sobre todo un Tesorero de la Santa Cruzada!

.....

Cuando la noticia llegó á interrumpir la siesta del Señor Gobernador, resistiendo el Obispo reintegrar el preso á donde lo sacára, mandó disparar dos tiritos con toda ceremonia, y por él mismo abocados los cañones: el primero de pólvora; el segundo á bala; y cuando se

apuntaba el tercero al modesto Palacio Episcopal, que si no tenía el techo de vidrio, lo era de paja brava de laguna inmediata, no se esperó á que la cuerda-mecha desparramára el racimo de metralla, y puso al reo en la puerta, volviéndole á la Cárcel donde lo encajonaron.

Así que se le pasó el susto, el irrascible Obispo, mandó cerrar las puertas de las Iglesias, doblar las campanas, esparcir ceniza en los altares y otros excesos, poniendo en entredicho, y fulminó tremenda excomunión mayor contra el Gobernador y cuántos le obedecieron!..

Y ésta fué la primera excomunión de que hay memoria, que no había de traer su Ilustrísima tan pavorosa autorización á enmohecerse dentro su limosnera. Pero como poca mella hizo todo ese ruido en vecindario tan apático, cual el humo del primer cañonazo fuése apagando el de tanta polvareda, mucho más, cuando de la apelación al Consejo de Indias, vino también la primer reprimenda á Su Ilustrísima por extralimitar su jurisdicción.

Aunque muy bueno el Gobernador, no fué la única vez en que vióse obligado á tirar un poco la cuerda á Vergara. Los enredos y chismes seguían, y así como calumniaron unos al Gobernador de que estaba dispuesto ahorcar entre dos luces á vecino de tantas luces, calumniaban otros al Obispo, y hasta la Metrópoli llegó el soplo de que, sin mitra y con capa, habíasele visto, ¡figúrense ustedes! con una mujer en las faldas!

Escudriñandó el caso, comprobóse que hacía fiestas á una de sus ahijadas, mujercita de *dos años*, primogénita del Notario, que le distraía con el donaire y gracias de esas medias lenguitas infantiles que tanto divierten á los ancianos!

Don Juan de Vergara, de añejo abolengo, llegó á ésta, del Potosí, por los años de 1604, diez años antes que su hermano Alonso Agreda de Vergara, proviniendo de conquistadores y descubridores del Perú, hijosdalgos. Ellos y sus descendientes ocuparon en Buenos Aires puestos de distinción.

Encarcelado, desterrado y perseguido por sus enredos desde antes del Gobierno de Dávila, que siguió al de Céspedes, presentó petición de tierra, llamándose vecino y Regidor perpétuo de esta Ciudad y Puerto de Buenos Aires que: «Há más de treinta y dos años resido en ella con casa poblada, y he acompañado (agrega) con mis armas, caballos y persona á cuantos servicios de Su Magestad me han llamado

en escursiones y campañas hasta *Matará*, cuando el castigo del Cacique Pasí, todo á mis expensas, sin haber tenido ninguna ayuda de costas, y porque tengo mujer y mucha familia, tengo necesidad de tierras para estancias de ganados, sementeras y otros efectos necesarios para poderme sustentar.»

Parece le fué mejor en esta segunda parte de vaquero que en sus primeros oficios de chismero, pués há pocos años, encontrábase afincado en mayor escala, con estensas propiedades en esta ciudad, Monte Grande, Matanza, Magdalena, Cuñazaré, y Río Paraná, unas compradas y concedidas otras por los Gobernadores.

Ya en 1609, había adquirido de Hernando Arias de Saavedra su magnífica Estancia en las Conchas, que era lo mejor que tenía la Provincia por sus plantíos y vaquerías. Por aquello de que si los pillos supiesen se harían honrados por conveniencia, parece que los años y los achaques le transformaron en hombre de bien, y hasta con puntitas de honorabilidad. En una de las ausencias del Alcalde de primer voto, que acompañára al Gobernador en la visita de provincia hasta Santa Fé (1643) se notificó á Vergara, acudiese á desempeñar sus veces, lo que escusó por hallarse enfermo de la vista.

Del mismo libro de Actas resulta que el 14 de Marzo del año siguiente, tratándose en el Cabildo de un pleito que seguía el General Juan de Tapia de Vargas, contra Don Mendo de la Cueva y Benavidez á la sazón correjidor de Oruro, en atención á la seriedad del asunto, mandaron al Escribano á pedirle su parecer, á su casa, antes de seguir la votación, al llegarle su turno. Vergara contestó que, como antes habían celebrado acuerdos sin su asistencia, lo hiciesen también en este caso, pués él no votaría, por cuanto no podía asistir á Cabildo por sus enfermedades de la vista y del oido.

Lástima que cuando la esperiencia se aumenta, los sentidos disminuyan, pués que en esa época aparece Vergara hasta con ínfulas de oráculo por su ancianidad, su práctica, su posición espectable, y por el hecho de ocupar el puesto perpétuo más antiguo del Cabildo, cual era el de Rejidor de primer voto desde el año 1619.

III

Asentado el juicio, á lo que su prisión y destierro nó poco contribuyeron, que los padecimientos aleccionan, pués nadie aprende en cabeza agena, Vergara en sus postrimerías vino á ser uno de los hombres más adelantados de aquella época de poca ilustración. Sus razonamientos eran siempre sólidos, apoyados en los hechos, según escritos y apuntaciones que se conservan. Muy amigo de las cifras y de las citas históricas, algunas obras de embellecimiento y mejoramiento en la ciudad y campaña, se debieron á su iniciativa.

El año 1649 se ausentó para Chile, pero la familia de su nombre en ésta, llegó á ser por medio siglo, algo como la familia Favia, de Buenos Aires, por su influencia y riquezas, como por su numerosa descendencia.

Aunque muy hábil en cuentas, no las presentó muy claras al regreso de la visita á las provincias, en que acompañára á Hernandarias. Este arguye, y con razón, que: «al apremiárse á él, y nó al responsable que llevaba, administraba la paga y trabajo de los Ministros que se ocuparon en la visita de oficiales Reales se hace solo á fin de evitar á Juan de Vergara desembolse la parte que no haya restituido y vuelva á la dicha Real Caja».

Para que el lector juzgue mejor, si fué bueno ó si fué malo, este mixto de tarambana, que tanto concurría á los salones del Cabildo, como á sus calabozos, (en dos Gobernaciones, cuando no estaba en la Cárcel lo andaban buscando,) reasumiremos como apéndice el *Acuerdo* que más le acusa, con la glosa de su más admirador.

Se lée en el acta de la sesión del Cabildo que tuvo lugar el 5 de Octubre de 1630, sobre espulsión del perturbador Juan de Vergara y su familia. «Propuso por escrito Don Juan Gutierrez de Humanez, Procurador General, que teniendo noticia que volvía á esta República Juan de Vergara, dió petición al Gobernador para que atendiendo la paz y quietud de que gozaban, y á que los ánimos de muchos vecinos

se comenzaban á turbar y á inquietar, se sirviese demandarle que no entrase en esta Ciudad. Furtivamente introducido, vánse fomentando algunas inquietudes y alborotos. Aunque casi todos los vecinos han escrito á Su Majestad la conveniencia de mandarle salir, es necesario que este Cabildo le represente cuán de su servicio será saliese de esta República para que en ella se gozase de quietud, por lo que es perturbador de la paz en ella, conviene á Vergara salga con su casa y familia, y se le prohiba volver á ella en todo tiempo. Lo que se proveyó de conformidad, estando oculto sin poder ser habido del Gobernador, ni del Contador Peñaloza, Juez de la Real Audiencia que con comisión vino á llevarle preso, y que admitiese los descargos de Vergara, en la causa y pleito en que Hernandarias procedió contra él. Que tan escondido se halla, que ni por bandos, ofreciendo plata á quién dijese donde estaba, se ha dado con él, por el temor que le tienen respecto de ejemplares pasados, por que con sus trazas y mañas, sin echar firmas, dando malos consejos están destruidas muchas familias y de la misma manera vecinos ausentes, y otros por desviarse de su vigor y crueldad con que ha procedido muchas leguas de aquí, han acabado la vida, dejando sus mujeres viudas, los hijos huérfanos y con gran miseria y padecimientos.»

. . . . . .

Creemos que como la mayor parte de los mortales, tuvo éste, su faz buena y su faz mala, pués que nada hay perfecto en este pícaro mundo, y por buenos pasan aquellos cuyas malas acciones visibles son ménos.

Exhibiendo por ambos lados la medalla que acuñó en los días de su vida este Señor de Vergara, el perspicaz lector deducirá: *¿si sería bueno? ¿si sería malo?* personaje que á los tres siglos todavía se recuerda como el promotor del primer cañonazo y de la primera excomunión.

La calumnia mata

I

Cuando se reunía á campana tañida en la Capilla de San Miguel el lunes 21 de Setiembre de 1755, la Hermandad de Caridad, con paso lento y majestuoso, entró el Señor Campana y espuso:

"Que en vista de la precaria existencia que arrastraba la Cofradía después de treinta años, comprometíase á fundar el Colegio de Huerfanas, costeando de su propio peculio edificio y cercados, reservándose el patronato y título de fundador.»

El discursito no podía ser más sabroso. Aplaudiéndole todos, se levantaron para congratularle por su piedad y cristiano propósito. Algunos se admiraban que ofreciendo tanto, pidiese tan poco.

«Ni siquiera un par de huérfanas para alcanzar el mate de leche matinal,—murmuró la mulatilla que por ahí andaba sacudiendo flores viejas de trapo, en el altar del Arcángel.

No sólo sus cofrades le aplaudieron, sinó los filántropos de entonces que sin lista impresa, ni bombo periodístico, hacían más caridad sin tanto ruido, y los señores Gonzalez, Goyeneche, Ochoa, de Amarita, el Obispo Agramonte, el Gobernador Ardonaegüi, y hasta el mismísimo

Rey, desde España mandó agradecer por su desprendimiento á tan magnífico Señor.....

.....

Seis años después, todavía en el Capítulo celebrado el 25 de Noviembre de 1761, volvía á exponer Alvarez Campana, que habíase visto en el empeño de pagar la obra, los gastos de alimentos, vestuario, y muchas otras etcéteras, cual consta, no sólo á los hermanos, sinó á toda la ciudad, llevando miras de fundar el Hospital de Mujeres, y una Casa de Expósitos. Contestaron los presentes, testigos de cuanto refería, y era notorio, como lo atestiguaron, y no habrá quién lo niegue, declarando, que el patrono y fundador de dicho Colegio era y debía ser el Señor Campana, pués que lo inició, lo ejecutó, recibía las limosnas, administraba sus cortos productos, corría con la fábrica del Colegio, y también con las colegialas por los vericuetos del jardín á falta de otra gimnasia, ó ejercicios para el mayor desarrollo. Esto último no lo decían, pero lo suponían.

Los mismos señores Gonzalez, fundador el padre, de la predicha Hermandad, y posteriormente el hijo, del Hospital anexo, firmaron el acta, y por segunda vez su Ilustrísima aplaudió el santo celo con que empleaba su caudal. Llegaron á querer tanto al Señor Campana toda la gente de sacristía que hubieron de elevarlo á la altura de sus tocayas, y si no le pusieron en altar, fué por que el único de la Capilla lo ocupaba ya la imágen del Angel de la Guarda.

II

Muchos años no transcurrieron, cuando en el de 1766 era arrestado por órden de Su Magestad, secuestrándose sus propiedades durante la prisión.

¿Qué había sucedido para caer del alto pedestal, que cuanto más elevado mayor porrazo produce? ¿Qué causa transformaría la opinión pública, tan versátil, que ni buenas obras proyectarse pueden sin levantar emulaciones?..... .....

"¿Qué me importa?" suele decirse. «Me rio del qué dirán» "Tenga Vd. la conciencia tranquila, y no haga caso de lo que se diga.» Y adagios parecidos, más ó menos estóicos, se repiten con frecuencia.

Pero la verdad verdadera es otra, cuando la procesión anda por dentro de esos honrados á medias, nó enchapados á la antigua, como los que enseñaban que preciso es nó solo ser honrado, sinó también parecerlo. ¿En qué cascarita de naranja ó mal paso habría resbalado este promotor de tantas obras buenas, para ser conducido entre rejas, el que muchas y muy pesadas hiciera venir de Vizcaya, precaviendo escalamientos, gatuperios y tentaciones del mundo y también de la carne, á pobrecitas huérfanas por tantos abandonados, que sólo él guardaba?

Mientras lo adivina el adivinador, seguiremos nuestro cuento, que no lo es. ....
....

Engorroso sería reseñar las diversas peripecias de traspasos y divisiones en los campos de Campana, desde que en noche de trueno y sobre la verde carpeta los ganára al Capitán Lómes, obtenidos por donación del Rey, ni de cómo de esa sucesión, los adquirió la sociedad Escalada y Armstrong. Escenas hubo y algunas de melodrama al cederlos después el padre Escola al Coronel Ibarrola y Martinez, de quienes los adquirieron los Señores Costa en 1853.

Misteriosas leyendas recuerdan aquellos pagos, como la de *El Pirata Correntino*, *La Salamanca de Juan Sin Ropa*, y otras; pero ni en la celebrada carrera, (parejeros de Don Ladislao Martinez y el padre Escola), hasta el cañon de la Recoleta frente á la antigua quinta del Doctor Cayetano Campana, no podemos detenernos en esta tradición, también á la carrera, destinada á recordar cómo la calumnia dió muerte, al que dió vida á esos campos y nombre al *Rincón de Campana*.

III

En el transcurso del largo pleito, no faltó, ni aún de los mismos beneficiados por el señor Campana, quién se prestára á declarar con un: *así se dice !,...—Esto se asegura—eso se murmura—por la vecindad....* como que si en la Estancia *Los Remedios* (en las *Vacas*) éstas solo daban leche para el patrono, (siendo propiedad del Colegio,) y de pichuleos, huevos y quesos, frutas de corral, etc.

Otro de sus émulos declaró, que el Rinconcito consabido servía para ocultar muchas cosas, y que si detrás de cada rancho del camino solía quedar una *campanita*, resultado de frecuentes idas y venidas del enamoriscado estanciero, ninguna de sus tocayas sonaba á tiempo, para despertar al guarda-costa, cuando por esas desiertas barrancas del Paraná se introducían mercancías del *Buque del Asiento*, olvidando pagar derechos fiscales, y otras gabelas, ocupado en sus huérfanas, y tanta obra pía.. piadosa ó de pillería.

Y de cuantos declararon, apénas resultaba con algún viso de apariencia, que, si del contrabando puesto á la moda, por gabelas, almojarifazgos y altos impuestos, alguno había desembarcado allí, no fué para provecho del rico hacendado, y si en un mismo libro llevaba cuentas de propios y extraños, y asentándo á su nombre, propiedad para otros adquirida, exijencia era del vendedor, á quién inspiraban más confianza los fondos del señor Campana, que todas las huérfanas sin *fondos*, y que si de todas ellas, apénas la más talludita reservára, nó para su uso particular lo era, sinó para servir el chocolate de la señora, quién, como muy piadosa, bien la adoctrinaba.

IV

A rumorcillo de contrabando agregáronse viejos ódios suscitados, pués que á petición de Campana, vino la Real Cédula prohibiendo á los Curas cobrar un derecho de muertos, que habian inventado, por el cual, si fallecía alguno, muerto podría quedar, pero enterrado nó, mientras no se pagára por él. Y como entónces, como al presente, tan irresistible persuasión tenía el mal, que al referir el embustero vicios inventados, mayor crédito alcanzaba, que narrando el veráz virtudes ciertas, su reconocida virtud no le impidió largos y fríos días de prisión.

Campana, rico de nacimiento y hasta después de sus días, poseía desde antes que las huerfanitas del Colegio nacieran, mayor caudal que la limosna para ellas recolectada. Cuando al fin la verdad se abrió paso, uno trás otro, y antes de dirijirse á su casa, los dirijió detrás de San Miguel, que la esperiencia le había enseñado á cuidar más de su buen nombre, que de sus peluconas.

A la puerta del Colegio de Huérfanas nuevos inconvenientes se opusieron para franquearle entrada, que los últimos escombros de la calumnia tapiaban. No obstante salir absuelto de culpa y cargo, desconocíanse sus prerrogativas de Patrono y fundador. Abatido, pero no vencido, cuando se le cerraba la institución á que consagrara tanto tiempo, dinero y paciencia, nuevo largo pleito siguió, aunque á la larga llegó un día su triunfo!

Cierta mañana, pasando por esa misma Iglesia de San Miguel, desfigurado por los sufrimientos, á oir alcanzó la murmuración de dos beatas saliendo de comulgar, al no serles contestado el saludo por el buen mozo que pasaba.

—Pero has visto mujer!— chismografiaba una á la otra,— qué tieso se ha puesto el sobrino del encarcelado, desde que salió el tio de chirona, purgados sus gatuperios?

Quebrantado por la pesadumbre desde ese día, cayó en cama el benéfiço devoto, pués hasta en el umbral de la Iglesia tropezaba con la calumnia. Herido quedó, y simismado por tenáz idea que le carcomía. ¿Cuán cierto es que de la calumnia algo queda. Siempre hay oidos más abiertos para el mal del prójimo, que para la justificación de su inocencia.

Otros tres años transcurrieron en trámites y apelaciones, engrosando, subiendo y creciendo el espediente, como una montaña.

Llegó la hora de la reparación, y saliendo Campana de nuevo, más limpio que patena, al tapar con ésta el caliz, dió vuelta el Cura en la solemne misa del desagravio, dirijiéndose á la puerta de San Miguel, donde la ofensa se le infiriera y en cuyo propio sitio se ordenaba tuviera lugar la reparación.

Parado frente al Párroco, á la entrada de la Iglesia, le rodeaba numeroso grupo de vecinos y curiosas, de entre las que, viendo á Campana tan demudado, se escapó más de una esclamación compasiva:

—¡Cómo lo han dejado, pobre hombre! La calumnia le mata!...

.....

Ya el cartulario bajaba las antiparras, leída la sentencia, en que, entre otras penas, imponía al ofensor que, tomando al calumniado de la mano, lo presentára al público como inocente, y le pidiese perdón por la ofensa, declarando tres veces en alta voz, que no había tenido razón en su dicho.

A cumplir esta primera parte de la reparación dirijíase, cuando

Campana, todo temblando y emocionado, retrocedía al aproximarse su adversario. Los sufrimientos y amarguras de largos años habían de tal modo consumido su físico, que agotada toda enerjía en tan larga comprobación de su inocencia, desfalleciente el ánimo y quebrantada su naturaleza toda, al estenderse aquella mano para satisfacerle, cayó cual fulminado por invisible conmoción, cayendo para siempre el anciano, en el mismo sitio que se le había afrentado.

No fué que el honrado Señor de Campana llegára á ser convicto de malversación de fondos, sinó que la última justificación, marchando como toda justicia, con piés de plomo, tardó tanto, tanto, que llegó después de sus días!..... .....

La calumnia mata, y tampoco este es el único ejemplo que recuerda la crónica del siglo pasado. Ella tocó de rechazo á todos los que de más ó ménos cerca tuvieron participación en tan escabroso berenjenal.

Hasta el virtuoso prelado que amenazára al Capellán de San Miguel con la excomunión en boga, si no prohibía la entrada del Colegio á su fundador, murió en el destierro, y le mató la calumnia el día antes que fondeára el Galeón de Indias en Montevideo, cuyo cajón de España traía la Real comprobación de su inocencia.....

Lectora amiga: ¡no calumnies, no calumnies jamás! ¡Cuántas veces, sinó de pronto, lenta y sorda, vá interiormente minando. Oh! ¡cuántas veces la calumnia mata!.

RARO CASO DE AMOR FILIAL

(CRÓNICA DEL ÚLTIMO AÑO DEL SIGLO XVIII)

I

A ciertos hijos á la moderna, entre quiénes el amor filial suele andar á caballo ó en petizo, y aún de carrera ó á escape, no estará demás recordar que antes del nivelador *«tú y vós»*, que todo lo igualiza, tiempo hubo en que los retoños eran más apegados y respetuosos, y cómo algún hijo volvió desde el otro mundo, sólo por dar un abrazo á su madre.

Promediaba el pasado siglo, cuando con un puñado de *guineas* en el bolsillo, y muchos más de bendiciones de sus buenos padres, arribaba á estas playas, desde las de Inglaterra, el señor don Pablo Guillermo Thompson, inglés de origen, y americano de profesión, al naturalizarse español, en la tierra donde encontró su bienestar, perseguido por sus ciudadanos como irlandés católico, y por la desigualdad de las leyes de su país, como segundón.

Casó en ésta con Doña Tiburcia Lopez y Cárdenas, una de las más reales mozas de su tiempo, que lo fué *el año de los tres sietes*, primero del Virreynato, linajuda y hermosa por los cuatro costados.

Si el rubio hijo de Albión, nació hablando inglés, sabía ella hablar francés, y con pronunciación ó timbre tan argentino, como el de las *peluconas* de Señor padre, cuando sus esclavos variaban la plata, al sacarla de los zurrones, y tirarlas con desprecio al montón donde se asoleaban, y del que nunca faltó una. Tan real pareja hicieron, y tanto, pero tanto se querían, que otra espina no punzaba al inglés, que la que otro fuera á poséer aquel saquito de virtudes y primores, floreciendo todo en una rama, como las sonrosadas mejillas de su Tiburcica.

Vino un hijo al mundo á coronar el amor de los dos atortolados. Pretendiendo el muy egoista, (por algo era inglés) que si la muerte rompiera el lazo, nó otro Vulcano soldára la rota cadena, y para aliviarle en ésa su ansiedad, un buen día, junto á la cuna del recien nacido, la cariñosa mujercita, quién sobre todo afecto tenía el de su muy amado, propuso otro segundo voto, como doble sello de amor y ternura.

—Te quiero tanto, pero tanto, tonto, tanto, mi buen Williancito, que si llego á perderte, yo no sé qué haré. Nos perderemos los dos. Si no pierdo la razón, caso que seas primero llamado á Dios, yo me llamo á claustro, para tenerte más cerca de mí á todas horas, que tu sólo recuerdo me absorba en la soledad y el silencio, rezando noche y día por tu bién. Te prometo y te juro, que acto contínuo entraré de monja.

—Yes! Yo te rejuro que en idéntica situación, pedazo de mi alma, al desprendérseme la tuya, en un hilo mi media alma quedará como alma en pena, vagando por los claustros de San Francisco!.....

Más de un caso semejante recordamos en nuestras tradiciones: del Teniente Coronel D. Juan Antonio Argerich, posteriormente Cura de la Merced; del Sr. D. Francisco del Sar, tonsurado á sus sesenta abriles; el Cura Mota, y otros muchos, pero pocas, muy pocas, que cambiáran sus tocas de viudedad por las de monjío, cumpliendo así, tan mal probablemente, como el primero, el segundo juramento.

II

Mientras tanto iba creciendo y alargándose Martinico, único vástago de ese par de atortolados, y á los diez años fué enviado á

educarse en Europa (que los muy revenidos no tienen tiempo sinó para quererse) donde aplicado y estudioso, obteniendo las mejores notas en sus exámenes, en el último año del pasado siglo, próximo estaba á salir en la Real Escuela de Marina con las más honrosas clasificaciones para seguir como Cadete á la Armada Española.

Cierto día nublado le llegó la infausta nueva del fallecimiento de su amado padre. Como las malas noticias nunca vienen solas, llegaba tambien la del voto fatal, con el que de un golpe quedára en doble horfandad. Entonces sin vacilar, haciendo todo á un lado, libros, carrera, galones, porvenir y cuanto en el mundo tenía, decidió embarcarse, al descifrar las patitas de mosca de una tía, en lacónica posdata: « Si quieres abrazar á tu madre por última vez, apresúrate. Un doble voto unía á tus padres, bajo solemne y mútua promesa de que el superviviente profesaria en un Convento »

Por más que se apresuró el desconsolado Martín, en aquellos tiempos largo era el viaje. Pena infinita sintió al saber á su arribo que la madre querida habíase enclaustrado ya de monja Capuchina, bajo el nombre de Sor María Manuela de Jesús.

Desesperado y aflijido, concentraba todas las facultades de su inteligencia en ingeniar algún medio de verla, cada vez que se alejaba del torno más tristemente acongojado, si por breves momentos llegaba á oir como éco de otro mundo la voz maternal. Tanto rondaba la manzana de San Juan, que las pisponas sanjuaninas de la vecindad, empezaban á porfiar por cuál de ellas pasaba el buen mozo, cuando miraba al paredón, estudiando las costumbres de la casa, del Convento y sus alrededores, y hasta los árboles, sin encontrar, nó ya rama en qué ahorcarse, sinó gajo bastante resistente para saltar.

"Pobre porfiado saca mendrugo", y después de mucho recapacitar, observando cuidadosamente los detalles del interior conventual, no faltó vecinita compasiva que le hiciera saber, que el primer viérnes de cada mes, uno de los filántropos devotos, mandaba traer de su Estancia varias carradas de leña, que piadosos vecinos apilaban cerca de la cocina, introducida por la puerta trasera de la huerta. Por otra de las donadas con olor á torno, ó sacristía, supo cuándo la última novicia estaba de semana. Y con estos y otros detalles, que miradas de buen mozo enternecen corazones, de disfrazado devoto se introdujo, acarreando leña. No tardó la ocasión en sospechar lo que buscaba al

través de velo caído, ó mal velada toca. Por descubrirse novicia en quehaceres tan fuera de sus costumbres, ó presentimiento que al corazón del que ama siempre conmueve, en algo la reconoció. Sospecharla y correr á ella fué uno, á cuyo cuello se arrojó conmovido, prodigándole las espresiones de su afecto, y esclamando loco de ternura:

—Madre! Soy su hijo! Abrázeme! Cuánto he corrido por llegar á sus brazos!

Y cuando el hijo apasionado, "Hijo querido de mi alma," esperaba oir, con frio ademán apartado, apénas percibió helado en su turbación:

—Yo yá no tengo hijo! Mi corazón ha muerto! No existo para el mundo. Retírate!

Cuán grande sería la sorpresa del jóven afligido, viniendo desde tan lejos á los brazos maternos que no le estrecharon, separado por su propia madre, con la espresión estática de la monja.

—Mi corazón ha muerto! Oh! esto es horrible. Los muertos no hablan. Su corazón late. Hijo de sus entrañas. En nombre del Dios bueno, ¿cómo puede rechazarme?

Estas y semejantes esclamaciones se oyeron al jóven que salía medio loco, huyendo y llorando sin consuelo.

III

Algunos años pasaron. Por largo tiempo resonó el incidente, y los comentarios se multiplicaban, admirando unas, cómo había conseguido una madre virtuosa sobreponerse, logrando el fanatismo de la época matar el amor de madre que en todo tiempo estuvo sobre todos, elojiando otras el afecto entrañable de hijo tan cariñoso.

El héroe de esta aventura, reasumía en su persona los atractivos de una belleza física poco común, que realzaba la distinción de su rango, por lo que, más de una estación fué el niño mimado en los estrados de nuestra reducida sociedad.

Entre las beldades de su tiempo, descollaba cierta Mariquita, detrás de alta ventana en la calle del Empedrado, (que casi se vivió

un siglo, á dos equivalente, por la cantidad de benéficas obras que en pós dejára,) á quién impresionó más que á otras la cantidad de amor filial del futuro marino-diplomático.

Acaso ésta su primer virtud le abrió camino, pués la deducción se imponía. "Si tanto quiere á madre que le desdeña, cuánto querrá á corazón que le corresponda." Y por estas y otras, la Señorita María Sanchez Velazco, quedó desde el primer día del siglo, concertada novia oficiosa, sinó oficial, del Oficial de Marina Don Martin Lorenzo Thompson.

Faltaba el rabo por desollar. Si el uno era simple Teniente, aunque la rica heredera no comprendía relación entre el amor y el interés, de distinto modo pensaba Señor padre. Más, si ejemplo escepcional de amor filial fué el jóven Thompson, cinco años de rigores paternales ó suegriles, no hicieron mella en aquel corazón templado por el amor á toda prueba. Y como dueñas cuidaban de ella, y el proyecto de suegro sabía á qué atenerse en cuanto al salta-conventos, si bien aquí no había conspiración de vecindad, ni aliado dentro de plaza, todo oficio juzgó bueno para llegar á la niña de sus ojos, hasta el de aguatero, bajo cuyo disfráz se introdujo. Así, cuando entró á la niña capricho por tomar baños fríos, aún fuera de estación, con sus dos flacos bueyes barrosos, pipa de aguatero sobre desvencijado castillo del que sonaba campanita colgada del arco, junto á imájen de la Virjen, oía el Señor de Sanchez á su puerta todos los sábados, pero lo que no veía, era el porqué la niña había de ir siempre á ver llenar su bañadera. Envidiosa vecina descubrió el ardid, de que nuestro futuro Capitán del Puerto, antes de llegar al de sus amores, por refrescar sentimientos que le incendiaban, oficiaba de gallego aguador en chanclas.

Fué éste un otro caso de aquellos muchos: "Novio tenemos—Convento habemos!" pués que al día siguiente de descubrirse el pastel, y que de estafeta ó correo suplía caneca vacía, de las dos que parecían no acabar nunca de llenar la tina, desde el día siguiente, siguió la niña María tomando sus baños en el Convento. Tratándose de hija única, de peregrina belleza, de notables dotes intelectuales y heredera universal por añadidura de una de las mayores fortunas de la época, oposición tenáz se levantó, á enlace que no satisfacía ambiciones de padre inflexible.

IV

Cinco años sufrió el valiente mozo en el retortero. La novia fué depositada en Catalinas para que le olvidára, y su percundante alejado del país.

Víctima de sus afecciones, diez años había sufrido la ausencia del amor materno, y otros cinco por la más vehemente pasión, que al fin vió coronada en 1805.

El gentil jóven se hacía querer de todos por sus nobles maneras, habiéndose atraído la protección de los superiores, y hasta la del mismo Marqués de Sobremonte, yá Virrey, y del Comandante General de Marina, Huidobro. Persistiendo en su propósito, no tardó en ser ascendido á Alférez de Fragata en la Real Armada, nombrado después Ayudante y encargado de la Sud-Delegación de Marina en la Capital del Virreynato.

Con una perseverancia que nada desanimaba, siguió el proceso; presentó en largo espediente las tablas de limpieza de sangre que exigiera su proyecto de suegro, Don Cecilio Sanchez de Velazco, pués con más humos que actual locomotora, ostentaba sobre el estrado á la testera del salón, ovalado escudo de su antigua nobleza, oriunda de Granada, en cuyas armas figuraban los atributos más preciados en España. No era cosa pués, de dar la mano de la más rica heredera al primer buen mozo pisa-veredas que pasára por las de Florida. Más como todo lo vence el amor, y no hay constancia que no tenga premio, por lo de *guta cavet lapida*, las muchas gotas que de agua cayeron sobre el constante Oficial de Marina, cavaron en el pedernal de su suegro, y al fin, del Convento salió su dicha, como en él se enterrára en vida, la de su amor filial.

Por su aspecto, como hijo de inglés, por tal tomára á este rubio oficial, la vanguardia de Liniers, cuando al año justo de su casamiento, (1806) salía de la chacra de su suegro en San Isidro, donde se refugiaron con su familia, otras muchas, para avisar á los reconquistadores desembarcados en el puerto de Santa María de las Conchas, lo desguarnecido de la plaza y sus escasas tropas.

.....

Años después, en que el Coronel Don Martín Lorenzo Thompson coadyugó á la revolución de la Independencia con cuanto tenía y valía, fué en el de 1816 enviado como primer Representante de la Argentina, acreditado cerca del Gobierno de los Estados Unidos. En Filadelfia, contrató el primer grupo de oficiales franceses, que más tarde se distinguieron en los ejércitos de la patria.

.....

Y este hombre de natural tan amable y apasionado, como vehemente y espresivo, que hablaba con las manos, (tal era la nerviosidad de su carácter) que amó á su madre hasta el delirio, á la compañera de su vida hasta la locura, y á su patria hasta el sacrificio, se distinguió desde la Escuela de Marina en Madrid, por sus estudios, y en la reconquista y la defensa contra los ingleses como militar; condenado á doble horfandad desde sus primeros años, muy niño alejado del hogar, y encontrando trás larga ausencia cerrados los brazos maternales, siempre errante, léjos de los suyos, consagrando á la Pátria todos sus servicios, esposo de una de las mujeres de más ingénio que recuerda nuestra sociedad, padre del afamado literato Don Juan Thompson, (quién con nuestro Ventura de la Vega dejaron en España bien puesto el nombre argentino,) tuvo la desgracia de fallecer á bordo, en viaje de regreso, (1817) siendo su cuerpo arrojado al mar.

En aquellos tiempos un hombre al agua, aunque hubiere hecho grandes sacrificios, era verdaderamente *hombre al agua* en sus servicios y en su recuerdo, quedando para siempre olvidado, como si el Océano inmenso sin huellas, cubriera las que bien profundas dejáran sus pasos sobre la tierra.

Pero, á más de las de sus servicios á la Pátria, indeleble por largo tiempo, fué la esbelta imágen de este hermoso ejemplo de amor filial.

EL PRIMER TAPIZ

I

Fué el extinto Don Fabián Gomez, quién primero colgó Gobelinos en Buenos Aires, y en el *Chalet* que trajo de Europa"

Y como tres mentiras en dos líneas, demasiado eran para diario de la importancia que las anteriores publicó, sinó sacudimos tapices con cuanta garrida moza encontramos plumero en mano en cualquier puerta, por ella nos metimos hasta la sala, que privilejio de tradicionistas es andar husmeando rincones para exhumar antigüallas.

Pero antes de seguir adelante, y para que no gasten luto los muchos beneficiados durante la opulencia del ex-jóven aludido, debemos rectificar que los muertos que ese diario mata, gozan de buena salud, y completamente sano el que en sus buenos tiempos favoreció á muchos, de laborioso Pastor bajo pajiza cabaña se le puede divisar desde la «Estación Pirán.»

En cuanto *al Chalet*, sobre el que flamea el pabellón ruso, si bien Gomez le hizo avanzar hasta la Plaza del Retiro, al opuesto extremo, sobre la barranca Lezama, fué donde otro jóven, tan benefactor como el anterior, lo transportára desde Europa en medio del Parque de su nombre.

....

¡ Qué de ricas vejeces guardan las modernas casas, aún de ricachos improvisados! De ellas exhibió espléndido muestrario la Exposición Artística en el Palacio Hume, en cuya inauguración se cambiaron los papeles. Al dinamitero que sorprendieron poniendo un cartucho de dinamita en el jardín, para hacer volar tanta belleza en momentos que aplaudían al famoso actor Vico, se le había honrado con invitación especial, y al honrado Ingeniero Carnot, hijo del Presidente de Francia, á punto se estuvo de conducirle entre rejas sospechoso, por que demoraba demasiado, como entendido aficionado, en la admiración de cada objeto de arte.

No fué en una de esas viejas casas de ayer que encontramos el más antiguo tapiz, ni regordetona moza mofletuda la que lo indicó, sinó escuálida monja, tan delgada y transparente, que apénas contaba la cantidad indispensable de cuerpo para detener un alma.

Informada de lo que escuadriñábamos, contestó la Abadesa Sor Cármen, alzando la mirada al cielo:

—Siempre encuentra lo bueno, quien sabe buscarlo!

Creyendo se refería á la tranquilidad de espíritu que halló en el claustro aquella alma tan buena, siguiendo su insinuación, al levantar la mirada, leímos la fecha, (1657) en el gran tapiz suspendido sobre el Coro bajo, de las monjas Capuchinas, al lado de las iniciales y escudo del fundador de la Manufactura de Gobelinos.

Cuando para desarraigar las Bellas Artes de Italia, desde antes de la fundación cerámica en Sévres, mandó traer tapiceros flamencos Francisco I, sus preciosos productos eran obsequiados únicamente á los Soberanos, y así llegó el tapiz de «La adoración de los Reyes Magos» á Felipe II Rey de España. Soberanos que poco aprecio hacían de las obras de arte, regalaron más de uno de esos espléndidos tapices á Virreyes, que menos entendían de pinturas y tejidos, y en una de las esas munificencias reales, llegó á Filipinas la colgadura de marras. Más de un lustro llevaba la guerra de la Independencia, y yá por precaución viajaba de regreso á la Metrópoli, dando la casualidad que á la altura de las Canarias regresára de hacer flamear el pabellón azul y blanco, frente á Cádiz, la Corbeta *Vigilancia*, (corsario argentino al mando del Comodoro Chyter, 1818.) Apresada la barca que le trasportára y declarada *buena presa* en este Puerto en el Remate, de todo lo que contenia fué estendido el abultado rollo.

.....

Alto, flaco y espigadito como vara de justicia que no se dobla, llegó á pasar el Señor Canónigo Doctor Don Pedro Pablo Vidal, por donde en pública subasta se adjudicaba al mejor postor cuánto de corsarios provenía, haciendo postura por lo que, si por vieja alfombra despreciaban los más, otra cosa barruntaba el ilustrado Canónigo, pués que diez y seis peluconas nuevecitas, como ojo de buey, á toca teja alargó sin titubeár, para que se la adjudicáran. No escaso de cierta tintura artística, poco tuvo que limpiar sus gafas para reconocer la finura del tejido, la consistencia y lo maravilloso de sus tintes, y en todo el espléndido tapiz mal conservado, una obra de arte como antes ni después llegó otra igual.

—Si nó Gobelino auténtico, se dijo, tan perfecta es su imitación, que ha resultado mejor que el modelo, y á la Iglesia más cercana me le llevo, que es la de mi devoción!

Así tan zarandeada tela, desde París á Madrid, y de allí á Filipinas, apresada en Canarias y vendida en ésta, vino á servir por mucho tiempo de cortina, tapando la gran ventana en el Coro alto de la Iglesia de San Juan.

II

No sólo Pellegrini, Manzoni, Verazzi, y cuántos artistas notables nos visitaron, le habían ya apreciado como Gobelino de primera clase, sinó que su autenticidad ha sido posteriormente comprobada por los Directores de la célebre Manufactura.

Una de las benefactoras de esa Iglesia escribía al Capellán, desde Pau, á vuelta de su peregrinación de Lourdes: «Mucho cuidado, con el Gobelino. Siguen su pista, y por cualquier precio la dirección de ese Establecimiento quiere volverlo á poseer. No há mucho han robado en Sevilla, el Niño de San Antonio, y sólo por ser las obras de Murillo brillantes que en todas partes denuncian sus resplandores, no se encontró rincón bastante recóndito para ocultarlo. De *La adoración de los Reyes Magos*, gran Gobelino en América, sólo se sabe que después de haber salido de Francia para España, el Rey lo obsequió á una de sus Catedrales, ó Virreyes.»

No mucho después del arribo de esta carta, aparecía todas las mañanas frente al Altar Mayor, anteojo en mano, á la hora que el sol derrama mayor claridad sobre el inmenso cuadro, mirando y examinándole con lentes, gemelos y anteojos de larga vista, abismado, arrobado, ménos en mística, que en artística contemplación. Y á semejanza de los Reyes que caen allí arrodillados en la adoración del Niño-Dios, caía este viajero en abstracción completa ante el magnífico cuadro que lo representa.

Un día yá no pudo más, y se fué derechito al Capellán, abordándole sin rodeos, con la siguiente insinuación:

—Buen padre, compro el cuadro!

—Mi buen Señor, los adornos de la Iglesia no se venden.

—No es objeto sagrado.

—Pero sí consagrado por el cariño que todos le tenemos.

—Las monjas son pobres, el Convento y la Iglesia. Yó soy rico.

—Bendígale Dios si destina bien sus riquezas. El Convento vive de limosnas, las que desde su fundación nunca han faltado, á punto que de su sopa, comen una docena de pobres de afuera.

—Pero, Señor mío; talvez no saben lo que poséen. Ese es un Gobelino verdadero, y de los de más importancia. Ofrezco cien mil francos, con los que pueden completar la reedificación de toda la manzana, y tener más ámplias rentas para socorrer á los pobres.

—Buen puñado de moscas! Ya un hacendado ofreció una Estancia por esos treinta metros de tela, con cuyo importe, al valor de la legua cuadrada en campos nacionales, obteníanse doce billones, más quinientos millones de metros cuadrados de tierra. Pero con esa suma y aún doblada, no se encuentra un otro cuadrito de este mérito. Aunque ofreciera el triple, respeto su santa intención, pero los objetos de la casa del Señor no se cambian. Apreciado por el cariño y la piedad de sus feligreses, ese tapiz no tiene precio, y donde se está, se queda.

—¿No hay autoridad ante quién apelar?

—Ni á la del Rey de todas las Españas.

Y en aquel trapo viejo, rollo empolvado en el Remate, tapa-ventana trás del rosetón de entrada, y del que una hermana portera caritativamente empezó á cortar alfombritas para que se sentaran las pobres monjas, y nó en suelo pelado, restauró tan bien Sor María Dolores, (en el mundo Manuela Beccar,) que hoy no se distingue rastro

de tijera en ninguno de los Reyes Magos, á degollatina de inocentes condenados.

....

No hace muchos años que un digno sacerdote francés, avecindado en esta ciudad, regresára á su pátria, y visitando la Manufactura de Gobelinos, contestaba al guía que se los enseñaba:

—Poséemos uno más grande que éste!

Y como en la segunda sala repitiera lo mismo, el empleado le miraba con desconfianza. Al penetrar al tercer gran salón de tapices mayores, el Abate dijo:

—La Iglesia en que sirvo, posée uno más grande.

De los que le seguían, sorprendidos y contagiados por sonrisa de incredulidad, (empleados y curiosos que formaban cola) el más insinuante interrogó:

—Pero, al fin, Señor, Vd. de donde és? Estos son los más grandes tapices que se han fabricado. Yá no hay en el comercio ninguno semejante, pués á cualquier precio los adquiere el Establecimiento. Por el último que llegó á venderse en la testamentaría de un Príncipe tronado, en España, hemos pagado ochocientos mil francos.....

Y como el modesto traje del humilde viajero, trazas no ofrecía de potentado:

—Debe ser Vd. muy afortunado, añadió—muy rico, sin duda, para sólo en un cuadro estancar tanto dinero.

—En cuanto á lo de afortunado, me creo feliz en la completa tranquilidad de espíritu y mis escasas necesidades. En cuanto á lo de muy rico, soy un pobre Capellán de Monjas en el más humilde Convento, allá por el fin del mundo, pero no es menos cierto que poséemos Gobelino verdadero de siete metros.

—¿Qué representa?—preguntáronle con apresuramiento.

—"La Adoración de los Reyes Magos", sellado con las auténticas armas de Bathrn.

—Efectivamente, falta en el catálogo,—añadió el Secretario agregado al grupo del viajero que examinaba tapices con indiferencia. Habiéndosele seguido la huella, se crée perdido, ignoramos dónde. Hable con el señor Director: lo comprará.

—Gracias, Señor. Ni soy negociante, ni aquel tesoro de San Juan está en venta.

—Mire Señor, que comprobada su autenticidad, se ofrecerá á sus poseedoras mayor suma que la de ningun otro cuadro.

—Gracias por la manifestación. En cuanto á mí, soy un simple sacerdote. Y en cuanto á las poseedoras de ese verdadero Gobelino (que la misma falta en el Catálogo de este Establecimiento, y su firma, sellos y armas que constatan estos otros, confirman su autenticidad,) son humildes siervas del Señor que han hecho voto de pobreza, viven de limosnas, y aún así, no se hallan en la necesidad de vender ni un ladrillo de su Convento. Desecharon la proposición de un devoto que ofrecía cubrir de buenas pinturas sagradas, la superficie de los treinta y tres metros cuadrados que desenvuelve, y dar más de doscientos mil francos!.....

III

Empeños hubo para que demorára el virtuoso Capellán de nuestras Capuchinas algunos días más en Paris, y hablára con el Director de la gran Manufactura de Gobelinos, á quién hallándose en uno de los pueblitos de baño, durante sus vacaciones, se le telegrafió inmediatamente la noticia del tapiz que falta en la colección.

El honorable sacerdote, regresó poco después á continuar sus sermones desde el púlpito de San Juan, sobre el menosprecio de las riquezas. Pero no bién calentaba su antiguo asiento, cuando una mañana entrára á su actual comedor, (por donde empezó la edificación del Convento) otro muy atento comisionista lleno de saludos y ofrecimientos por la preciosa tela. Estrellado ante la negativa, ofrecía con empeño restaurarla, y por la insignificante bagatela de cuarenta mil francos, dejarla nueva. Método fué éste por el que desaparecieron con groseras imitaciones el *Cristo* de Van Dyck, en la Catedral; el único Murillo, de San Francisco, y los pocos originales que por casualidad llegaron hasta aqui.

La Adoración de los Reyes, inmensa tela que mide en metros cuadrados el número de años á que llegó el Niño que recien nacido representa, es cópia del célebre cuadro del Ticiano, que bajo el Número 484, se admira en el Museo del Prado.

En el interior de una rústica choza, los Monarcas Orientales

vistiendo ricos trajes, (cuya moda sólo vino diez y seis siglos despues) deponen sus ofrendas. Uno de los Reyes, se encuentra arrodillado y besa el pié del Niño. En el exterior, y sobre un admirable fondo de colinas y montes lejanos, forman pintorescos grupos, pajes que cuidan camellos y cabalgaduras.

Dejando á un lado anacronismos indumentarios, cosa corriente en la época en que se pintó el lienzo, descuellan cualidades artísticas de primer órden, tanto por la buena composición y dibujo, cuanto por la brillantez del colorido, notable en los ropajes y accesorios, y deslumbrador en el paisaje.....

No fué el primero que colgó en Buenos Aires Gobelinos, el más rico jóven porteño, sinó las más pobres monjas de San Juan, á cuya Iglesia hacen ochenta años fué éste ofrecido!....

QUÉ BUEN AMIGO!

(TRADICIÓN DEL AÑO DE JUDAS)

A mi amigo de cuarenta años, N. N.

I

¡Ay, no tener un amigo!

¿Para qué sirve pasar una larga vida de honradéz haciendo todo el bién posible á sus semejantes, desvelarse por sus hijos, sacrificarse por la Pátria, trabajar desde venir el día hasta el último, por cumplir sus deberes, si al fin de la jornada no se cuenta ni un amigo?

Así se lamentaba, cual otros muchos que no se lamentan, un antiguo soldado de la Provincia de Santiago, puesto en Capilla (en 1813) para ser fusilado al toque de diana.

Delito de deserción se le atribuía, cuando en verdad, ésta apenas delito de amor paternal apénas podía clasificarse.

Verdad que él había salido del campamento, pero galopaba, nó hácia el enemigo, ó por rehuir servicio militar; galopaba hácia

sus hijos. Para vigorizar el ejército y las escaramuzas de los indisciplinados gauchos de Güemes, que magníficos guerrilleros de vanguardia, no lo eran tanto en el estricto cumplimiento de ordenanza, habíase dado la órden que todo soldado alejado una cuadra del campamento, seria pasado por las armas, como desertor.

Agregado á esto las susceptibilidades levantadas entre los Gefes de las Divisiones que cruzaban las Provincias de arriba, en marcha para el Alto Perú, y las rivalidades de Borjes con los Oficiales de Ocampo y Belgrano, no podían los subalternos de éste, perder la oportunidad, sinó darse el gustazo de fusilar al primer desertor que caía en sus manos.

Todos los medios de petición hallábanse agotados. A la Comisión de notables, siguió desairada la de sus principales señoras, y á ésta, la de Curas y Cofradías, solicitando gracia por tan patriota y valiente soldado, como Santiago Neirot.

Pero el inflexible Jefe se mantenía en sus trece. La órden se había dado, y en Capilla y confesado, con el práctico á bordo, el pobre reo liaba petates para el viaje que no tiene vuelta.

—¡Cómo ha de ser! se decía.—Lo único que siento es no abrazar á mi pobre mujercita y á mis hijos, pués aunque nadie tiene la vida comprada, no era así como yo debía acabar, sinó de un metrallazo al enlazar algún cañón de los maturrangos. En fin, Dios ayude á la viuda. ¡Ay, no tener un amigo!.....

Y en ésto, interceptando la luz de la entrada cubierta con un cuero en la miserable choza, la gran silueta de un hombrazo más grande que una puerta asomó agachándose, para entrar junto al reo.

Como en la conversación repitiera éste lo antedicho, de que no sentía morir, pués que lo mismo era hoy que mañana para quién no ha hecho pacto con *la pelada*, sinó el nó poder ver á sus hijos, cuyo techo divisaba, contestóle el amigo, tan noble y abnegado como él:

—Por eso, nó; para eso estamos los amigos, y se me ocurre una cosa. Dígale al Padre que lo auxilia, proponga al Coronel que yó me quede de personero hasta su vuelta, consintiendo ser fusilado en su lugar, caso de que no haya regresado á la hora. Si consiente, salte en mi caballo á cumplir su deseo, que ¡á qué diablos sirven los amigos, sinó para sacar de apuros en trances como éste!....

Sea que le impresionára tan extraña propuesta, ó que supo el

hábil sacerdote tocar el corazón del Jefe, ello es que una hora después se divisaba flotando el poncho del gaucho, á galope en dirección al rancho blanqueado, que á lo léjos aparecía como vislumbre de la última esperanza.

II

La oración sería, cuando yá entre dos luces metió la cabeza un emponchado por la ventanita de atrás, sorprendiendo cuadro de lástimas, ayes, llantos y gemidos que le partió el corazón, el mismo corazón que no tembló cuando leyeron su sentencia!

De rodillas ante una tosca imájen de San Santiago, entre dos velas amarillentas, cuyo pabilo ennegrecido humeaba, vió á su hermana con sus cuatro hijitos, rogando al Santo de su pueblo, por la salvación del padre en Capilla, mientras que en otro rincón más oscuro se ponía su mujer, á quién recién se le anunciaba la tremenda desgracia, el escapulario del Cármen, descolgándolo de la cabecera de la ancha cama de su buen compañero, para llevárselo como único consuelo en su pobreza.

Oyendo entre llantos y Padre-Nuestros, la voz de la mayorcita: "Tata Dios: salvá te pido á mi tatita," al buen paisano subiéndole el dolor que se liquida con los jugos del alma, dos lagrimones como garbanzos se le cayeron. Luego, reponiéndose un poco, dió vuelta y entró diciendo:

—Aquí estoy entre ustedes; todavía soy vivo. Vengan mis pedazos!

Y abriendo los brazos, cual la gallina cobija bajo sus alas los polluelos todos, una ponchada de criaturas fué oprimida fuertemente sobre aquel honrado corazón.

Bien pronto se disipó el temor de las criaturas con la impresión del aparecido, acabando de oir que yá podían dar por muerto al padre.

Acaso la mujer creyó un instante fuera el alma del ajusticiado viniendo á reconvenirle por no haber corrido con más prisa en su socorro.

Sentando sobre las rodillas á los más chicos: Vengo á despedirme de todos,—agregó, y á darles el adiós!

—Yo te ocultaré donde nadie pueda descubrirte, dijo la mujer, creyendo habría logrado escaparse.

—No es eso, hija, sinó que mañana debo llegar temprano al otro mundo. Lo único que sentía era no despedirme de ustedes, ni verlos más. Como la última gracia nunca se niega al sentenciado me han concedido esto, pero no puedo faltar una hora á la fijada por que fusilarían en mi lugar á mi buen amigo Ciriaco, y tan bueno, como suelen no encontrarse dos en la vida, pués que su abnegación llega hasta exponerse le fusilen en mi reemplazo.

En monton esposa, hermana, hijos, le estrechaban con la mayor efusión entre lágrimas, besos y abrazos, rogándole por todos los Santos que se escondiera, que huyera bien léjos; después galoparían hasta el fin del mundo por juntarse.

—Imposible ¡Mi palabra está empeñada. ¿No comprenden ustedes lo que es un amigo que se ofrece á morir por otro? Cómo puedo traicionar la confianza de mi compadre, y la misma palabra del Cura, que intercedió por éste mi último gustazo de venir á verlos?

—Pero si no se han de animar á fusilar á ño Ciriaco, tan buenazo é inocente, que no ha hecho nada para que lo fusilen?—decía la viuda, ó casi viuda, yá de rebozo negro.

—¿Que nó? Y que he hecho yó, y sin embargo me fusilan? No saben lo *malazos* que se han puesto ahora con la *redota*. Cuatro tiritos á mi compadre, bien pegados, sin perjuicio de reservarme otros cuatro para cuando caiga, y la felonia de haber dejado colgado á mi amigo tan generoso, remordimiento que me perseguiría sin poder dormir, llevando la muerte sobre el corazón, por los pocos días que pudiera sustraerme á lo inevitable. Nó ¡yó no soy felón! Mejor es morir como hombre, que nunca hice asco á la muerte. Vamos; hablemos de otra cosa. No entristezcan el mate, que está muy sabroso.

Luego de repetirles que no se aflijieran, y consolarles el que más consuelo necesitaba: En lugar de llorar, encomiéndenme á Dios, les dijo, y vamos á rezar juntos, á la Vírgen y mi Patrona del Cármen.

Hincados padre, madre é hijos ante la ennegrecida imájen de

San Santiago, no le pedía un blanco caballo como sobre el que se le representa, más lijero que el pampero, para salvar de un galope hasta más allá del confin de una tierra, en que se colgaban á sus más valientes defensores, sinó que se encomendaba al Santo de su pueblo, salvára su alma pecadora.

Y un poco más tranquilo, despues de pedir el auxilio del cielo:

— Se me ocurre una cosa, agregó mirando al Santo, como si de él viniera la inspiración. — Yó no puedo faltar á mi palabra, pero si mi Dios me proteje y no he de morir aún, oye bien lo que te voy á decir mi hijo. Mañana temprano, vós, Perico, que eres el más gauchito, te vás en el parejero de mi compadre, y lo dejas con la rienda alzada lo más cerca que puedas detrás del banquillo, que si Santiago me ayuda, me salvaré. Pero hasta entónces, silencio y entereza, que lágrimas no ayudan á salir del paso.

III

Y así refieren los viejos de aquellos tiempos, no sabían qué admirar más: si la abnegación del amigo, esponiendo espontáneamente su vida en un hilo, ó la palabra empeñada del sentenciado, á la que ni un momento pensó faltar.

Pero este doble ejemplo de nobleza, de abnegación, de amistad, no fué bastante á contagiar en tan generosos sentimientos el empedernido corazón del Coronel. Y cuando había impartido la órden de que se llevára adelante el fusilamiento del leal amigo, apareció á todo galope el sentenciado, y desmontando á la puerta del rancho que hacía de Capilla, dió un ponchazo al caballo para que enderezára á la querencia, regalándole esa única prenda á su amigo con su último abrazo, y deslizándole tres palabras al oido, se preparó á bién morir.

Nuevos empeños de frailes, monjas y notables habían escollado como los de la víspera y los aplausos de la multitud que se apeñuscaba, con que fuera recibido el recien venido, esclavo de su palabra, volviéronse en llantos y soponcios del mujererío, viéndole salir entre cuatro sayones y el Capellán, exhortándole con el Crucifijo en la mano, caminito del banquillo, bien corto para que se creyera que la fusilatina iba de verdad.

Cual si misteriosa prevención hubiera combinado á los tristes circunstantes, solo del lado que divisó á poca distancia el parejero, habia cancha abierta, interceptando grupos de paisanos curiosos, los otros costados.

Y así, mientras mandaba pedir con el Oficial de tiradores al Jefe del cuadro, que no era cuadro, según los diseminados soldados que lo formaban, de que se le concediera como veterano dar las voces de mando en su ejecución, al desprenderse la chaqueta que daba al Sargento, en un momento de distracción, admirando todos la entereza de este valiente, rápido como relámpago, corrió hácia el caballo que los centinelas no observaron, y cuando éstos intentaron atajarle el paso, salidos de su sorpresa, yá había saltado sobre el parejero en carrera hácia el monte, sin ser alcanzado por ninguna de las balas de unas cuantas carabinas. La mayor parte de los de caballería tropezaban con mirones, que parecían estar en el secreto de abrir cancha al que el pueblo quería salvar, estorbando los ejecutores de la terrible sentencia.

De esta suerte, escapó del banquillo el que no creía en la amistad, y sin embargo, fué el amigo de última hora quién salvára su vida, exponiendo la suya.

El valiente veterano de Salta y Tucumán, Santiago Neirot, burló así el banquillo, y á milagro del Santo de su nombre, devoción de familia y Patrono del pueblo de su nacimiento atribuyóse, pués que la inspiración del ardid de su fuga le vino, cuando hincado y absorvido en la oración, estaba mirando el caballo blanco de la imágen, por su buena madre heredada.

IV

Pero la persecución siguió. El irrascible Coronel no era hombrecito de dejarse burlar por ningún santiagueñazo. Y sabiendo que el amor á la familia fué su virtud predominante, le seguía á sol y sombra, rodeando su rancho de espías.

Algunos años pasaron, y cuando creía el matrero estaban cansados de perseguirle entre enmarañados algarrobales, atraído por el imán irresistible del cariño, cierta clara-oscura noche que rondaba la nidada,

á galope tendido salió un espía felón, de los que pastoreaban, sin resultado, á la irresistible semi-viuda.

Vuelto á caer por segunda vez, fué condenado á muerte. Lo más granado de la sociedad de Santiago se desgranaba en pedidos, comisiones y empeños. Señoras tan principales como las de: Navarro, Rueda, Iznardy, Santillán, Achával, Iramain, Ibarra, Alcorta, Gondra, Carranza, Taboada, Olaechea, Gallo, Gorostiaga, Vieyra, Frias, Orgáz, Lascano y Unzaga, volvían desairadas.

—De esta no escapa el buen hombre,—murmuraban sus amigos. No hay yá esperanza de salvarle, ni *malacara ó plateado* tan lijero como el del Santo de su devoción.

Habían apartado de los alrededores todo animal de cuatro patas, escepto el que á tal se parecía, ordenando la bárbara ejecución del veterano de la Ciudadela. El último caballo que partió á escape fué el *propio* que á la Estancia del vecino más influyente, despacháran en su busca, tentando el postrer empeño.

—¡Pero, Coronel,—le decía éste;—no es el modo de atraerse popularidad, ni es posible fusilar á este soldado de pena por demás prescrita. Vd. no puede dejarse dar lección de humanidad por un infeliz paisano que ofreció su vida por la de su amigo. Y en este sentido, seguíale trabajando por tocar sus nobles sentimientos.

Encontrábase yá algo quebrantado por las repetidas súplicas de tanta belleza santiagueña, y media noche era por filo, cuando al sonar la primera del año de la Independencia, rendido al fin y fatigado por tantos empeños, se ablandó un poco el Jefe.

—Bueno, amigo; — contestó medio retobado, — concederé á la amistad, lo que me había propuesto no ceder á nadie, y de este modo seguirá la relajación de la disciplina, y sin ésta no hay ejército posible!.....

V

Bien se ha dicho, que un grande amigo es en la vida la más grande dicha, pués que ese sublime afecto desinteresado que tanto conforta y sostiene, ese otro *yó* en el que encuentra el hombre su

complemento y su imájen, hace que la amistad de dos hombres de bien, sea el vínculo más fecundo en bellos frutos. Los sencillos vecinos de aquellos seculares *mistoles* y *patay* en que naciera el primero que habló en *quichúa* y en inglés, (General Taboada) poco eran dados á lectura de clásicos y poco ó nada sabían de Tirteo y Pritóo, Aquiles y Patroclo, Pelópidas y Epaminonda, pero sí sabían de amistad, que más sincera se usaba por aquellos tiempos de ménos engaño.

En la celebrada fábula de Pacubio, ignoraba el Rey quién de los dos era Oreste, y Pilades, decía que él era, para morir en su lugar, y Oreste aseguraba muy deveras que era él, como asi era cierto. Aplaudían los espectadores, siendo finjido, y comentando ésto el elocuente Cicerón, agrega: «*¿que harían si fuese cierto?*"

Llorar! como lo hicieron sencillos corazones emocionados por espectáculo semejante, pero real aqui. El corazón humano palpita por los mismos sentimientos generosos bajo toda latitud, y lágrimas sinceras fueron el mejor aplauso en esa doble abnegacion.

Tan seguro quedaba Iramain de que su amigo no le dejaría colgado, como Neirot, de que éste su compadre dejaríase fusilar en su reemplazo. Vencido por tanta hidalguía, el enérgico Jefe de la reserva en Santiago, á pesar de su omnimoda autoridad, no pudo contrariar la voluntad unánime de la noble población de esa Capital.

¡Bendita sea la santa amistad en época de versatilidad que si todos desean tener un buen amigo, pocos, muy pocos, son los que se deciden á ser verdaderos amigos!

EL CORONEL FRAY LUIS

I

No le llamaban *fraile* por sobrenombre, pero lo fué tan de verdad, como de Coronel tenía bien ganados sus despachos.

De orígen francés su padre, casado en el país, nació Don Luis Beltrán y Beltrán, frente á la puerta atraviesa de San Francisco, (Mendoza) en la calle que hoy conmemora su nombre como el primer partido que se formó durante el Gobierno del Coronel Ortega, al Sud de esa Provincia, denominado "Departamento Coronel Beltrán."

Cuando años después acertó á pasar el Reverendo Visitador de la Orden Seráfica que venía de Chile, le llamó la atención el natural despejo de jóven tan inteligente, ofreciéndole llevarlo á educar á su Convento, en Chile.

Bien pronto por su vivacidad y contracción, aprendió un poco de todo, hasta de lo que no se enseñaba, y al fin de tantos ensayos, acabó por ensayarse de fraile, deseando recompensar con sus servicios la instrucción que se le diera, en tiempos que las ciencias y las artes,

como toda enseñanza superior, se habían refugiado en los Conventos.

En los días de la revolución de la Independencia, llegaron á entusiasmarle por ella, los argentinos que se encontraban en Chile, y Don Gregorio Gomez, conductor de la nueva de Mayo, y Dorrego, Anchorena, Arana, le inspiraron el amor con que á ella se consagró.

Yá por entónces en 1814, aunque tonsurado *in sacris*, dedicado más al estudio de las matemáticas y práctica mecánica, sobresalía en los de física experimental y ensayos químicos. Se había demostrado excelente cerrajero, carpintero, relojero, en las múltiples reparaciones del vasto Convento, del que llegó á ser el *factotum*, y cuando el General Carreras, cegado por su ambición, perdió la Independencia de Chile, siguiendo á su infortunado protector, regresó Beltrán á su provincia natal entre los derrotados chilenos.

.....

Una tarde que *matcaba* San Martín, bajo el célebre pino del Convento, arbitrando medios de esprimir mejor cuanto godo ó indiferente contrariaba sus planes, rodeado de algunos vecinos, díjole el Padre Guardián, de buen olfato para inducir cada hombre á su destino:

—Ha vuelto un hermano entre los emigrados, que desde muy jóven se distinguía como hábil mecánico, y aún en Chile mismo, mejor compuso armas que descompuso órganos. Si quiere ocuparlo, de algo puede servirle.

—Bien. Llame al frailecito funde-campanas, que muchos de este oficio necesito, nó para tocar campanas, sinó para retocar cañones, que al fin todo es del mismo bronce y produce el mismo ruido.

Y más tardó en hacer sonar su cimarron, que en aparecer el más activo de toda la frailería, cuando concluía su diálogo el General con estas palabras, señalando los Andes:

—Pero para pasarlos al otro lado, preciso será que los cañones tengan álas.

—¡Alas tendrán, General! dijo cuadrándose Fray Luis, en cuyos hábitos percibíase más de marcial que de místico.

Y esta frase fué la de presentación de Beltrán á San Martín, junto al que desarrolló sus más eficaces talentos, aquél á quién fué preciso todo el despotismo que el Dictador Colombiano demostró á los argentinos, para hacerle perder la chaveta!.....

Al año siguiente, el que había empezado por ser uno de los

Capellanes del Ejército en formación, recibió el empleo de Teniente de Artillería con la órden de hacerse cargo de la dirección de la Maestranza, y en el de 1316, fueron tan útiles y recomendables sus servicios, que el General San Martín lo ascendió al grado de Capitán de Artillería. Montó el Parque á la mayor altura; llegó á tener hasta setecientos obreros bajo su dirección, enseñados por él, y machacó, fundió y martilló tanto, verdadero Vulcano entre cien fraguas encendidas día y noche, que forjó las armas con que se fundió nuestra Independencia. Al par que ensordecía al barrio, perdía la voz, quedando ronco para todo el viaje, por las de mando y gritos que apénas se le oían entre aquella multitud de diablos ennegrecidos por el humo y la pólvora.

Bajaba campanas de las torres para fundir cañones, y aún sin resguardo dejó á más de una doncellica, sacando las rejas de su ventana para convertirlas en lanzas, é hizo tanto bueno, que en recuerdo de su buen nombre no debemos dejar en el tintero lo que el mejor de sus biógrafos agrega á su respecto:

«Allí fundió balas de cañón de todos los calibres, granadas y otros proyectiles, arreglaba cureñas para montar los cañones y obuses; confeccionaba toda clase de mixtos y fuegos de guerra, cartuchos y balas, monturas completas y herrajes para los cuerpos de caballería, mochilas, caramañolas, el equipo todo del soldado de línea; dirijía la recomposición del armamento y cuanto demandaba la provisión completa del ejército en ese ramo. Beltrán era el hombre más competente en la Superintendencia del Parque y Maestranza de un grande ejército. La desempeñó con aplauso y entera satisfacción de sus jefes, en Mendoza, Chile, el Perú, y en la guerra contra el Brasil. Rindió en esto muy importantes servicios á la causa de la Independencia de las Repúblicas de la América del Sud. Fué un patriota benemérito, un oficial distinguido en los ejércitos en que sirvió.»

El alumbró con flamíjeras antorchas betuminosas, las cuestas y desfiladeros de los Andes, por donde pasó la Libertad á Chile. Fué condecorado con medallas del Gobierno argentino y chileno, que le declarára heróico defensor, por haber improvisado todo un Parque en breves días, después de la sorpresa de Cancha-Rayada, preparando los cañones con que se obtuvo á los quince días la gloriosa victoria sobre el valle de Maipú.

Fraile, militar y mendocino, era el reverso de la medalla de su

comprovinciano fray Aldao. En el Perú fundió otras veinticuatro piezas de artillería, por cuyos servicios descollantes, ascendiera á Sargento Mayor en 1823. No sólo el Parque y Maestranza, en Mendoza, Chile y Perú fueron por él organizados, desde el primer tornillo hasta el último cartucho, sinó los que llevaron las Divisiones de Alvarado, Santa Cruz y Sucre, á diversas expediciones en el alto Perú. Retirado del Callao á Trujillo, preparó el Parque con que Bolivar terminára la campaña de la Independencia. Fué este, nuestro amigo malo, único guijarro con que tropezára en su escabroso camino, por lo que, desmontada quedó toda la artillería que él creára de la nada.

Desgracia fué que su fatal síno le llevára á presenciar escenas de sobre-mesa, que la excitación del Libertador producía, indignas de su posición. En una de éstas, observando que al Comandante Lavalle se le derramára la copa en los ademanes de su locuacidad, murmuró Bolivar:

—¿En qué mesa estará ese acostumbrado á comer?

—En la de mis padres, donde se muda mantel á cada servicio,—murmuró incontinenti, por lo bajo, el impetuoso porteño, á su vecino de asiento, pero no tan quédo que dejára de oirlo el General; y ante la sonrisa contenida del Comandante Beltrán, Bolivar se amostazó.

Luego en otro convite, molestado por la mirada del Coronel Rojas que á cada momento encontraba fija en él, no pudo reprimirse de interrogarle bruscamente:

—¿Qué grado tiene Vd?

—¡Teniente Coronel!—señalando sus charrateras.

—¿De dónde?

—Argentino!—mostrando su escarapela.

—Bien se conoce por su aire.

—Aire de hombre libre.

Llegó entónces á percibir el comentario *sotto voce* del compañero de mesa (Beltran):—Miope habrá quedado el Libertador, que ni los colores de cucarda, ó de las palas distingue.

En otra ocasión, como llegára en la efervescencia del brindis á decir que no pararía, hasta pasear triunfante el pabellón de Colombia por las orillas del Plata, Beltrán sonrió, oyendo á su vecino:

—Tiempo hace que en las regiones del Plata acabó la guerra de la Independencia.

Y con estas sonrisitas que le tocaban siempre de reflejo, llegó á concentrar tal irrascibilidad contra *gallito ronco,* como apodaban los colombianos al sobresaliente mecánico, que no tardó ocasión de pegarla con él.

Luego, y despues de correr mucho champagne, saltó sobre la mesa, y haciendo pedazos copas y botellas bajo sus granaderas, gritó el Libertador, en la demencia de su exaltación:

—Así! ¡así he de pisotear y hacer pedazos á la Argentina, por altanera y presuntuosa!

El prudente General Alvarado, alejaba los oficiales para que no presenciáran la escitación de Bolivar, á quién contestaciones altivas tenían zaherido.

Pero, para el ilustrado Ingeniero, cuya sorna y sonrisas mefistofélicas de frailecito enronquecido, exasperaban la iracundia y vanidad del que no supo vencerse, reservado tenía mayor venganza.

Presentóse de improviso á visitar el Parque, ausente Beltrán, y clasificando todo de malo y peor, órden á que en el término de tres días hiciera limpiar, recorrer, ensebar y encajonar tres mil fusiles. Con muy escaso personal y sin armeros que le ayudáran, por más que su actividad se multiplicase, venció el término, sin que estuviera listo tan numeroso armamento. No habiéndose cumplido su órden, le reprendió del modo más hiriente, gritándole ante sus inferiores:

—Para esto sirven los argentinos altaneros, que se ríen de lo que otros hacen, y no son ellos capaces de hacer nada! No he de parar hasta limpiarme unos cuantos!; acabando por ofrecer mandarlo fusilar.

El orgulloso Dictador que acostumbraba tratar á sus Jefes del modo más deprimente, había tomado tirria á los argentinos desde antes del falso abrazo en Guayaquil, y desde la primera escena en que, al dejar caer el elástico, acompañado únicamente del Ministro Monteagudo, se diera éste vuelta, llamando:

—A ver! un sirviente que levante el sombrero del Libertador.

Desde entónces, resentido por las contestaciones de Lavalle, Rojas, Beltrán y otros, descargó toda su ira sobre este último. Tan profunda impresión le causó esta injusticia, que la fiebre que le sobrevino llegó á estraviar su razón, haciendo buscára en el suicidio el fin de largos servicios. En su propio alojamiento herméticamente cerrado, derramó

azafétida sobre las brasas, y á no ser por uno de sus muchos amigos, que el humo y el olor atrajo á tiempo de romper las puertas, hubiera consumado la asfixia.

Volvió á la vida, pero nó á la razón, llegando á vagar por las calles, vendiendo *¡agua fresca! ¡agua fresca!* para apagar el furor de *figurita! figurita!* como llamaba á Bolivar, cuyo espectro iracundo le perseguia como sombra fatídica.

Algunos años pasaron. Los cuidados de sus amigos, que por todas partes tenía numerosos, le restablecieron, regresando á Buenos Aires, donde falleciera después de sus últimos servicios en la campaña contra el Brasil.

Y éste fué el mejor de los tres frailes de Cuyo, que si se arremangára los hábitos, no los colgó para descolgar espada fratricida sinó para ayudar del modo más eficáz á la Independencia de la Pátria.

El génio maléfico de la Argentina, que por emulacion y egoismo malográra los planes de San Martin, acabó por enloquecer á su primer Ingeniero Militar, no encontrando en todo aquel ejército con quién reemplazarle.

LA CONCIENCIA ACUSA

Señor Don Adolfo Carranza

I

El último Domingo del año de Judas, (1813), con el primer canto del gallo, salía de su alojamiento en la Ciudad de Jujuy, el Comandante Moyano, dirijiéndose como todas las mañanas, hácia el Parque de cuya Maestranza estaba encargado.

Al cruzar la plazoleta de San Francisco, todavía entre dos luces, á la vacilante de la candela que soñolienta parecía olvidada, creyó divisar entre la penumbre del hueco, bajo el arco frontal, como si la imágen del Seráfico se movía en su mal pintarrajeado cuadro, haciéndole llamativas con el crucifijo de su diestra.

Sin obstáculo material para seguir el camino, sentíase detenido por invisible mano, y aunque breves momentos duró la alucinación, no así su parálisis, por lo que todo trémulo empezó á gritar desesperado:

—¡Confesión! ¡Confesión! que no quiero salir de aquí sin que me absuelvan!

Y allí quedó cual muerto en media calle, en la que hoy lleva el nombre de "General Lavalle", y dónde éste murió de veras, frente á la casa de la abnegada patriota Señora Eguren de Blás, quién con caridad recomendable, lavó los restos, tibios aún, del mártir de la

Libertad, al que una bala alcanzára al través de la puerta, lo que casi fué otro milagro como el que tradicionamos.

Asomaba á la sazón por el cancel el lego campanero, dirijiéndose á llamar misa de alba, cuando atraído por los gritos del que pedía *confesión*, corrió en su socorro insistiendo introducirle en la portería.

Bien que la estrecha ciudad de Jujuy, hubiere quedado más pobre de lo que nació, en el contínuo pase y repase de las Divisiones hácia el Alto Perú, correrías de Güemes y sus gauchos, derrotas de Tristán y comparsa, nido fué de bellezas, suspendido á la mayor altura de esta tierra; y ellas amables, y audaces ellos, á puñalada de pícaro por la espalda, en la de Tenorio inesperto, atribuyó el sucedido el frailecito campanero.

Víctima de un voto fatal, tan frecuente por aquellos tiempos, como el de Aldao, á principio de su carrera transformóse fray Moyano, en Capitán de Artillería, encargado de la Maestranza que el General Belgrano dejára en aquella plaza.....

En las postrimerías del siglo pasado, reuníanse los más traviesos muchachos del barrio de San Francisco, (Mendoza) durante las siestas y rabonas, jugando *á frailecitos*, á la sombra del corpulento pino que resta en pié en las ruinas del Convento de esa Ciudad.

Entre otros, tres más talluditos (Beltrán, Moyano y Aldao) se habían rapado corona: á los tres vistieron sus madres sayal desde pequeños, y por idéntica promesa de enfermedad, más ó ménos grave, los tres fueron destinados al claustro.

Encadenados por un voto, víctimas fueron del amor de madre, si bién el único que increpa á la suya, haberle obligado á carrera sin vocación, es el que más palmariamente dejó demostrada la falsedad de su reproche.

Comandante, Coronel y General, así fueron ascendiendo en sus grados y en sus malos pasos, que si falta fué en Beltrán colgar sus hábitos, delito mayor cometió Moyano antes de colgarlos, y crímenes sin cuento, antes y después, el sanguinario Aldao.

Beltrán fué el reverso de la medalla de éste. ¡Cuán cierto es que el corazón del hombre es su destino! Si aquel se alijeró los hábitos, movido de ferviente entusiasmo, sólo tuvo por objeto

prestar más útiles servicios á su pátria, Moyano, al alzarse con una de sus hijas de confesión, fusiló los suyos en su propia celda; y Aldao los tiñó de sangre.

El uno faltó al voto, y á las postrimerías de su marcial carrera, confina en la demencia. Al otro, el juego le condujo al libertinaje, y sin haber perdido del todo la conciencia, ella le acusa, y se arrepiente. El último, rompiendo todo freno, la corriente del crimen le arrastra, y como dejado de la mano de Dios, vaga errante por todas partes, perseguido por el fantasma implacable de los remordimientos!.....

—¡Vírjen Purísima, inmaculada Concepción, madre mía y Señora! —esclamaba en sus oraciones una madre aflijida, cierta mañana que desesperaba de la salvación de su hijito, devorado por la viruela. —¡Te lo ofrezco, — agregaba, entre lágrimas y suspiros, — te lo ofrezco para esta Comunidad de nuestro Seráfico Padre San Francisco, cuyo hábito vestirá desde que se levante.

II

Ocho años contaba el niño, y veinte más no habían transcurrido, cuando el leguito del cordón blanco, ya consagrado, se había convertido en uno de los más brillantes calaveras. Dedicado á la Iglesia contra su voluntad, bien pronto sucedió lo que tenía que suceder. Cuando la edad de las pasiones agitó su corazón, sayal tan mal ajustado se le resbalaba, y el jóven estreñido por voto tan prematuro, sobrepujó al fraile y á la vida asceta. Empezó por la relajación de su regla, siguiendo por el desarreglo de todas sus obligaciones y olvidando deberes contraídos, concluyó por colgar los hábitos, hasta que un buen día se alzó con una de las hijas de confesión, de buen ver y de mejor palpar. Tal opinión alcanzó á granjearse bajo antifaz de disimulo que no faltó cándida beatita, de las Terciarias del Convento, que disculpára la fujitiva, tartamudeando entre dos Ave-Marías:

—Desde que es con el Padrecito, no será malo. Pobrecitos! Dios lleve por buen camino pareja tan donosita!

¡Cuán cierto es que el primer paso es lo que cuesta en todo sendero. Yá por entónces, el relajado ex-fraile era de los que

acostumbraban encender dos velas á la imágen de San Miguel, y otras dos al que pintan abajo, para que Dios ó el Diablo le ayudára en sus empresas, más ó menos *non sanctas*. Sin duda fué éste último quien le guiára entre vericuetos y tembladerales, hasta esconder el robado tesoro entre las breñas de Salsipuedes.....

Y aquí vendria á comprobar la fatalidad de esos votos, que sin deber obligan, recordar las aventuras de todos los coronillas empantanados en los charcos de los Campamentos.

Desde Méjico hasta la Argentina, ¿cuántos estraviaron su vocación? No sólo el Cura Hidalgo y Morelos en la tierra de Guatimozin, ni Herrera en la de Atahualpa, ni los Padres de la Buena Muerte, que aumentaron ésta en la de Arauco, y Aldao ó Moyano, en Cuyo, quiénes destinados en temprana edad al claustro, estrechas encontraron sus celdas al estallar la Revolución, cuya corriente arrastró sus hábitos.

.....

No muchos años transcurrieron, cuando ajados por la intemperie, al andar á salto de mata los encantos de la jóven, ocasión hubo para que en ancas de otro apuesto Capitán de Granaderos, abandonára al virulento coronita, siguiendo así rodando y rodando de tapera en galpón de los ejércitos de la Pátria.

Pero un día volvió la pobre robada de un amor desgraciado ante el ex-fraile, yá Capitán de Ingenieros, y como se presentára á la hora de lista, ménos tardó éste en pasar lista que en despacharla con cajas destempladas.

¡Pobre abandonada! En valde fué que aquella escuálida mujer enflaquecida por la angustia y sufrimiento, le rodeára con sus hijitas, llorando y desesperada, recordándole cómo á su lealtad había confiado su corazón de niña, y así él la había perdido, arrojando nombre, posición y honor, seducida por su guía espiritual, abandonando familia, amigas y todo, por seguir en la inesperiencia de los primeros años al que tan pronto traicionára su corazón!.....

—¡Hija mia, lo siento mucho, pero llorar no puedo!—contestó el muy cínico, con sarcástica sonrisa mefistofélica. Bien quisiera recibir todos los Santos Sacramentos, aún el de la Extremaunción *in extremis*. No puedo cargar con el del matrimonio, por haber llegado al de la Orden primero. En cuanto á toda esta bonita factura de marca

desigual, ninguna reconozco. Nada hay mío ahí. Bien sabes que mujer que resbala en ortigal, no puede saber cuál es la espina que le picó.

—Pero, mira la cara de tus hijas! No vés que tienen tu misma estampa? Hasta borraditas y con tus lacras han salido dos de ellas. Por entónces yó no confesaba más que con mi Confesor, y ese eras tú, que me robastes la inocencia y lo mejor que yo tenía, despuès de tantas promesas falaces!

—Aquí no hay nada mio!—repetia Fray Moyano. Y dándole la espalda, dió media vuelta, pidiendo á su ayudante el cubo de agua, y que batiera el fierro en áscuas, sacado de la fragua para él ajuste del cascabel, remachando el clavo á la culata del cañoncito de montaña.

Por más que cascabeleaba la pobre mujer abandonada, con lo de que *esta mi hijita es tuya*, finalizó la escena en desmayo, que otros y no él socorrieron.

....

Caractéres endurecidos en el mal, dicen que los remordimientos no matan, pero la conciencia acusa, si queda algun resto de ella. Así cuentan que el tirano Rozas murió muy gordito trás de ochenta y cuatro navidades, sin otro remordimiento que el de haberle faltado tiempo para causar mayores males que los que le recuerdan, pero los pocos de sus compatriotas que le oyeron en sus últimos años, afirman que otra cosa era por dentró.

Cuántos como el fraile Aldao murieron desesperados, y los lamentos de sus víctimas fueron el único canto funeral en su agonía!

Recapacitando el pasado en noches sin sueño, aparecía á Fray Moyano larga jornada de vicios y disipasiones. Empezando por saturnales y orgias, siguió el rapto de una hija de familia de honrados padres; continuó el juego en que perdió sobre la carpeta verde la segunda víctima de su desenfreno; estocadas dadas y recibidas en fútiles camorras; alguna madre dejó sin hijos; más de un hijo abandonó sin padre; el vértigo de todas las malas pasiones, desde la fecha imborrable del gran escándalo en la fusilatina de sus hábitos. Nada de esto se sabía, pero él no lo olvidaba, aunque largo tiempo había transcurrido.

Activo, intelijente, trabajador, decidido y valiente, ascendió

en los campamentos de la pátria, grado por grado hasta el de Capitán, en cuyo empleo recomendado al General Belgrano, por su habilidad y aptitudes, le confió una sección de la Maestranza en el Parque. Pero cuando en la oración de la tarde el piadoso caudillo de la Revolución hacía rezar el *Rosario* á los soldados, aunque el ex-fraile golpeára sobre el duro yunque para forjar la blanda masa del hierro incandescente, golpes más retumbantes martillaban su conciencia por la mala vida pasada....

« La conciencia acusa ! » — « La voz de la conciencia » — « el gusano roedor de la conciencia, » —todas estas que no son frases banales, atormentaban sin cesar al taciturno Oficial, como preocupado por algo que sólo él sabía.

III

Cuando á sus desesperados gritos de: *¡ Confesión ! Confesión !* acudiera el Padre Guardián, dijo le quería le confesára públicamente sus pecados, pués no se movería de aquel sitio sin obtener la absolución.

Entónces confesó en alta voz; y aunque algo distante del Convento de Jujuy, oímos á los que le oyeron, á más de los relatados, otros más gordos:

"Que faltando al voto sagrado, disipó su primera juventud en tunas y chimbas, más de moros que de cristianos, en criminales amorios con viudas, doncellas y casadas, sin respetar rango ni edad. Tenorin de aldea, apechugó con la más garrida trás del atajo, y desdeñado, sitio puso en plaza, con aliado dentro. Y como en pecaminosos enredos, el Diablo mete la cola, billetico olvidado en la yerbera por la china del mate, de los que á diario recibiera envueltos en una *chirola*, contestando ella por su ama, llegó á caer en manos del Otello cuyano, azuzados sus celos por envidiosa Celestina. Yá sobre aviso se encalabrinó, la primera vez que, sorprendida *mateando* á la puerta, cuando entraba gritando á su vecino dejára de importunarla, casualidad fué que diera vuelta la esquina el viñetero. Espoleando la mula contra el merodeador en cercano ageno, que á tiro de facón

no llegó, emprendióla con su percundante, cuyos reproches le encendían hasta el rojo.

Al entrarse, por no oir al moscardon que le enceguecía, creyó el marido era que sólo al divisarle, y bochorno comprobaban la sorpresa. No consiguiendo él arrancar confesión de lo que no existía, ní ella calmar al atribulado esposo para convencerle de su inocencia, sin tener á quién confiar sospechas que le devoraban, en el turor de la desesperación, creyéndose traicionado por la que más quería sobre todas las cosas, fué á la huerta y se pegó un tiro.

Triste, abatida, llena de dolor ante el cadáver, y en el colmo de sufrimientos infinitos, llegando á oir de las que se apeñuscaban trás la ventana: « Desde que el marido se mata, tendrá por qué, » la virtuosa esposa calumniada, en su paroxismo perdió la razón.

Tres pequeños huerfanitos en honrada familia muy principal, una madre loca y un padre suicida, no fueron las únicas víctimas de las primeras hazañas de Moyano. El remordimiento de tantos males como sombra al cuerpo le perseguían sin cesar. Huyendo de su Provincia natal, anduvo errante por las sierras, hasta que arrepentido, refugiándose en el Convento de Córdoba, cumplió el voto de su madre, profesando en la Relijión de San Francisco, á que le destinára en su niñez.

Algún tiempo siguió consagrado á sus nuevos deberes, pareciendo apartado de todo mal camino, cuando por *lo de que la cabra siempre tira al monte, y la ocasión hace al ladrón,* tuvo un segundo tropiezo que si no le rompió la crisma, le rompió el alma, en esa bonita tentación de quince Abriles, rubia, blanca, ingénua, y tan donosita como fanática, que se apresuraba todas las mañanas en contarle los sueños de sus noches!....

Y así sucedió lo que referido queda, por más que largos años de silencio y olvido, parecían haber cubierto bajo sudario de plomo, al cambiar, no sólo de hábitos, sinó hasta de nombre, el autor del sucedido.

Este y otros pecados mayúsculos confesó á voces el ex-frailecito dejando á las devotas Jujeñas espantadas, pués nada sospechaban por su cavilosidad y retraimiento.

Cruces se hacían las beatas que á misa de alba iban entrando

de lo que era y nó parecía, hasta que al fin, impuesta la pena, en vista de tan verdadera contricción,—que lo negro del pecado lava el arrepentimiento,— en nombre del buen Dios que todo perdona, el virtuoso Guardian le dió la absolución y levantado sin el peso de los pecados, pudo en más calma seguir su camino.

Pero no lo siguió al Cuartel, sinó al Convento, donde se recojió en estricta penitencia. Algún tiempo pasó en él, absorvido en la oración, reflexionando sobre su vida pasada y contricto de todas veras el ex-comandante Fray Moyano. No pudiendo casarse con la madre de sus hijos, volvió á vestir el hábito, continuando vida ejemplar y edificando á frailecito *salta—tapias*, de disipada frailería en aquellos tiempos, que obligaron á Rivadavia á esclamar: "Los frailes á su Convento".

Aunque al principio, sus hermanos de Comunidad nó sin desconfianza le abrieron las puertas, fuéronse luego humanizando. Repetidos oficios del General Belgrano se recibieron, pidiendo tuvieran toda clase de consideraciones á un compatriota tan recomendable en su segunda carrera, teniendo presente, inculcaba, que *nunca es tarde cuando el arrepentimiento es sincero*, que de los arrepentidos se vale Dios, y que muchos é importantes servicios había prestado el Comandante Moyano en los ejércitos de la Pátria!.....

EL ESTUDIANTE DE CATAMARCA

(CRÓNICA DEL AÑO 1825)

I

ileras de bronceadas cholitas, á camino de hormigas parecido, iban y venían unas trás otras por la esquina de la Iglesia de la Matriz, en la ciudad de Catamarca, calle abajo hácia el Convento de San Francisco, cierta hermosa mañana del año 1825, tan calurosa como las que achicharraban á los Calchaquíes.

Todo era movimiento incesante, encontrones, llamadas, gritos, rezongos y atropellos de entrantes y salientes por la ancha puerta de vieja casa solariega, vecina al vetusto Convento, tropezando apeñuscadas las que con algo entraban, y saliendo con las manos vacías.

El contínuo va-i-ven de idas y venidas desde la sala, prolongábase á los aposentos, dormitorios, corredores, patios, del primero al segundo, á la huerta,al corral, rebalsando del zaguán á la vereda, corrillos que á la larga se derramaban como en multitud, desenmarañándose luego chinas y mulatillas, por la vereda, mientras que en media calle, mulas, arrieros, petacas, alforjas y apurejos, rodaban en confusión.

Un viejo capatáz cinchaba la mulita carguera, tapada la cabeza con el poncho para que no protestára de tan pesada carga que se le ajustaba, á tiempo que el movimiento de aquella casa, ponía en movimiento nó solo el barrio y sus alrededores, sinó la ciudad toda y la poblaciòn entera del Valle Viejo.

Ni el terrible caudillo de La Rioja asomaba las narices por su frontera ni por donde la primitiva Lóndres vigilára ambos valles, (para lo que fué en buena altura fundada en la opuesta), ni la tierra de Salta movíase, siquiera en uno de esos temblorcitos vergonzantes, que por entonces hacía salir de sus casillas, ó de su altar, la venerable imágen del Señor del Milagro, ó de los temblores, y al presente pretesto suelen ser para prolongar ferro-carril hasta la Rioja, y uno ó dos milloncejos de indemnización ó ayuda.

Qué causaba pués, tan inusitada agitación, en las pacíficas costumbres de esa microscópica capital mediterránea, tan monótona é inmóvil en sus largas siestas de infernal estío?

Mientras sábios astrólogos se engolfen en observaciones, sobre si era bólido ó meteoro, lo que tal comezón originaba, viene aquí como de perilla, el parrafito histórico de ordenanza.

.....

Había en la antigua ciudad de Catamarca, un Convento tan viejo como ella, que con ella nació, y tan movible como su Capital.

Se hizo la primera fundación de ésta, allá por los años de 1605, en lugar denominado *San Juan Bautista de la ribera de Lóndres*, y allí, bajo el nombre de Hospicio, colgaron su nido, sin palomas, los padrecitos del cordón blanco. Por órden del fundador de Córdoba, Don Geromito, se trasplantó la población á Pomán. Allá fué á lomo de mula el Convento de San Francisco de Catamarca, sin el Santo, pero con todos sus conventuales. Todavía, y en un tercer salto, á paso de burro ó contradanza, fuè aquella trasladada, (1633) al otro Valle, y á él le siguió «San Francisco», donde si envejece por un lado, rejuvenece por otro, Convento en reedificación, como todos sus congéneres que nunca acaban.....

Cuentan que las bellas hijas de aquel hermoso Valle, un tantico inconstantes, así en sus apasionamientos como en sus devociones, cambiaron éstas, con los años, por la de la Vírgen del Valle; pero sus

hombres buenos, los más ilustres catamarqueños, no olvidan á San Francisco y su frailería.

Razón hay para ese recuerdo, pués si no llegó á ser nido de sábios, más de la mitad de los mitrados que andan cacheteando sietemesinos por toda la República, discípulos aventajados son de su ilustre claustro.

¡Qué de intelectos en esflorescencia se abrieron bajo sus bóvedas, y en los alrededores de su pretil! El que no llegó á Santo, ó poco ménos, salió beato, bienaventurado, ó beatificado, y hasta Mártires como Avellaneda y sus compañeros.

Hombres de ciencia y de conciencia, todas las virtudes tenian en ellos cabida, y á todas sus obras de caridad agregaban el sello de una mansedumbre y bondad atrayentes. Uno de estos nobles, y de la más antigua estirpe castellana, arrojado por tempestades del corazón á ese ameno Valle siempre en calma, se hizo lego portero, y á pesar de su alcurnia é inteligencia, nunca quiso pasar de la portería, ni de la *Cartilla ó Catón Cristiano,* que enseñaba á los niños pobres. Otro célebre teólogo entró jóven á la celda, de la que sólo salió para el camposanto de los Padres, pero su oscuro rincón se transformó en foco luminoso por los resplandores de su inteligencia, acudiendo á sus consejos, desde el más humilde hasta el más encumbrado.

En los albores de la Independencia, con los estudios mayores, se plantearon allí los de teolojía y filosofía, siendo el primer lector de ésta, el Padre Fray Siriaco Valdivieso. A Fray Juan Arrecheverroa, maestro inolvidable de primeras letras, le seguía el padrecito Fray Angel Diaz, notable silogista de réplicas en latin. Alternaba en su cátedra con Fray Juan Fernandez, lector de filosofía, el erudito Fray Cristóbal Garcia, que lo era de teolojía, y el nó ménos sábio Santibañez, Rector del Noviciado.

II

Pero, entre todos, el que màs profunda huella ha dejado por sus enseñanzas y ejemplos, fué el virtuosísimo Padre Quintana, (Fray Ramón) andaluz, maestro en diversos ramos, y especialmente de Gramática Latina cerca de cuarenta años. Desde el Capítulo Provin-

cial en la Observancia de Buenos Aires, (1805 hasta 1810), fué nombrado maestro de Gramática y Retórica para esta Recoleta, y yá entónces, Guardian del referido Convento de Catamarca, con el calificativo de *lector articum*.

No solo escuela de Obispos salió de su Escuela; los Ilustrísimos Rizo, Segura, Esquiú, Achával, y los que en otros años ocuparon silla episcopal en Salta, Paraná, Córdoba y San Juan, sinó también entre las futuras personalidades de tres generaciones, educadas allí, por su sapiencia, descollaron los Zavalías, Alcortas, Navarros, Dulces, Avellanedas, Ocampos, Ruso, y el señor Don Pedro Agote.

Los numerosos hijos intelectuales del célebre Padre Quintana, desparramaron semillas de virtud y honorabilidad por toda la República. Fué un sábio y un Santo, y aunque de mansedumbre infinita, no le faltó energía para protestar contra el sacrificio de Dulce. El pronosticó en el Padre Esquiú, uno de los más elocuentes oradores sagrados, honra del clero argentino, con la misma clarovidencia que anunciára el talento descollante del más pequeño de sus discípulos, Márcos Avellaneda, desde el día que para elevarlo levantóse en medio al exámen á ponerle su propio banco de piés. Eximio latinista sobresalía, entre todos y quería sobresaliera, también del borde de la Cátedra, el futuro mártir de la libertad, tan pequeño de estatura como grande de espíritu.

Nació en Vizcaya el 4 de Febrero de 1773 y vino á fallecer en la ciudad de Corrientes en 6 de Abril de 1862. Fray Alegre costeó el retrato que hoy se vé en el Museo Histórico Nacional, y el señor Correa publicó su biografía en Catamarca.

De él se contaba que á punto de ser enterrado vivo en uno de sus prolongados accidentes, hizo voto de dedicarse á la Comunidad del Santo de su devoción, á quién se encomendára en aquel ataque de catalepsia que le llevára yá caminito del Cementerio.

No volviendo á repetirle esos letargos prolongados, á la muerte parecidos, cumplió su voto, y si no encontró cura del asma en aquel cálido Valle, Cura de almas y de muchas otras dolamas, fué en él por largos años.

Y éste era el mismo Padre que entraba á la casa de nuestro cuento, donde escena por demás pacífica contrastaba con el movimiento del día siguiente.

—Yá el ahijado confesó, y mañana será la misa del buen viaje,— dijo al sentarse. De regular estatura, grueso, cara bonachona y pausado andar, venía de una de las visitas de tarde á que salía, sin manteo, suelto el hábito de *barchila*, tejido por las beatas vecinas al Convento, sombrero de *jipijapa* de anchas alas, inseparable bastón burdo y cigarrillo de chala. Llegaba cansado de echar bendiciones á cuanto muchacho encontrára al paso, más besoteado por los mismos el blanco cordón de la Orden, que su ancha manga, aunque no era fraile de manga ancha.

Se aproximaba el Reverendo al telar de esa rosada Margarita, que entre uno y otro mate hacía correr el ovillo de lana, al través de los hilos de la urdimbre que los rizos movían alternativamente, ó golpeaban con la pala la trama, formando poco á poco el poncho de vicuña para el viaje, en momentos que el travieso estudiante de lustrosas mejillas, tan sonrosadas como las que encendia en la primita, alejábase precipitadamente, declamando con mayor énfasis el siguiente discurso, llegado por el último correo, en *La Gaceta* de Buenos Aires.

.....

«¿Dónde podrá fijarse el último eslabón de esa cadena de bienes que empieza del momento en que la beneficencia del Gobierno decretó nuestra educación? ¿Qué habríamos sido, si no se nos hubiera arrancado del poder de la ignorancia y las preocupaciones, para ponernos en el sendero que conduce á la felicidad y á la gloria? ¿Cuál será el termómetro con que debe graduarse la elevación, ó la fuerza de la influencia que la presente generación ejerza sobre la suerte y destinos de la posteridad? Vos que sois, Señor Ministro, (lo era Don Bernardino Rivadavia) el autor de estos sentimientos, trazad el cuadro de la dicha que nos preparáis sobre lo futuro; de los bienes incalculables que la Nación Argentina recogerá de la ilustración y moralidad de sus hijos, reunidos hoy en este lugar. Lisonjeáos en la idea de una juventud, destinada á estrechar los vínculos de aquella unión que la Revolución creó, y que la anarquía había casi enteramente roto, de una generación preparada por vos, para hacer fecundizar el gérmen de la civilización que esa misma Revolución introdujo.»

....

Y el orador en ciernes, seguía la peroración en sus paseos bajo el corredor, alejándose más de la tejedora, así que el visitante se

acercaba, y aproximándosele, cuando su Paternidad volvia la espalda al dar la bendición á cuantos á recibirla iban saliendo, siendo de los primeros, el *pelao* de la abuela y el cuzco de la tia.....

III

Esto era ni más ni ménos lo único que llegára y toda la causa del movimiento: entradas, salidas, y confusión del día anterior. Habíase recibido un discurso de Don Angel Navarro, que produjo tanto bién á la instrucción en Catamarca, como la influencia del virtuoso Padre Quintana.

La primera invitación del Gobierno de Buenos Aires, para que mandasen seis jóvenes de cada Provincia que serían gratuitamente educados, poco apetito despertó. Eso de enviar niños á la Escuela, desde Jujuy ó Catamarca, tenía bemoles. La distancia, los indios, y también los cristianos que no lo parecían, herejes, masones y otras yerbas, sumaban muchos peligros.

.....

—Nó, vidita!-decía la madre cariñosa, cubriendo de besos al oprimir contra su pecho el hijo que creía ya arrebatado, por la atracción y deslumbramiento de la gran Capital.—Ni aunque me paguen, te dejaré ir; primero, ignorante aquí, que perdido allá.

A cuyas reflexiones solía agregarse en los consejos de familia, la de algún tío á la antigua:—¿Pués qué, sólo en Buenos Aires se hacen sábios? Más prácticos hombres útiles ha dado nuestro Convento de San Francisco, que toda la sarta de teólogos salidos de Córdoba y las Provincias de abajo, á enredar el pandero.

El mundo marcha; con el tiempo fuése modificando poco á poco tan retrógrado criterio, y la aversión á los porteños disipándose, como toda repulsión sin causa.

.....

Ensayado se había en tal camino, Aberastain, (el buey paciente), Salas, Albarracín, y un estudiante por lo ménos, de cada Provincia, escrito primores á su familia, de esa flamante fábrica de sábios, inaugurada bajo el nombre de «Colejio de Ciencias Morales».

No fué la última en llegar con diarios, cartas y descripciones de

la solemnidad de los últimos exámenes, la correspondencia del intelijente jóven Navarro. Catorce encantadoras niñitas vestidas de blanco y celeste, representando las catorce provincias, entonaron la inspirada poesía de Don Florencio Varela, puesto su himno en música por el compositor argentino Don Pedro Esnaola. Eran las primeras huerfanitas recogidas por la patriótica iniciativa de Rivadavia en el Colejio de Huérfanas, puestas bajo la dirección de la Sociedad de Beneficencia que él también fundára. Don Angel Navarro, catamarqueño, había pronunciado el elocuente discurso que tal conmoción produjo en su lejana Provincia, cuyos aplausos fueron á despertar la simpatía por los estudios mayores. Entre otras bellas cosas, declamaba el amartelado primo con entusiasmo, los períodos más elocuentes que al oído, demasiado al oído de su cuya, le estaba repitiendo antes de la aparición del Padre Quintana.....

No hubo más. El consejo de familia lo había resuelto, y agraciado con la beca, el niño Crucito iba al Colejio, y su viaje desde la ciudad de los Calchaquíes, más sonado fué que la gran campañada, y más largos que él, sus preparativos.

....

Al entrar el Padre al ámplio patio rodeado de corredores sostenidos por labrados pilares de algarrobo, cruzaba bajo los naranjos la cholita del coscorrón, destilando como brillantes, el jarro de plata rebosando agua cristalina, que sacára del gran tinajón de barro, enterrado hasta la mitad en el rincón de la madreselva. No fué ésta, ni la china del mate de plata con labores de piquería y palomitas por orejas que le trajeron, al aproximarle la silla baja de paja, quiénes primero le anunciaron, sinó la catita de la señora que cotorreó claramente: "La bendición su Paternidad!» Este grito repetido, sobresalía sobre los ladridos de perros que, disparando hácia adentro, fueron á despertar á otro muy principal miembro de la familia. No bien devolvía el visitante su primer mate, cuando á refregarse en la saya con olor á incienso, vino morrongueando el gran gato de Madre señora.

Como el cuzco lanudo, y el *pelao*, gran personaje era aquel perezoso de la casa, tomando todo el día sol sobre el chuce, yá ni las ratas que se le reían en sus barbas, atrapaba por su vejez. Opuestas escenas de actividad repetíanse en el interior de la casa. Mientras el burrito de la carga, entraba sólo á la cocina, en su viaje diario,

acarreando los barrilitos del agua, la cocinera dejaba caer pausadamente la mano de piedra, sobre el clásico mortero pisando el maiz para el locro y la mazamorra cotidiana, saltando lluvia de dorados granos, disputados por patos, gansos, gallinas, y todo un enjambre *de fruta de corral.* Mas al fondo de la huerta de duraznos, y la viña rodeada de álamos, cercados de tunas revestidas de enredaderas y flor de loconte, (de característico perfume) la gran olla hirviendo al aire libre en la que se hacía el jabón, con grasa de las matanzas y ceniza de jume; en otra, la corteza de sauce para preparar el color que tiñe las madejas de hilada lana. Como vijilando el cocimiento, pero con más ojeadas que á la olla, á la *pirca* semi-derrumbada por la que acostumbraba saltar el arriero de despedida, grupos de chinas hilaban con la *pushicana* ú ovillando el hilo mientras hacian girar el muchacho.

Un zorzal y dos cardenales desde sus jaulas de caña, colgadas á los sauces, animaban con alegres cantos aquel cuadro lleno de vida y movimiento; mientras que el sábio Padre Quintana, repetía que el jóven viajero había hecho yá la confesión, y mandádose las invitaciones para la solemne misa del viaje, en el altar de la milagrosa imágen de Nuestra Señora del Valle.

.....

Seguía entrando la nó cortada procesión de chinas, cada una con distinto regalito é igual recado para su Merced.

Cajoncitos de pasas de uva de esas tan sabrosas, que en largos cañizos, altos noques ó sobre ramadas, secaba todo el año su tía Jaboriana. Huahúas, burritos, palomas y otros representantes de la fauna vallista, hechos de orejón de los ricos duraznos que sus tías, abuelas, misia Anfiloquia, Estaurófila y Uzenda, le enviaban desde Pomán, en cuya finca tan vieja como ellas, no se morían de viejas. Duro queso de cabra con agí, envío del capatáz del puesto de Singuet, don Rogaciano, y de su buena mujer la india Barbarita, que lo cargó cuando chico. El indispensable barrilito de añejo, de los viñedos del Fuerte, que su padrino don Estratón le remitía, junto con una pila de ticholos de membrillos, de esos tan duros y agradables que solo allí fabrican, y en cuya confección su señora doña Agua-Santa empleára tres días y tres noches con su china vieja la Eufrasia. Botellas de arrope de uva, más dulce que el almibar, y casi un caramelo de espeso, desde Santa María habían llegado intactas, sin quebrarse en la

malhadada cuesta del Roble, gracias á la prolijidad de doña Telésfora que las envolviera en lana al ponerlas en el retobo. Ponchos pugos contra el frío, frazadones gruesos y pesadísimos como los de Tulumba, y un corte de traje de fino barracán salido de las habilidosas manos de la Auristela.....

IV

La Iglesia estaba llena, hallándose representadas, á más de las familias de los regalos, las de Zurita, Acuña, Ortiz, Rivas, Carranza, Tula Herrera, Mota, Botello, Ruso, Lascano, en fin, lo más granado de aquella población sin granados.

En la misa cantada de violines y triangulito, se dió la comunión al jóven neófito, y en el momento solemne, la piadosa madre cristiana á quién se le partía el corazón viendo partir á su hijo, hizo un voto á la milagrosa Vírjen del Valle, que sería rigurosamente cumplido, entre una docena de cirios, gruesos como un puño, alumbrando su altar, el día que volviera bueno y sano, sinó muy sábio, siempre buen cristiano.....

.....

A la vuelta acompañado en procesión por gran número de oyentes de la misa de despedida, todavía encontró sobre mesa de mantel largo, en el ámplio comedor, pila enorme de gallinas y fiambres, arrollados, amasijos de pan, bizcochos y tortas, y hasta dulce de tuna y patay, licor de uva, chifles con chicha, que debían despacharse en la primera pascana; á más de la bolsita de chuchoca, regalo de la Dorotea, para hacer buen locro, y de varios mazos de tabaco criollo y paquetes de fina chala, que las primas habían preparado, eligiéndolas en la *pirgua*, ó granero de la casa. Esto último para regalar á sus condiscípulos mayores, ó compañeros de encuentro, pués los niños en Catamarca no fumaban, muy distintos de los que luego vinieron al mundo por estos pagos, con gran trabuco encendido, declarando al hechar humo por boca y narices: "Yá no hay niños!" Todo fué bien acondicionado dentro de las numerosas petacas flamantes de cuero crudo, trabajadas por don Protasio, mayordomo de las Estancias de Aconquija. Pero qué! si la lista era más larga que

rosario ó corona de cinco misterios, y víveres hubo para viaje hasta el otro mundo, al que hoy se arriba en la mitad del tiempo que por entónces se empleaba de Catamarca á la Capital.

No solo de las familias Castillos, Quinteros, Omill, Mauvasin, Bustamante, Molina, Centeno, Espeche, Aramburú, Luna, llegaban obsequios sin fin, pués todas le enviaban recuerdos en diversas formas con igual posdata: "Para que se acuerde el viajero de las niñas de la casa", aún de Pilsiado, Mistraneo, Pisypanaco, Andalgalá, Amanao, Mulquin, le obsequiaron la especialidad de cada pueblo ó lugar.

Si vizca parecía por haberle despintado un ojo la humedad á la Virjen del Valle, que el Capellán de la misma le mandaba, ricos eran en sederías los corazones entre llamas, y escapularios bordados por la misma tía Abadesa. El niño Crucito, como de familia principal, tenía por lo menos un tío en cada Parroquia, y dos ó tres pares de tías en cada Beaterio, influencia relijiosa, agregada á la política y militar de su larga parentela, por la que debió tocarle la beca de ese año, al sobrino del Gobernador, casualidad que se repetía en doce de las catorce provincias.....

Para concluir su equipage hallábanse reunidas todas las vecinas en el largo corredor, mientras que el colegial repasaba la lista reglamentaria: "Fraque negro, pañuelo blanco para el cuello, chaqueta de bayetón, capote idem, y gorrita de mono. Seis camisas de Bretaña " seis pares de calcetas, dos tiradores de algodón y unas despabiladeras, y Ejercicio Cotidiano y canuto con agujas, hilo y seda."

Estos y otros pocos objetos completaban el equipo de un alumno del Colegio de Ciencias Morales, en el que se refundió el de La Unión, por decreto de Mayo de 1823, y aunque su primer Rector Don Miguel Belgrano, advertía á los jóvenes de Provincia agraciados con la beca que el Estado costeaba todo, don Angel Navarro, encargado de la alocución en los primeros exámenes, había escrito á Catamarca que conveniente era no se presentáran del todo desprovistos, hijos de familias bien, ni con las manos vacías.....

Con el último candil que al venir el día se apagaba en la concurrida Cacharpaya, bailoteo de chicha, aloja y yerbaos indispensable en las tres noches antes de emprender un viaje, con que las chinas y comadres despedían al capatáz Don Crisóstomo, y sus arrieros haciéndole cien encargues, besoteado y lagrimeado por todas, saltó

crucito sobre su mula de paso, regalo del padre de su prima, por él mismo elegida entre la ropa que remitía á la última féria de Sumalao.

Yá con el pié en el estribo, apareció la vieja Barbarita con su perro canela cojeando detrás, á colgarle á su niño el escapulario de nuestra Señora del Buen Viaje, diciéndole entre soponcios al abrazarle:

—Tomá para que te acuerdes de tu madre vieja, y no olvides las devociones que te he enseñado desde chiquito, cuando aprendías el bendito en mis faldas. Yo todas las noches rezaré una Salve á la Virjen, porque te vuelva con bien....

Era la más antigua sirvienta de la casa, que había criado á la madre y al hijo, ama seca de dos generaciones, pués que en Catamarca las madres no transijían en que sus hijos se amamantáran en otro, que el seno maternal.... Y cargado de rosarios y escapularios, de bendiciones de Cura y lágrimas de todas, también él, medio quebrantado y enternecido por la tocante escena, tiró el último beso á la madre que lloraba sobre el umbral, y salió á escape, sin mirar para atrás, caminito de las postas, subiendo y bajando sierras y montañas sin fin, hácia la ciudad de los porteños que abría las puertas de sus Colegios á todos los sedientos de ciencia, en época que sus hijos ya no tenían, como antes, que subir á beberla en las frias mesetas de Chuquisaca.....

Por entónces todos se creían agraciados con la *beca*. Nó un individuo, ni la familia sola del favorecido, el pueblo, la provincia entera mostrábase reconocida, y en las sencillas costumbres patriarcales de esos tiempos, todos se afanaban para que nada faltára al elejido, que volvería á dar lustre á su provincia natal.

....

En este Colegio se educó un número considerable de jóvenes pertenecientes á todas las provincias. En él se uniformaron en ideas y sentimientos, y adquirieron un temple moral que no ha contribuido poco á salvar la situación de la República, durante la reacción del despotismo, contra las instituciones creadas en Buenos Aires: Avellaneda, Dulce, Ocampo, Navarro, Olmos, Villafañe, Segura, Cubas, Agote, Arias, Saravia, Garcia, Villanueva, Ledesma, Castellanos, Diaz Gari, Herrera, Correa, Ocampo, Aberastain, Salas, Albarracin, Pico, Araujo, no fueron los únicos jóvenes provincianos que empezaron

allí la educación física, moral y científica, continuando muchos de ellos en la Universidad. Desde el primer año de su fundación (1823) concurrieron cien jóvenes, hasta siete años después, en que los adictos de Rozas prepararon la Restauración, cerrando sus puertas.

En los días subsiguientes al terrible año 20, en que los caudillos del interior (y también los de casa) precipitaron á dos pasos de su ruina la nacionalidad, cuando más se acusaba de separatistas á Buenos Aires, y autoridad alguna investía la representación de la República, relajados todos los vínculos de las Provincias Unidas, el Gobierno de ésta, estendía el único invisible, pero inquebrantable vínculo, que á la larga volvió á estrechar en cariñoso abrazo las catorce hermanas.

LA TRADICIÓN DE CHACABUCO

I

A eso de las once de la mañana, en la del Miércoles 12 de Febrero de 1817, el General San Martín, acabando de descender la cuesta de Chacabuco, dijo al segundo Jefe de su Estado Mayor:

—Haga enterrar un palo aquí y levante la bandera, para que desde léjos se divise el Cuartel General.

Como retardára el baqueano encontrar uno bastante fuerte, el Coronel Beruti echó pié á tierra, y sacando la barreta de minero, de entre el recado de su asistente, la clavó, enarbolando bien alto la bandera de los Andes.

Cuando regresaba Estay, astuto explorador chileno, por cuyos buenos informes tomados en la misma plaza de Santiago la noche antes, se anticipó la victoria, con una gruesa rama de olivo, observó el General á sus ayudantes:

—Bueno es entrar á un pueblo con la oliva de paz, pero para afirmar ésta, primero es necesario el fierro.

.....

Ochenta años después, cierto viajero tal vez algo iluso, de esos

que aún creen que la confraternidad de los americanos no sea una esperanza vana, pasando por el campo de Chacabuco, no encontró más monumento perpetuando la gloriosa batalla, que ese fragmento de hierro roído, tan hundido y olvidado como los héroes de aquella jornada.

El señor del Solar, que no es todavía el único patriota chileno que ama á los argentinos, quiso conservar esa única huella en su fundo de Chacabuco, impidiendo á más de un coleccionista, se llevára la barreta.

¿Quiénes nombran yá á los que acompañaron en los primeros pasos fuera de la pátria la Revolución que salía triunfante, ni siquiera á los que descollando, merecieron mención especial en el parte, como Soler, Beruti, O'Higgins, Las Heras, Alvarado, Melián, Lavalle, Pacheco, Crammer, Conde, Molina, Saavedra, Saravia, Aldao, Ramirez, Quintana, Alvarez, Arcos, Escalada, O'Brien, los dos Necochea, los tres Olazábal, los cuatro Martinez, y el más pequeño de los altos granaderos, su bravo Coronel Zapiola?

¿Marchaban á ensanchar el dominio argentino? Nó: iban simplemente á dilatar la independencia Americana.

.....

Pero ah! quién recuerda los que allí murieron, derramaron su sangre, ó triunfaron por su denuedo?

La noche antes, al ascender la luna coronando el cerro que domina el desfiladero de los cuyanos, daba vuelta el mate de caña en una rueda de oficiales de Estado Mayor, yá con el pié en el estribo. A pesar del intenso frio, San Martin había prohibido hacer fuego, ni siquiera en el pucho de un cigarro.

El Mayor Martinez (Don Enrique) interrogó á sus compañeros:

—¿A qué les hace acordar la luna en estos momentos, apareciendo entre dos franjas azules en medio de esa ancha claridad?

—A la fria y lluviosa mañana del 25 de Mayo de 1810, contestó Beruti, en que tomando por colores distintivos los del cielo que nos cubría en esos momentos, transformáronse luego en los de la bandera, á cuya sombra venimos correteando chapetones, desde la plaza de la Victoria.

—¿Quién nos había de decir entónces,—agregó el Comandante Melián,—cuando nos agrupábamos en la vereda ancha frente al

Cabildo, que trás los colores de esa divisa treparíamos con nuestra bandera las mayores alturas, dispuestos á recorrer toda la tierra por independizarla?

Entusiasmados con los recuerdos de la pátria amada y la esperanza en el día siguiente, Beruti, Melián, Martinez y Mansilla, que fueron los que repartieron el distintivo blanco y celeste, que inventó el primero, saltaron en sus caballos de batalla para ir á llevar la órden de la victoria.

Juan Apóstol Martinez, que de la misa solo sabía el de empinar vinageras, agregó, brindando con el último taco de un *pisquito* encocorador.

—« Con este signo vencerás! »

II

Chacabuco también fué una gran batalla ganada por un gran General.

Distrayendo la atención del enemigo al desembocar por diversos boquetes de la cordillera, reunió sus fuerzas al pié de esa cuesta, subdividiéndolas luego en dos divisiones.

Reasumiendo el parte de la batalla, resulta, que la División al mando del Brigadier Soler, formada de los batallones 1° y 11°, dos compañias de Granaderos y Cazadores del número 7 y 8, el Escuadrón Escolta y el 4° de Granaderos con siete piezas de montaña, debía atacar de flanco y envolver las fuerzas españolas, mientras el Brigadier O'Higgins con la División de la izquierda, el grueso de los Batallones 7 y 8, los tres primeros Escuadrones del Regimiento de Granaderos y dos piezas de montaña, los batiría de frente al mismo tiempo.

La gran importancia de la batalla no estuvo en la impetuosa carga de O' Higgins, anticipada contra-órden expresa, y más allá de lo prevenido, causando el desbande de los batallones de negros, que la enerjía de sus Jefes logró con esfuerzo reorganizar para una segunda carga. Tampoco en cien escenas heróicas que descollaron Oficiales argentinos como Guido, Plaza, Medina, Pico, Diaz, Espejo y Rodriguez, al par de los chilenos De la Cruz, González, Hidalgo,

Zenteno, Picarbe, Formás, Zapata, Millán, Zañartu, Vidal, Benavente, Torbal, quienes doblaron á los veteranos españoles, mandados por Jefes de primera, como el General Maroto, Elorriaga, (verdadera alma de aquel ejército, quedado sin alma al volar la de éste por uno de los primeros tiros), Baraño, Morgado, Marqueli, Quintanilla, Otero, Chaco, y el siniestro Zambrano. No estuvo en la carga á fondo de los célebres Granaderos, que sablearon á los fugitivos muchas leguas fuera del campo de batalla, ni en que, con gran economía de sangre, fuera deshecha toda la infantería española, tomándole seiscientos prisioneros, treinta y dos Oficiales de graduación, su artillería, su parque, la bandera del regimiento de Chiloé, y hasta el Presidente Marcó.

Las batallas no se ganan con la espada, y el triunfo de ésta, estuvo en el génio militar de San Martin. Llevaba la victoria en el bolsillo, puede decirse; por su plan, tan hábilmente preparado desde Mendoza, que obligó á la victoria, á concurrir á la cita en el punto que él habia elejido.

El poder de la gran Metrópoli empezó su media vuelta en Chacabuco, y aquellos más bravos soldados que abatieran las aguilas francesas, vacilaron, como si la fortuna les volviera la espalda. Yá no era dable á las bayonetas resistiera el empuje de lo que venía. La idea funde el bronce y perfora la montaña. Nada detendría el irresistible poder de la emancipación. La libertad surgía esplendente sobre la cumbre más alta.

Al ejército de los Andes queda la gloria de decir: "En veinticuatro días hemos hecho la campaña; pasamos las cordilleras más elevadas del globo; concluimos con los tiranos y dimos la libertad á Chile". Con tal concisión compendiaba su memorable empresa el General vencedor, como lo nota su ilustrado biógrafo, á lo que el historiador chileno Barros Arana, agrega: "La batalla de Chacabuco era el fruto de una grande y hábil combinación militar; consolidó en Chile el cambio radical á que aspiraban los patriotas, y ejerció una notable influencia en la suerte posterior de la revolución americana, que vencida hasta entónces casi en todas partes, comenzó á erguirse de nuevo con mayor enerjía y con mayor órden".

El primer acto de gobierno del General O' Higgins, nombrado Director, fué dirijirse al pueblo declarando solemnemente: "Nuestros amigos, los hijos de las Provincias del Rio de la Plata, de esa Nación

que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la Libertad usurpada por los tiranos. La condición de Chile ha cambiado de semblante por la grande obra de un momento, en que se disputan la preferencia, el desinterés, mérito de los Libertadores y la admiración del triunfo. ¿Cuál debe ser nuestra gratitud á este sacrificio imponderable y preparado por los últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla depositando vuestra dirección en el héroe. Si las circunstancias que le impedían aceptar, hubieran podido conciliarse con nuestros deseos, yó me atrevería á jurar la Libertad permanente de Chile".

También su Ministro, dirijiéndose á las Naciones estranjeras, anunciaba: "Ha sido restaurado el hermoso Reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, bajo las órdenes del General San Martin. Elevado el General O' Higgins por la voluntad del pueblo, á la Suprema Dirección del Estado, anuncia al mundo un nuevo asilo en estos países á la industria, á la amistad y á los ciudadanos todos del globo. La sabiduría y recursos de la Nación Argentina limítrofe, decidida por nuestra emancipación, dá lugar á un porvenir próspero y feliz con estas regiones".

III

Tres Repúblicas divisaron en el fulgor de los cañones de esta batalla la aurora de su independencia, y otras tantas la afianzaron por su victoria. El gran Libertador de medio mundo, estrechó en sus brazos dos pueblos, cuya fraternidad sellábase allí, pués que los laureles de Chacabuco hállanse salpicados con la sangre de Argentinos y Chilenos.

De aquella hermosa batalla, que pasó cual ráfaga que arrastra, tritura y aventa cuanto á su paso encuentra, nada resta allí. *Chacabuco* en lengua araucana, significa *apartar*, *despejar*, y despejado quedó el camino, apartado de él todo obstáculo, para que entrára majestuosa la Revolución triunfante, que iba á emancipar por siempre el pueblo hermano de Chile, apareciendo cauce abierto por las huellas de los

cañones, que corrientes nó opuestas, sinó de mútuo afecto, ensancharía.

. . . . . .

En un día como hoy, meditabundo y abstraído, cruzaba un viajero los campos silenciosos de Chacabuco, buscando una columna, ó una de esas cruces, que como piedra miliaria suelen verse sobre los huesos de los argentinos, esparcidos por toda la América. Venía del uno al otro Océano, subiendo las más altas montañas, yá al declinar la tarde de su vida, para enseñar á sus hijos donde había corrido la sangre de dos pueblos, en defensa de un mismo ideal. No encontrando el símbolo de la religión que á todos cobija, se acercó á ese fragmento de fierro carcomido por el tiempo y la intemperie.

Alguno de esos niños, descendiente del que enarbolára allí la hermosa bandera de los Andes, bordada en Mendoza, creyó descubrir en el poste descascarado, algo como secas manchas de sangre. Tal vez la del Capitán Hidalgo,—primera víctima,—de González ú Olazábal, Rico, Prieto, de don Luis Pereira, Necochea, Noailles, Bogado ó Villanueva,—Oficiales heridos (muertos los dos primeros)—y recogidos en el Estado Mayor, antes que en la Hacienda de Chacabuco, piadosas manos chilenas cerráran heridas de argentinos.

Entonces se vió allí un viajero arrodillado en el centro del campo de batalla y en medio de dos niños, rogando á Dios por los que allí murieron, por que su sacrificio no resultára estéril para la paz y el progreso de América, por que la unión de esos dos pueblos fuera tan inconmovible como la de esas montañas, á cuyo pié corriera mezclada la sangre de ambos, ochenta años há.

. . . . . .

SAN FERNANDO DE BUENA VISTA

(CRÓNICA DEL AÑO DE LA RECONQUISTA)

I

El día que termina la dominación de la vieja España en el Nuevo Mundo, recordamos la última fundación de su Virrey en Buenos Aires.

Por entónces (1806), la Provincia toda no contaba setenta mil habitantes; hoy sólo su Capital cuenta cerca de ochocientos mil. De haber seguido desde su fundación hasta esa fecha la última progresión, los de esta ciudad, sinó el número de la más numerosa Capital del mundo, sobrepasarían sí los de Paris, mientras que si el crecimiento de sus primeros ochenta años de Independencia hubiera sido sólo á razón del adelanto en sus primeros doscientos ochenta años, apénas seríamos noventa mil habitantes, en la hora que España se aleja del nuevo mundo que descubrió.

Fué el único recuerdo que dejára el Virrey de los últimos bailes en el Fuerte; después ya no estaba para fiestas; era el pueblo el que entraba en danza, desquitándose tres siglos de abstinencia, en los que no le fué dable figurar, ni en figuras de contradanza.

Cuatrocientos años no más han durado las danzas ó habaneras por la Habana y Puerto Rico, donde diz que ninguno de los pobrecitos Generales, *salió rico*.

¡Dios nos libre creer en murmuraciones de cafeteros y cigarreras tan mentirosas, como las que canturriaban:

«La Habana se vá á perder
la culpa tiene el dinero:
los negros quieren ser blancos
y el que es blanco, caballero.»

Si hicieron bien, si hicieron mal, de todo hubo un poco, cual en este reino del Señor, en el de España en América, desde el suave modo cómo empezaron á civilizar á Atahualpa y sus fieles, dándole garrote, hasta el despedazamiento de Tupac-Amarú, entre cuatro potros, método perfeccionado por el humanitario General Weyler en las Antillas, después de la fusilatina de los estudiantes que habían aprendido demasiado bien sus derechos.

Era yá entrada la tarde del primer día del segundo mes, año de la defensa, cuando á la clara luz de luna plena alcanzó á entrevers el diminuto piecesito, empolvados los bajos de la Excelentísima Señora Virreyna y Marquesa de Sobremonte. No llegaba á la altura de su nombre la barranca Medrano, que traspusiera subiendo las lomas de San Isidro, pero, sí jadeantes y sudorosas las cuatro mulas blancas de su alta galera, tan cansada como ellas, por lo que mi Señor Don Rafael no se animó á entrar con tanta tierra del largo viaje. A la Real comitiva se le había preparado apeadero, lo más decente posible, como para tanta currutaca pueblera.

Siendo la estación de mejores frutas y flores, colgaban unas y otras en festones y guirnaldas entrelazadas, formando espléndido arco triunfal revestido de laureles y banderitas. Bajo él pasó muy orondo el Señor Sobremonte, sin preveer sería el único que franqueára, por lo que á cuatro meses de distancia le esperaba. Tan cerca estuvo siempre del Capitolio laroca Tarpeya, así á orillas del Tiber, como á las del canal de San Fernando.

Y era este pueblito el que venía á fundar con numerosa escolta, por más que no ocurrió nuevo rapto de Sabinas para dotar de madres á á la población en ciernes. En canoas y bateas, en ancas de caballos y aún de pacientes bueyes, tuvieron que salvar las de los bosques anegados en las Conchas.

¿Pues no se había ocurrido hacer una mala jugada á uno de esos traviesos hijos del majestuoso Paraná, murmurando, á la sordina, juntó canales, zanjas y bajíos, y el Curupá, Luján, Conchas y Tigre, convertidos en un estenso lago, sabana de rubias aguas que inundaban los campos?

En la noche del 5 de Febrero de 1805, la creciente subió tanto, que si el buen Cura Sanginés no anda listo para salvarse se ahoga hasta la imágen de Nuestra Señora de Aranzazú, donada por los vascos de las Conchas, ó flotando sale al bajar el río que con todo sacrilejio subió hasta el Altar Mayor.

Tan apegado es el hombre al terruño, que así como medio siglo más tarde, pasado el terremoto, los viejos vecinos de Mendoza, porfiando por no salir de entre sus ruinas, levantaron sobre la misma zona la hermosa *ciudad de los álamos*, entre los antiguos vecinos del Puerto viejo de las Conchas, familia y más de una hubo, que "ni á lazo consiguieron sacar de entre sus membrillales". Así lo confirma la nota al márjen del libro bautismal de San Fernando, escrita por su propio Capellán, años después, en ocasión que á un mismo tiempo fueron á pedirle *nueve* licencias para enterrar la *octava* parte de toda la población allí quedada. Dos años después de la gran inundación que la despobló, ahogando la mitad, seguía la otra mitad muriendo de peste asoladora que fermentaba tanto cadáver de hombres y animales en sus canaletas: «Yá les he dicho á esos brutos que han quedado en las Conchas, que si no se vienen aquí, se ván á acabar de morir todos en un día.»

La esclamación no es de suma mansedumbre, pero disculpable en el activo Pastor, que después de escapar con el Sagrario hasta la altura más inmediata, ayudó á salvar los restos del vecindario de que era Párroco desde 1772, en que se elevó á Parroquia aquella feligresía, yá la que sirvió por tantos años como la de San Fernando, su activo y celoso fundador.

II

El Comandante Don Cárlos Belgrano, con lo mejorcito del vecindario de los alrededores, á los écos agradables de la música, venida para solemnizar la ceremonia, y al estruendo de bombas, cohetes y

petardos, siguieron escoltando al Virrey desde el arco de entrada hasta la Chacra de Martinez. En ella le esperaban la compañía de Granaderos, con la Banda de música á la cabeza, que hizo los debidos honores á su Excelencia.

.....

A la mañana siguiente, se trasladó con su séquito á la Capilla provisional, en el solar contiguo á la actual Iglesia, ubicada entre los de Lima y Durañona, donde cantada una misa solemne por el Cura y Vicario Doctor Don Manuel Sanginés, salió su Excelencia en procesión, llevando la piedra angular en medio de un muy lucido concurso, y con las ceremonias de estilo, la colocó al frente de la Capilla, dedicada á Nuestra Señora de Aranzazú.

Al asentar el Virrey la primera cucharada de argamasa que cubriera la piedra fundamental del nuevo pueblito, hizo una descarga la compañía de Dragones, volviendo á la Iglesia, acompañados de los Ministros del Señor, y concluido de dar gracias al Altísimo, fué á recorrer la delineación de plaza, calles y Puerto. Luego llegó á la Punta Gorda, barranco trás la antigua quinta de Zamudio, para divisar el prospecto del Canal representado con banderolas, colocadas en línea, por el Ingeniero en Jefe de la Real Armada Don Eustaquio Gianni. Y aquí fué la esclamación que dió nombre, pronombre ó apellido, al pueblito que recuerda al Príncipe de Asturias, poco después Fernando VII.

—Qué buena vista se descubre desde aquí! — esclamó Sobremonte, contemplando el espléndido panorama en tan dilatado horizonte. A su izquierda, descendiendo el Luján, venía á confundirse con el inmenso Rio de la Plata, casi al pié de esa barranca, verde faja de enmarañadas islas que forman el Delta del Paraná, siguiendo á su derecha, las ondulantes barrancas de San Isidro, coronadas de seibos y aromeros.

—En verdad que es una bella vista ! — repitió la comitiva, por lo que el Virrey agregó:

—Pués le llamaremos «San Fernando de Buena Vista»! — Y dando vuelta, dijo :

—Anote usted, Señor Notario! — Y así fué inscrito en el Acta de fundación.

.....

Y como ya hacía mucho calor para seguir bajo un sol que rajaba,

volvió el Virrey con su aumentado acompañamiento á la Chacra donde se hospedaba, en la que, á la sombra de higueras y parrales, mesa de mantel largo le esperaba, rodeada de otras nó ménos cargadas de flores y frutas. Al sentarse á la cabecera de la principal, dispuso que ante todo se repartieran las mejores frutas, en sus propios gajos, á los pobres indios de la improvisada orquesta que el indio Miguel había uniformado.

Luego se colocaron á uno y otro lado del Virrey, el Comandante Don Cárlos Belgrano, el Cura Sanginés y el Ingeniero Gianni, y entre Rondeau, Pueyrredón, Balcarce, Vedia, Viamont, Olavarría, Saenz Valiente, Sanchez, Casamayor, Thompson, é Ibañez, antiguo Comandante del Puerto de las Conchas, Morin, Tejedor, Gomez, sus ayudantes, los notables del pueblo, que sí poco de notables tuvieron, dignos son de recordar sus nombres como los fundadores ó padres de la Villa.

Entre estos se encontraban los que construyeron las primeras casas de fábrica: Don Manuel y Don Ramón Ibarguri, oriundos de Guipuzcoa, José Montes, José Tolosa, Pedro y Francisco Villarino, Mauricio Gachán, y Domingo Lima, el primero que repartió pan al pueblo en su primitiva tahona, como su hermano Don Isidro, quién puso la *cartilla* en manos de los niños, reuniendo así en doble fraternidad, de una misma familia, que ofreció el alimento del cuerpo y de la inteligencia: el pan y el libro, — Don Juan Telmos, Don Francisco Antequera, Don Juan Sagastume, Don Francisco Tolosa, Don José Costa, Don Francisco Cordero, Don Antonio Castro y Don Ramón García.

No hubo brindis, pero hubo algo mejor, como fué el reparto de la mejor parte del festin entre los más pobres de la comarca, mirando las mesas sin animar acercarse, y que el Virrey mandó á sus ayudantes acomodáran en otras, mientras Doña Mercedes y Doña Manuela Carrasco, Doña Antonia Casco, Doña Petrona Medina Sayás, Margarita Cruz y otras vecinas, yá de rancho cubierto, hacían la corte á la Marquesa, y todas sus cortesanas muy orondas por haber dado la mano á una Virreyna de verdad.

Así se veían esparramados en diversas mesas todos los primeros pobladores de San Fernando: Francisco Asturiano, Pedro Frías Esteban Abato y José Acosta, que como Don Ramón Ibarguri, tenían yá concluídas sus casas de fábrica; Martín Surrieta, Pascual Mala-

llana, Gregorio Vazquez, Antonio Gutierrez, Santillana, Juan de Sexto, Agustin Gutierrez, Sebastian Azcuarrain, José García, Mateo Cruz, Gregorio Estrada, Arrizmendi con aserradero montado, y Joaquin Rodriguez, pués á las tres Provincias vascongadas pertenecian los primeros pobladores de San Fernando, Ceferino Cruz, Santiago Perez, Ramón Maciel, Mariano Correa, Gerónimo Cabral, el indio Manuel, estante, Cárlos López, Santiago Pereda, José Ferreda, Manuel Borches, Manuel Machado, Pablo Sayós, Vicente Hernandez, 'y si vecino alguno de casa ó rancho falta á la lista, será por que se quedó en él, cuidando su tabardillo.

III

Pasado lo más fuerte del sol de aquella calurosa tarde de verano canicular, como todas las de Febrero, después de las cinco, engrosada la comitiva con lucida y numerosa cabalgata, en que los paisanos de las lomas vecinas, en sus mejores fletes, lucían grandes nazarenas y chapeados de plata, con las más reales mozas de los alrededores en ancas, bajó el Virrey á recorrer la delineación del Canal, tomando la azada, expresando sus deseos por la mayor felicidad de estas Provincias, invocando las bendiciones del Altísimo, rompió la tierra en nombre de Nuestro Rey y Señor, Cárlos IV, (agrega la crónica) entre vivas y aclamaciones al són de la música del Regimiento de Dragones. Le sustituyeron las personas de distinción que le acompañaban, y echando moneda á los indios, empezaron éstos sus labores, llenando de satisfacción y alegría á todos aquellos que ván á tocar las ventajas que tan digna obra vá á traer á esta Provincia, evitando ver expuestas las vidas de sus conciudadanos de las Conchas y los efectos de su comercio.

Convocados los propietarios de terrenos de la nueva Villa para las seis de la mañana del día tres, cuando se hallaron congregados, salió su Excelencia, y les expuso sus deseos de fomentarlos, y manifestándoles las utilidades que ván á conseguir. Agregó les daría solares proporcionados á sus familias, y el resto, lo pagarían por su justo valor.

Todos unánimes y conformes, agradecidos á sus bondades, defirieron

á la voluntad de su Excelencia, con lo cual repartió, oyendo á cada uno de por sí, ciento veintidos solares, dejando dispuestas además cuatro clases de suerte de tierras para los que quisieran comprar, y para darlos á los infelices que sufrieron con la inundación del año anterior. Así feneció este acto público, propio de su celo y eficacia, con gran contento y placer de todos los interesados y de cuántos tuvieron la satisfacción de presenciarlo.

Luego el Consulado, cuando al mes siguiente se le presentó el primer Padrón que contaba trescientos cuatro personas en cincuenta y ocho familias, adelantó tres mil pesos para acelerar los trabajos del Canal de San Fernando, encauzando las aguas del *Paso de Carupá*, que desaguára al rio, por el que tres meses después, pudo entrar el 2 de Mayo, la primera embarcación con cargamento de ñandubay, perteneciente á Don Márcos Sampayo.

El Ayudante Mayor D. Cárlos Belgrano, fué nombrado Comandante Militar de San Fernando de Buena-Vista, y el Presbítero Sanginés, su primer Cura. Por la misma fecha, sin confirmación oficial, nombróse á sí mismo, primer ladrón del pago, el Capitán Copello; pero no obstante entregára á Berresford el robado plano de Gianni, los invasores ingleses no pudieron penetrar al Canal, ni tampoco impedir que á tres mil varas de él, desembarcára Liniers, por el antiguo Puerto de Santa María de las Conchas, teniendo su primer descanso la División reconquistadora en este naciente pueblo.

Aunque guardamos en nuestro archivo lista completa de todos sus Jueces y Párrocos, muchos de ellos sin la mitad de los méritos de los fundadores que honraron la mesa del Virrey, la omitimos por no dar aires de historia con tales puntales, á la Tradición del origen de San Fernando, pero no podemos dejar de nombrar al Señor Reyes que transformó en sombreado y agradable paseo el Canal, con elevados álamos, doble fila tan recta como Guardia Suiza, bancos en que las niñas del *cuarenta y ocho* oían, nó solo la música militar, sinó otra más dulce é inmediata al oído y al compás de melodiosa guitarra, cantada por el bién amado, cuyas iniciales entrelazadas en añosos troncos, yá no alumbran faroles que desaparecieron.

Sería sobretodo injusto dejar de mencionar al que tanta tinta, palabras y propaganda gastó, el más activo y entusiasta promotor de todos sus progresos, el inolvidable Señor Don Juan Madero.

Así el principio y fin de la crónica de este pueblo, enlaza miembros de una misma familia, pués este honorable Señor era sobrino del primer Cura y Vicario Doctor Sanginés.

En el más pequeño de los pueblos de la Provincia de Buenos Aires, (cincuenta y un kilómetros cuadrados) sus mil ciento treinta y dos vecinos envian hoy mil niños á las Escuelas, y éstas, como la hermosa Biblioteca y Museo en que escribimos, no son las únicas obras del progresista filántropo tan digno de recordar.

"FRAILE Y CORONEL LÍBRENOS DIOS DE ÉL"

I

Así se cantaba en las sierras, por otro buen tarambana, acérrimo frailecito godo hasta el codo, cuyos humanitarios sermones terminaba diariamente con esta poco evangélica frase:

—¡Hermanitos, de los enemigos los ménos!

Y hacía como decía: apocaba que era un gusto los hijos de la tierra. Pero, entre todos los frailes patrioteros que colgaron los hábitos para colgarse una espada, la siniestra figura de fray Aldao, resalta por sus crueldades, como la del diablo de los Andes, pués si en la sierra dejó atrás en sus fechorías al famoso Brazo Fuerte, Agustin *el Largo*, Vidal Guavique, en la Argentina, santos aparecen á su lado: Benavidez, Massa, Oribe y demás héroes de la Santa Federación. Como segundo de Quiroga, primero; y como primero entre los sanguinarios del interior, siguió siendo el brazo fuerte del tirano Rozas, en todo Cuyo, hasta que ese miembro quedó paralizado, como todo él, por el cáncer y los remordimientos.

Cuenta á Rozas, en el oficio que tenemos sobre la mesa, que "él era muy chico cuando nació, por más que jigante sobresalía un

hombrazo entre los *cuicos*, y desde entónces le cayeron todos los males, (ménos el mal de suegra, para cuya adquiescencia y contar juego completo, impetraba el padrinazgo del más grande de todos los tiranos.) Por sus enfermedades, su madre le ofreció á la Iglesia, dice, y cuando salvado del mal de los siete días, dentera, escarlatina, sarampión, fiebre de todos los grados y colores, tabardillo, mal de cadera, chucho, tercianas, trancazo, etc., llegó á grandulito, mamita le dijo era preciso cumplir el voto que ella había hecho, pués la coronita que los muchachos de la Escuela le hacían al jugar *á las misas*, bajo el pino de la huerta de San Francisco, rapada á raiz, le había de salvar de muchos males, aunque no salvó él á Mendoza de serle mal tan grande como su terremoto, que rapó la Provincia entera, dejándola tabla rasa.

Pero la verdad era que su candorosa madre había dejado de existir, antes, mucho antes de la consagración del hijo, y el padre que le encerró en un Convento tratando de poner coto á sus calaveradas, también había muerto, á tiempo de no presenciar sus bellaquerías.

Bien dicen que si se abriera el infierno, empedrado se encontraría desde su entrada, de disculpas más grandes que adoquines, que nunca falta sobre quién echar el mochuelo de nuestras culpas. Y casi casi, nos condolía este fraile mentiroso con las suyas, si á página siguiente no descubriera que así calumniaba á su buena madre, como mató al más valiente de sus hermanos, y fusiló luego á su mejor amigo.

De tal modo, el indomable ascendió bien pronto, de la falta al vicio, del vicio al delito, del delito al crímen. Mal hijo, hermano fratricida, peor padre, marido que no lo era, fué subiendo y subiendo todos los grados del crímen, hasta llegar al cadalso, que si de sus gradas escapó, no pudo salvar de los remordimientos que le aterrorizaban, ni de enfermedades de vida disoluta, que le llenaron de lacras hasta su aniquilamiento.

Y aquí deberíamos deducir como moraleja de esta tradición, las consecuencias del *voto fatal* que hizo tantas víctimas por el irreflexivo amor de madre, dedicando á la Iglesia caractéres que nada estaban más lejos de la sumisión claustral.

Pero en el presente caso, no aparece confirmada la afirmación, ó denuncia, que Aldao hace á Rozas. Pide á éste le ayude á salir del berenjenal en que se ha metido, y en el que se hunde hasta el

cerquillo, si no le alcanza la dispensa para poderse casar " de un voto de profesión del cual me considero desligado,—agrega,—por la imperfecta deliberación en el acto de la promesa. Ella fué hecha por mi madre habiendo sufrido graves enfermedades en mi niñez. Me anunció estar yó en esta obligación y me compelió á cumplirla, obedeciendo en un estado incapaz de deliberación. "

Y hasta en esto vuelve á calumniar, que yá era mayor de edad cuando se declara incapáz, bien que muchos le creyeron por toda su vida incapáz.

Tan íntima confesión, á punto estaba de condolernos de esa víctima inocente, si el documento de que tales palabras copiamos, (año de 1837) no se hubiera encargado él mismo de desmentirlo, por otro que en mayores solemnidades firmó en 1806.

Y anotamos de paso que el año seis, yá no tenía Aldao seis años, pués que para profesar en órden relijiosa, exijíase mayoridad.

II

Era pués, persona *sub-judice* cuando declara en su testamento, y bajo la fé del cartulario, que al tomar el hábito de la Orden Domínica, Felix Aldao, hijo legítimo de Don Francisco Esquivel y Aldao, y de Doña María del Cármen Anzorena *(yá difuntos)*, relijioso novísimo de este Convento de Predicadores en Mendoza, "por cuanto se ha llegado la hora de mi profesión y considerando que las cosas de este mundo son momentáneas y perecederas, y que el camino verdadero es el de la virtud y éste tiene su principio, dejando el amor de los principios temporales y empleándolo en el servicio santo de Dios, nuestro Señor, y su primer paso está seguro por el de la relijión, he tratado de seguir ésta, entrando por la puerta principal de su profesión, consultando asunto tan importante con personas de consejo espiritual que conformemente me han desengañado, y estando resuelto en mi propósito, ordeno mi testamento para morir al siglo. Todos los derechos y acciones que me puedan corresponder por herencia, ó por cualquiera otra razón, los renuncio á favor de mi abuela Doña Catalina Nieto, y por fallecimiento de ésta, á favor de mis hermanos por iguales partes.»

Quince años después, le encontramos de 2º Capellán del Regimiento Once en el Ejército que formó San Martín, en la Ciudad de su nacimiento.

Al día siguiente de la acción de la Guardia Vieja, en que el Coronel Las Heras observára cubierto de sangre los blancos hábitos del Dominicano, por que en lugar de auxiliar moribundos, los aumentaba, le increpó con estas palabras:

—Padre, cada uno en su oficio. A su paternidad el breviario; á nosotros la espada.

Dando vuelta, murmuró rezongando el irrascible frailecito:

—Lo verédemos!

Poco después cruzaba el campo de batalla, insultando los heridos, y asombraba á su jóven compañero con las siguientes reflexiones:

—Para qué cargamos esta espada? Para matar, y para matar mientras no nos maten otros. Y como nosotros también hemos de morir, sin que el sol se pare por eso, ni dejen de parir las mujeres, todo se reduce al fin á morir unos cuantos años antes, ó unos cuantos años después. Véamos si en el tiempo que hemos de vivir, logramos ser de los que matan y gobiernan y gozan. Por lo que hace á mí, eso es lo que voy buscando, y para eso pongo en riesgo mi vida: *A mí me gusta matar y mandar, y maldito si me importa un bledo de los que caen, con tal que yo sea de los que quedan!*

—Tengo aquí en el corazón otra clase de sentimientos y de ideas que no son esas, le replicaba el ayudante Laprida. Libertar á Chile y triunfar de España, es algo más que matar: la gloria y la gratitud de los pueblos.

—¿Sí? Yá verás la gratitud de los pueblos, y en cuanto á la gloria, no es gratitud, sinó agravios y rencores lo que te ha de dar, si un tonto como vós llega á verla....*Pá....los pavos!*

—Si todos viesen el mundo como Vd., sería mejor haber nacido Pampa, fray Félix.

El historiador López, refiere este diálogo sobre el testimonio de Las Heras, Dehesa y Godoy.

Al presentarse en Santiago de Chile á su padrino de vinajeras, con el uniforme de Granaderos, habiendo yá echado la capa al toro y ostentando los sentimientos que en el campo de Chacabuco, exclamó el Reverendo Padre:

—Malvado! Ya te arrepentirás.

No es nuestro ánimo seguir las huellas de sangre, con que este irrascible apóstata señaló sus pasos en la tierra, cuando plumas tan respetables como las del General Paz, Sarmiento, Lopez, Hudsou, las han dejado indelebles en sus páginas. Pero no podemos ménos de recordar que, sanguinario en Chile, jugador en el Perú, raptor en el Ecuador, déspota y vengativo en todas partes, después de obtener una fortuna en la carpeta entre los más bajos jugadores de la sierra, regresó á Mendoza en 1823, con una ingénua jóven que robó á honrada familia de Quito, y con las desdoradas charreteras de Coronel.

III

El amor, la gloria y la riqueza parecían sonreirle, pero la corona de sus manchados laureles no llegó á tapar la de su cerquillo, y cuando retirado á la Hacienda, al Sur de Mendoza, creía poder disfrutar de los goces de una familia, los remordimientos interiores le intranquilizaban, al par que las pendencias de sus concubinas, pués que estragada su alma por la sensualidad, la embriaguez, el juego, y toda clase de vicios, desechado de la culta sociedad mendocina, presenciaba en su propio hogar las diarias reyertas de *la riojana*, *la tapada*, y la célebre Dolores que todo lo destapaba, llenando de su nombre á cuántos se le acercaban.

Más tarde, herido y prisionero por las fuerzas del General Paz, al derrotar éste á Quiroga, surgiendo el espectro del remordimiento al temer ser fusilado, intentó reconciliarse con la Iglesia, cuyo arrepentimiento se disipára al escapar de su prisión, pero como antes en el Pilar, redobló sus instintos sanguinarios hasta matar á su hermano José, disparando un cañonazo al campamento enemigo durante el armisticio, al tiempo que su otro hermano, increpando la felonía, explicaba:

—Es Félix, que yá ha de haber almorzado!

El valiente Coronel Barcala y el General Acha, no fueron las últimas víctimas sacrificadas á su fúria sanguinaria, y todavía en su última carta, pide á Rozas retire de Mendoza á Pacheco, pués que

ese porteño que no sabe degollar, apadrina los derrotados del Rodeo del Medio, salvajes unitarios que él no puede limpiar.

....

En 1806, declara que es su persistente y bien meditada resolución, después de largos años de noviciado, consagrarse por completo en la vida austera del claustro. Y diez años después, al cruzar por primera vez el campo de batalla, como atraído por el olor de sangre humana, aunque llevado para ayudar *á bien morir*, cambia súbitamente, convirtiéndose en maestro para enseñar *á bien matar*.

Doce años más tarde, herido y prisionero, pide confesión. El temor atormenta su conciencia.

—¡Me ván á fusilar!—grita loco de terror, cuando el centinela de su calabozo, pasa la mano por el pescuezo al acomodarse el corbatin, signo que, en los remordimientos del criminal, antójasele traducir: «*Te ván á degollar!*»

A otro Doctor y Coronel que le repasa el latin del breviario, tantos años olvidado, le pregunta si lo fusilarán, y tranquilizándole el Doctor Ortiz, contesta:

—Sí, como Vd. no ha causado los males que yó, está muy tranquilo.

¡La conciencia acusa!

....

Hastiado más tarde y sintiéndose deshecho por la disipación, su embriaguez consuetudinaria, y la orgía perpétua en que vive, echa de empeño á Rozas, para que él, que lo puede todo, le consiga una licencita para casarse.

—¡Fraile apóstata! ¡No quiere reconciliarse con Nuestra Santa Madre Iglesia, sinó con su concubina. ¡Que se lo lleven los diablos!—esclama el tirano—que yá es carta gastada, y no sirve "ni para Dios, ni para el Diablo".

Cuando Aldao vino á Buenos Aires, el tirano no quiso dejarse ver por él, pero como antes, durante y después del viaje, insistía por una respuesta, pués le apremiaba tener suegra de verdad, no obstante dejar un proyecto de tal, trás cada rancho, necesitando de otro tiranuelo en el Interior, Rozas ocurrió á una treta que su travesura empleaba con frecuencia, repetida en el tratado de Mackau, en el fusilamiento del Padre Gutierrez, el casamiento que solicitaba Fray Aldao, y otras muchas ocasiones. Consistía, en solicitar por

escrito y separadamente, con la mayor reserva á uno y á otro, las opiniones de los que juzgaba especialistas en el punto á resolver. Luego contaba por los dedos las que le llegaban iguales ó semejantes, y el proyecto que en mayoría resultába, lo adoptaba como dictámen propio.

IV

Reasumiendo la opinión de los teólogos de Palermo, y en los que aún opinando por separado fray Andasol, el Padre Magesté, García, el Padre Ramón, y los canongistas Torres, Baldomero García, Palacios, Elortondo y otros, quiénes á pesar de todos los casos que citaba Aldao en su larga nota de dispensación de Ordenes Sagradas, revelación de votos y frailes casados en Indias entre los indios, y también entre cristianas, como Monseñor Tayllerand, siendo unísona la opinión de sus consejeros áureos, advirtiéndole no había la más remota probabilidad que el Sumo Pontífice dejára de rechazar *in limine* tan estrafalaria pretensión, Rozas le contesta que *nonis*, que siga no más casándose cuantas veces quiera, que por pecado más ó menos no tenga cuidado, consolándose con todas las consolatrices que en el camino encuentre, que él se encarga de mandarle un su cuñadito que tiene, muy hábil quirúrgico, de sangre Real, ó incásica, para cauterizarle el cáncer que le corroe, y en cuanto al que interiormente le roe la conciencia, le pida á su compadre Estanislao Lopez de Santa Fé, al Canónigo Amenábar, que es ducho casuista y Capellán de manga ancha....

Entonces desesperado, quiere ahogar sus penas en un mar de vino, y se entrega con más ímpetu á nuevas orgías, entre jugadas sin término y sangrientas venganzas, y como había fusilado por rivalidades al Coronel Barcala, el más ilustrado negro de Cuyo, contra órden espresa de Facundo Quiroga que siempre respetó á los valientes, fusila al General Acha, por más que se lo recomienda Pacheco como prisionero de guerra. Vuelve del campo de la venganza á la carpeta verde, donde sus inyectados ojos de ébrio consuetudinario, le hacen ver todo color de sangre.

Pero el mal seguía por dentro y por fuera, y los remordimientos en aumento. Temiendo quedar sólo un instante, para ahuyentar los

fantasmas de sus víctimas que no le dejan dormir, la Cámara de Diputados nombra una Comisión permanente turnándose seis de sus miembros noche á noche, para hacerle sociedad de *malilla*, y velar su sueño, interrumpido á cada momento. Su mayor terror era quedar un minuto sólo.

Gobernador de Mendoza y General de esa Provincia, nombrado por sus propios representantes no alcanzando á reconciliarse con las madres de sus hijos, á cuyas últimas tres dejó á cada una en casa propia, formula su último testamento, reconciliándose al fin con la Iglesia, dejando el Gobierno á su compadre Mallea, y nombrando á Rozas albacea testamentario.

Reconciliado, pero nó tranquilo, dejó de existir Aldao el año de 1845.

¡Los remordimientos matan!

EL ABRAZO DE MAIPÚ

I

La mañana del Lúnes 5 de Abril de 1897, fresca y perfumada, bañada de resplandores azules, partía de la Estación Central, en el fondo de la Alameda de la pintoresca Cañada, (Santiago de Chile) un tren expreso, conduciendo multitud de damas y caballeros chilenos y argentinos, hasta el risueño valle de Maipú.

Al descender en su Estación la alegre y numerosa romería, cruzó las arboladas calles llenas de banderas y gallardetes, y todo el pequeño pueblito vestido de gala. La banda militar, que el Comandante Rivas, ofreciera á los iniciadores de esa fiesta de fraternidad, sobre el mismo campo en que ésta fué sellada, rompió la marcha, con cuyos sones marciales siguió la columna, engrosada con la mitad del vecindario. Al llegar á la Iglesia votiva, que decretada el mismo año de la batalla, en su acción de gracias, recién poco há se inauguró con uno de los más elocuentes sermones del orador sagrado Canónigo Jara, entraba á ella la otra mitad del vecindario, hombres y mujeres, niños y ancianos, alegrando las campanas echadas á vuelo.

El Teniente Ramón Bruna Vicencio, anciano de ciento tres años,

último superviviente de aquella gloriosa batalla, era el héroe de la fiesta, seguido en todas partes, atendido y mimado por todos.

Apénas su yá gastada memoria recordaba las escenas descollantes de ese día imborrable, repitiendo: «Me han variado mi campo».....

Después de visitado el de Maipú, y concluida la solemnidad religiosa, bajo florida bóveda, á un costado de la Iglesia parroquial, fué rodeada larga mesa cubierta de frutas y flores, que la galantería de autoridades y vecindario ofrecía á sus huéspedes. Numerosas niñas de las Escuelas desfilaron, y cuando el momento de los brindis llegó, en los que se distinguieron los Doctores Montt, Guerrero, Martinez y el Ministro Argentino, pronunció su última palabra el iniciador de la peregrinación histórica, Doctor Obligado, con las siguientes:

Señoras: Señores:

«Levanto la copa de la fraternidad para saludaros en medio del regocijo de esta sencilla fiesta, conmemorando una gloria Americana á la que Argentinos y Chilenos concurrieron.

«Salimos de rogar á Dios por los que un día como hoy cayeron aquí, amalgamando con su sangre los cimientos de la Pátria. Por otros muchos votos íntimos se ha rogado también en esta Iglesia, levantada donde el Comandante Bueras murió, ó con más propiedad, nació á la gloria aquí, desde donde se elevó su alma al cielo. Y al cruzar el campo glorioso de Maipú, caminemos con cuidado, no vayámos á pisar huesos de héroes, cuyas cenizas se han esparcido por todos estos alrededores.

"Desde aquel barranco de Lomas blancas, el Mayor Blanco Encalada, disparó el primer cañonazo que desmontó al General Osorio, y fué por el sesgo de esa montañita que el Coronel Las Heras llevó el ataque oblícuo, desplegando Freire en su valle, su magnífica caballería que doblára la del enemigo. Por el mismo camino que nos ha conducido, retirábase herido el célebre Sargento Vasconcellos, cuando le cerraron el paso cinco soldados sucesivamente, á los que, uno á uno logró vencer. Y allá, en la subida á la Hacienda de Espejo, sus piedras abrillantadas por el sol de la victoria, reflejan cual verdadero espejo las hazañas de los héroes de aquel día.

"Si fuera dable á la memoria humana mayor lonjevidad, el último superviviente de Maipú aquí presente, referiría mejor como testigo ocular, episodios donde rivalizaron bravos chilenos : Larrain, Borgoño,

Rivera, Zañartu, Riquelme, Vergara, Casares, Rodriguez, con el denuedo argentino de Balcarce, Zapiola, Lavalle, Pacheco, Martinez, Escalada, Saavedra, Alvarado, Deza, Olazábal, Pedernera, Suarez y toda esa brillante oficialidad que sobresalieron en la hábil dirección, recién rehechos los rotos batallones que dos semanas antes, fueran sorprendidos en la noche aciaga de Cancha Rayada. Y cuando el primer Escuadrón del célebre Regimiento de Granaderos á caballo, arrollando cuanto encontrára á su paso se desprendía como avalancha de acero, en su última carga, en este mismo lugar, á ésta hora, setenta y nueve años há, el General O'Higgins, herido y conduciendo el último resto de sangre del pueblo chileno, abrazando con su único brazo al General San Martín, saludábale, exclamando entusiasmado: « ¡Gloria al salvador de Chile!»

"Y aquí, perteneciente á una generación yá lejana de la de los fundadores de la Pátria, á mí, argentino, séame permitido levantarme para abrazar con mis dos brazos al decano del ejército chileno, último de los héroes de aquel día!

.....

"Al estrechar con cariño el corazón de ese viejo patriota, que ha latido más de cien años, rejuvenecido por generosas emociones, paréceme haber oído algo como un éco lejano de las esclamaciones de Maipú, en cuya mañana nadie, ninguno presentía, que para ascender al zenit la estrella chilena, había de creerse preciso se eclipsára el sol naciente de ese otro pabellón que desde el Plata trasmontando la excelsa región del Cóndor, venía esparciendo fulgores de libertad por toda la América.

"Sólo en esta inmensa fosa de Maipú, seguirán juntos chilenos y argentinos?

"He cruzado del uno al otro Océano, subiendo las más altas montañas de la tierra, para venir á arrodillarme con mis hijos sobre este campo de batalla, pidiendo á Dios la paz para el mundo americano, al enseñarles desde cuándo la unión del chileno y argentino fué sellada con sangre, defendiendo una misma noble causa.

"Al despedirme de esta tierra hospitalaria, en que rastros de afectos más profundos que las huellas de sus cañones dejaron los argentinos, hago un voto ferviente desde lo íntimo de mi alma, pidiendo á Dios, que tantos sacrificios no resulten estériles para el

progreso de nuestra América que, inconmovible como esta mole inmensa de los Andes, á cuyo pié, un día como hoy, corrió mezclada la sangre de sus soldados, sea la unión de ambos pueblos por la que San Martín y O ' Higgins se abrazaron aquí " .

II

Al concluir el banquete de fraternidad, las Argentinas presentes pidieron al héroe de la fiesta su retrato, que deseaban conservar junto con el de Don José Domingo Vega, de 133 años, natural de San Juan, decano del ejército argentino. Y como el glorioso anciano se prestára agradecido, mientras el jóven Obligado le cantaba en su guitarra el célebre diálogo de «*El Corneta de Ayacucho* y *El Tambor de San Martín,*» las señoras formaron un pabellón de banderas, entrelazando las de Chile y la Argentina, y colocado bajo el improvisado dosel Bruna Vicencio, pidió ser fotografiado entre damas de una y otra Nación. Cruzando sus manos, tomó la de la señora del diplomático Argentino que puso á su derecha, y la del ex-Ministro Guerrero á la izquierda. Terminada la fiesta, en el último grupo fotográfico, reproducido á la puerta de la Iglesia, se destacaba la esbelta figura de una preciosa niñita, que con admirable precisión y naturalidad, declamó la siguiente composición del poeta Rafael Obligado:

ENTRE ELLAS

(Cuestión de límites)

—

Entre Chile y la Argentina
hubo una guerra feroz:
desde el Plata á Valparaiso
tronaba rudo el cañón.

O ' Higgins era un pigmeo
para este pueblo del Sol,
y para aquél, de la Estrella
San Martín era un matón.

De Chacabuco y de Maipo,
del Perú y el Ecuador,
hablaban sus redentores
con celosa irritación.

Pequeños ambos, mentían
un ódio que no sintió
ni San Martín por la Estrella,
ni O' Higgins, por nuestro Sol.

Pero, ¿quién es alto y noble
si el *Mauser* está en acción?
La Justicia no es hermana
de Marte el batallador.

Sea fábula ó no sea
la tal guerra aconteció:
desde el Plata á Valparaíso
tronaba rudo el cañón.

Una Chilena, á su hermana,
que era Argentina, escribió:
—«Contra vosotros vá mi hijo,
¡no me lo mateis, por Dios!

¡El és mi unico tesoro!
¡de mi noche el esplendor!
¡de mi viudez el consuelo!
¡mi primer beso de amor!»

A través del muro andino,
la Argentina respondió:
—«Contra vosotros vá mi hijo,
¡no me lo mateis, por Dios!

Es de su padre el orgullo!
¡de nuestro hogar es la flor!
¡si no vuelve... si no vuelve
nos moriremos los dos!»

En Santiago, la Chilena
postrada en muda oración,
y en Buenos Aires, su hermana
puesta el alma en el Señor,

Rogaron tan hondamente
que Dios mismo las oyó,
y dijo: «¡Paz entre hermanos!
¡entre la Estrella y el Sol!»

A su mandato, en los Andes
el *Mauser* enmudeció,
pero en Maipo y Chacabuco
siguió tronando el cañón...

¡Himno perenne de gloria!
¡Santa, magnífica voz!
¡de San Martín y de O' Higgins,
hondo y fraternal clamor!

....

Los diarios del día siguiente, reproducían como écos de la fiesta patriótica, entre otras muchas crónicas, la siguiente, después de tributar sinceras felicitaciones al Alcalde, Cura y demás autoridades de la localidad, que con tanto patriotismo se afanaron por el mayor éxito, como Don Alejandro Carrasco Albano, Don Alberto Mackenna y otros entusiastas vecinos que ayudaron eficazmente al Doctor Obligado, iniciador de la peregrinación patriótica:

"Ayer, aniversario de la batalla de Maipú, ha tenido lugar en el vecino pueblo de su nombre que se levanta en el mismo sitio donde se libró aquel importante y decisivo hecho de armas para la Independencia Nacional, una sencilla, pero hermosísima fiesta, destinada á conmemorar tan glorioso aniversario.

"Tuvo una parte muy principalísima en la organización y realización de esta fiesta, el distinguido caballero y escritor argentino Doctor Don Pastor S. Obligado, desde hace algún tiempo nuestro huésped, que ha sabido conquistarse por su intelijencia y caballerosidad las simpatías generales de la sociedad chilena, dejando muy bién puesto el alto nombre de que venía precedido.

"A las ocho y media de la mañana, partían de la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado, en carros especiales del convoy de Melipilla, los convidados á esta fiesta.

"También ocupaba dicho tren la banda de música del Regimiento Nº 1 de Artillería, que iba á amenizar la reunión, al mando del Alférez Señor Pedro Charpín.

"Maipú es la primera Estación del ramal de Melipilla, ciudad situada al S.O. de Santiago. Después de quince minutos de camino se encontraban los invitados en la Estación nombrada, donde eran recibidos por el Secretario de la Municipalidad de Maipú, Señor Don Juan F. Guzmán.

"En carruajes, de antemano preparados, se traladaron á la Iglesia parroquial del pueblo, situada como á doce cuadras.

"Despues de visitar el hermoso templo y de saludar al señor Cura Párroco, al primer Alcalde, Regidores de la Municipalidad y respetables vecinos, la comitiva se trasladó en los mismos carruajes hácia unas lomas, desde las que se domina completamente todo el pueblo, y por lo tanto, el sitio en que se libró el glorioso hecho de

armas del 5 de Abril de 1818, que la historia pátria registra con el nombre de Batalla de Maipú".

"Un distinguido caballero de la comitiva, bastante conocedor de aquellos sitios, hizo en aquel lugar, una completa relación de la batalla, y dió á conocer los lugares precisos que ocuparon las tropas realistas al mando de Osorio y Ordoñez, como también la situación de los patriotas, y el lugar que ocupó el General San Martín y su Estado Mayor General.

"Dió también á conocer de una manera fiel y exacta las diversas peripecias é incidentes de aquella batalla, que comenzó á las once y media del día, para terminar á las seis de la tarde.

"Despues de esta breve escursión, regresó la comitiva á la Iglesia donde tuvo lugar una solemne misa cantada, oficiada por el Cura Párroco de Maipú, Presbítero Don Germán Gamboa.

III

"La Capilla presentaba hermoso golpe de vista. A la belleza de su construcción, de estilo moderno, unía los adornos hechos para esta fiesta. El altar mayor había sido engalanado con flores naturales, candelabros, y banderas Argentinas y Chilenas entrelazadas.

"Objeto de especial admiración fué el hermoso cuadro del altar, que representa á Nuestra Señora del Cármen, patrona jurada del ejército chileno, rodeada de ángeles, y teniendo á sus piés á un ángel con espadá en mano, que defiende el Cóndor y el escudo nacional.

"A más de la comitiva que ocupaba los asientos especiales colocados á inmediaciones del presbiterio, la Iglesia se encontraba materialmente repleta por una crecida concurrencia de vecinos de la localidad.

"Antes de comenzar la misa, la Señora de Rusignol cantó *Salve*, que fué escuchada con relijioso respeto y vivo regocijo por la concurrencia.

"El coro de cantores era elejido entre las primeras voces de la Capital; y el sermón fué predicado por el Presbítero Don Luis Escobar.

"Concluida la misa, la comitiva pasó al patio del Curato, sitio escojido para el almuerzo con que el pueblo de Maipú obsequiaba á sus visitantes en aquel grande aniversario.

"En el estenso patio, á la sombra de frondosos acacios, habíanse arreglado tres largas mesas, artísticamente adornadas con profusión de *chrisanthémes* de variados colores.

"Ocupó el sitio de honor en la principal, el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Argentina, Señor Don Norberto Piñero, teniendo á su derecha á la señora Adela Cood de Guerrero, y á su izquierda la señora Sara del Campo de Montt. Frente al Señor Ministro fué colocado el Doctor Don Pastor S. Obligado, quién tenía á su derecha á la Señora Leonor Basavilbaso de Piñero, y á su izquierda la Señora de Russignol. Después del señor Luis Infante, Primer Alcalde de la Municipalidad, y señor Alejandro Carrasco Albano, seguían las señoritas: Evangelina Obligado, Laura Martinez y Rafaela Vergara; el Señor Don Adolfo Guerrero, Don Pedro Montt, Don Clemente Onelli, Don Francisco Martinez, Don Cárlos Russignol, Don Miguel Cuadros, el presbítero Don Germán Gamboa, Don Alberto Mackenna Subercaseux, Don Marcial Martinez, Don Diego Gonzalez, Don Pastor Luis Obligado y otras distinguidas personas.

"Tuvo su colocación en la mesa de honor, el soldado de la Independencia Nacional, reliquia de la Patria vieja, que tomó parte en la batalla de Maipú, Ramón Bruna Vicencio, quién cuenta ciento dos años de edad y fué objeto de cariñosas demostraciones y deferencias por parte de los asistentes á esta íntima fiesta de confraternidad.

IV

«Las otras mesas fueron ocupadas entre otros muchos caballeros por los siguientes: Don Alejandro Gacitúa Carrasco, Sub-Secretario del Ministerio del Interior, Don Pedro Aguirre Riveros, hijo de Don Pedro Aguirre, ayudante de campo de San Martín en la batalla que se conmemoraba, Don Rafael Lorca, Don Julio Córdobez A., Don Marcial Córdobez, Don Manuel Tulaud, Don Lauro Pérez Larraín, Presbítero Don Luis Tagle, Don Domingo Munita, Don Victor Castro, Don Eliodoro Soruco, Presbítero Don Luis A. Escobar,

Don Andrés Mujica, Presbítero Don Oscar Cabrera, Don Domingo 2º Munita, Alférez Don Pedro Charpín, Don Ramón Munita, Don Cárlos Correa y Don Emilio Donoso, quién tuvo á su cargo la dirección de la fiesta en unión del Señor Juan F. Guzmán, Secretario de la Municipalidad de Maipú.

«Al servirse el Champagne, rompió con los acordes de la Canción Nacional la banda de música, que continuó tocando durante el almuerzo escojidas piezas. La Canción Nacional fué cantada por los alumnos de la Escuela pública de Maipú que asistieron á la fiesta.

«Concluido el himno pátrio, fueron invitados á hacer uso de la palabra los Señores Obligado, Pedro Montt, Adolfo Guerrero, Doctor Norberto Piñero, y Presbítero Don Germán Gamboa, rivalizando todos en entusiasmo y en sinceros votos por la prosperidad de las Naciones Argentina y Chilena, que juntas lucharon por la Independencia del continente americano.

«El viejo veterano que carga sobre sus hombros con el peso de un siglo, estaba completamente entusiasmado por las atenciones de que era objeto, y con las expresiones de argentinos y chilenos, haciendo votos por la prosperidad de ambas Repúblicas, y aquellas palabras sinceras, entusiastas, hijas del corazón, le hicieron ponerse de pié y después de dar un viva á la República hermana, espresó el deseo de abrazar á algunas de las damas argentinas, espresión que pronunciada con aquella cabeza cana y rostro arrugado de un sér que parece yá doblarse al peso del tiempo, fué recibida con nutridos aplausos. Luego en medio de las ovaciones al valiente veterano, la entusiasta señora de Guerrero, levantándose profundamente conmovida, dijo: —«Yo también quiero abrazar á este glorioso soldado, reliquia viviente que recuerda las glorias de dos pueblos grandes y valientes!»

«Unas de las niñitas, alumna de la Escuela, declamó ante la concurrencia una hermosa composición alusiva, de Don Rafael Obligado siendo muy aplaudida.

«Terminado el espléndido almuerzo, entre efusiones de la más franca alegría, el Doctor Obligado obsequió á la concurrencia, repartiendo ejemplares fotográficos del hermoso cuadro del malogrado artista Doctor Fernandez Villanueva, que representa «*La Batalla de Maipú*».

«La fotografía de los señores Leblanc, obtuvo varias vistas de la concurrencia, en las que se dió lugar preferente al soldado de la Independencia, Ramón Bruna Vicencio.

«A las tres de la tarde, regresaban á la Capital todos contentos con el grato recuerdo de esta fiesta íntima y sencilla, en conmemoración del glorioso hecho de armas del 5 de Abril de 1818.

«Escusaron su inasistencia á ella, el Perito Argentino Doctor Moreno, por enfermedad de su señora, y el Ministro de Relaciones Exteriores, que envió al Señor Alejandro Carrasco Albano la siguiente carta:

«Santiago, Abril 4 de 1897. — Mi distinguido amigo: — Como Vd. verá, por el incluso recorte de diario, la Comisión conservadora estaba citada para mañana Lúnes 5 de Abril, á las 2 de la tarde, con objeto de tomar en consideración el Mensaje presidencial relativo á un asunto que atañe al Ministerio á mi cargo. Me será por consiguiente imposible ausentarme de la ciudad durante el día. Crea Vd. y hágame el servicio de expresarlo así al distinguido Doctor Obligado, que lamento sinceramente que esta circunstancia de deber imprescindible, me fuerze á esta ausencia inevitable en la conmemoración de una victoria común de argentinos y chilenos, á que, por tantos motivos, deseára asistir. Su amigo afectísimo: — *Cárlos Morla Vicuña.*»

LAS APARIENCIAS ACUSAN

I

Alto, grueso, de sonrosadas mejillas, encuadradas entre largas patillas rubias, de pelirojo subido y afilada nariz, dinamarqués de nacionalidad y Contador de profesión, era Don Agustin T..... ..,allá por los años de 1880, Contador mayor del Banco de Buenos Aires. Contaba tan bien como escribía, y escribía tan ligero en francés, sin corregir una coma, planillas por su nitidez á litografía semejantes. Lástima que tan limpia caligrafía, se encuentre escluida de nuestras Escuelas. Respirando bondad y salud por todos los poros, de tan bello carácter, como caractér, fué nuestro buen dinamarqués el hombre más honrado que había llegado de aquella isla. Franco, expansivo, jovial y correcto en todo, hasta en sus incorrectos amores.

Yá muchos años llevaba de empleado en aquel Banco memorable que tanta prosperidad esparció en esta tierra, y que, fundado con el millón de pesos del primer empréstito, (Baring Brothers y C°) llegó á contarse tercer Banco en todo el mundo comercial.

Así también desde el más subalterno, ascendió don Agustin grado por grado á los puestos más altos. El Presidente de la Casa que lo fué más de un cuarto de siglo, hombre de peso y de pesos, tan grave como Don Bernabé Escalada, le consultaba en todo, no sólo los detalles y cuentas de administración, sinó hasta en las de su rosa-

rio de plata, desengarzadas al enredarse en la manteleta de la bella Mercedes, su novia por treinta años, en ocasión de ofrecerle agua bendita á la salida de la Iglesia de su nombre.

Pero un día sucedió, que no embargante el olor de honorabilidad en que se tenía al hermoso dinamarqués, descubrióse en el último arqueo de caja, desfalco de cien mil pesos. Se buscó en toda la antigua casa del Consulado, á que trasladárase el Banco, fundado en *Temporalidades*, y por más de escudriñarse de arriba abajo, en parte alguna aparecieron.

Bien que al principio, de ninguno se sospechára ménos que del pulcro y sonrosado Contador, vago rumorcillo encocorizador fuese levantando, de aquellos tan inquietantes aún sin conocerse su procedencia.

A alguno ocurrió decir:

—El cara de judio ese ha de saber donde están.

A lo que otro agregó:

—Se dá muchos humos, y demasiado rumboso es, para tan corto sueldo.

Atando cabos, el vecino de su querida, expresó:

—Al fin es el único extranjero en la Casa, y con *ella* y con *ellos* pondrá mar por medio.

La murmuración fué creciendo y creciendo como bola de nieve, y tomando consistencia, á punto de que, el más sesudo del Directorio saliendo de tomar cuentas, iba refunfuñando á su colega:

—Los libros están bien llevados, pero entre tanta gente honrada los *cien mil* no aparecen.

—Pruebas? Qué más! No parece judio, — murmuró un tercero, — y se le vé acompañando en público la más linda Magdalena de exportación que ha llegado?

¿No había en esos días suplido al Cajero en sus funciones, pués el efectivo andaba curándose por la Chacra de su Jefe, el reumatismo tomado en las toscas de San Isidro, sin duda en pescas á la luna y en grata compañía?....

¿No acababa de desbancar con sus larguezas, al Señor Balbin, que no obstante ser el más jóven de los empleados en el Establecimiento, veterano era en galanterías de alto vuelo?

Las apariencias sindican, y si pruebas bastantes no daban már-

jen á inmediata acusación, sospechas sí, para suspenderlo. Al insinuarle con su más melíflua vocesita y aire compungido, su segundo en la Contaduría, que talvez seria conveniente presentára su renuncia, el digno dinamarqués, todo un hombre contestó:

—O culpable en la cárcel, ó inocente en la estima de todos. Yó no entiendo de esas medias honradeces, ó componendas con la Justicia.

Comprobado el desfalco y recayendo responsabilidad sobre el Contador Mayor, Cajero y Jefe inmediato en todas las dependencias, teniendo en vista como atenuación, buenos servicios de muchos años, el Directorio se limitó á suspenderlo provisoriamente.

Esto dió marjen á varias publicaciones del Contador y Cajero, en polémica provocada por la prensa y en folletos, pero esquivada por os Señores del Directorio. Dos empleados del Establecimiento insistían en juicio público que evidenciára su inocencia, contestando el Superior, desde el alto trípode de su infabilidad: *Non possumus*!

.....

Esta reminiscencia de un sucedido, sobre el que todavía restan contemporáneos que abonan su exactitud pudiendo aparecer lejana, recordaremos otro de mayor resonancia diez años después, de cómo las apariencias acusan.

Sucedió que allá por los años de 1840, una honrada esposa quedó, como otras muchas, sin marido, pués que á su tercera tentativa de embarque con los que emigraban á Montevideo, si bien alguien alcanzó á divisarle herido y desangrado, tirado en las toscas, ni entre los muertos en la ribera, ni entre los casi muertos de hambre dentro de aquella plaza, por diez años sitiada, se le volvió á ver en parte alguna. Como á la semi-viuda del salvaje unitario perseguido por la mazhorca, seguían apareciéndole dieciocho mesinos, cada año y medio, a maledicencia de sus buenas vecinitas, empezó á abrir jirones en la reputación de esta desolada señora.

Una cándida doncella cincuentona le retiró sus servicios. Si bien como buena cristiana ayudábale en toda enfermedad, terror pánico le alejaba de las de parto, temiendo contajio, ó se le pegára el embarazo. La sobrina del Cura que tampoco creía en generaciones espontáneas, arañaba que era un gustò el buen nombre de la virtuosa esposa, que á los sufrimientos de la pobreza y estrechez,

aislamiento y abandono, aumentaron los de la mala fama que las apariencias arrojaban.

—¡Mire lo que son las cosas! — lengüeteaba la negra charlatana comadrona del barrio. — Hasta las más señoronas hacen lo que cualquier lavandera, quedando tan frescas, como éstas, cuando *matean su cimarrón* sobre las toscas! ¿Quién había de decir de la señora Doña Pepita, que mientras su pobre marido trabaja como un burro en Montevideo por mantener su familia aquí, en su distracción le llueven hijos que es un portento?

Para dejar de ser la befa y blanco de la maledicencia, fué preciso esperar cayera Rozas, y su tiranía de veinte años, y que uno de sus acérrimos enemigos, sepultado vivo por doce años en el húmedo sótano de su huerta, surgiera debajo de tierra, como aparición de resucitado, en medio de sus hijos, á quiénes yá encontraba grandecitos.

En este drama que tomará por novelesco la generación que nos suceda, se dudará cual sea de mayor admiración, si el amor del marido, sufriendo tantos años bajo tierra por no alejarse de la mujer querida, ó el corazón generoso que se sacrificó hasta afrontar todas las apariencias del deshonor, por el digno padre de sus hijos.

La tradición del primer Hospital, recuerda cómo su fundador que le consagró gran parte de su vida y fortuna, fué calumniado con apariencias tales, en gatuperios y estrupicios, que oscurecieron su buen nombre, llegándose á decir de él, que en el Colegio de Huérfanas, éstas eran lo único de su procedencia.

Negados así sus servicios y cuantiosas limosnas, la calumnia prendió su envenenado diente, dando con él en la cárcel, acusado po malversación de fondos. Cuando la rehabilitación llegó en juicio, nó ménos largo que los del día, fué en vísperas que el calumniado salía de la cárcel para el cementerio.

De igual modo, veinticinco años después de aquel en que á un honrado Contador se le despidiera del Banco y Casa de Moneda, aparecían los cien mil pesos estraviados.

.....

Lector amigo, ¿no habeis tenido entre los de vuestro escritorio, alguno de esos cajoncitos ladrones que chasquear suelen al más apurado? Desunidas sus tablas por el uso, dejan caer en la separación o endija del fondo, al de más abajo, el documento ó antecedente

cuyo estravío inmediato causa grave perjuicio. La caída de una tabla, y el olvido de un empleado, causaron la suspensión de dos.

Un nuevo Directorio en su visita de inspección por todas las Oficinas y dependencias, dió con ellos, habiendo insistido en abrir una antigua caja de hierro, arrumbada por vieja en el más obscuro rincón.

Aún era Presidente el señor Escalada quién mandó llamar varios cerrajeros. Como no consiguiera abrirla, ni don Francisco Carulla quien fundió su vida y su haber en la primera fundición establecida para enseñar niños pobres, mientras el señor Terry consultaba con los empleados más antiguos cómo viniera á parar allí caja que tantas inspecciones pasáran cerca de ella sin observarla, el activo señor Don Leonardo Gonzalez propuso: ¿Por que no solicitan el más hábil de los ladrones de cajas, que en un abrir y cerrar de ojos dará vuelta y media al mejor cerrajero? Yá ha de estar al salir de la cárcel compurgado por la fractura de la Caja del Papel Sellado".

Ménos tardó en mandarlo el recomendable Jefe de Policía Don Cayetano Cazón, que en aparecer el célebre jorobado Domingo Parodi, Capitán de ladrones, y de la gavilla de los *Caballeros de industria* ocultando su joroba bajo ámplio *cavour* de anchos y multiplicados bolsillos, cuya moda introdujo.

Sonrióse con aire de suficiencia, complacido al ver que su propaganda hacía escuela, llamándosele á un Banco, sin duda para que enseñára tan lucrativo oficio á la alta escuela. Se cuenta que grande es el número de sus depositantes, hasta el presente doloridos, quejándose de mayores desfalcos, asegurando, no lo queremos creer, que empleados y deudores, sobrepasaron las lecciones del Profesor y toda su gavilla, obteniendo *puros dieces* en todos los ramos de esa materia. Cuando facilitándosele un manojo de ganzúas, se interrogó á Paroli si podria abrir la enmohecida cerradura, retiró las llaves, pidiendo también se retiráran un poco los presentes, pués no era el caso de dar lección gratis, de su método perfeccionado. Quedando solo el Presidente, al asegurar su reloj, no bien abotonára el largo levitón sobre su ámplio abdómen, cual ante la mágica palabra: *Sésamo, ábrete!* apareció abierta la caja olvidada. Intentaba introducir la mano el jorobado, cuando la del Señor Escalada sobre su hombro le indicaba concluido el objeto de su llamado. A tiempo entraban los

demás empleados, viendo en las obscuras concavidades, *bajo una tabla caída*, hasta diez grandes paquetes húmedos ennegrecidos, de verdi-oscuro color, que contados sumabaron cien mil pesos papel.

II

Tantos años habían trascurrido, que nadie recordaba su procedencia ni aquella incúria de consecuencias fatales.

Y como era sabado y primer día del mes, recién por la noche rezando la *Salve* ante el altar de la Virjen de Mercedes, en su propia Iglesia el señor Escalada, devoción que conservó hasta sus últimos dias, al regresar de su paseo de tarde á los bancos de la Alameda, (entre su hermano y el Señor Llambí), bajó á su memoria como inspiración de la Virjen, la de que, esos cien mil pesos nó perdidos, sin duda eran los que perdieron al honrado Contador.

No pudiendo justificarse de delito que no había, empezó el honrado Don Agustin T.... á enflaquecer de ánimo y de carnes, y al trascurso de algunos años de sufrimientos supremos, víctima de apariencias, le mató la pena negra, después de mucho tiempo en que se le había hecho el vacío á su alrededor.

Puesto el hallazgo en conocimiento del ilustrado Ministro de Hacienda señor Riestra, el Gobierno del Doctor Obligado decretó la rehabilitación de la memoria de un honorable empleado del Banco, mandándola inscribir en el libro de "Actas", al márgen de aquella en que constaba la suspensión, ordenando liquidar todos los sueldos que debieron corresponderle desda esa fecha hasta la de su fallecimiento, á favor de su hija, y publicando por todos los diarios el referido decreto de rehabilitación.

Y como ésta, y el calumniado Campana, y la difamada Señora Josefa S. entre nosotros, en Italia, en Francia y en todas partes, ¡cuántas víctimas de las apariencias!

"Acordaos del pobre panadero", se mandó grabar con letras bien grandes en la sala del crímen en Venecia, para revivir á cada instante á los Jueces, *el error judicial*, por el cual en su antigua República fué ajusticiado un inocente. De carácter irrascible y dudosos antecedentes, se le vió levantar sobre la víctima, sacando de su herida el puñal,

encontrándose luego en su casa vaina á que ajustaba, y á pesar de todas esas apariencias se comprobó despues el verdadero asesino.

Pruebas tan claras como la luz exije la ley, por lo mismo que una vez fallada, no se puede volver sobre la cosa juzgada. No tendrían nunca término los litigios, se alega como oposición, á la reapertura de una causa. Mayor perjuicio es que nunca tenga término la injusticia.

Con verdad se ha dicho: hay algo más aflictivo que la injusticia, y es la imposibilidad de remediarla.

Así un judío al ser condenado, trás incorrectos procedimientos secretos, clama en su desesperación:

—La injusticia de unos cuantos me condena; apelo ante el único Juez que no está sujeto á error.

—No hay dos traidores en el ejército francés, dice uno de sus Jefes, pero la culpabilidad de uno, comprueba la inocencia de otro, y á esta comprobación es á la que se cierran todas las puertas y resquicios, sin duda para que no filtre el menor rayo de luz, que haga resplandecer la verdad, en aquella cámara obscura dónde se ha prejuzgado.

Solo Dios es infalible, la justicia humana es factible, y la rehabilitación de un inocente es derecho público.

Cuando con tanta insistencia y por tantas bocas se pide una revision, si no hay ley que la autorice, el remedio es agregar el artículo que falta.

En momentos que los más adelantados procedimientos escluyen el secreto hasta en el sumario, y aún la prisión preventiva, se condena sin oir al acusado, sin exhibirle prueba en su contra.

Y esto nos viene de la Francia, de la ilustrada Nación que con la antorcha de la libertad en alto, pretende alumbrar el mundo.

No es la Francia contra el mundo, sinó un reducido grupo contra la conciencia humana. Siquiera por la irregularidad de torcidos y ocultados procedimientos, inocente aparece ante el Universo el condenado por unos cuantos militares, cuya soberbia les enceguece al declararse infalibles.

Cualquier persona honrada puede hallarse en el caso del condenado por apariencias, ó de ese otro, sin oirle, coartado en su defensa, cuyos testigos de descargo se presentan cual uniformado batallon de mudos, ó semi—mudos, candado en boca, declarando, ante todo, que

no pueden declarar, que no les es dable decir la verdad, que se les ha ordenado el secreto, por órden del día, (todos militares independientes) que apenas podrán responder una media verdad, ó una verdad á medias; pues que les está vedado por el Superior jerárquico decir todo lo que saben, y aunque saben mucho acerca de lo que se investiga, sellados están sus lábios para espresar la verdad.

En el Contador de nuestra tradición, si apariencias le acusaban, honradez de muchos años le abonaba.

—En alguna caja queda mi justificación, dijo al salir de la Casa. Pero llave, caja y justificación retardaron tanto, que primero llegó la consunción, paso á paso minando lentamente su robusta naturaleza, hasta que la pesadumbre y el quebranto melancolizándole, dieron con él dónde no llegan écos de reparación.

En otros casos, cuántas veces, con la justificación en la mano, y las blancas manos llenas de pruebas de inocencia, no se pueden abrir para exhibirlas.

Una honrada madre sindicada de adulterio, bajaba sonrojada los ojos, delante de su pequeña hija inocente, cual ante muda acusación.

Antes de calumniar, acordaos de la heróica esposa de esa víctima de la tiranía, que amó más á su marido que á su propia honra.

En cuántos casos como éste, el de Campana y el Contador Don Agustin, pruebas, más aparentes que reales, han tejido denso cendal que ciñera los ojos de la Justicia, á la que no ciega vendada, sinó caminando con los ojos bien abiertos debiera representársele! Si por apariencias á semi-verdad parecidas, por conjeturas, cavilaciones, ó celo que seducir puede al Juez, le indujera á error, siendo más fácil caer en éste, que repararlo, justicia no es negar la reparación. En sus tribulaciones por ésta, no ha sido para Mr. Zola la menor satisfacción, llegar á saber que hasta en un pequeño pueblo, por el fin de la tierra, (Dolores, R. A.) se cotizaron sus vecinos con un franco, en la más espontánea suscripción popular, para abonar por él la multa á que fué tan injustamente condenado, el que tan elocuentemente defiende el honor de la Justicia.

Tal resonancia alcanza por todos los estremos de la tierra la voz de la verdad!

Valiente luchador: él sólo contra la Francia ayer. Esta contra el mundo luego; hoy cuatro militares frente á la conciencia humana.

—"Dejen todos los caminos espeditos y abiertos para buscar la verdad!"—esclama un inocente.

A lo que contesta enceguecido el Presidente de un Jurado:

—Hay algo que está por encima de la verdad, y es el honor del ejército francés.

Blasfemia ¡Nada está encima de la Justicia!

Para cristianos que defienden un judio, sobre el antagonismo de raza y de relijión, está el amor á ella. Frances, se nos comprendería adversario de la Alemania; y si como cristiano, contendor de los Judios, como hombre honrado somos amigos de la verdad.

La justicia sobre todas las cosas ! Ante su límpida luz serena todo resplandece!

¡Acordaos del inocente Contador! En cuántas ocasiones, ay ¡cuántas veces *las apariencias acusan!*.....

ARGENTINOS EN TRAFALGAR

(Tradición de 1805)

I

Apénas habían transcurrido cuarenta años de la última batalla por la Independencia Americana, cuando los Jefes supervivientes en esta Capital, de que salieron, no alcanzaban á una docena.

Pero este reducido número de ancianos cuyas cabezas plateaba la nieve de los años, abrillantando sus petos militares numerosas condecoraciones y cordones, aparecía como el último grupo histórico dorado por los resplandores de la gloria.

Tres ejércitos europeos habían desembarcado en Méjico, para levantar el trono efímero de un día, poco antes, que una Escuadra numerosa amenazára á Valparaíso y fuera rechazada en el Callao, insinuando la reivindicación para la Metrópoli, de sus antiguas Colonias. Ante tal amenaza y la fanfarronada del Almirante Pizón, de que solo hubo trégua, hasta los huesos de nuestros padres se conmovieron

Cual una misma densa nube de humo envolvía á todos los combatientes, la Gloria estendió sus inmensas álas sobre los marinos de las tres Naciones que se batieron con igual heroismo en Trafalgar.

Difícil es reasumir en breves pájinas los numerosos episodios heróicos que en las Escuadras combinadas se reprodujeron, al tronar de cinco mil cañones, que á la vez resonaban en las costas del Africa y la Europa, por lo que nos limitaremos á recordar sólo á los jóvenes argentinos que hicieron allí sus primeras armas.

Desde antes de haber Nación Argentina, hijos de esta tierra se distinguieron aún en las más lejanas. Nuestros primeros guardia-marinas, casi todos en su adolescencia é inexpertos, (era el primer combate en que recibían el bautismo de fuego y sangre), no teniendo mando de buque, en grados subalternos, no les era dable descollar en brillantes maniobras; pero en éste, el más grandioso que presenciaron los mares, cada uno de ellos cumplió con su deber, que fué también la órden del día izada en lo alto del mástil del *Victory*, por el Almirante Nelson caído á su pié: *La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber!* Como él, todos los generales españoles, franceses, ingleses, fueron muertos ó heridos, lo que en ningún otro combate aconteció.

....

Años después, fallecía en esta ciudad, el último veterano de Trafalgar y en el oportuno discurso del historiador de la Marina Argentina, Doctor Angel J. Carranza, recordó á otros jóvenes argentinos, que como Zapiola, Blanco Encalada, Thompson, Matías Aldao, hicieron sus primeras armas en la Escuela Española, recorriendo todos los mares antes que el Océano reflejára el pabellón de su pátria.

La fúnebre ceremonia fué honrada con la presencia del Ministro Español Perez Ruano, por cuyo intermedio el Doctor Teodoro Alvarez obsequió al Contra-Almirante Lobo, (autor del Manual de la Navegación en el Río de la Plata) una curiosa reliquia de Trafalgar, con verdadero culto conservada por tantos años. Excelente nadador, el padre de nuestro hábil cirujano, cuando iba á zozobrar yá su nave, desprendió de su cabecera el Crucifijo de marfil, recuerdo maternal, y disparando el último cañonazo en Trafalgar, se arrojó al mar salvándose con él.

....

En vasto escenario transformaron el puente estrecho de su nave nuestros primeros guardiamarinas, que iban ensanchando, como se dilataban los horizontes delante de su proa, sobre todos los mares que circundan la tierra, yá libertando esclavos á su paso, de barcos negreros, ora auxiliando náufragos, y llevando siempre bién en alto por todas partes el pabellón de *una nueva y gloriosa nación!*.....

LOMAS DE ZAMORA

SU FUNDACIÓN

I

Nuestras buenas vecinas del pueblo donde veraneamos, suelen pedirnos los más antiguos sucedidos de una población sin antigüedad, y siguiendo lo de que *la tradición es la historia de los pueblos sin historia*, en la de las Lomas no hemos podido sacar á luz héroes que, siquiera extraviáran entre ellas, los primeros invasores. Apénas uno de sus vecinos consiguió quemar el Puente sobre el Riachuelo, para obstruir el paso de los petos colorados, que en 1806, el Guía de los Quilmes empantanára en sus tembladerales, ó barros blancos, donde aunque más de un inglés quedó plantado, no florecieron bosques de rubios, ni en el número que Whites, Clarcks, Lethams, dejáran después en sus Chacras.

Más fecundo fué el surco de los buenos chacareros de Lomas de Zamora, practicando ensayos propagados por el primer Almanaque

de agricultura del Señor Grigera, tan práctico observador de estas tierras, como los chacareros Urriza, lo son del cielo, sus lluvias y ventarrones, desde el Pergamino.

Y en esto andaba, dándome de cabezadas entre los altos *eucaliptus*, sin paz ni descanso en el pueblo de La Paz, por desenterrar alguna historia, cuando cata aquí que sonando una nueva campana, nó de ella, pero sí padrino de las obras de ensanche de la Iglesia en que sonaba, fuimos nombrados, con la imprescindible obligación de discursito inaugural, único óbolo que se nos exijía, como algo de lo imprescindible para echar las campanas á vuelo, llamando á contribuir, sinó con una piedra como en la basílica del Luján, con uno ó más metros de cimientos, unidad de contribución inventada por su ingenioso Cura.

Vimonos en aprietos, y para que no nos achatára la campana, ó cayéramos en las zanjas, lo único abierto á la curiosidad de las prójimas, en ellas enterramos, en forma de brindis, la Tradición exhumada hoy para satisfacer las mismas.

II

Al rededor de cada Iglesia crece un pueblo, y esto que no es una mera figura retórica, ha tenido su más exacta comprobación en el de las Lomas. Desde un siglo atrás, se divisaba en una de las más altas, sobre el arroyo del Rey, el rancho de paja y barro de Manuel Zamora, oriundo de aquella provincia que «no se ganó en una hora» cuyo nombre ha dejado en ésta, y mucho tiempo transcurriera hasta que, pasando el Señor Gobernador General Don Martín Rodriguez, con la brillante columna que arrojó á los salvajes del otro lado del *Chapaleofú*, subdividió las chacras de Grigera, cuyos numerosos descendientes, con los de Portela, Zorrilla y Avellaneda, fueron sus primeros pobladores. Pero por largos años, rancho ni agrupación alguna, pasaba de la primera Posta, antigua *Esquina de la Botija*, hasta que uno de esos activos hombres de buena voluntad y emprendedor, modestos factores del progreso, que al exhibir su obra ocúltanse á su sombra, como avergonzados de haber produ-

cido algo bueno, inspirados en profundos sentimientos religiosos, inició la erección de la Iglesia, que suministrára los auxilios de la religión, evitando á los vecinos galopes á San Vicente, Quilmes ó Barracas, si habían olvidado pasar por la Sacristía antes de matrimoniarse, si era yá pesadito el ahijado para alzarle en la bautismal, ó quedaría sin responso el muerto, pues á muchas leguas á la redonda no se encontraba responseador.

Acompañaban á la del Señor Don Estéban Adrogué, la firma de los Señores Portela y Martinez, en esa primera solicitud para fundar pueblos, en 1855.

Cinco años después, en terrenos donados por el Señor Grigera, de los que bien mereció del Gobierno, por haber empezado á cultivarlos con sus propias manos, se abrieron los cimientos de la Iglesia, y al alzarse la Cruz que todo lo hermosea, empezaron á florecer como por encanto, estendiéndose á su alrededor uno, dos y hasta tres pueblos. Justicia sea hecha á quién bien la merece, y en la tarde serena de su vida, deseamos otros ochenta años de bienestar al Señor Adrogué, quién debe encontrarse satisfecho, pues resultado de su actividad, perseverancia y trabajos son: las Lomas donde los inició, Brown donde los prolongó, floreciendo Banfield como apéndice.

Partiendo de las *Tres Esquinas*, que todavía no han llegado á cuatro, diez cuadras á todos vientos, delineó en 1861 el Agrimensor Don Manuel Eguía, el pueblo en que los diez y siete mil doscientos treinta y dos habitantes, en las doscientas veinte y seis áreas á que ha quedado reducido, envían mil cuarenta y un niños á sus doce Escuelas, y á su Templo número tal, que no caben ya en él. A la par del engrandecimiento material, se desarrolla el engrandecimiento moral, y pués que la Fé es luz que guía en la enmarañada y oscura senda, desde la Escuela y el Templo que la propagan, debemos aumentarla, para que su más intenso resplandor alumbre á mayor distancia.

Cuando la hora de reparación llega para el numeroso batallón de los olvidados, bueno es recordar los patriarcas ó padres del pueblo, que consiguieron reunir como en una haz, por el eslabón de la fé cristiana, á los primitivos pobladores diseminados, la de activos vecinos, cuya labor dió vida á una comarca por trescientos años desierta á la vista de la gran Capital.

III

Y en esta lijera tradición, no es dable olvidar al Doctor Don Gabriel Fuentes, que con Adrogué, Lanús, Rua, Ramirez, Temperley, Casalis, Correa, Boohey, de los Santos, formaron la Comisión promotora, generosamente auxiliada, así por el óbolo del pobre como por la decidida cooperación del Gobierno, distinguiéndose entre los más activos colaboradores del progreso local, á más de las familias Grigeras y Portelas, las de Galindez, Belvis, Ortega, Frutos, Castaño, Rosende, Naon, Meeks, Arrotea, Corti, Mendez, Pereira Lucena, y el inolvidable Doctor Nuñez, cuya noble imájen, reflejando bondad y abnegación, adorna el Salón Municipal, entre otros antiguos vecinos en el desarrollo de un pueblo á que su Iglesia dió vida.

Que las creencias religiosas son saludables, no es á las piadosas vecinas de las Lomas á quiénes debemos recordar. Ellas se apresuran á ensanchar la Casa de la Fé, porque en ésta se encuentra consuelo para todos los fallecimientos.

Cuando entramos á conversar con Dios en su propia casa, por modesta que sea, en las blancas paredes de una Iglesia, parece reflejarse, como una reverberación de él mismo dentro de ella, todo nos eleva hasta el campanario, donde se crée tocan sólo las campanas y nos tocan también en lo más íntimo. Cuando las campanas hablan, las bocas enmudecen, y el alma se espresa más claramente. En el silencio de la meditación, desprendiéndose el pensamiento, se eleva al par de ese tañido que resuena como un éco en el corazón.

Decretada la creación de este pueblo la víspera de una gran batalla, en que cuarenta mil argentinos se disputaban el modo y forma de la reorganización de la República, (1861) otra hermosa inspiración de su promotor, fué erejirlo bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz. Cual si desde entónces hubiera ella estendido su celeste manto protector sobre tan feraz comarca, jamás fueron sus verdes Lomas salpicadas con sangre humana, en luchas fratricidas. Y si cercano tronó el cañón de la contienda, del otro lado del Río, sus piadosas vecinas corrieron en socorro del caído, y convirtiendo todo el pueblo en hospital de sangre, las manos entrelazadas en la oración, se consagraron á cerrar heridas léjos de ellas abiertas.

Cuarenta años después que los vecinos de estas Lomas pensaron era bueno levantar esta Iglesia, su activo Párroco Don Manuel Cortijo llama á sus feligreses, á todos los hombres de buena voluntad, demostrándoles la necesidad de su estensión. Concurramos cada uno con nuestro grano de arena, teniendo fé en ésta como en toda obra buena, que peores fueron los tiempos pasados.

«Casa de Dios y puerta del cielo» se dijo, después de haberse profetizado: "Aquel que me levanta un Templo en la tierra, prepara su morada en el cielo: *Domus Dei, et porta cœlis.* Agrandemos, hagamos bien anchas sus puertas, para que logremos por ellas entrar, todos los que creemos en el Dios que está en los cielos.

Tal fué el resúmen del discursito de sobremesa al inaugurarse las obras de ensanche en la Iglesia, que antiguos vecinos, como el ilustrado Doctor Arrotea, declararon la más exacta tradición local, por lo que le extractamos en la presente série.

Deseando al presente transformar este pueblo en Ciudad, buscan los iniciadores de tal proyecto en la Cámara, nombre para designarla. Creemos sea el que de mayor justicia corresponda: *Ciudad de la Paz* pues que su erección fijó la hora de la concordia de todos los argentinos.

EL PRIMER CAÑONAZO

El amor á la patria es más sagrado
Que el amor que te debes á ti mismo;
Estudiadlo en tu nombre, que en él tienes
Modelo que imitar de patriotismo.
.....
Del Dr. Granel al autor. - Año 1856

Puesto que se nos obliga á desenvainar la espada, arrojaremos la vaina bien lejos!» esclamó uno de nuestros ilustres estadistas, hace algunos años.

Y todavía la andaremos buscando, por lo que en nuestras circunvecindades se nos crée con la espada desenvainada, ó cual centinela perpétuo con el fusil al hombro, en esta tan económica paz armada, sobre todo ante lo de *si vis pacem!*....

Se sabe dónde se dispara el primer cañonazo, pero nunca se prevée donde sonará el último. Recordar cómo y cuándo se tiró el primero en defensa de esta tierra, menos difícil es que calcular dónde sonará el último, que retumbará, sin duda, hasta el siglo que viene!....

Poca pólvora se gastaba por advenimiento de Reyes ó Virreyes, pero fuímos siempre tan confiados, que nada pensábamos menos, que en poner puertas al campo, ni fosos, fuertes, ó contra-fuertes, por lo que indefensos, y durante una de esas largas siestas, (grave ocupación

de nuestras buenas autoridades coloniales) se introdujo el primero que pasaba.

En una otra de sus muy sérias atenciones, hallábase el Señor Virrey saboreando su chocolate en la *Casa de Comedias*, cuando penetró el activo ayudante Marin, y todo agitado, le endilgó la mala nueva de que unos inglesitos que bordejeaban sin brújula, abriendo la boca por la del Río de la Plata como dudando á qué orilla arribar, habían desembarcado por los Quilmes.

—¡No crea V. en duendes ni cuentos de brujas!--contestó amostazado Su Excelencia, al que venía á aguarle la fiesta. Y continuó aplaudiendo la mulatilla de las piruetas.

—Perdone Su Excelencia, pero los he divisado desde el Puente Chico, en larga fila, á los petos colorados, caminito de la ciudad.

—¡Ha de haber visto mal! Algún caminito de hormigas del mismo color, le habrán parecido agigantadas en el claro oscuro horizonte de tarde nublada! Mañana veremos! Siéntese y descanse,—contestó al levantarse el telón de la Petipieza final, cuyo chistoso autor, nó sin malicia, titulaba: *El hombre confiado!*

Así se entraron, como Juan por su casa, los invasores, sin prévia declaración de guerra, según al presente se estila, aunque bien pronto se les fué el gozo al pozo, saliendo como ratas por tirante.

.....

¡Casual coincidencia! Mientras que el *Virrey de las disparadas* iba á sofrenar las mulas de su despintarrajeado galerón en el *Paseo de su nombre*, por las sierras de Córdoba, el futuro Virrey de la Victoria acampaba sus bravos reconquistadores en el pueblito que, talvez para este objeto, fundára el año anterior Sobremonte, al esclamar desde Punta Gorda: «Qué buena vista se descubre desde aquí!»

Y desde San Fernando de Buena-Vista, por el camino á San Isidro, llegaban los espedicionarios de la Colonia, cuando en Punta Chica presentaron un prisionero. Alto, esbelto, buen mozo y demasiado rubio para criollo, por inglés le tomáran, (como Oficial estraviado de Berresford) y como á tal lo condujeron al Cuartel General. Liniers reconoció en el gallardo Oficial, al de la Sub-Delegación de Marina, Don Martin Thompson, que más tarde nombrára Jefe de la Escuadrilla, recibiéndole lleno de satisfacción. De la Chacra del Señor Sanchez, su flamante suegro, donde con la suya refugiáronse muchas familias,

había salido á hacerle saber con cuánta ansiedad y auxilios, era esperado por el pueblo con los brazos abiertos!...

No bien pasára *Monte Grande*, llegó Don Martin Pueyrredón con sus *Húsares*, y luego después el Teniente Rondeau y muchos otros vecinos escapados de la ciudad, trasmitiendo los últimos informes. En vista de éstos, desde *Miserere* apresuró el Coronel Liniers su vanguardia, a que después de nutrido fuego de fusilería, trás una carga á fondo de *Miñones y Granaderos del Fijo*, despejada la Plaza del Retiro, tomó el Parque, que los ingleses tenían dentro de la de *Toros*.

Punto tan estratéjico, por su elevación, descubría toda la ciudad, y desde sus barrancas dominaba el río, el mismo Berresford á la cabeza de quinientos de sus soldados, intentó en vano retomarlo!.

.....

Como no es el objeto de este artículo detallar la acción de la Reconquista, que describimos en la Tradición: *El primer dia de gloria*, agregaremos, que en la tarde del 11 de Agosto del año de la defensa, disparó *el primer cañonazo á bala dentro de esta ciudad*, el que un mes antes impidiera el desembarque del audaz invasor por la Ensenada, con la actitud de sus cañones.

Presenciando cómo se montaba la batería de los de más calibre sobre las barrancas del Retiro, se propuso Liniers ensayar aquellos que habían de batir á la Fortaleza, haciendo en persona dos punterías en el largo cañón de diez y ocho, y con tanto acierto, que si la primera bala apagó los fuegos de la lancha cañonera más próxima, la segunda volteó el palo de mesana de la fragata *Diadema*, donde flameaba la bandera inglesa, que cayó al río.

....

Al día siguiente, y en el brillante ataque que descollaron al par de Rodriguez, Olavarria, Pinedo, Irigoyen, Agustini y Zamudio, Oficiales improvisados por la victoria como Somellera, Balbin Pazos, Arenas, Bragaña y Tejo, fué al mismo Pueyrredon á quién tocó entrando en la Plaza Mayor, arrebatar las banderas del Regimiento número 71, ante las que abatieran las águilas de Napoleon,—y al ayudante de campo Don Hilarion de la Quintana, exijir la rendición. Después de arrojar Berresford su espada al foso del Fuerte gritando: *¡ No fogo! ¡ No fogo!* dió á éste el brazo, esclamando al salir ante la

multitud que se atropellaba: *Pena de la vida á quién atentare contra el rendido.* Luego le entregó al 2º Jefe Gutierrez Concha, momentos antes de que empezára el desfile de los veteranos escoceses entre doble fila, para deponer sus armas al pié del *balconcito revolucionario*, único vestigio subsistente de nuestro glorioso Cabildo!.....

« Y en esta primera victoria del pueblo en que descansaba sobre sus frescos laureles, entregado al lejítimo orgullo de haber hecho rendir, sin condiciones, las tropas de una de las más poderosas naciones del mundo, hasta las mujeres recibieron la corona del triunfo, en la cabeza de una heroina llamada *Manuela la tucumana*, que combatiendo ese día al lado de su marido, mató con sus propias manos un soldado á quién quitó el fusil que presentó á Liniers, recibiendo en premio de su hazaña, los despachos de Alférez," como lo refiere el ilustrado historiador de Belgrano.

.....

Ese primer cañonazo á bala, tirado dentro de esta ciudad contra sus invasores, fué de tan buen augurio como el primero que dirijido por otro Oficial argentino y tan esperto como Blanco Encalada, desmontó al General en Jefe del Ejercito español, en Maipú, haciendo esclamar al Capellán que levantaba á Osorio: « Mal empezamos! »

Y diez años mas tarde, (7 de Marzo de 1827), otro Cabo de pieza, yá rebajado é inválido de la pátria, y tan arrumbado como su viejo cañón, de tan buena puntería que donde ponía el ojo ponía la bala, mató del primer tiro al General portugués Shephard que invadió el Cármen de Patagones. Toda su columna, sin brújula ni cabeza, prendido fuego el pajonal que cruzaban, fué rendida por unos cuantos vecinos de aquella reducida población tan aislada.

Podríamos agregar muchos otros primeros cañonazos, en que ya el artillero de escuela, ó el inculto pero práctico Cabo de pieza, en la ciudad ó en la campaña, dentro ó fuera de su país, ora en la mar procelosa ó en la Pampa desierta, en toda ocasión tuvieron nuestros soldados tan buen punto de mira, como larga mira para su defensa.

Al ménos así lo probaron, venciendo por dos veces, poderosos ejércitos ingleses; otras, no menos aguerridas huestes españolas; y á ejércitos portugueses del estinguido Imperio, ó Escuadras Anglo-

francesas, que aún montando cañones de ochenta, fueron detenidas con pequeñas piezas de á ocho, hasta morir el último artillero, sobre las históricas barrancas de Oblígado!.....

.....

¡Noventa y dos años han transcurrido desde su primer día de gloria! ¿Quién recuerda en su aniversario á los que la obtuvieron?

Por aquellos tiempos había más unión, y los que nacieron en las lejanas selvas del Paraguay, ó en las risueñas cuchillas orientales, formaban en una misma fila. Aún no se levantaba *á la faz de la tierra, una nueva y gloriosa Nación*; no había argentinos, pero había americanos. Entónces todos éramos unos, y hasta Chile, nuestra aliada después, estuvo representada en el valiente Lorca. Mas.... como las buenas acciones contajian, y la justicia atrae y se impone sobre todas las cosas, la misma Albión dió su continjente, no siendo el único inglés, aquel Miguel Skenon, que estimando justa la causa de los hijos de esta tierra, combatió á su lado, siendo la primera victima en su defensa.

El amor á la pátria, segunda madre, ampliación del afecto á la familia, no se encierra en el sentimiento egoista al terruño, ni en el irreflexivo apasionamiento que enceguece y estravía como toda ceguedad, haciéndonos creer los más buenos y los mejores. El amor pátrio no está divorciado con la justicia, pués sus ideales más elevados aspiran á la fraternidad universal, viniendo á ser así la pátria del hombre honrado todo el mundo.

Entre los bravos Oficiales que desde la otra Banda corrieron á espulsar al usurpador, que volvería por adueñarse de la codiciada Montevideo, distinguiéronse: Garcia Zúniga, Anzoátegui, Murguiondo, Ellauri, Illa, Salvañach, Lasala, Mendez, Chopitea, Córdoba, Correa, Mordell y otros.

¡Loor á los héroes del primer día de gloria!

SE LOS ROBÓ A LA MUERTE!

I

Hace algunos años, uno de nuestros periodistas, viajero y diplomático después, al dejar el Pabellón de los Argentinos en Chile, confortable *Cottage* revestido de enredaderas en medio del bosque secular, despedíase de la noble castellana de ese Fundo patriarcal « El Aguila », con estas palabras: «Señora: Como argentino no debo ocultar á Vd. me dirijo al campo enemigo de los chilenos. Deberes de antigua amistad me lo imponen, y yá que llevo tantos motivos de agradecimiento de la hospitalidad chilena, y sobretodo, de este Fundo tan querido de mis paisanos, quiero deber á Vd. algo más. Sé que viene á Vd., de antiguo abolengo, ser una de las más entusiastas patriotas, pero antes de ser chilena, es cristiana y buena cristiana, como lo acreditan sus devociones en aquella Capillita al confin del corredor, y sobretodo de generoso corazón, como abonan sus nobles sentimientos de buena madre cristiana. A más de su larga parentela, cuenta Vd. numerosos amigos en el ejército. Ruego á usted recomiende á todos los suyos, que si llega á caer herido ó prisionero mi amigo R. S., lo atiendan en cuanto puedan, consecuentes con aquello que nunca debe olvidar el soldado chileno, descendiente

de los que aleccionára San Martín, en severos principios: «Todo herido ó prisionero es sagrado.»

La nobilísima señora Emilia Herrera de Toro, contestó conmovida por las tocantes palabras del jóven diplomático en ciernes, que practicaba sus primeros ensayos:

—Vaya con Dios, hijo, y pierda cuidado, que si esa buena pécora de su amigo no ha encontrado mejor remedio á sus achaques de corazón, que venir á matar gentes que no le han hecho ningún daño, cristianas compasivas sabrán satisfacer el encargo confiado á la amistad.

—Cuando más, le condenaremos á suegra chilena, agregó una espiritual santiagueñita, al ponerse á escribir la carta que para el General en Jefe, dictaba la distinguida Señora, en justicia llamada «La amiga de los Argentinos.»

Hasta en este detalle se cumplió el síno del prisionero de San Bernardo, pués, aunque excelente abuela la de sus hijos, chilena ó semi-chilena resultó, nó media sangre como denominan por ultra-cordillera, sinó á semejanza de los argentinos nacidos dentro la Nueva Troya.

....

Y fué, estuvo y vino, desde el Rimac al Plata, el amigo de su amigo. Días nublados corrieron y las batallas con tan mal cariz para los desventurados peruanos, que á pesar de los pesares, no ganaron una, y en la del Morro, herido y prisionero el Jefe Argentino, hallábase en linea, de las diezmadas filas, después de muchos días de combate al caer Arica, en cuya toma cayeron, desde el Comandante en Jefe de la plaza hasta su trompa de órdenes.

Próximo á ser fusilado, acertó á pasar el Comandante Toro, de regreso al Cuartel General, preguntando por mera curiosidad, el nombre del que sobresalía encabezando la fila de prisioneros:

—¿Cómo se llama Vd?

—R.....S....., contestó nuestro compatriota, cuyo brazo en cabrestillo, sangraba por su herida.

Y dando vuelta, al Oficial que mandaba avanzar los cuatro tiradores más próximos: «Capitán, espére un momento», dijo á tiempo que se dirijía al coronel Lagos, (que llegaba con su caballo cubierto de sangre), diciéndole:

—Coronel, aquel prisionero es el argentino que tanto recomienda el General Saavedra.

—Bien pués, como argentino es el primero que debemos fusilar, pués que ha venido á matar chilenos de puro gusto, distracción que no repetirá.

—Por eso nó, que también hay más de un Oficial argentino combatiendo en nuestras filas. Recuerde lo que tanto recalcó el Señor Ministro que impidiera á toda costa, que *rotos* embriagados por la victoria, ejercieran crueldades sobre indefensos.

—Yó no entiendo de eso. Los que no han sido quintados ó diezmados, deben ser repasados. A la guerra se viene á matar. No comprendo de esas pulcritudes que no las hubieran tenido con nosotros, si damos tiempo á prender las cien minas sobre que marchamos. Mejor es vaya con el parte, de que hemos despachado al cuyano!....

Pero como la urgencia del servicio hiciera continuar al galope de su caballo chorreando sangre al guazo del Sur, aprovechando la confusión, el Comandante Herrera hizo saltar en ancas al prisionero llevándole á escape al Cuartel General, dando cuenta al honrado Señor Baquedano, con estas palabras:

—General: he conducido herido al Jefe que tanto le tiene recomendado mi madre, y que el Coronel Lagos está empeñado en fusilar, por ser argentino.

—Bueno, aquí corre peligro; en la efervescencia del triunfo, su permanencia no es segura en el campamento; con los primeros heridos que se embarquen para Valparaiso, despáchelo, y repita lo mandado en la órden del día á todos los Jefes, que son responsables de la vida de cada uno de los prisioneros.

Y fué ésta, sinó la única, la primera alma que salvó la filantrópica Samaritana del Mapocho, quien verdaderamente se lo robó á la muerte en ese campo de horrores, donde cerníase encarnizadamente·

II

Aunque se le volvió el alma al cuerpo al prisionero, que yá la sentía medio desprendida como por milagro salvado entre tantos diezmados, quintados y repasados, todavía quedaba el rabo por desollar,

que si ginete, como buen criollo, no le desolláran los matungos en el campamento, sí, el viaje á pié y sin agua al través del ardiente arenal.

.....

De las antesalas del infierno, le había arrebatado caritativa alma chilena, y la esperanza, hija del cielo, se le apareció en la tercer noche de confinado, en ese buen retiro de San Bernardo, de tantas familias patricias, á romper el negro pan de su mísera cena.

De éste cayó billetico, en que patitas de mosca dejaban leer: «Confie en Dios y en los chilenos, que son buenos, aunque nó siempre lo parezcan. Hay quién se preocupa de su libertad. No trate de descubrirme, pués me comprometería. Cumpla cuanto en las siguientes le comunicaré»

Y héte aquí vuelto á la vida el prisionero de San Bernardo, y en pleno idilio su exaltada imaginación, por el ténue rayo de luz que penetró al través de la rendija que su oscura prisión venia á teñir todo del color de rosa, como que al fin de éste, y no otro nombre, fué la bella Rosa quién á la postre, llegó á consolar sus penas. Imaginábase la autora del papelito de la última esperanza, alguna morochita de aire sentimental, que al entrar con sus compañeros de desgracia por la calle de la amargura, divisára á la puerta de modesta morada, dándose vuelta con el pañuelo en los ojos, viendo pasar tantos jóvenes presos; ora suponía alguna buena madre chilena, cuyo hijo prisionero en Lima, le recordára su presencia, acaso en intervención de algún erudito historiador que, vecino muy inmediato, escribía por aquellos días cómo trataban O' Higgins y San Martin los prisioneros, y quemando sin abrir, en la Hacienda posteriormente del General O' Brien, esa comarca, toda la correspondencia tomada al enemigo, para no verse obligado á castigar traidores. Un patriota conmemoró con modesto monumento, en el sitio de la chamusquina, tan hidalgo ejemplo.

Trás largos y melancólicos días de prisión, llegó una noche la órden de ser conducido en medio de un piquete bien armado.

—Esta es mi última, se dijo el argentino con ánimo entero, y al Diablo vecinita llorona, madre enternecida ó erudito historiador. Resignado, dió el último adios á su prisión, despidiéndose de sus

muchas arañas, de quienes en tanto tiempo, yá había estrechado alguna relación.

Repetidos empeños de los excelentes padres del jóven prisionero, secundados por los caritativos esfuerzos de la castellana de « El Aguila », que no era otra la autora de las cartitas subversivamente introducidas, la intermediación de un noble soldado chileno de media sangre, General Saavedra, nieto del primer Presidente de las Provincias Unidas, y las disposiciones del honrado General Baquedano, contrarestaron el furor de *rotos*, la saña de Lagos y la propaganda de cierto diario, escrito con tinta colorada.

Así, en oscura noche le transportaron al puerto de Valparaiso, de donde se trasbordó al Vapor de la Compañia Inglesa del Pacífico, y navegaba yá rumbo á Montevideo, cuando el diarito rojo seguía pidiendo la cabeza del cuyano.

.....

Siempre una buena acción genera otras, y corolario ó consecuencia de ésta, fueron las dos que siguen.

Andando el tiempo, un Coronel en la Argentina, intentó apoderarse de la Escuadra, dirigiéndose sobre ella á todo vapor en una sola torpedera. La barrabasada resultó tan mayúscula, que si no se le colgó de una entena, fué porque ya no hay entenas en las naves modernas, pero antes de las veinticuatro horas, juzgado en Consejo de Guerra, fué puesto en Capilla.

Todo estaba pronto para que emprendiera el viaje de que no se vuelve. Agotados los empeños de conmutación, hasta las esposas de los mismos Ministros que habían firmado el *cúmplase* en la sentencia del Consejo de Guerra, seguidos de multitud de peticionantes, descendían atribuladas las escaleras de la Casa de Gobierno, desahuciadas en la gracia impetrada á favor de quien, si un Consejo lo declaraba traidor, gentes habían que lo reputaban heróico.

No solo de los extremos de la República, sinó de la Oriental y Chile, llovían telegramas que era un diluvio, con cuyos recibos encendía el oriental jefe argentino las cuatro velas de la Capilla, por no servir yá para otra cosa, cuando alguna alma caritativa recordó que había en Chile otra buena madre cristiana, que con mayor influencia que

todo un ministerio, había salvado allí un Coronel argentino de las garras de la muerte.

La casualidad, que en todo se mete, hacía que quien dragoneaba de Presidente, padre del primer robado á la muerte, cuando llegó el telegrama de su colega de ultra-cordillera, á empeños de la heroina de caridad trasmitido, ante esa última nota que tocára el corazón paternal, yá no le fué dable dejar de usar perrogativa, que al Todopoderoso asemeja, en cuanto es el único que puede perdonar.

III

Todavía en un tercer caso, que sin duda no será el último, ocasión tuvo de ejercitar los sentimientos de su generoso corazón, ésta noble alma, cuya larga vida, corta ha sido para tan numerosos actos de abnegacion. Y así, cuando acaso, por imitación de mal gusto, cierto Sargento chileno se levantó con el santo y la limosna, pretendiendo resucitar el partido de Balmaceda, (á quién, antes de fenecer la generación que lo obligó á suicidarse, le habrán levantado estátua), en motín que fracasó entre dos luces, pero en el que, un subalterno, mató á su Oficial.

Sentenciado, en ménos tiempo que al Coronel argentino, el pobre chileno liaba sus petates para el otro mundo, yá con el práctico á á bordo, (confesión *in articulis mortis*), toda esperanza perdida.

Damas y caballeros, balmacedistas, errazuristas y hasta frailes de la Buena Muerte, por salvarle de ésta, habían agotado sus esfuerzos.

Siempre un alma de mujer, la rabona de éste bravo soldado, encaminando sus pasos adonde la Samaritana, volvió á tocar su corazón, nunca en vano llamado.

De nuevo en campaña con su actividad de costumbre, por cierta combinación de teléfonos y telegramas, consiguió hacer llegar á tiempo despacho del Presidente de la Argentina á su colega vecino implorando la conmutación de la pena de muerte de un soldado chileno Talvez á no haber fracasado el movimiento en que se hallaba envuelto los que le denominaban traidor, le aclamarían héroe.

No sin poco trabajo consiguió la conductora del telegrama, persuadir á su Presidente, que si el de la Argentina había concedido la vida de un Coronel, á su pedido, escasa retribución era en tan humanitaria solicitud, conmutar á un simple soldado.

Como era de noche, y *sin embargo llovía*, entre chubascos y heladas, miéntras que la de Toro entraba á su hermosa casa, (calle de Huérfanos) á escape se dirijía con la buena nueva, la querida de su querido, al Cuartel donde se hallaba en Capilla.

Cuán no sería su sorpresa, al saber que con las primeras luces del alba, disponían sacar el reo caminito al cadalso, yá custodiado por cuatro tiradores.

No obstante que la esperanza es lo último que se pierde, el candidato al banquillo no pudo dejar de inmutarse, exclamamdo :« La Geroma me ha engañado! Dios se lo perdone por su buena intención de endulzar mis últimos momentos, pero el desengaño es más amargo »

En tan breve distancia del suplicio, sólo un milagro podía salvarle, y éste se efectuó por la electricidad, que hace verdaderos milagros en nuestros días.

Lágrima de mujer conmueve al bronce, y al bronce de su puerta llamaban con lágrimas del corazón, cuando fué despertada en sobresalto la que, feliz y contenta, por haber hecho una obra buena, entraba la noche antes á su tranquilo hogar, llena de satisfacción.

Teléfonos ván y telegramas vienen, y como palabra de Rey es sagrada, la del Jefe de Estado no lo és menos, y al fin llegó la órden telefónica para que se suspendiera la ejecución, cuando yá los cuatro tiradores, á las voces de mando del mismo ejecutado, iban á suprimirlo.

Todo se esplicó luego, por haber quedado olvidado sobre la mesa del despacho, el oficio de conmutación.

.....

De cómo un alma piadosa robó á la muerte, uno, dos y hasta tres más ó ménos malos cristianos, podría ser la moraleja de esta tradición de ayer, si la perspicacia del lector no deduce otras que también entraña.

Tan noble dama que hace cincuenta años dispensa la más generosa hospitalidad á todos los argentinos que llegaron á Chile,

ha cerrado muchas heridas, teniendo siempre un consuelo para todo dolorido.

Entre los héroes de su Pátria, adornando su salón, vimos los retratos de San Martín, Las Heras, Blanco Encalada, Balcarce, Necochea, Rodriguez Peña, Mitre, Sarmiento, Lopez, Tejedor, Ocampo, Gutierrez y otros ilustres argentinos.

Ella es quién aplacando con su valerosa y abnegada acción, multitud de rotos inconcientes, en hostil manifestación contra el Perito argentino, cruzó tranquila y serena la Estacíón, yendo á recibir en su carruaje al Doctor Moreno, á quién luego en su enfermedad, transportó á su propia casa, atendiéndole con cuidados maternales.

Los argentinos que visitaron á Chile, tienen escrito con letras de oro, en su libro de memorias, Emilia Herrera de Toro, cuyo nombre legamos á la gratitud nacional. Ella es la primera que junta en estos momentos sus dos manos, para aplaudir llena de entusiasmo la paz y concordia entre los hermanos de uno y otro lado de la Cordillera.

TELEPATÍA

I

La influencia de la simpatía ha producido en todo tiempo verdaderos milagros, y cuando el ímpetu de ésta llegó á desarrollarse con todo el poder de una pasión que todo lo absorve, sus resultados han sido admirables. Las más audaces acciones fueron inspiradas por el amor, que como la amistad, engendró actos de la mayor abnegación.

Presentimiento, adivinación, clarovidencia, lucidez, efectos son de ignoto agente por descubrir, del que palpamos yá algunos resultados, que no es dable negar por más que no alcance á esplicarlos la ciencia actual. De milagros se clasificarían en época que todo se atribuía á influencias sobrenaturales. Plagada está la Historia de hechos estraordinarios, y de mayor previsión en cosas que todavía no habían sucedido, para que se crean milagros de nuestra invención, el presentimiento de lo yá realizado.

Así la visión de María Antonieta, sobre la carretilla de la muerte, caminito á guillotina, por la pastorcita que nunca le había visto; la de Napoleón, soñando en la traición que al día siguiente de asaltar

una plaza le acontecía, y tantos otros pronósticos rayanos á la adivinación, representan mayor fuerza de penetración. El padre Bolaños despertado por la aparición de San Francisco, crée ver y palpar al Santo, en cuerpo y alma, yendo al Coro; dice á la Comunidad: «Hoy ha muerto nuestro hermano Solano en Lima! Oremos, recomendando su alma á Dios». En la misma Capital de Lima, la monjita que repitió: «Acaba de fallecer Nuestro Rey y Señor, en Madrid», teniendo ambos presentimientos la más exacta comprobación, clarovidencia, ¿á quién no le ha pasado siquiera una vez en la vida algo parecido?

.....

En la madrugada del 3 de Febrero de 1829, el Teniente de Marina Don Francisco Balcarce, tomaba un bote en el Puerto de San Nicolás, y aguas abajo, ayudado por la corriente, llegaba á su bergantin de guerra, anclado con otros dos barcos de la Escuadra sutil de Buenos Aires, frente á la Isla de abajo, á tiempo que la más horrorosa tempestad se desataba.

Previéndola yá próxima, y que en cualquier peligro debe hallarse todo el equipaje á bordo, salió precipitadamente con otros compañeros, de una de las mas antiguas casas de esa reciente ciudad, donde cierto Estanciero festejaba casi una derrota, pero si había perdido sus vacas, salvó su pellejo casi por un milagro.

Compañero de Don Cosme Maciel, fiel secretario de Don Estanislao Lopez, andaban en idas y venidas del Campamento de los porteños al de los Santafecinos, y pases y repases del Arroyo de Pavón al del Medio, cuando en medio de èste quedó, y á pié, en la mañana del 2 de Febrero del *año de los veinte Gobernadores*, en momentos que mal aconsejado por Carreras, de no esperar regreso del Parlamento, el General Lopez sorprendía á Balcarce en la Cañada de Cepeda, traicionando la trégua ó armisticio por el susodicho Maciel conseguido. Apénas pudo Rondeau salvar la infantería, embarcándola en el Puerto inmediato de San Nicolás.

En el noveno aniversario de semejante aventura, á los Oficiales porteños que se dirijian á Santa Fé, daba un baile *el niño perdido ó estraviado*, como llamaban en 1820, y también cuarenta años después, á los que se apretaron el gorro en Cepeda.

Siendo Domingo, y de poco trabajo en los pequeños barcos de

guerra, reinante la calma chicha que el calor y los mosquitos hacían intolerable, el Capitán Jorge había dado licencia á Balcarce y otros Oficiales para que bajaran al pueblito por la tarde, regresando antes del toque de diana.

Triste y pesaroso se mostraba el jóven Balcarce, sin apartarse del rincón del mate, entre los mosqueteros, ménos por que algún federalote del otro lado del Arroyo le recordára la de Balcarce en Cepeda, que por la carta de su bien amada que encontrára en el Correo esa misma tarde al saltar á tierra, y en la cual indescifrables *patitas de mosca*, le llevaban una esperanza tan verde como el *Alto Verde* que domina la ciudad de San Nicolás de los Arroyos.

Rezaba en ella que una su tía vecina de la de la cartita, acababa de oir á la cuñada de su señora madre, (la de Balcarce), que cansada de tenáz oposición, le oyera esclamar entre dos suspiros:

—Al fin, qué se ha de hacer! Si Panchito sigue en lo mismo, tantos años de persistencia—sea capricho ó camote—si á la vuelta no ha variado, yá no me opondré más.

Y en este primer anuncio de armisticio, vislumbre de esperanza antojósele divisar á la atortolada tortolita, y así se la trasmitia á su enamorado ausente.

II

Es de advertir que la patricia familia Balcarce, militares los más, pués sólo en la generación de los cuatro Generales, hubo siete hermanos Oficiales, como otros después, poetas, literatos, diplomáticos, marinos, habiendo sido también sus antecesores militares de nota de antiguo abolengo en España, en los tiempos coloniales era de las de más humos.

Por ésto, cuando el esbelto Oficial de Marina, de tanto pedir café con tostada en el «Café de Catalanes» al subir y bajar la barranca de la Capitanía del Puerto, anclado parecía, y á dos anclas á la puerta del de «Catalanes,» como al presente más de un guardia marina en la Confiteria del Aguila.

Y después de muchos años de pedir alli en su almuerzo, chocolate

con tostadas que lo hacían muy rico y espumoso, tostado apareció, ó reviniéndose como la manteca que sobre ella estendía, nó por la chocolatera que le servía, sí más bién, por la ardiente mirada de dos ojos retenegros de la linda patrona.

Y bien que merecía la bella María, tener de centinela perpétuo, Oficial tan gallardo. La hija del propietario de ese antiguo Café no vivía entre tazas y platos de Establecimiento tan concurrido, que el buen padre, si tantos años trabajaba con honradez y asiduidad, era por la niña de sus ojos, á quién la mejor educación proporcionaban. Ella muy bien adoctrinada, al salir de sus devociones diarias, en la Merced, tenía como muy principal, la de entrar al pasar, y dejar un beso en la frente paternal, cuyo cariño llenaba de gusto al viejo, de cuyo rostro desaparecía como por encanto, todo ceño que las trapisondas de *Juan sin vuelto*, y otros pillastres de trastienda, engestaban.

Pero en numerosa familia nunca faltan viejas que meten sus narices llenas de rapé, donde no las llaman, tratándose de buenos mozos sobre todo, si hay sobrinas casaderas. Cada vez que á estrado llegaba éco chismográfico, de cómo sólo se veía á todas horas pasando y repasando el jóven marino la cuadra del embarcadero á *Catalanes*, cuando nó firme como un poste sobre el de esa esquina (San Martin y Cangallo, hoy) no faltaba señorona con tantos humos aristocráticos como la Virreyna Vieja, que saliera con nota disonante en clavicornio enmohecido:

—¡Que más se quisiera esa! Pancho no es para Cafeteras, que no se ha creado mi sobrino tan espigadito y rozagante para maritornes ó fregonas!

Respingos tan hirientes, traían en retortero por muchos años, á los dos amartelados más revenidos del barrio Real.

. . . . . .

Después que empezó *la tormenta de la Candelaria*, infaltable por entonces todos los *dos* de Febrero, desazonada hallábase la bella María y por su alterado semblante mudas lágrimas corrían. Contínua desazón que no se explicaba, teniánla de un lado á otro, y al primer trueno, corrió junto á su lecho. Postrándose ante la imágen de Nuestra Señora de la Candelaria, protectora de navegantes, empezó la oración ferviente en que pedía calma para su espíritu, y la salvación

y pronto regreso del adorado de su corazón. Más inconsolable aún entre dos truenos, sintió como un golpe en el pecho, y en sus écos que retumbando se dilataban, oyó, ó creyó oir: «Francisco muere!»

Desde entónces, su inquietud no tuvo límites, ni consuelo hubo que le calmára. La tormenta empezada al comenzar la tarde, continuó toda la noche y al siguiente día. Entre dos escampes, llegó el asistente del Coronel Rolón, vecino de la misma calle, presentándole á *la prometida de Balcarce*, como llamaban los compañeros de éste Oficial en el Cuartel de Marina, sus contertulianos en «Catalanes», la adornada vela de la Candelaria, que el Cura de la Merced, obsequiára al Jefe del bizarro Batallón que hacía la Guardia de Honor en la solemne fiesta relijiosa de esa mañana.

El 2 de Febrero de 1820, el Coronel D. Mariano Rolón, durante el gran peligro que corrió en la primer batalla de Cepeda, había hecho una promesa si de él salvaba, á esa Vírjen en cuyo aniversario á pique estuvo de morir, y por treinta años, no faltó ningun dia de su fiesta de gran parada con su Batallón, la banda, y sus altos Gastadores á la cabeza, en línea, frente al pretil de la Merced.

Si no siguió, fué porque después de muchos años de tiranía, no había ya socorro para el tirano que cayó aquel día, y el Batallón «Guardia Argentina», presenciaba su caída muy léjos del altar de la Candelaria. La adornada vela que con buenas noticias del ausente, le enviaba el devoto Coronel, toda trémula y lacrimosa afanábase por colgar á la cabecera de su blanco lecho virginal, y en tan piadosa ocupación se hallaba, cuando rayo que no llegó á oir, la dejó muerta instantáneamente.

Y atando cabos, vino á saberse después que el mismo día y á la hora de la intuición, ó golpe de pasión, el buque de Balcarce con todo sus tripulantes, se perdía frente á San Nicolás.

Tromba, sumersión, arrastre de corrientes sub-marinas, fenómeno que no se ha explicado, hizole desaparecer por completo en los remolinos del río revuelto, cuya gran creciente impidió encontrar ni el mástil del pequeño barco.

Milagros del amor! El último rayo de la tempestad que hundiera en el abismo del Paraná enfurecido á Balcarce, su barco y su fortuna, como la cola de tormenta que llegó aguas abajo, hasta aquí, en su postrer estallido, fulminó la novia del presentimiento!

Predicción, intuición ó revelación caso genuino de telepatía, (fenómeno psicofísico), efecto de la pasión á lo léjos, sujección ó influencia misteriosa juzgamos esto, por lo que al través de la distancia dos almas que intensa pasión unifican, se adivinan y compenetran.

Milagros del amor!

EL PRIMER GOBERNADOR DEL CHACO

I

.....

Ocho días después, volvimos á hacerle nuestra primer visita en el Cementerio.

Yá no resonaba el último cañonazo de la salva, ni la campanita cuyo lúgubre tañido doblaba tristemente.

La marcha fúnebre que parecía contagiar con lágrimas á los acompañantes, no se oía yá. Pero aquel mústio ramito de violetas, dejado entre el candado de la reja cerrada sobre sus restos, nos impresionaba.

Las grandes coronas, la multitud de flores de otras Provincias, en todo el trayecto de esa larga vía dolorosa que los amigos de su última hora recorrieran conduciendos sus restos, todos esos recuerdos de amistad, se hallaban bajo tierra. Solo aquellas marchitas violetas, como saliendo de ella, palidecían inclinándose, postrera ofrenda de un pobre:

La mañana siguiente del entierro, á una mujer sin luto, mal vestida, hincada sobre el blanco mármol, se le había oído rezar largo tiempo, en entrecortados sollozos:

—«No tengo más,—dijo al guarda. Vengo de muy léjos.....Me

dicen que ayer le enterraron.....Creí llegar á tiempo....Al entrar al Cementerio me ofreció la vendedora ese ramito.....Pedía veinte centavos.....La chica ha sido muy buena.....No me quedaban más que diez.....Ella lo cedió al saber que eran para un muerto....Con reconocimiento, lo he puesto en la barra que cierra el sepulcro de la familia.....Esta es rica, sin duda, y sus amigos numerosos. ¿Donde habrá llegado el General que no se haya hecho querer? Era de tan buen corazón! ¡Me cuentan que numerosas coronas adornaban el féretro, pero entre todas sus flores, no habrán sido otras ofrecidas con más sinceridad.....

—¿Y conocía la pobre de las violetas al hombre cuyos restos han sido depositados aquí? preguntamos al que hacía tan sencillo relato.

—Sí que le conocía, y también toda su historia, referida con emoción y corriéndole lágrimas, la oímos igual á lo que después otros repitieron.

Dijo que por el General había recuperado su madre, y que rescatada entre las cautivas, vivía hoy con los suyos. Y entonces, contó esta melancólica historia.

....

Poco después de la muerte del Cacique Rubio, en el Chaco, se presentó á la carpa del Jefe, una madre aflijida en busca de su hijita, sobre quién le daban noticias haber aparecido en la *chusma* enviada á Resistencia.

—Si no es india, decia, para que la repartan y la hagan esclavita; es mi hija, y rubia y blanca, y linda como mi hombre, el Teniente Cabral, muerto en la misma invasión que me la llevaron.

Y cuando consolada por el General, la recomendó á sus ayudantes para que le buscáran la chica, yá navegaba ésta aguas abajo, con otras hijas sin madre, en un lote de carne humana enviada por el Capitán del Puerto á la familia de su Jefe.

—Fué tan bueno el General, agregaba la pobre muchacha de las violetas,—que no paró hasta descubrir donde fuí á dar. Entonces llamó á mi madre, dándole auxilios y pasaje desde Resistencia, para que saliera en mi busca.

....

Meses después la encontró de regreso en el Puerto, toda llorosa y afligida:

—¿No hás dado con tu hija?—le preguntaban.

—Sí, señor, pero no me la quieren devolver. Dicen que es india, que es cautiva, que el Gobierno ha dispuesto, yá que no se mandan los pobres á la frontera á cuidar vacas de los ricos, se quiten las hijas de las pobres de la frontera, para regalarlas á las ricas de la Ciudad.

—¿Quièn te ha dicho semejante barbaridad?

—La Señora del Ministro, que no me quiere dar mi hija por que á su lado está mejor, que ella le vá á enseñar y que se encuentra muy bien, según dijo, por más que mi hijita se me prendía de las polleras y lloraba á gritos por venirse conmigo.

Y notas ván, y notas vienen, reclamando lo que nunca llegaba, hasta que, ante la desesperación de una madre deshecha en lágrimas, por la hija cautivada por indios y robada por cristianos, se embarcó un día el mismo General, presentándose en el Ministerio con mi madre, y prosiguiendo el reclamo y la de otros cristianos é indiecitas. El se enajenó la voluntad del Superior, pero más de una madre recuperó su hija.

—Y conocía Vd. al General?—interrogamos al Guardian.

—De memoria lo he aprendido en estos días. Un fraile misionero que vino, dijo: «No oía muchas misas, pero hacía obras de caridad á su modo. De mi Comunidad, puedo decir, que si tenemos la Iglesita más avanzada en el desierto, es por sus auxilios. No sólo en la frontera de Rio IV y en Goya inició la renovación de Iglesias, sinó en Reconquista y Resistencia las edificó desde los cimientos».

.....

—«A su lado recibí un balazo, (contaba un viejo inválido) en la batalla que al caer en sus brazos el General Conesa, me tiró el Comandante su poncho para que me fajára esta pierna, que desde entónces pesa una onza más, por que la llevo de plomo paraguayo».

.....

—«Dios le tenga en la gloria, que á faltarme su protección hubiera quedado sin marido y sin viudedad, cuando mi Lucho cayó con la bandera del Cuatro!»—contaba una pobre mujer á otro melenudo que refería lagrimeando:

—«Si yó sé leer, y he podido educar á mis hijos, es porque este buen hombre me obligó á ello, para hacerme Sargento, enseñándome

en la Escuela del Escuadrón de Gendarmes, cuando no la tenía ningun otro Cuartel.»

—«Le debo el ser cristiano á Don Manuel, pués si cuando tomó al Cacique Rubio, no me separa de su chusma, hubiera seguido salvaje como nací,» agregó otro.

—¿Qué si era guapo? preguntó un chiquillo al viejito que acompañaba.—Muchos son los actos que de su valor se recuerdan. Le ví en una batalla, abandonado por algunos de sus soldados que dieron vuelta, tratando de detenerlos á caballazos. La bala de cañón que le mató el pingo, arqueó su espada del cimbrazo sobre el anca, y dejándola como tirabuzón, imposible de sacar de la vaina. A pié, y casi desarmado en medio de los que huían, hacía frente al enemigo. Un Sargento de Arrecifes que le quería mucho, dió vuelta su caballo gritándole: «*Salte, mi Capitán, que los dos nos salvaremos, ó moriremos juntos.*» Al montar, se le cayó la lanza, y, recordando que el Ministro de la Guerra, su tío el Doctor Obligado, al regalársela, dijera bromeando al novel Capitán: «*Cuidado con perderla!* se bajó por ella.—«No se detenga Señor, que nos traen cortitos y nos van á cortar, le gritaban.»—«Yo no pierdo mis armas, contestó, saltando por segunda vez en ancas.» Ya un gaucho le alcanzaba con tan certero tiro de bolas que, á no poner la lanza trás las patas del caballo, hubiéranse enredado en ellas. Golpeándose la boca, siguieron burlando al enemigo!».....

Tres días después se presentó con su Escuadrón rehecho y dos meses más tarde, fué éste el primero que se entreveraba, sorprendiendo el campamento enemigo. El Coronel Gainza, conservó su espada en la Inspección de Milicias de que fué Secretario su dueño. El General Flores se llevó la lanza, como recuerdo de uno de sus bravos Oficiales.

II

«Muy querido debió ser este militar que yó no conocí, agregaba el Guardián, pués desde que le enterraron, no he pasado una vez por su sepulcro, sin encontrar yá rezando ó llorando, hincados los que tenían con qué hincarse, ó en cabeza descubierta más de un inválido

con muletas: chinos, morenos, paisanos ó antiguos soldados, en quienes no eran finjidas sus lágrimas y su pesar, como no lo fué sin duda el afecto paternal, con que á todos ellos amparaba el General, segun lo recordaban.»

.....

Sencillo y modesto, de carácter alegre y franco, alejado de toda ostentación, haciendo el bien por el placer de hacer bien, sin esperar recompensa, benéfica é interesantísima fué la carrera de este honrado militar y distinguido ciudadano. Tenía una esquisita sensibilidad para toda agena angustia, y así cruzó, como héroe de caridad, repartiendo auxilios y consuelos entre sus soldados y multitudes apestadas, á la aparición del cólera y la fiebre amarilla. El Canónigo Argañaráz recordaba hace poco, que sin sus soldados, á quién él daba el ejemplo personal tomando la pala el primero, no hubiera habido ni quién enterrára los muertos en Córdoba, durante la gran epidemia.

Tomó parte en todas las campañas de su época, siendo de los primeros que marcharon á la del Paraguay, y uno de los pocos Jefes que no volvió, en sus cinco años, siguiendo veinte más en las fronteras, por lo que fué más conocido en los campamentos, que en las antesalas de los Ministerios.....

Así el General Don Manuel Obligado, de antigua familia patricia, por la sencillez de sus maneras y carácter independiente, franco y espansivo, supo atraerse muchas simpatías aún en críticas circunstancias de mando superior.

Alto, moreno, su rostro afable, era animado por vivísima mirada de grandes ojos negros. De maneras desenvueltas, de verba incansable, activo, acelerado, su larga pera á la francesa, acentuaba aire arrogante á tan marcial figura, sobre las que atraía las miradas, como sobre las numerosas medallas, escudos y cordones que adornaban el uniforme de General.

Más de dos tercios de su vída consagró á la carrera militar, en activo servicio, tocándole siempre la vanguardia en Pavón, Cañada de Gomez, Pehuajó, Paso de la Pátria, Batallas del dos de Mayo, Estero Bellaco, Tuyutí, Boqueron, Curupaití, Azcurra, Campaña del Interior y otras.

Soldado de la ley y sostén del órden constitucional, contribuyó

al aniquilamiento del caudillaje. En los breves entre-actos de lucha, fué su descanso, como soldado del progreso, iniciar Colonias que ya son pueblos florecientes. Dilató las fronteras en Córdoba y Santa-Fé, fundó las de Reconquista, Avellaneda, Victor Emmanuel, Las Garzas, Ocampo, Las Toscas, Florencia, San Antonio, Resistencia, Timbó. Creador del Cuerpo de Gendarmes, Comandante del 4º, Jefe de Frontera, Gobernador del Chaco, Inspector General de Caballería, Sub-secretario del Ministerio de Guerra, Ministro accidental, por todas partes donde pasó, huella palpable ha dejado de su espíritu progresista, emprendedor, entusiasta y sinceramente patriota.

Acciones descollantes que abrillantaron su foja militar, fueron recordadas en la oración fúnebre del Jefe de Estado Mayor General Capdevila, como en los discursos del Ministro Alcácer, Comandante Wappers, y la prensa de Santa Fé, (donde falleció), Corrientes, Rosario, Córdoba, Buenos Aires, etc, etc.

Y este honrado y valiente militar lleno de ilustración y abnegación, supo algo más que alinear soldados que condujo á la victoria. Creó Escuelas, erijió Templos, fundó Pueblos, descautivó cristianos, civilizó indígenas, defendió la Pátria, ensanchó sus campos, dilató sus fronteras, difundiendo el mayor bien á su alcance.

Tuvo buenos y numerosos amigos, pero aquel abnegado hermano de armas en su primera campaña, nó solo fué sombra benéfica estendida á lo largo de toda su vida, siguiéndole con el más generoso cariño por todas partes, el leal y bondadoso Tulio Mendez, sinó el amigo de última hora que corrió á consolarle, cumpliendo la promesa de cuarenta años de amistad, de acudir á cerrarle los ojos en cualquier estremo en que se encontrára.

¡Nobilísimo ejemplo de sublime amistad!

....

Hombre de gran corazón, era todo un carácter en todas las circunstancias de la vida, y para que no muriera en el desamparo del Campamento, preciso fué telegrafiarle órden perentoria de bajar á la población inmediata.

¡Cumplen hoy años que voló su espíritu á la gloria!.... Cual el perfume de esas mústias violetas palideciendo sobre su lápida, que pronto se desvanece, así el de las buenas acciones!.....

Sic transit!.....

FIERAS HUMANAS

(Tradición de 1538)

I

Refiérese en el primer libro que sobre esta tierra se escribió, que habiendo salido del Real, en la primitiva población, cierta Maldonado, seguía por la ribera desierta de nuestro ancho río arrancando raicecitas para aplacar su hambruna, de la muy grande que por entónces diezmaba á los fundadores. Venido ésto á conocimiento de Galán, primer tirano, por haber infrinjido la prohibición de salir á tomar aire, la condenó, la condenó... á lo mismo, pero más léjos, campo afuera.

Comiendo huevos de gallo y otras yerbas, cóntinuaba corriente arriba, costeando el bosque de molles talas y espinillos, cuyos últimos restos se caen de viejos en el Bosque alegre y Talar de Pacheco, cuando atemorizada por lo imponente de la soledad y el silencio en la inmensa Pampa, al no poder pasar el primer arroyo, echóse á su orilla, por si algo pescaba.

No cuenta Schmidel si pescára sábalo ó bagre entre el barrial, pero sí que cayendo la noche, consternada y abatida aquella Eva argentina, (primer mujer que menciona la Historia), se refugió en una de las cuevas que las crecientes del río socaváran al pié de la barranca, por donde descendía el arroyo, llamado hasta el presente de Maldonado.

Se resignaba á pasar allí la primera noche triste, cuando de lo más oscuro del interior oyó fuerte rugido. Abandonando la guarida de algún salvaje que recibía gruñendo con cara de pocos amigos, talvez por entrar sin toque de timbre ó llamar á puerta que no encontró, fué su asombro convertido en terror, al distinguir en la penumbre avanzar pausadamente una leona, con mugidos tan quejumbrosos que algo de humano dolor parecían. Muerta de miedo cayó desvanecida.

.....

Leona parisiense más fea y mala que la fiera de esta tradición, conocimos, nó en Circo ó colección zoolójica, sinó en sus principales Teatros, devorando sin compasión y en público su presa, sin que ninguno de los espectadores, corriera á salvar al incauto, tembleque senil ó imberbe heredero.

La humanidad de la leona de nuestro cuento, no es única. La historia recuerda, antes y después, congéneres semejantes. *A la fosa de los Leones,* fué arrojado el Profeta Daniel, y á sus piés se echaron éstas, como luego á los del Mártir Cristiano, en el Circo de Roma. El *Leon de la espina,* que pidió se la sacara, al médico que pasaba, tuvo su imitador á larga distancia, en el que, como domesticado perro, seguía por todas partes á Don Juan de Austria, como la leona agrimensora portadora de la cadena trás el teodolito del Barón Du Graty, y el asistente de cuatro patas del Coronel, fundador del Regimiento de Artillería de montaña, fiel portero que alcanzaba las tarjetas de visita en el Cuartel del Retiro.

Melenudos leones africanos tiraron del carro triunfal de Marco Antonio, muchos años después que Hannón, primero que amansó leones, fuera desterrado de Cartago, en previsión de que sometiera á los hombres, quién domesticaba fieras.

Y dejando de lado leones bíblicos y mitolójicos desde el que mató Hércules en Nemea, recordaremos hecho semejante al que vamos á referir, en el de la fugitiva de Lybia. A un león de naturaleza generosa, como todo valiente, le aplacó con sus demostraciones, haciéndole comprender en lenguaje gesticulado, que una flaca mujer no era digna presa del soberano de los animales. En el mismo lenguaje de espresiva mímica que entendió el león africano, comprenderia sin duda á la Maldonado el manso león americano, pués que las más veces no es tan fiero el león como lo pintan!

.....

Cuál sería el asombro de esta mujer, al despertarle más fuertes rugidos, observando que, léjos de abalanzarse sobre inerme presa, lamía sus flacas piernas sin hacerle daño. No era el hambre sin duda de lo que provenía su malestar, que ni caso hacía del pescado á su alcance; y como la generosa fiera, parecía humanizarse ante la débil mujer, empezaron á comprenderse en idioma sin palabras.

Y en situación tan crítica, no se puso á contarle las cuitas de su destierro, que no estaba para cuentos la mal abandonada. Pero la afiijida leona con lenguaje más expresivo, demostraba su estado apremiante y los dolores que le apremiaban, pidiendo ayuda á quién no ignoraba sin duda, cuánto dolor arranca al desprenderse de las entrañas maternales cada sér, que entra llorando á una vida, que deja gimiendo, en los dinteles de la muerte.

Repuesta del susto ante la leona aletargada por el sufrimiento, y observando que arrastraba abultado vientre, conoció su mal la Maldonado, y sacando fuerzas de su flaqueza, le tendió blanda cama de pasto, en que se encontró mejor que en dura tosca; le alcanzó agua, y con más confianza, ensayó el masaje que había observado á cautivas Querandies en casos semejantes, ayudándola con cuidados que solo á la mujer ocurren, idioma por todos comprendido.

.....

Al fin, lo que tenía que llegar, vino; y trás rugido más terrible resonando y desprendiendo terrones de greda en la húmeda caverna, á la claridad de un rayo de luna, vió saltar el cachorro, y después otro leoncito, muy parecido á su padre, en cuanto naciera de peli-rubio aleonado, como dos gatitos, de grandes ojos negros.

II

Y para que esta historia que parece cuento, no se achaque á inventiva de tradicionista, papelito canta, que si exajeración hubo, cargue con ella el primer cronista de que hay lenguas, quién agrega:

« En su compañia, siguió algunos días sustentada por la leona, con la carne de animales que traía, quedando bien agradecida del hospedaje. Acaeció que un día recorriendo los indios aquella costa, toparon con ella una mañana, al tiempo que salía á la playa á satisfacer la

sed en el río, donde la sorprendieron y llevaron á su pueblo, tomándola uno de ellos por mujer, de cuyo suceso y de lo demás que pasó, haré relación adelante. »

.....

Y lo demás que pasó es tan bárbaro ,que no lo referimos por nuestra cuenta, y aún de repetirlo trepidáramos, si los cronistas españoles que lo confirman, no fueran tan respetables como el Padre Alonso de Ulloa,—el Arcediano Barco de Centenera,—Ruiz Diaz, que también lo oyó á otra india vieja, según escribe en « La Argentina », —los P.P. Lozano, Guevara, Charlevoix,—el abate Iturri,—el Padre Herrera,—el Padrecito Muñoz, que miente más que vós,—el Canónigo Segurola, —el Dean Funes,—y todos los santos Padres que sobre la primitiva población de Buenos Aires escribieron.

« En este tiempo sucedió una cosa admirable, que por serlo la diré; y fué que, habiendo salido á correr la tierra un Capitán, en aquellos pueblos comarcanos, halló en uno de ellos, y trajo á aquella mujer española de que hice mención arriba (dice Schmidel),—que por el hambre se fué á poder de los indios. Así que la vió Francisco Ruiz Galan, ordenó fuese echada á las fieras, para que la despedazasen y comiesen; y puesto en ejecución su mandato, llevaron á la pobre mujer, la ataron muy bien á un árbol, y la dejaron como una legua fuera del pueblo, donde acudieron aquella noche á la presa, gran número de fieras para devorarla, y entre ellas vino la leona á quien esta mujer había ayudado en su parto, y habiéndola conocido, la defendió de las demás que allí estaban y querían despedazarla; quedándose en su compañía, la guardó aquella noche, el otro día y la noche siguiente, hasta que al tercero fueron allá unos soldados por órden de su Capitán, á ver el efecto que había surtido dejar allí aquella mujer; y hallándola viva, y la leona á sus piés con sus dos leoncillos, que sin acometerlos se apartó algún tanto, dando lugar á que llegasen quedaron admirados del instinto y humanidad de aquella fiera. Desatada la mujer por los soldados, la llevaron consigo, quedando la leona dando muy fieros bramidos, mostrando sentimiento y soledad de su bienhechora, y haciendo ver por otra parte su real ánimo y gratitud, y la humanidad que no tuvieron los hombres. De esta manera quedó libre la que ofrecieron á la muerte, echándola á las fieras. Esta mujer yo conocí, y la llamaban *la Maldonada*, que más

bien se le podía llamar *la Biendonada*; pués por este suceso se vé no haber merecido el castigo á que la espusieron; la necesidad había sido causa á que desamparase á los suyos, y se metiese entre aquellos bárbaros. Algunos atribuyen esta sentencia tan rigorosa al Capitán Alvarado, y nó á Francisco Ruiz, más cualquiera que haya sido, el caso sucedió como queda dicho y no carece de crueldad casi inaudita.»

V

Robusteciendo el tema de la presente tradición de cómo más fieras mostráronse por entónces los humanos, á la vez que lecciones de humanidad dieron las fieras, agregaremos el siguiente párrafo, en que rehusando cuatro potros despedazar un cristiano, diez y seis partes hicieron de un americano, en tiempo de los humanitarios civilizadores, y esta sí que es sentencia para arder en un candil:

«El viérnes 18 de Mayo de 1781, después de haber cercado la plaza con las milicias de esta Ciudad del Cuzco, que tenían sus rejones y algunas bocas de fuego, y cercada la horca de cuatro caras con el cuerpo de mulatos, y *Huamanginos*, arreglados todos con fusiles y bayonetas caladas, salieron de la compañía nueve sujetos, que fueron los siguientes: José Verdejo, Andrés Castelo, un Zambo, Antonio Oblitas, (que fué el verdugo que ahorcó al General Arriaga,) Antonio Bastidas, Francisco Tupac-Amarú, Tomasa Condemaita, cacica de Acos, Hipólito Tupac-Amarú, hijo del traidor, Micaela Bastidas, su mujer y el insurjente José Gabriel.

«Todos salieron á un tiempo, y uno trás otro venían con sus grillos y esposas metidos en unos zurrones, de estos en que se trae Yerba del Paraguay, y arrastrados á la cola de un caballo aparejado. Acompañados de los sacerdotes que los auxiliaban, y custodiados de la correspondiente guardia, llegaron todos al pié de la horca, y se les dieron por medio de los verdugos las siguientes muertes:

«A Verdejo, Castelo, el zambo y á Bastidas, se les ahorcó llanamente: á Francisco Tupac-Amarú, tio del insurjente, y á su hijo Hipólito se les cortó la lengua antes de arrojarlos de la escalera de la horca, y á la india Condemaita se le dió garrote en un tabladillo, que estaba dispuesto con un torno de fierro que á este fin se había hecho, y que

jamás habíamos visto por acá: habiendo el indio y su mujer visto con sus ojos ejecutar estos suplicios hasta en su hijo Hipólito, que fué el último que subió á la horca. Luego subió la india Micaela al tablado, donde asímismo, á presencia del marido se le cortó la lengua y se le dió garrote, en que padeció infinito, por que teniendo el pescuezo muy delgado, no podía el torno ahogarla, y fué menester que los verdugos, echándola lazos al pescuezo, tirando de una y otra parte, y dándola patadas en el estómago y pechos, la acabasen de matar. Cerró la función el rebelde José Gabriel, á quien se le sacó á media plaza, allí le cortó la lengua el verdugo y despojado de los grillos y esposas, lo pusieron en el suelo: atáronle á las manos y piés cuatro lazos, y asidos éstos á la cincha de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos á cuatro distintas partes, espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad. No sé si por que los caballos no fuesen muy fuertes ó por que el indio en realidad fuese de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, después que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenían en el aire, en un estado que parecía una araña. Tanto que el Visitador, movido de compasión, por que no padeciese más aquel infeliz, despachó de la compañía una órden, mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó. Después se condujo el cuerpo debajo de la horca, donde se le sacaron los brazos y los piés. Esto mismo se ejecutó con las mujeres y á los demás se les sacaron las cabezas para dirijirlas á diversos pueblos. Los cuerpos del indio y su mujer se llevaron á Pinchu, donde estaba formada una hoguera en la que fueron arrojados y reducidos á ceniza, las que se arrojaron al aire y al riachuelo que por allí corre. De este modo acabaron José Gabriel, Tupac-Amarú y Micaela Bastidas, cuya soberbia y arrogancia llegó á tanto, que se nominaron Reyes del Perú, Chile, Quito, Tucumán y otras partes, hasta incluir el gran Paititi, con otras locuras á este tono.

«Este día concurrió un crecido número de gente, peró nadie gritó, ni levantó una voz: muchos hicieron reparos, y yó entre ellos, agrega el cronista), de que entre tanto concurso no se veían indios, (á lo ménos en el traje mismo que ellos usan, y si hubo algunos, estarían disfrazados con capas ó ponchos. Suceden algunas cosas que parece que el diablo las trama y dispone, para confirmar á estos indios en sus abusos, agüeros y supersticiones. Dígolo por que,

habiendo hecho un tiempo muy seco, y dias muy serenos, aquel amaneció tan toldado, que no se le vió la cara al sol, amenazando por todas parte á llover; y á la hora de las doce en que estaban los caballos estirando al indio, se levantó un refregón de viento, y trás éste un aguacero, que hizo que toda la gente, y aún los guardianes, se retirasen á toda prisa. Esto ha sido causa de que los indios se hayan puesto á decir, que el cielo y los elementos sintieron la muerte del Inca, que los españoles inhumanos é impíos estaban matando con tanta crueldad»

VI

A esto se agrega que, divididos en cien pedazos los miembros de los nueve hijos de América, martirizados en la plaza del Cuzco, fueron distribuidos desde Arequipa hasta Puno, en las doce principales poblaciones del Alto Perú, y enclavados en el poste de afrenta, mandando arrasar y sembrar sal sobre las propiedades de Tupac-Amarú y todos los suyos, y prohibiéndose pronunciar su nombre. Semejantes crueldades no impidieron que pocos años después, se levantára la América toda á vengar crímenes de lesa humanidad.

Inacabable sería el rosario de horripilantes escenas en que miembros de la especie humana sobrepasaron en fiereza á las mismas fieras. Siquiera para que no quede como privilegio de conquistadores, aunque autores de su raza son los citados, vaya el último botón por cuenta de sastre francés, que así como la virtud no tiene pátria, ménos la tiene el crímen, pués cual lo cantára uno de sus mejores poetas:

«¡Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crímen fueron del tiempo, nó de España!»

Sin detenernos en las fechorías de *Santiago el destripador*, quién hasta el presente ha podido encontrar la mejor policía del mundo, que en *Tremblié el descuartizador* tuvo aquí su imitación, recordamos en sus referencias publicadas en los periódicos de esa época, las hazañas del celebérrimo Vacher, (asesino de *petits bergers* y violador de muertas), como el episodio de la campesina francesa que sorprendida *in fraganti* por su marido, previendo venganza, le asesinó durante el sueño, lo

cocinó en la misma marmita que preparaba su alimento diario, y sirviéndole á sus perros, echó los huesos al fuego, esparciendo á los cuatro vientos las cenizas del padre de sus hijos!

El nombre que aparecía algo confuso de *Fieras humanas* queda así aclarado. ¿Hasta donde es capaz de humanizar al animal una prolija y constante educación? ¿Hasta qué punto se animaliza el hombre abandonado, por la desgradación de los vicios?

VII

Y no deseando mojar más la pluma en tinta roja, mencionaremos con placer la abnegada elefanta, noble víctima del amor de madre, que viendo en inminente peligro juguetear su pequeñuelo sobre la misma vía que el tren le había dejado vacía, aplastando á su compañero, al divisar tan próxima otra locomotora, corrió, y apartando con su trompa al elefantito, pretendió detener de una patada la máquina, que le hizo pedazos, al salvar su hijo.

Entre los innumerables perros que salvaron á sus amos, notable es el *condecorado* por el Gobierno, actualmente embalsamado en el Museo de Berna, ante el que los viajeros se detienen á saludar con admiración á quien salvó quince viajeros en los desfiladeros de San Bernardo.

No siendo nuestro ánimo degenerar la presente en historia de perros, ó perruna, anotamos solamente de paso la analojía de cómo volvió á la vida al último que salvó el mencionado perro, á quién imitó, caso de haber sido versado en la historia de su raza, el perro del portero borracho. Al pastorcito saboyano, muerto de frío, y echándole su cálido aliento á la cara con saltos y brincos que le removían, y ladridos y ahullidos de tristísimo lamento, logró despertar de su letargo. Puso cerca de su boca la de la caramañola de cogñac, que con una campanilla colgaban de su collar, y nó sólo dejó caer sobre él la gruesa manta de que se le proveía, sinó que tan espresivos eran los movimientos del humanitario animal, que arrastrándose hasta ponerse al nivel del entumecido, pudo el pequeño niño, montar sobre el perro, subiendo éste con su carga triunfante hasta dejarla junto al primer fogón del Convento de San Bernardo.

Fué sin duda en lenguaje de mímica semejante, que el portero del Hotel incendiado en Nueva Orléans, (padre aún en su borrachera) significó por señas á su perro *Salvador*, completára el salvataje, volviendo en busca del hijito que seguía su sueño de inocencia entre las llamas, y que fué también el último que salvó. Todos los perros entienden un mismo lenguaje, como todo salvador perece al fin en su abnegado oficio.

.....

La historia recuerda nó sólo como tipo de fidelidad á *Sotero*, que los griegos votaron se le pusiera un collar de plata con la inscripción: «Defensor y Libertador de Corinto,» pués que su vigilancia sobrepasó la de los centinelas; el que refiere Plutarco encontró el Rey Pirro velando el cadáver de su dueño; el perro de Maratón, cuya memoria vive con la de sus héroes; y el de Aubry, que salvó á Montdidiier, oficial de Cárlos V, y hallando su cadáver algún tiempo después en un bosque, veló á su lado durante muchos días sin apartarse ni comer, hasta quedar hecho casi un esqueleto.

Reprodújose semejante episodio cuatrocientos años después en las selvas de Montiel, entre los Palmares de Ayuí, por el fiel compañero del Señor Benitez, respetable anciano de la costa del «Mandisoví» quien saliendo de la Concordia, llevando algún dinero, producto de negocio que acababa de realizar, en dirección á su casa, á mitad de camino fué asesinado, y después de robarle, ocultaron el cadáver entre el Palmar. Cuando inquietos por la tardanza salieron sus hijos á buscarle, apareció en su Estancia su perrito *Fidel*, triste y cariacontecido, dando aullidos desgarradores. Saltaron sobre su caballo uno de los nietos de vecino tan querido en todo el pago, siguió al perro, que con ademanes y saltos guiaba por pasos poco frecuentados, y al llegar á lo más espeso del monte, se paró ladrando con lúgubres y prolongados ahullidos sin querer seguir. Notándose alguna tierra removida, cavaron, desenterrando al amo caritativo, cuyos restos fueron así descubiertos por su último compañero: el perro *Fidel*.

Ejemplos de fidelidad y vigilancia infinita, serían de nunca acabar, desde el perro cantado por Lord Byron, su único amigo, hasta la perra agrimensora *Fani*, cuya biografía acaba de publicar el Señor Hernandez, tan aplaudida por *el abogado de los perros*. Pero no siendo el tema de esta tradición el grado á que se perfecciona el animal

por la educación, como el que se degrada el hombre por los vicios, basta con lo expuesto, comentario al primer crímen, donde una hermosa fiera salvó de las fierezas de sus matadores, á la que le sirvió de *sâge femme.*

.....

Hasta el año 1612, Hernando, primer poblador que levantára su rancho bajo corpulento molle, á orillas del arroyo que aún recuerda el nombre de la heroina de esta tradición, le llamaba Maldonado, por el nombre del pago, y ni Don Pedro Frías á quien tocó ese *lote catorce* en el reparto de tierra, ni alguno de los otros chacareros sobre el primer arroyo inmediato á la ciudad, dejó su nombre en la tradición más antigua, resonando tanto como *la Maldonado!*

POBRE EN ESPAÑA, RICO EN BUENOS AIRES

(Crónica del año 1737.)

I

Es la sencilla historia de cómo un pobre se hizo rico y cómo seguir pueden hacerse ciento.

Antonillo, Antonio, Don Antonio, el Señor Don Antonio de.....así fué creciendo y creciendo su nombre como su fortuna, sin milagro de ésta, ni privilejiado ingenio de aquel, ayudado el trabajo por su tesón, actividad y honradez; emprendedor cual pocos y activo como el que más. Como la receta es de la más sencilla aplicación, sin pedir privilejio, la entregamos al que quiera practicarla.

De honrados padres, pero pobres, nació en Calañas, el 22 de Enero de 1737, en el solar de su bisabuelo, sobre el que aún existe, con el número 14, bajo su balcón, calle *de la Quemada,* vieja casa de fachada color chocolate.

Doce años contaba apénas, cuando huérfano de padre, y no queriendo servir de peso á la madre, con la bendición de ella y de Dios,

salió á correr tierras en busca de fortuna, que si más de un tropezón halló en el camino, animoso y testarudo, topó al fin con señora tan esquiva, prendiéndose á su cola, que no largó á dos tirones.

Bajando iba de Calañas, caminito á Sevilla, cuando fatigado y mientras arbitraba medio de pasar el Río, cuyo vado no daba paso, entró á encomendarse y rezar la oración del caminante en el pequeño Oratorio de la Coronada.

Aliviado de cuerpo y de alma por el descanso y la plegaria en que pedía la protección de la Vírgen para la pobre madre de que se alejaba, encontró pasando el río Odiel, una récua cuyo conductor le invitó á saltar en la última mulita, llegando á la otra orilla sin mojarse. Fué este el primer beneficio que recibió de la Patrona de su pueblo.

El conductor de mulas, que por el mismo camino iba, cayéndole en gracia la animosidad de chico tan resuelto, invitóle á seguir juntos, lo que Antonillo no se hizo repetir.

A la oración de ese día, entregados los fardos y mercancías en Sevilla, habiendo recomendado el Capataz á su principal al Calañesito que alzára en el tránsito, tuvo dentro su Escritorio el siguiente diálogo:

—¿Y tú, para qué sirves?

—Para nada, Señor,—contestó el jóven algo cortado. Hasta ahora para poca cosa.

—¿Y en adelante, *Don Para-nada?*

—Para cuanto guste mandar. Soy muchacho resuelto.

—¿Sabes llevar libros?

—Nunca llevé otros que los de mi casa á la Escuela.

—¿Tienes buen mostrador?

—Ni bueno ni malo, Señor, pués sólo me acercaba á él para pedir la yapa.

—¡Pero sabrás al ménos andar con las lámparas, fregar, atender al despacho de la parroquia!

—En cuanto á lámparas, nunca me encontrará Vd. una, pues paso por muchacho muy límpio. Como no hay gallegos en mi pueblo, fregaba hasta hacer perder la paciencia á todas las brujas del barrio, Y en cuanto á la parroquia, ocurría á ayudar la Misa mayor, cuando era bueno el garnache quedado en las vinageras, aunque pocas veces

gustaba. Por lo demás soy muy listo, y aunque poco ó nada sé, cualquier cosa que me enseñen á todo lo que me ocupe, verá Vd. cómo doy cumplimiento.

—Ya veo que elogios no te han de faltar mientras vivas, pero en reasumidas cuentas, ¿para qué sirves?

—Ya lo he dicho, Señor: para cuanto guste mandarme, que un jóven de bien, trabajador y honrado, dispuesto y con voluntad decidida, para todo puede servir y llegar muy léjos, como repetía Señor Padre que en gloria esté.

—En verdad que avispado parece el rapazuelo, y voluntad se atraen sus contestaciones tan á pelo. Lástima que no tenga en qué ocuparte por el momento.

—Bueno, Señor, buenas tardes,—dijo el jóven dando media vuelta, disimulando la contrariedad con que tropezaba en éste su primer paso en falso, en el camino de la fortuna que salía á buscar. No se le cayó el gozo al pozo, ni las ilusiones en la primer noche fuera de su casa, levantando sus Castillos en España, sobre los primeros mil duros que soñaba le habían de llover de alguna parte.

Retiróse cariacontecido en su abandono, acordándose por primera vez de la triste despedida en que dejára á su madre sola y llorando, al conceder con pena una separación quién sabe hasta cuándo; y fuése á despedir del único sér que en Sevilla conocía, dando el último beso en la frente á su pacienta compañera de viaje, mansa mulita de paso, que en la cuadra rumiaba, y salió rumbeando planes, que entre mulas y mulateros consultaría sobre el mejor partido á tomar en su situación, repitiéndose sin desanimarse el refrancito de los muchachos de su pueblo: «Ayúdate, que Dios te ayudará.»

II

Y como al pasar por el zaguán, sobre el umbral de la puerta del Escritorio encontró al patrón discutiendo en alta voz con el Capatáz sobre cuenta y gastos de puentes y portazgos, cargas, arrías, descargas y alcabalas, por el mozo del ganado, arriero y conductores que el uno había pagado y que el otro no quería abonar, fuera justicia ó

despecho, comentando la disputa que hasta la calle se oía, dijo Antonillo al salir:

—¡Pues, claro está; el capataz tiene razón. Desde que ha traído doble carga de la que cada mula carga, doble comisión le corresponde

—¿Y á tí, quién te mete, Juan Copete?, gritó el patrón airado al ver que la razón que á él le faltaba, se la encontraban en la parte contraria.

—Mire Vd. señor patrón, en estas cosas yo solo me meto, pués á dar la razón á quién la tiene, me han enseñado en la escuela desde chiquito.

Y el principal, aunque fulo y coloradote por muchas cosas que él se sabía y callaba delante de los acarreadores de la frontera, más cuerdo encontró *comprimirse* ante la firmeza del rudo mayoral, que con frecuencia era todo su desempeño en mercancías de contrabando, yá algo amostazado por el desaire á su protejido, y que le alzaba el gallo, apoyado su reclamo por un chico tan leído, más, cuando no perdía de vista el relumbrante naranjero de ancha boca, cargado hasta la misma, terciado sobre su calañés. Por estas y otras razones, reflexionando un momento y cambiando de tono, agregó:

—¿Sabe que puede tener razón el muchacho? A ver, entra al Escritorio, toma la de ganso y saca la suma exacta.

—La tomaré, pero no necesito de más contador que éste que Dios dá á los pobres. Y recorriendo los dedos añadió:

—Cuatro mulas de carga, á dos cargas por mula, suman ocho, y multiplicadas á ocho reales vellón cada una, hacen sesenta y cuatro duros, que suman cuatro onzas, como ojos de buey, que corresponden á los ojos del Capataz que tan bien ha conducido el ganado y sus pertrechos, sin destajo ni merma. Más ocho puentes, desde la Frontera hasta el de Triana, y una entrada de puertas al pasar sobre el Guadalquivir, que cobra almojarifazgos, suman cuarenta doblones, sin peseta más ni ménos. Y escribió el resultado de su multiplicación.

—A ver! A ver! dijo el patron asomando sus gafas sobre el papel. ¿Pero, muchacho, esta letra es tuya?

—Y de Vd. también, si servirse de ella gusta.

—Pero, si no tengo escribiente, ni contador de tan buena letra, en todos mis dependientes.

—Lo que quiere decir que no sólo en Sevilla escritores hay

que no saben escribir, como el Cartulario de mi pueblo, que él mismo no entiende lo que escribe.

Y recapacitando el provecho de tan hábil contador:

—Pués me quedo contigo, chico,—agregó.

—O con mi letra, que todo es trabajar. A ello he salido, y de arriero ó escribiente, todo oficio es honrado.

—¡Cómo te achicas que no sabes nada, si tan hermosa letra no la gasta aquí ningún escriba.

—Sé sólo ser honrado, Señor patrón, que mi madre me parió honrado, y en la Escuela me han enseñado á dar la razón á quién la tenga, cueste lo que cueste.

—Pués con tales principios, bien pronto te abrirás camino. Esta bién; quedarás agregado al Escritorio. Yá veremos qué partido podremos sacar de tí.

—Y yo que pensaba sacar mejor partido!—murmuraba por lo bajo el jóven, más entonado.

III

Poco tiempo calentó silla Antonio en aquel Comercio. En cuentas y balances, llevaba tan bien los asientos el *Mayor y Caja* por partida doble, el *Diario* y los Auxiliares todo al día, que cada vez su patrón más prendado quedaba por semejante adquisición, cuando pasados dos ó tres años, concluido el balance de Caja, satisfecho de los servicios de aquel jóven á quién yá le había tomado cariño, le llamó á cuentas, interrogándole en tono de más protección:

—Y bien, Don Antonio, qué se propone Vd.?

—Hacerme rico, Señor!

—Todo el que trabaja, á eso debe aspirar. Yo estoy contento con un dependiente tan puntual, pero aquí en esta Casa donde el giro es limitado, hay tantos dependientes! Mañana es día de Año nuevo y estoy satisfecho de su buen desempeño, ¿qué puedo hacer por Vd?

—Darme la mano, Señor.

—Las dos le daré, de mil amores.

—No es eso, Señor: con una manito de ayuda que Vd. me dé, ni necesito las dos, que yó con las mías me basto.

— Ah! si eso es así, ¿en qué forma quiere le proteja?

—Facilitándome viaje para el otro mundo.

—¿Pero, hombre, cómo? Qué tan desesperado se halla? ¿Tan jóven pretende suicidarse? O me pide Vd. que le pegue un tiro, y como rumboso andaluz, le compre caja y mortaja para tan largo viaje?

—Ni capa para el camino necesito, pero sí, el pasaje que Vd. puede proporcionarme en el *San Ramón*, navío de esta matrícula, que apareja para las Américas, y sale dentro de poco de Sanlúcar de Barrameda.

—¿Y ha pensado Vd. bastante lo que me propone?

—Y muy mucho, Señor, que por lo mismo que á éste llaman viejo mundo, creo. yá está un poquito gastado, y poco mundo es para tantos como los que pretenden hacer fortuna en él.

.....

El primer día del año 1765, un hombre jóven, bajo, grueso, de ojos azules, sanguíneo, robusto, jocoso, derramando salud y sal andaluza en todos sus dichos, abría los cimientos de su primer casa en esta Ciudad, en la primera cuadra de la Plaza, contiguo á la tienda del señor González del Solar, propiedad después de Don Celedonio Garay, el amigo de su última hora, como que todavía en 1822, fué testigo del poder que para testar dejó á su hijo.

El que naciera pobre en Calañas en 1737, rico en Buenos Aires, salió de aquí cumplidas sus ochenta y cuatro navidades, para reposar en la vecina Iglesia de San Roque, como uno de sus benefactores.

Pero la puerta del hogar que allí levantó, donde la puso se está, y al llamador subsistente con que llamaba el fundador de una de las familias más numerosas, han seguido llamando hijos, nietos, biznietos y tataranietos por ciento cuarenta años. El de 1580, su bisabuelo colocaba la puerta que aún hoy se vé en Calañas, bajo el número 14, calle de la Quemada, conmemorando el gran incendio en ese pueblito.

A poco tiempo de llegado en el mismo buque que Don Juan Estéban Anchorena, el Señor Garcia Zúñiga, Garay, Gomez y Gonzalez, por sus recomendaciones y buena conducta, como por su hermosa letra y hábil contabilidad, encontró colocación lucrativa.

Detrás del mostrador, aquí sí yá tenía buen mostrador, se puso en acecho de la Fortuna, por si pasaba. No mucho tiempo transcurrió, en que no solo pasára por su puerta, sinó que se coló

dentro, apareciéndosele primero, bajo la forma de Padre de tantas campanillas, como Fray Pantaleón García, nuestro primer orador sagrado, descendiente de una de las familias fundadoras, y de muy buena vista, para descubrir los mejores, en cada ramo.

Así transcurrido algún tiempo, y habilitado con los mil duros del dorado sueño, su antedicho guía espiritual le habilitó también con una de sus hacendosas primas, que valía mucho más.

IV

A poco andar, Don Antonio que nunca fué lerdo, y yá en mejor situación, con los mil duretes hizo *muchos mil duritos*, y con la prima de Fray Pantaleón le dió muchos sobrinos, dejando hasta su quinta generación, numerosa prole en ámplio bienestar.

Largo por demás, sería seguir paso á paso todos los de la fortuna de este ingenioso comerciante, cuya Casa, como las de Escalada, Sarratea, Arroyo, Lezica y Aguirre, compraba tierras por leguas de leguas, como mandaba mulitas al Alto Perú, de donde volvían cargaditas de oro y plata, y también de azogue.

Dependiente primero, empleado en las Cajas Reales como contador de Hacienda, Rematador de diezmos del Rey, que entonces se recojían en especie, fué adelantando, prosperando y adquiriendo campos baratos para depositar haciendas. Y así por su actividad incansable y honradez á toda prueba, á la vuelta de los años, se encontró con capital que le permitió *variar* plata. En cuanto á principios económicos, poseíalos tan anticuados y prácticos, que no son hoy para contados. Moneda corriente es hoy, por ejemplo, creer que todo comerciante posée un capital mayor que en Caja, en su crédito, y Don Antonio tenía por costumbre comprar todo al contado. Amigo de servir á todo el mundo, jamás dió su firma, ni pidió la de otro. Vulgar corruptela es gastar el doble de la renta, y él observaba, invertir sólo, la mitad. Para él no habia economía pequeña, y todo gasto supérfluo, lo creía inutil. Nunca detenía dinero sin redituar, y con tales principios, trabajando con actividad, y acumulando con tesón, fué muy léjos, llegando á legar cuantiosa fortuna, que puso á cubierto de toda contingencia, su primera, segunda y hasta la tercera generación que alcanzó.

Previsor, como hemos dicho, compró y conservó cuanto hueco

y esquina pudo, hasta ser apodado *El Señor de las esquinas*, perseverando en su idea de conservar cuanto adquiria.

Creía que la sub-división natural de la propiedad territorial, presentábase más fácil y conveniente á la división testamentaria, valorizada por su simple conservación en el trascurso de una generación á otra, repitiendo éste su principio económico, que *conservar* equivale á *valorizar*.

El remate de las haciendas correspondientes á diezmos de Cajas Reales, le obligó á adquirir campos hácia los cuatro estremos, y cuando en 1782, por intermedio de Fray Pantaleón García, compró el Rincón del Canónigo Andújar, cinco leguas sobre el Rio Paraná por cinco de fondo, yá contaba en Arrecifes otra Estancia con el Señor Andrade, y diez años antes había comprado al Sud, vastos campos en las Brujas.

Ingeniosa fué la adquisición de algunos de ellos. No tenemos noticia que indio alguno de la Pampa, llegára á Rusia. Por ambos estremos hemos viajado, estrañándonos la coincidencia de la forma en que, hasta el presente, se enajena la tierra en algunas estepas moscovitas, por todo lo que se alcanza á caminar en un día.

Así, defendiendo los indios la tierra en que nacieron, y teniendo por intrusos en ella á los españoles, en defensa del principio de propiedad, proponían á los más lejanos pobladores venderles la que necesitáran, y como el precio era ínfimo, los más prácticos Estancieros convenían pagarles en yeguas, aquellas que los indios decían pertenecerles.

V

Antiguos hacendados, de los que no fueron los únicos, López Osornio, Ramos, Anchorena, reconocen el orígen de sus fortunas en pactos semejantes, sin que haya ejemplo que en invasión alguna, se haya dado malón en tierras así adquiridas.

Encontrándose un día Don Antonio del otro lado del Salado, con el Cacique Negro, le preguntó qué area de campo le vendería.

—De sol á sol, hermano, por doscientas yeguas.

Y al día siguiente, galopando á la par, desde la salida del sol, el más vaqueano de los lenguaraces, con el nó ménos ducho de los capataces, fueron á detener riendas léjos, muy léjos del punto de partida.

—Hasta aquí no más, hermano, dijo el indio viejo, y plantó estaca.

—Pero bien, este es el largo, y el ancho?

—El de dos caballos.

—Otri! Y cómo vamos á poblar Estancia así?

—Esto diciendo Cacique, y dando vuelta rienda!

No hubo más. Como el trato había sido doscientas yeguas por estensión alcanzada en el galope de un caballo, desde que se levanta hasta que se acuesta el sol, y éste se había dirijido de Norte á Sud, otras doscientas yeguas hubo de pagar para cuadrar el campo en segundo galope de sol á sol, y de Este á Oeste.

Estas grandes areas así vendidas sin *papel pintado*, dinero ó escritura, por los indios á los primeros pobladores de nuestra campaña, valieron más que las adquiridas ante cartularios de *ante mi y doy fé*, en cuanto al respeto en las invasiones de indios hasta el siglo pasado y despues de título de posesión.

Y como aunque las autoridades subsiguientes, no respetaran mucho, título tan en el aire, afirmado sólo por el galope de un caballo, el del más antiguo ocupante fué, sin duda, siempre el mejor. Con el andar del tiempo mucho se retazearon áreas sin límites fijos, pero la mitad de la mitad ó fracción cualquiera valorizada por la población, ha sido el oríjen de muchas fortunas, contándose á la fecha así más cuantiosas, nó por el mayor número de fincas, sinó por el de más leguas de tierra.

Mucho es lo que ha crecido la propiedad urbana, pero más ha centuplicado el valor la propiedad rural.

Y como para muestra basta un botón, sobrará recordar que si la primer manzana que referimos sobre la Plaza Principal, fué vendida por una yegua blanca y un traje de paisano, hace tres siglos, noventa años há el valor de la legua al otro lado de San Borombón, soló era de veintiseis pesos, vendiéndose otras á diez y seis.

.....

Después de ciento treinta años, doscientos descendientes de ese progresista hacendado, cuentan hoy tan ámplio bienestar, resultado de aquellos primitivos mil duros, que hábilmente sembrados produjeron innumerable cosecha.

Entre ellos hubo Ministros, Gobernadores, Legisladores, Magistrados, Abogados, Médicos, Militares, Sacerdotes, Comerciantes, Literatos, Estancieros y Estadistas, que dejaron su paso honorable marcado en este suelo. Por que Don Antonio no fué un simple *pionnier*, sinó también una inteligencia despejada, alentada por la mejor voluntad de aprender y enseñar cuanto útil encontraba á su paso. Así dedicó á cada uno de sus hijos á diferentes carreras é industrias, hasta enviar uno á paso de mula, caminito á Chuquisaca, de cuya Universidad volvió con las borlas doctorales.

Cuánto alcanza el trabajo perseverante impulsado por una firme voluntad! Cuántos como el Antonio Calañesito de nuestro cuento, pobres en España, son hoy ricos en Buenos Aires.

LA TRADICIÓN DE LA YERBA

I

Una serena tarde primaveral, remontábamos la corriente impetuosa del Alto Paraná, admirando al pasar, la corredera del Salto, y las altísimas piedras denominadas *El Paredón*. Cansados se hallaban yá nuestros remadores de su faena de todo el día, recorriendo los arroyos "Capiravi", "Pindoy", "Dacuá", "Pirapó", "Mandiyú-Guazú" "Pirayubí" y cuantas corrientes riegan los cedrales del Departamento de Encarnación, entre el río de Santa María y San Lorenzo, cuando á indicación del guía tomamos puerto en el de Jesús y Trinidad, atando la canoa en el grueso *Curupayti* de la costa.

--Allá está el Padre Guayrá, dijo el timonel, quién siempre tiene cuentos para los viajeros, y Vd. que anda buscando Santos de palo y tradiciones viejas, quizá pesque alguna. También Guayrá es buen cazador; vino hace poco del Salto de su nombre, y de su última escursión trajo un ciervo azul y un pequeño "Guayaquil."

Es de recordar que el sábio naturalista Burmeister tiene clasificados á los restos de esta tribu en estinción, de minúsculos indios que

miden poco más de un metro, como el último grado de la especie humana, escala intermedia entre el hombre y el orangutan.

Movidos por tal curiosidad, nos dirijimos bajo el alto cedro que domina la selva, á cuyo pié conversaba Guayrá con otros dos.

Fué allí donde en buen guaraní, mal traducido por el indio lenguaráz que nos guiaba, oímos la tradición que referimos:

« Los padres de nuestros padres, no se hallaban contentos con su suerte, lo que con asáz frecuencia acontece á la mitad de la humanidad, y á la otra mitad también. Por esto sin duda, contestó el más sabidor de los *payaguás* en cierta ocasión:

—Yo no quiero ser Dios!

—Y por qué perder tan buena ocasión si la tienes, se le contestó.

—¡ Porque nunca podré hacer el gusto á todos!

La verdad era que ellos poseían las más feraces tierras de la tierra. Lo más grandes ríos entre los ríos. Y en cuanto á bosques, todos el país era un bosque. Como su espléndida flora y su hermosa fauna, no hay mejor.

Y sin embargo, el pobre paraguayo no estaba contento con la tierra que le tocó en suerte.

—Pero que más quieres, hombre perezoso, de insaciables deseos? ¿Quieres sol que no calienta? ¿Agua que no humedezca? ¿Pájaros que no canten, para que sus armoniosos trinos no lleguen á despertarte de inacabable siesta?.....

Los tres reinos de la Naturaleza parecen haberse complotado para derramar el cuerno de la abundancia sobre esta tierra de promisión, donde los más hábiles Jesuitas presintieron sus más feraces misiones.

—Si! está bueno, *taita*, pero nos falta algo, contestaban los primitivos *payagúas* á su Gran Espíritu.

Si estraviado viajero asciende las cordilleras paraguayas de pórfidos, ágatas, ó basaltos, solo divisa un bosque, dos, tres, el país entero es una inmensa estensa selva en flor. Y qué maderas! Todas de ley! Aunque sus habitantes no tienen más ley que su voluntad. Muy anterior á la sangrienta época, en que pendían todos de una sola voluntad, en el país de los tres tiranos, Santo Tomás antes de habitar la Gruta, cabe el cerro de Paraguarí,

yá había descifrado los geroglíficos para otros intelijibles, de la famosa piedra en Jari-Guaá, que mal traducida por nuestro buen poeta, dice:

"Artículo primero, ley soberana
Hacer cada uno lo que le dé la gana."

En cuanta estensión abarca la vista, divisa el viajero tabacos, mandioca, maní, arrozales. Si fatigado de admirar selvas sin fin, de cedro, jacarandá, ñandubay, algarrobo, quebracho, lapacho, curupaytí, se siente con apetito, á la mano tiene las más dulce naranjas, chirimoyas, guayabos, bananos, ananás, ñandipas, pintos, yatay. Si desea apagar la sed, á cada paso encuentra cristalinas corrientes, en las que sólo debe tener cuidado de no tragarse algún surubí, pacú, dorado, curbina ó itaguá, de los millares que con sus resplandores plateados, iluminan la penumbre de la selva, en arroyos que serpentean entre bosques poblados de palomas, tórtolas, pavas de monte, guacamayos, gallinetas, cisnes, patos, y otros muchos color perdiz.

Y todavía si el cansancio llega á adormecerle bajo umbría y perfumada fronda, su sueño arrullado por el canto de las calandrias, jilgueros, verdes loros y cotorras, Martín-pescador, el tordo burlón, que charla como cotorra, zorzales y venteveos, el pájaro-campana, la blanca flor ó melancólico *urutaú*, le hacen soñar delicias del paraiso de hermosas Evas, que en traje de las mismas, ó mal velando la cútis color de uva, cribos del blanco *tipoy*, pasan, abanicándole con pantallas perfumadas, para que los mosquitos no le devoren.

Y al despertar de tan deliciosos sueños, y ver los aires matizados con el plumaje vari-color de más encendidos tintes, en mil canoras aves, encuéntrase el viajero bajo transparente velo fragante de jazmines del Paraguay, flores del aire, orquideas, marimoñas, glicinas, trinitarias, jazmines, claveles, rosas, que la brisa derrama en ténue lluvia de hojas sobre la hamaca, suspendida entre árboles en flor.

II

—Y á pesar de ésto, en una tierra que mana leche y miel, y que el Himno Paraguayo sintetiza:

« De heroismo baluarte invencible
De riquezas magnífico Eden.. ! »

á pesar de todo esto, te quejas, perezoso guaraní?

—Sí, Curá; queremos más, observó un zote desde el árbol vecino.

—¿Todavía más, pedigüeño sin fin? Se os ha dado el árbol que para todo sirve. De sus hojas tejeis los techos de vuestras viviendas y esteras, cestos, escobas, antorchas; es buen comestible para se hombre y mejor forraje para la bestia. Del tallo se construyen cercados, palancas, caña de pescar. El cogollo de sus hojas es rica conserva en dulce. Su jugo se destila en agua de miel, y cocido y fermentado, se hace aguardiente, vinagre, azúcar. Utilízase su nuez en la confitería y en la medicina, y su leche, para bebidas y postres. Su aceite, que se usa también como remedio, reemplaza á la pomada el jabón, y forma parte de la fabricación de las velas. De la corteza interior de su castaña, se fabrican lindísimas copas, botellas, cucharas, mangos de cuchillos y cuentas, empleándose también como carbón y polvo para dientes, que conserva tan hermosas dentaduras á las bellas paraguayas, en país donde han muerto de miseria los pocos dentistas que llegaron. La fibra que envuelve la corteza interior se utiliza para relleno de colchones y almohadas, cuerdas, cables y redes. De su tronco, que adquiere en el agua la dureza del fierro, se hacen vigas, canaletas, tablas de botes, tejas, tirantes, durmientes. Cuando es muy tierno, suple la verdura, y cocido parece rica castaña. A estos y á cien usos más destina el paraguayo un sólo árbol. En treinta mil leguas cuadradas, estos pobres hijos de la selva americana, palmares inagotables, se estienden en la región del Paraguay.

—Así será, pero nos parece poco. Otro arbolito más, Caray-Guazú! (Gran Supremo), pués alguién há yá profetizado que ese árbol tan útil, nunca será palma de victoria, sinó de martirio para el sufrido pueblo paraguayo.

—*Contá, taita* Guayrá, el cuento que con frecuencia refieres, de cómo nos llegó el arbolito que nos faltaba, agregó el Guía.

....

.....

"*Tapaicuá*, primer hombre, padre de estos pueblos, salido del medio del lago cuyo nombre llevaba, hoy *Ipacaray*, (laguna conjurada) así denominada por el beato Luis Bolaños, desde su desborde sobre el Pirayuví, había conseguido del buen Dios hacer dotar esta tierra de innumerables riquezas, donde hoy muchos de sus hijos sufren pobreza. Pero uno de sus descendientes, pedigüeño como todo hijo que supone inagotable al padre *Reparte-siempre*, no estaba contento con su parte.

"Por más que éste se afanaba por complacer á todos, si incansable era el buen Padre en dar, más inagotables eran los hijos en pedir. Cierto día nublado en que *Tupí*, su hijo menor no podía dormir la siesta por los mosquitos, (en agitado sueño de ambiciones), y siempre en interminable cuestión con *Guaraní*, el primogénito le dijo:

"Tú que defiendes en todo á Padre y muy Señor mío, encontrándole tan previsor, podrías decirle que nos faltan muchas cosas, y que yó no encuentro á este mundo tan bueno, que bien pudo hacerlo mejor, que de muchas cosas se olvidó, y nos dé siquiera un arbolito más.

"No encuentro en cuanto veo, lo suficiente á satisfacer las necesidades de los hombres; y yá que eres el mejor intermediario, influye con *Tata-Dios*, para conseguirnos un arbusto, sustancia, algo capáz de engañar el hambre, de curar enfermedades, de alimentar á los pobres, que somos todos en el Paraguay, raza que los calores enervan".

"El prudente *Guaraní*, de mala gana, se presentó confuso y temblando como la hoja del palmero bajo las gotas de la lluvia, con semejante embajada.

"*Tapaicá*, atendiendo con fraternal cariño, elevó sus plegarias al gran Sér, para encontrar un remedio á sus males, al par que requería á *Tamandaré* explicára su negligencia por haber faltado previsión de su parte, en proveer las necesidades del género humano, después de asegurar que nada faltaba para hacer al país de sus descendientes, el más feliz, parsimonioso y tranquilo de la tierra.

III

"El viejo profeta *Tamandaré*, contestó que yá había agotado todos sus medios de creación y era su última profecía que el pueblo paraguayo sería el más sóbrio, sumiso, y el más aguantador á las bellaquerías de sus gobernantes.

"Pero entónces la luna, divinidad sobre todas las creencias *Guaraníticas*, por lo que desde entónces se ha quedado aquel pueblo mirando á la luna, con mirada de mal ceño para el irrascible Profeta, le mandó transportára el árbol de *la yerba del Paraíso, (Caicobé)* sobre la tierra paraguaya.

"El Profeta obedeció de mal talante, pero amenazado de quedar únicamente con el final de su nombre, oferta jamás satisfecha cumplió rezongando, y á la vuelta de la primera luna, la tierra aparece cubierta de un número infinito de estos admirables árboles del cielo.

"Esto no impidió que á vuelta del mensaje, *Guaraní y Tupí*, hijos del primer hombre *Tapaicuá*, que andaban siempre en disputas por un palmo más de tierra, ó por un quítame estas pajas, en zona de tantos pajales, como buen hermano, á pesar de la prodijiosa multiplicación de sus descendientes, volvieran en sus discordias.

"Los apologistas de la yerba, aseguran que es alimento más higiénico y superior al café, el té y la coca. Remedio contra los nervios, tonifica á la vez, siendo eficaz á los que padecen de insomnios. Urético y purgativo, sienta muy bien á quiénes sufren de anemia, constipación ó diabetis. Más que su gemelo en descubrimiento, el tabaco, cuya curiosa tradición publicamos, despeja la inteligencia, reconstruye las fuerzas humanas, cuanto la laxitud del ardiente clima de su pátria, enerva y hasta aviva la simpatía.

Después que el cimarron (mate) ha dado la vuelta á los que rodean un mismo fogón, jamás se desplegan para maldecir á sus compañeros, lábios que chuparon en una misma bombilla.

Pero cuento de tanta yerba, incita al mate, y antes que el mate se haga agua "vamos á tomar un *verde*"—suele decirse. Con azúcar quemada, canela y cáscara de naranja, es delicioso, pero sin todas

estas misturas, y sólo, se prefiere al té y al café. En la pátria de su orígen, ¡cuántas veces ha endulzado muchas soledades el mate amargo!

IV

Por esto, en altas horas de la noche, extraviados por las enmarañadas selvas del Paraguay, sorprendimos en acecho y oído atento, al Guaraní entre los rumores del bosque, el armonioso ruido de las menuditas hojas del árbol del cielo, que cual música del mismo, anuncia al perezoso hijo del Paraguay, que toda fortuna cae como llovida del cielo.

El ruído del viento, entre las hojas del yerbal, suena de un modo peculiar á los acostumbrados oídos del yerbatero, cuál éco de esperanza, opuesto al lúgubre acento del *urutaú* que la tradición señala, como lamento perdurable de las profecias del *Tamandaré*, todas quedadas como las últimas sílabas de su nombre ; *daré* esperanzas de un futuro que nunca llega, falso como yerba misionera.

La papa, el maíz, la coca, el cacao, la quina y tantos útilísimos productos de este suelo americano, no han tenido tan misterioso descubrimiento, como otros no menos curiosos: el del té y café. Pero la yerba, que al decir de los paraguayos es superior á todos ellos y de mayor utilidad, cuenta más noble orígen: árbol del cielo, fué un regalo que éste brindó unicamente, á la tierra paraguaya.

Si no lo creéis, preguntadlo á aquella hermosa paraguayita pintona que, semi-velada por blanco *tipoy* de leve *ñanduty*, (tejido de araña), saborea su rico mate tendida en la hamaca paraguaya, bajo el naranjo en flor, abanicándose con plumas de papagallo, mientras espera á su *piscoiro*, invitado á tomar mate.

El mate es también vínculo de sociabilidad.

—" ¡Venga luego á la hora del mate. "

—" A la tarde nos veremos. Le espero con un matecito. "

—" Cómo dice que le vá yendo, amigo! Convídeme con un amargo. "

—"Aquí me encuentra tomando un *verde*, y pensando en el vacío!"

—«Cómo me ha *dir* sin un *naco* de tabaco y ni una cebadura para el mate!

—"Aquí me encuentra Vd. calentando agua para que otro tome mate,—repite un infeliz á quién sus paisanos llamaban Don Poquito.

Diálogos tales óyense de una á otra ranchada, nó sólo en el Alto Paraná, cuna de esta yerba, sinó en todo Misiones, pátria del mate y hasta en París, durante la última Exposición, cuando una linda cafetera, ofrecía el sabroso té del Paraguay. Hasta el ejército alemán, llegó á racionarse de yerba, después que el fecundo escritor chileno Don Benjamín Vicuña Mackenna, en su Tradición «La primera bombilla», popularizó con numerosos certificados médicos, las benéficas condiciones de la *yerba-mate*.

Mucho ántes de la invención de los Jesuitas en Misiones, se explotaba por sus naturales; aquellos generalizaron su comercio, como el de otros muchos productos para su provecho, y de su orígen casi milagroso, ésta es la tradición que nos refirió el viejo Guaraní, á la sombra del corpulento cedro de "Puerto Jesús", en la serena tarde primaveral que arribamos á «Jesús María».

ECOS DE ULTRA-TUMBA

I

La última cena. Eramos trece, como en la última cena.

Dieron las doce.

—Empieza nuestro último día,—la dijimos,—nuestro último día en Chile.

Rodeaban á la amable dueña de casa, chilenas y argentinas, y asistíamos con cierta vaga tristeza á comida de despedida, tan galantemente ofrecida.

Por más satistacción, por más afecto que se aspire, algo de inquietante envuelve toda despedida.

Si el mar vá á ser interpuesto, pérfida como su onda, suele ser su travesía.

Si altísimas cordilleras nos separan, ¿fría como las nieves de sus cumbres, seguirá la afección que se aleja?

La última cena empezó.....

Faltaba el más pequeño, y nos sentamos trece.

—Vayan en donde la Vicuña á buscar al niño, se dijo.

—No ha vuelto,—contestó una picaresca chilenita. Andará pololeando, ó amor con acompañamiento de guitarra, de Fundo en

Fundo,—agregó otra chicuela, sonrosándose.—El cuyanito promete.

—¿ Por qué no llamamos la *petite* Manena ?

—¿ Te preocupa, querida, ese asiento vacío ?—agregó el anfitrión,

—Yo no soy fatalista pero.....

—No hay ningun francés en ésta mesa,—dijo el sábio marido, acariciando con la mirada á su gentil consorte.—Son ellos los inventores del *quatorziéme*.

Con su galantería habitual, hizo la señora los honores de espléndida mesa, cubierta de las más raras frutas fuera de estación, y de las flores de todas las estaciones.

Si habíamos encontrado un pedazo de Pátria en el Fundo patriarcal de « El Aguila », al rededor de la amable señora Emilia Herrera de Toro, que hace medio siglo hospeda con tanto cariño á cuanto argentino llega, saboreábamos en dulce atmósfera de amistad, aquella última hora en Chile.

El chisporroteo de graciosas observaciones, saltaba en bullicioso *sprit*, desde antes que saltára el Champagne.

Amable y espiritual, mostrábase la bella y buena señora. Pero, cual nota melancólica, aquel asiento vacío del extremo, sombreaba lijeramente su pálida y despejada frente, esforzándose por disimular.

Podríamos recordar todas las rosas que la galantería de sus comensales deshojó á su alrededor, todos esos recuerdos de noche inolvidable.

Un antiguo diplomático chileno brindó : « Por que nunca terminára medición que proporciona delineadoras como las que todo lo allanan con su bondad conciliadora ; que todo lo miden al compás de sus afectos y levantados sentimientos. »

Otro jóven poeta chileno, agregó : « Si se prolongan los enredos y desenredos de la red de hitos y monolitos, allá por las mas altas cumbres, menos es por que falten imitadores del gran Alejandro que sepan cortar nudos gordianos, que por sobrar discípulos de la escuela de mallas, inventada por Madama Penélope. Parece que los anjelitos se entretienen en desbaratar, de un soplo de invierno, los hitos que sábios peritos colocan tan cerca de ellos, para que los pobres mortales en este valle de Mapocho, retengan más tiempo las bellas argentinas que con tal motivo lo visitan. »

Y otro brindó, (rara coincidencia á través de los Andes) con las mismas palabras que el Pastor de la Iglesia Argentina bendecia en esa misma hora la unión de un chileno y una argentina. «Por que la unión de estos representantes de dos antiguas é ilustres familias de una y otra República hermana, estrechen la de sus dos pueblos. »

Y en seguida se recordó, como en otra época un bravo Oficial de Napoleón, cuya cuna meciera el Sena y encontrára su tumba en Ituzaingó, después de haber contribuido su espada vencedora á afianzar la independencia de Chile y el Perú, transportára de su encantada capital, á la del Plata, la bella limeña, posteriormente abuela de la noble dama que presidia esta alegre mesa de argentinos, chilenos y peruanos.

Ni faltó el recuerdo de amor filial, brindando por la madre querida que en aquella noche cruzaba el Atlántico, palpitante su corazón, apresurada por venir á abrazar á la hija adorada que ya no había de abrazar.....

Al final, entró el Señor Don Adolfo Guerrero y su encantadora esposa, la que recordando con tanto entusiasmo sus numerosas amigas en ésta, contó cómo habíala hecho llorar la despedida tan conmovedora en la Estación Central, llevándole yá una flor ó un dulce para el camino, un recuerdo de cariño para toda la vida.

Luego el jóven Concha Subercaseaux, que regresaba contento de Buenos Aires, al abrir la gran caja de su violoncello, dejó caer una docena de argentinas, (hermosas fotografías de Witcomb.)

Cantó la señora de Russignol y otra argentina acompañada al piano por un jóven chileno, repitiendo la señora:

—Al fin no nos levantamos trece!.....

II

A la pálida luz de la luna de Marzo, María Ana Varela de Moreno, fué la primera campatriota que encontramos en las riberas del Pacífico, y cuando yá al pié del Andes nos despedíamos, el último éco de voz argentina que nos llegaba, era tambien el suyo, enviando sus adioses á la Pátria, á la familia y á los amigos.....

"Digan que volveremos cuando háyamos puesto el punto final á la tan zarandeada cuestión, de la que con buena voluntad se siguen allanando muchos puntos y comas. Confirmen que los chilenos son buenos amigos, como ustedes lo han observado; que no habrá nunca guerra; por que las madres chilenas no la quieren; que el simple buen sentido vá convenciendo á los pocos que la propalaban, y en fin, á mis bellas compatriotas, que vuelvan á veranear aquí, que al calor de corazones generosos toda nieve se derrite.

Y dió vuelta llorando, al encargar á una de las jóvenes viajeras, el último beso para su madre. Yá rodaba el tren, camino hácia la Pátria, cuando divisábamos rodar sobre su pálida mejilla, aquella lágrima, cristalización del más puro sentimiento. Así dejábamos llorando, á la que encontramos sonriendo.

Todavía en su última carta, donde cuenta cuán obligada le tenían las mil atenciones de aquella sociedad, agregaba: «Con su franqueza y amabilidad, han conquistado las compatriotas que visitaron este año á Chile, á cuanto chileno conocieron, sirviendo así á la Pátria, pues dejan recuerdos imperecederos como los de la fiesta patriótica que la prensa denominó «El abrazo de Maipú», uniendo en fraternal abrazo chilenos y argentinos».....

....

Y la recordábamos desde muy niñita en Lóndres, yá entrando cargada de premios y libros á Albemarle Hotel, Albemarle Street, Picadilly. Luego observando al pasar la línea ecuatorial, y repitiendo al Capitán del Vapor, en su primera lección de cosmografía, el por qué era la única noche que divisándose aún la estrella del Norte, yá asomaban sobre el horizonte las constelaciones del Sur, ó más tarde, en el Museo de La Plata, traduciendo del inglés incripciones que, como medallas pulidas por cariñosa mano, incrustaba en notas y comentarios el erudito Doctor Moreno en sus pájinas.

La sociedad de Chile es tan amable, y lo ha sido tanto para la familia Moreno, asociándose Gobierno, clero y pueblo á las honras de tan virtuosa dama; y lo fué con ella desde su llegada, que á pesar de la actividad proverbial del Perito argentino, á quién en un mismo día se le encontraba en la cumbre de los Andes, en Santiago, en Viña del Mar, y todavía rectificando cálculos durante el trayecto

del ferro-carril, que sus obligaciones de oficio, no le dejaban tiempo para las atenciones sociales.

Y esa era la parte en que más ámpliamente colaboraba su amable é ilustrada compañera. Sirvió á su Pátria en vida, y hasta con su muerte. La tumba de Florencio Varela, abierta en tierra extranjera, si tal podiámos entonces llamar á la Troya Oriental, fué altar de reconciliación entre orientales y argentinos.

El fallecimiento en Chile de su ilustre nieta, viene á confirmar que todavía hay allí corazones que aman á los argentinos, y al rededor de su féretro más de un antagonismo acabó de disiparse, elevándose con el humo del incienso, unísonos sentimientos en la misma plegaria.

Bien puede decirse que hasta los muertos se levantaron á recordar que nó en vano lucharon por una causa común.

La reimpatriación de los restos del Doctor Rozas y Rodriguez Peña, (á la que seguirán la de Mackenna y Las Heras) provocaron tan tocantes escenas, como el entrelazamiento de jóvenes chilenos en nuestras familias patricias de Dorrego, Alvear, Lavalle, etc.

Con abnegación que atrae la gratitud, han cuidado allí viajeros que se enfermaron al ir á saludar antiguos hogares que en época aciega cobijaron argentinos. Yá cuando llega á fallecer allí un argentino, no muere en tierra estraña. El cariño le rodea, y al ir apagándose la mirada, si no divisa las cumbres argentinas, sícaras amigas, aflijidas por alcanzarle el postrer consuelo.

—"Asegurad, Monseñor, que de hoy en más, un vínculo de dolor, de amor y de gratitud, liga Chile á los mios",—esclamaba desde aquí un padre conturbado. Al que contesta el piadoso Pastor de aquella Iglesia:

—"Desde el cielo, su amada hija nos alcanzará bendiciones, y será cual Ángel de paz para estrechar más y más ambas Repúblicas.

¡Dios la tenga en él!

MUCHO POR NADA

(Crónica del año de la Revolución)

I

La otra tarde pasaba una negra vieja, pero muy vieja, cargada de años y achuras, con un súcio atado de las mismas, y mendrugos, y virutas sobre las motas que sus muchos años blanqueaban, por el mentidero público, cuando al resbalar en una cáscara de naranja, cayó la infeliz largo á largo, midiendo con su flaca humanidad el umbral, sobre el que los desocupados de toda hora, así cortan sayas, como arañan honras de cuantas pasan.

El negrito que camina con las rodillas, permanente en la puerta de la Confitería del Aguila, se agachó á levantarla, pero como dos *marinos de tierra* perpétuamente anclados en aquel apostadero, y un otro oficial de *caballería á pié*, trataran de hacer lo mismo, este amontonamiento enredóse de tal manera, que no pudo impedir se empujáran unos con otros, cayendo sobre ellos otros tantos pasantes de la vereda á la hora que más pasan.

Atravesaron del jardin de enfrente, sin flores, que en veinte varas cuadradas exhibe, más que cultiva Dordoni, y yá el grupo

primitivo de cinco, diez, veinte personas, seguía aumentándose y creciendo y rebalsando el arroyo, sin saber los de atrás, últimamente llegados, qué había sucedido á los primerizos, ni lo que significaba tal enmarañamiento de negros y blancos, hombres y mujeres, civiles y militares, entre gritos y confusion.

Y como en los tiempos que corren se vive con el Jesús en la boca, pués sin aviso prévio se mete el tiempo en agua ó en revuelta, sonó el pito del vijilante en la esquina, repitió la señal de alarma el gallo de la otra cuadra, pitó el de más allá, y por las cuatro bocacalles, viéronse correr hácia el mismo punto vijilantes y particulares, preguntando azorados á la vez: «Qué hay? Que hay?,» sin que se atinara á responder.

El grupo iba engrosando, alargándose y prolongando la cola, aumentada por la obstrucción de tramways entre-cruzados (calle Cangallo y Florida), sin poder seguir, cuando uno de los *vende-mentiras* gateando bajo las piernas de la multitud compacta, sofocado y jadeante salió precipitadamente contando á los más alejados:

—No es nada! La tía Marica que pasaba cargada de astillas para calentar el puchero de los negritos que tiene en su rancho del Paseo Colón está furiosa, porque al resbalar se le ha roto el pito.

—"Si en esta tierra no gana uno para sustos", decía un estrangero de encendida nariz color coñac, de los que siempre andan denigrando al país en que enriquecen....

Y el grupo crecía, y arremolinaba, viéndose venir á mata caballo, en dirección del Retiro, al Oficial de Policía que saltando en el mismo, al tirar su cigarro recién encendido, murmuraba:

—Maldito oficio éste, que ni tiempo deja para encender el pucho, cuando yá está la revolución de vuelta.

Llegaba por el opuesto extremo otro Oficial de esos que siempre llegan cuando se acaba *de acabar* todo sucedido, gritando muy apurado:

—A ver, á ver: paso á la autoridad!

Al oir "autoridad", por la de sí mismo el pueblo soberano más se encrespaba, atropellándose, y como en oleadas humanas, condensábase ó se dilataba el pequeño grupo primitivo, nó yá de veinte ó cuarenta, sinó de ochenta ó doscientas personas, empinándose los de más atrás, sin conseguir averiguar mejor que los inmediatos, el motivo de tal confusión, atropello y gritería.

La hora, el lugar, la situación, los estudiantes del "Instituto Libre", demasiado libres en esa calle, que parece estudiaran en la misma, por lo mucho que la frecuentan, y los nó jóvenes de Club Político de á la vuelta, los vendedores de sustos ó mentiras, de flores y de cuanto se vende ó no se vende en las cuatro esquinas, larga cola y muy larga, añadían al numeroso grupo petrificado sobre los umbrales de la Confitería del Aguila, y más compacta y apiñada sin poder penetrarla, ni conseguir saber lo que había ó no había.

Gritos y exclamaciones por todas partes; la gangolina subía y crecía de diapasón, percibiéndose apénas los écos: «Qué hay?» — «No es nada!»—¡Yá lo agarraron!», sin nadie darse cuenta de la verdad, tan léjos se estaba del principio....

A la otra cuadra se comentaba:

—No es nada! ¡Si es una negra vieja que resbaló en una cáscara de naranja, con su atado de desperdicios llevados para sus negritos. Parece una merienda de negros.

—No insulte,—contestó un negro muy currutaco y encopetado que pasaba,—pués los blancos lo hacen peor.

Pero como el cierra-puertas se propalaba por toda la calle al oir el estrépito con que cerrábanse las de la susodicha Confitería, y ruido como de cañones resonando hácia la calle adyacente producido por la "artillería de Bollini", en retirada, y el timbre de la Comisaría inmediata seguía pidiendo auxilio, se divisó al confin de la calle y á paso de carga, un piquete de bomberos con el activo Coronel Calaza á la cabeza, de quién se cuenta duerme sólo con un ojo y mano en la manguera.

Allá por la Plaza del Retiro hablábase de pedir fuerzas á Palermo. Los más asustados asomaban á las barrancas, observando si la Escuadra había cambiado de fondeadero, é ido á echar anclas en Chivilcoy, como en otra ocasión leímos en la pizarra de la Bolsa en Liverpool.

En el Departamento Central de Policía se repetían los toques de alarma, reconcentrando allí todo los vijilantes de las Comisarías.

II

Y entre explicaciones mal dadas y comentarios adulterados y exajeraciones aumentadas, disputas de cívicos y radicales, que á

pretesto de cualquier cosa se enciende el fuego cuando está el aire impregnado de materias inflamables, seguía y proseguía aumentando aquella larga cola, sin cabeza.

Los más flojos de los pasantes corrieron á guardar el sustazo en casita, mientras que los más guapos, — cuando no ven peligro,— gritaban:

—Revolución! Revolución! Yá se armó la gorda! Que se aten los calzones, ladronazos politiqueros!

—Hasta cuando hemos de vivir en perpétua revolución!—esclamaban—¡Si esto no es vivir!

Todos gritaban á un tiempo, hormigueaban y gangolineaban; y unos porque nada sabían, y otros por que sabían demasiado, el tumulto continuaba, oyéndose en los grupos más lejanos, diversas exclamaciones:

—¡Parece que es una bomba de dinamita que ha reventado!— dijo uno.

—Es un revolucionario que ha muerto á tres de un revés!— agregó otro.

—No es nada! Si es una negra vieja que llevaba para sus negritos.....

En esto se oyó al confin de la calle, al boletinero:

—Ultima hora! Revolución en la calle Florida!.... Boletin con el suceso ocurrido en la Confitería del Aguila!.... Revolu.....!

—A ver, muchacho: ¿qué llevás ahí? *trái pa cá* esos papeles; ¿porque gritás "revolución"?—decía y procedía el vijilante de más tonada, rompiendo los boletines, á tiempo que dos ingleses que venían de la Bolsa, comentaban entre sí, el por qué había subido el oro á quinientos por ciento.

Y el tumulto inexplicable crecía y seguía y la cola se aumentaba, mientras los bomberos aseguraban mangueras en las boca-mangas del agua corriente.

Una hora no había pasado del malhadado resbalón de la negra vieja Marica, cuando distintos eran sus comentarios en apartados barrios de la Ciudad.

Como al través de inmenso vidrio de aumento en anteojo de larga, pero de muy larga vista, que reprodujera en gigantescas proporciones lo que lejano descubre, el primitivo grupo, tropezón de

los cincos, en la puerta de la Confitería del Aguila, creíase en el Retiro, bomba estallada en Palermo; motin de Cuartel en el Rosario; revolución en la Capital; (vista desde Mendoza) y derrocamiento del Gobierno, oído desde Lóndres, cuya Bolsa tiene largo oído para hacer subir hasta quinientos el cambio del oro, según las vibraciones eléctricas que hasta allí llegan.

En la Casa Rosada, el Intendente Don Manolito, mandó trancar las puertas y ventanas, menos para impedir entrasen los imajinarios revolucionarios, que para evitar saliera el Presidente á la calle, ni sus Ministros, dispuestos á morir al pié de una silla que no ambicionaron.

En la casa de enfrente (Congreso), el diputado General Mansilla con su vehemente impetuosidad, al oir la queja que exponía un boletinero:

—¿En qué país estamos?—exclamó—¿En qué tiempos vivimos, señores diputados? ¿Por qué se coacta así la libertad de la prensa, y se impide la circulación de la palabra impresa? ¿No blasonamos ser Apóstoles de la Libertad? ¡Muramos por ella, y con ella!.... Hago moción prévia para que se interpele al Ministerio, con qué derecho agentes de policía se permiten secuestrar boletines que circulan por las calles?....

Del Rosario llegó un telegrama al diario más mentiroso de esta Capital:

"Digan qué hay? Aquí corre que una negra bomba ha caído en el umbral de la Confitería del Aguila."

Poco después, otro de Mendoza:

«Listos! He mandado encender la máquina, nos ponemos yá en marcha. Parece que el movimiento revolucionario que ha asomado en la calle Florida, tiene ramificaciones en Santa-Fé, Corrientes y Santiago. Aquí todos los amigos están prontos para concurrir á la primera seña».

.....

¡*Mucho por nada*, y todo porque al pasar una negra vieja con su atado de astillas y virutas para calentar el puchero de sus negritos en el bajo de Colón, resbaló en una cáscara de naranja!

Y chorros de agua, y cargas de caballería, y vijilantes á todo escape, para deshacer el grupo primitivo en que enredáronse sobre una negra caída, muchachos y marinos, caballeros y reporters, pasantes

y espectantes, formando enmarañamiento tal, que Vigilantes, Sargentos é Inspectores, Comisarios, Oficiales y Bomberos, no pudieron desenredar, aumentando la inacabable gangolinería de: "No es nada! No es nada!" y recien después de ímprobo trabajo consiguióse apaciguar el tumulto.

En momentos de sobresaltos, de intranquilidad intermitente, cuántas ocasiones los vende mentiras, alarmistas y politiqueros, creen ver una tempestad dentro de una tetera....

Estranjeras

EL SEÑOR DE LA SANDALIA

(Tradición quiteña)

I

Un buén padre honrado, cargado de familia y de miseria, salía con las primeras luces del día de su pobre casita en los arrabales de la Ciudad de Quito, dirijiéndose á sus ocupaciones, que eran todas en las que conseguía ganar un pan para sus numerosos hijitos, cuando al dar vuelta la esquina fué detenido por los alguaciles que le condujeron á chirona.

Aunque la justicia por aquellas tierras de tanta altura, suele andar pacata y lenta como en los valles más bajos, por excepción sin duda, siendo la ciudad más cerca del cielo, crímen que clamaba al cielo, habían comprobado rápidamente miopes ministriles, y al séptimo día de su prisión, fué puesto en Capilla, en medio de la cual, calándose sus gafas el cartulario ante el reo de rodillas, leyóle la sentencia de muerte.

Si bién el mísero padre aflijido, ménos lo estaba por salir de esta vida tan perra para él, que por dejar á sus hijos sin un pan, se quejaba de su mala suerte, pués que como última burla del destino

al día siguiente de sonreirle la fortuna, le condenaban al suplicio. No había vuelta: si no estaba confeso, la convicción era evidente.

¿No había ido á vender una de las sandalias de oro del Salvador, robo sacrílego á la imágen de más devoción en el Ecuador? Más, como el crímen deja la huella, ¿no se había encontrado en la suela de su alpargata, mancha de sangre cuya medida ajustaba en la marca quedada dentro el charco de la misma, al lado del cadáver de una mujer, encontrada á la puerta de su casa, con un puñal en el corazón?

Asesino y ladrón, con una sola de éstas máculas, suficiente era para ascenderle á tan alto puesto donde bién pronto se balancearía como racimo de horca.

Yá el reo, con un sambenito, mústio, cabizbajo y atortolado, seguía caminito al otro mundo, cuando llegó á pasar cerca del umbral de la Iglesia de San Agustín, frente á cuya portería se le iba á colgar.

Aconsejado por el monje de la Buena Muerte que le acompañaba, al arrepentimiento de tantos crímenes, mirando hácia la imájen de cuya profanación se le acusaba, como inducido por ella, contestó:

—¡Padre, me arrepiento de todo lo malo que he hecho en mi vida, pero no puedo confesar crímen que no ha sucedido. Pido se me permita hacer mi última oración ante la imágen del Señor de la Portería!

El monje se acercó al Oficial de la escolta, recordándole la antigua costumbre de conceder la última gracia.

Cargado de cadenas y rodeado de guardias, imposible era su fuga, y solo un milagro podía salvarle, milagro que bien deseára el piadoso Padre, convencido de la inocencia de quién aparecía culpable.

Con paso vacilante entró el reo á la portería, sonando sus cadenas al caer de rodillas.

Mientras queda elevando el alma á Dios en sus oraciones, al compás de los últimos martillazos del verdugo terminando su patíbulo, subiremos á paso de mula, á la ciudad más alta en la tierra.

II

Antiguas crónicas cuentan que allá por los tiempos en que flotando sobre las pacíficas aguas del Pacífico, los cajones en que

luego aparecieron «El Señor del Milagro» reverenciado hoy en Salta, y «Nuestra Señora del Rosario» en Córdoba, cuando se empacaban los bueyes que conducían la Virjen del Lujan sin querer pasar el rio de su nombre, en el mismo lugar donde se alza hoy la hermosa Basílica Nacional, se paraba tambien en el pretil de la Iglesia de San Agustin, (Quito), la mulita postrada baja el peso de la imájen del Señor de la Buena Esperanza.

La hora exacta no podemos fijarla, pués no embargante haber llegado á la ardiente tierra ecuatoriana, más que lijero tuvimos que dejarla, ménos por su calor excesivo, que por la excesiva devoción del fanático García Moreno, nada afecto al carácter independiente de los argentinos.

Fresca encontramos la sangre de Navarro Viola, por ese tirano sacrificado, como prontos á abrirse los calabozos en que Gutierrez y otros de nuestros conciudadanos habían padecido, para cuantos se permitieron poner en duda la humanidad y honradez de tan cínico é hipócrita Presidente del Ecuador.

Pero cuando saliamos de la vieja casa, (Guayaquil,) del histórico abrazo entre San Martin y Bolivar, acompañados al Puerto donde nuestro Almirante Brown desembarcó un dia envuelto en la bandera arjentina trás cruento combate, el Capitán del Puerto Señor Elizalde, y los Señores Moncayo, Olmedo, Villamil, Sucre, Rocafuerte y media docena de Simones, (de Guayaquil á Panamá son innumerables los Simonitos), seguíamos oyendo al Cura, quién llamándonos la atención sobre la hermosa fachada de su vieja Catedral, caminaba refiriéndonos entre otras curiosidades del Ecuador, la tradición siguiente:

«Hace años atravesaba las solitarias calles de la estrecha ciudad de Quito, una mulita cargada con enorme bulto, sin seguirle récua, ni conducida por guía alguno, continuaba sola subiendo y subiendo camino sin fin, y si no subió más, fué porque siendo Quito la ciudad más alta sobre la tierra, no hay más allá y solo los bienaventurados suben al cielo.

Salida de no se sabe qué puerto, la paciente mulita solitaria, como alma en pena, llegó á las gradas de la Porteria, (Convento de San Agustin) y se echó fatigada sin que esfuerzo humano lográra levantarla.

Abierto el pesado cajón, se encontró la imájen del Redentor primorosamente esculturada en madera incorruptible.

En vano se quiso entrarla al templo, y como el Cura propusiera introducirla por la portería, allí fué depositada. Si aumentaba el peso de la estátua en proporción al número de los que intentaban llevarla por la Iglesia, sin dificultad fué á la portería, donde se le improvisó un altar.

Tan prodigiosa circunstancia conmovió hondamente el católico pueblo de Quito, empezando desde entónces la costumbre de arrodillarse al pasar delante la sagrada imájen y respondiendo desde el primer día á la devoción del pueblo, con los favores del cielo por intermedio del Señor de la Buena Esperanza.

Dios dá siempre lo que más conviene, si bien el orgullo humano pretende que lo que más deseamos sea lo mejor. Al no penetrar por puerta la mitad del día cerrada, prefiriendo quedar en la portería de anchas hojas abiertas á todas horas, sin duda significaba el Redentor que venía á redimir aún los que no entran á la Iglesia, atrayendo por su divina imájen al transeunte é indiferente, echando perpétuamente su bendición desde la puerta del cielo; «*Domus Dei et porta cœli.*»

Así explicado el milagro por el sábio Agustino, empezaron desde entónces á llover donaciones, ex-votos y limosnas, á punto tal, que el portero de los Agustinos llegó á ser el más rico, y sus ofrendas, se multiplicaron, hasta convertir la portería en el más frecuentado y rico Santuario del Ecuador. Solo las sandalias de oro macizo que ofreció un buscador de lo mismo, en las arenas del Esmeralda, fueron recamadas con más perlas, esmeraldas y rubíes, que cayendo de más altura, bien pudiera, pedrada de piedra finas, romper la cabeza del que oraba á sus piés.

Y éstas se incrustaron allí para conmemorar el milagro de la sandalia, que aumentó sobremanera la devoción á dicha imájen.

III

Cierto piadoso jornalero, reducido yá á la última miseria, cansado del trabajo de todo un día que no le había producido ni un pan

que llevar á su familia, al pasar frente á la portería, entró á rezar. Tan abstraido se hallaba en sus oraciones que cuando el Sacristán le advirtiera venía á cerrar, salió contándole lo horrible de su situación, y que volvería muy de mañanita á continuar sus plegarias, por que algún alivio le atraían, sintiéndose mas alentado!...

No bien amaneció, cuando la ronda encontraba junto á la puerta de ese desgraciado, el cadáver de una aventurera asesinada. El jornalero inadvertidamente pisó en el charco de sangre, que no distinguió á la débil luz del alba, y cruzando la Plazuela de San Blás, subía por la calle, hoy de la Sábana Santa á San Agustin, entrando luego en su portería á continuar solitario su fervorosa oración....

De repente un hecho nó casual (pués ninguno de los estremecimientos de Quito movía la imájen), llenó de gozo su corazón atribulado, y cuando el pobre infeliz pedía al Señor le ayudára en sus necesidades, cayó de la peana sobre el suplicante, una de las sandalias de fina lámina de oro.

Atribuyendo á milagro tan oportuno sucedido, enajenado por la emoción, corrió á vender en la Primera platería la primorosa alhaja, pero no bien saliera de sus manos, cuando el mismo joyero hizo prender al vendedor, como ladron sacrílego.

La indignación del populacho arrastrada por los primeros ímpetus que nunca dejan lugar á la reflexión, subió de punto al saber, no solo era ladron, si nó vil asesino, el profanador de la imájen venerada, llevando el cinismo, hasta pretender ser digno de un milagro.

Dió alas á la justicia tan creciente excitación, á la justicia humana propensa á errar, por la que en breves días, sin testigos, pruebas, ni confesión, sustanciada la causa, y condenado á muerte, fué llevado al último suplicio, vestido de infamante Sambenito, con grillos, esposas y arrastrando cadenas.

Dificultosamente se abría paso entre la muchedumbre subiendo su Calvario, seguido de una madre desesperada y doce hijitos en harapos, entre gritos y llantos que clamaban al cielo, repitiendo era inocente el condenado. Fué entónces que al enfrentar á la portería, de cuyos umbrales una semana antes saliera loco de contento, pidió se le dejára hacer su postrera oración ante el Señor de la última esperanza. Allí, todo temblando y deshecho en lágrimas

con sentidas palabras que tocaban los corazones de las devotas rezando por su buena muerte, exclamaba en alta voz:

« Señor, Dios mío, te pido la salvación de mi alma. Voy á morir inocente; tú lo sabes ¡ay, mi Dios! Inocente del crímen por que me condenan, aunque mucho he pecado y mucho te he ofendido, perdóname Señor!..... Confiado en tu misericordia infinita, no siento salir de este valle de lágrimas que para mí fué también de espinas, larga noche de dolores, muchos días sin pan, en adelante quién se lo ha de llevar á los huerfanitos del ajusticiado? Los crié Señor, para tu servicio, y sólo les dejo la miseria. Haced mi Dios que no agobie á mis pobrecitos, la repulsa de un nombre maldecido. Aunque indigno pecador, imploro tu piedad. Nunca robé, ni maté á nadie; fatal suerte me ha perseguido. Hasta el dón que me ofreciste, se convirtió en mi mal. Haced que un día reaparezca mi inocencia. ¡Oh! mi buen Dios! os pido perdón de todas mis culpas, la protección para mis hijos, y la salvación para mi alma. ¿Qué vá á ser de mí dentro un momento? ¿Cómo será la eternidad....?»

Y volvía en sentidísimas palabras haciendo presente al Señor que su prodigioso dón se le convertiera en regalo de muerte, pues que iba al patíbulo por haber recibido de *El*, medio de salir de pobre....

Entre conmovida á indignada escuchaba la multitud que se agrupaba, la última plegaria, cuando cerca del reo cayó la otra sandalia del pié del Redentor. Sorprendidos ante ese portento, los mismos que momentos antes le maldecían, á los gritos de: *¡Milagro Milagro!* rompieron las cadenas, poniendo en inmediata libertad al condenado.

Luego la autoridad le compró á peso de oro aquella sandalia caída en sus manos, y enorme cantidad de monedas resistió el platillo de la balanza, antes de inclinarse ante el otro.

.....

Salió el pobre de la miseria, y el milagro quedó para siempre representado en el « Señor de la Buena Esperanza » que desde entonces fué el recurso de particulares, y de corporaciones en el Ecuador, llamado luego « el Señor de la Sandalia. »

III

Y en esto iba de la tradición el Simoncito de Guayaquil, cuando cierto viajero inglés de la comitiva al embarcadero, agregó con sonrisa de incredulidad:

—Está bueno el cuento del Señor de la chancleta, aunque yó no creo en mas milagros que los negociados de la Oroya, barras y salitreras, que llenan bolsillos de *soles y bolivares*, si bien no rehusaría semejante chancletazo. Tendría algun imán de tracción el penitente ó de atrás le tirarían la zapatilla para salvarlo.

El Capitán del Vapor al que regresábamos, cortó sus comentarios con estas palabras:

—No pretenda Vd. explicar lo que no entiende, y deje á cada uno en sus creencias, que nadie ha muerto por empacho ó exceso de ellas, y muchos, si cayeron en medio de su camino, fué por que no tuvieron fé en nada.

Y ese mismo comerciante que entre dos vasos de *ggin* la noche antes proponía á la familia Villamil comprar la *Isla de la Mortaja*, ó de *El Muerto*, para engordar cerdos, vacilante en sus creencias y en sus pasos, sin duda por los muchos cooktails de despedida, de un traspiés, (llovía bajo un sol ardiente), resbaló sobre la húmeda greda en la barranquilla del embarcadero, yendo á refrescar su humanidad dentro las barrosas aguas del *Guayas*. Con dificultad logró cazarle de las mechas el más listo marinero, cuando yá uno de los innumerables *yacarés* asomaba, afilando sus dientes para el *lunch* que le brindaban los crudos bifes del inglesito remojado en coñac.

Tan cerca de la muerte como el anterior condenado, (según lo refería en el viaje, se le abrieron de pronto las creederas bajo el agua,) creyó en la protección del Señor de la última esperanza, en quién puso la suya el náufrago, por su intercepción salvado!

.....

La devoción á esta imájen y sus reproducciones, no sólo se ha estendido en la ciudad, que desde las faldas del Pichincha divisa ese jigante de América, el Cotopaxí, de veinte mil piés, sinó que popularizada entre las Repúblicas de la antigua Colombia, también lo es hoy en las del Perú, Bolivia y Chile.

Ante otro cuadro que le representa exhumado entre antigüedades por un meritorio coleccionista, y debido á fino pincel que revela la pálida pintura de la escuela cuzqueña, era tal la aglomeración de devotos y ofrendas que acudían diariamente al Oratorio Doméstico, (calle Cueto Nº 65, Santiago de Chile) que su dueño, el piadoso sacerdote Hernán Domeyko, donó al Prelado dicha imájen del Jesús de la Buena Esperanza, con todas las limosnas, ex-votos y ofrecidos el primer año de su restauración.

El Reverendo Padre Fray Raimundo Errázuriz, de la Recoleta Domínica le compuso otra novena. El Arzobispo Señor Casanova concedió induljencias, y el Canónigo Jara, predicó el primer Sermón frente á su Capilla, en la Iglesia de San Saturnino.

Al hermoso marco artístico del arquitecto Manuel Aldunate, siguió el obsequio de un armonium del Señor Alamo, otro ornamento de lama de oro para el día de su fiesta, cuarenta mil imájenes reproducidas por Cadot y cien ofrendas de dinero de la Señora de Valdez Guzman, (Hacienda de Urquillay Valenzuela, de Nancagua,) Navarro, Iturriaga, Gonzalez, (de Peumo) y en fin, ofrendas de agradecimiento tan numerosas, — informa Don Efraín Madariaga, Cura Rector de San Saturnino, — que del centro de la ciudad de Santiago y de los más apartados suburbios, el rico y el pobre, la respetada señora y la mujer del pueblo, todos vienen á postrarse ante la milagrosa imájen, y á dirijirle fervientes preces. Hasta de las más lejanas provincias llegan pruebas de cuanto se arraiga en todos los corazones el amor al Jesús de la Esperanza.

Una esposa vé repentinamente concedida la plegaria con que implorára al cielo cesase cierto escándalo que amargaba la vida conyugal, y podía ser la perversión de los hijos, (pues son gracias y favores espirituales los que más prodiga Jesús á sus devotos, aunque otros creen deberle orar por el buen resultado de que dependiera el bienestar de una modesta familia); ora la terminación de inveterada enemistad entre deudos muy cercanos; ora el hallazgo de lo que se consideraba perdido; toda clase, en fin, de beneficios y favores se han alcanzado por su devoción.

Fué la primera gracia obtenida por su intercepción la noche del 17 de Agosto de 1891, puesta su imájen en el zaguan de una casa donde se escondía Don Luciano Vargas, impidiera entráran los *rotos*, que saquearon todas las del alrededor.

El día que atraído por la innumerable fama de tan milagrosa imájen, visitamos su Capilla, un rico minero había mandado mil Cóndores, limosna que se agregó á las que Don Enrique Cueto Guzmán, Villa Fuerte, Cruz, Valdéz y otras familias enviaban contínuamente.

Al pié de su altar, encontramos una desolada viuda, que rodeada de tres pequeñuelos, oraba en voz alta, pidiendo una gracia al Señor de la última esperanza. Había perdido á su primogénito en las salitreras de Tarapacá, y otros dos en el reparto del botin y guerra civil. Pedía por la conservación de los hijos que le quedaban en su pobre viudez, implorando al « Jesús de la última esperanza », prohibiera toda guerra en su país!.....

EN BUSCA DE UN GOMEZ

I

El 1º de Mayo de 1890, partíamos con el primer tren que salía de Segovia á «*Medina del Campo*», descendiendo dos horas despues en cierta Estación, que, si al Norte la llaman *Ortigosa,* bajo su triangular fachada del Sud, se lée «*Santa Maria de Nieva*».

Tanto nombre en tan pequeño lugar, que sólo á confundir señas servían, no era única causa chica de sempiternas rencillas, pues nó en valde descendían sus estantes de Castellanos viejos.

Si porfiados los vecinos de la derecha, no lo eran ménos los de la izquierda, y acopio tal de razones y sin razones acumulaban en contienda que miras llevaba de ser como la de la otra vida, en lo eterna, que á punto estuvieron de quedarse sin Estación.

—No cedemos una pulgada de terreno si no le ponen nuestro nombre,—alegaban los de *Ortigosa.*

—Y qué, ¿la madre de Dios es nadie?—contestaban sus percundantes.

Y hasta el presente, sin apearse de tan trascendental porfía, y

sin Estación se estarían, sin la sentencia de un Salomoncillo de aldea, que por entónces desempeñaba oficio de vara larga, y á partirlos vino por el eje.

—Pues, que una y otra parte, sobre la línea divisoria, cede terreno tan grande como mi capa, que se le ponga por el lado de la capa de la derecha: *Ortigosa*, y por el lado del revés, el de *Santa María*, — dijo el Alcalde.

Y por más que alguien agregára: « Nosotros no somos revés de nadie », así se resolvió. Pero no por esto acabaron rivalidades de minúscula vecindad, surgiendo á cada paso pretesto para reavivarlas.

Por muchos años se prolongaron, á punto que hasta hoy, cuando el viajero pregunta á un *Ortigosa:* « Hácia qué lado queda la Estación de Santa María de Nieva? » Bien puede estar al alcance de la mano, se le contesta: « ¡No sé dónde es eso! » Con igual descomedimiento, responden á su vez los de *Nieva.*

Mucho antes de esta primera piedra de tropiezo, que el ferro carril con su inflexible línea recta allanó, susceptibilidades de todo género multiplicaban hasta lo infinito las subdivisiones, asomando puntitas de testarudez por pinales y pizarrales, á punto que, si en la jurisdicción espiritual corresponde *Santa María* á la Diócesis de Segovia, en la Civil pertenece á la Gobernación de Valladolid.

Sólo en los nombres de los estantes de sus bajas casas, notábase ménos discordia de nombres, pues cada Juan había encontradó una Juana, y cada Pedro su Petra, pero buscando un Gomez, apénas encontramos un medio Gomez, ó Gomillo de Gomara.

Menendez Pelayo acababa de repetir despidiéndonos al subir al tren: « Media Castilla es de Gómez, y con sólo los de Avila, Medina, Burgos y Valladolid, se podrá empadronar un Regimiento, sin contar á los de Gómez—Fernandez, Gómez—Narro, Gómez—Gutierrez, pues no sólo España y las Américas, sinó medio mundo, poblado está de los Gómez que de aquí salieron. »

Con tal seguridad del más erudito crítico, preguntamos al bajar en la susodicha Estación, por Gomez, al primero que pasó:

—Aquí no hay ningún Gómez,— contestó un *Ortigosa.*

—Miénte! que está Pedro Gómez el mesonero, en tan claro castellano replicó al momento uno de los *de Nieva*, de la capa de la

izquierda, que al punto recordamos hallarnos en el riñón de Castilla la Vieja, donde hasta los perros ladran en el más puro castellano.

—Sí, pero ese no es de aquí!

Y como intrincada reempezó la porfía de á diario, entre vecinos de la Estación de doble nombre, y miras llevaba de no acabar, como sucedía á cada rato, á pretesto de cualquier cosa entre tan cordiales vecinos, añadimos:

—Bién, llévennos á ese Gómez de acá, que no es de aquí, pues *por la hebra se saca el ovillo.* Y ese medio Gómez á encontrar ayudará los que de su nombre buscamos ó por el libro de bautismos.

—Qué le ha de ayudar, si es muy bruto, como dijo el Cura; de bautizos sólo sabe el del vino!

—¿Pero, por dónde se vá al Gomez de tu cuento?

—Mire, Señor, siga este caminito,—(estirando el hocico señalaba el que á sus plantas moría),—cuesta arriba, *allisito* no más, lo lleva hasta el Mesón. Se pára por la plaza un poco antes. Y en la plaza está la Iglesia, y á un lado la sacristía, y sobre ésta los libros parroquiales, y por ellos es más fácil encontrar lo que busca.

—¿Sabes que no pareces tan burdo, como clasificas al tío Gómez? Toma la balija y andando,—dijimos al muchacho más zaparrastroso de los dos de la contienda.

—Yó no puedo llevar carga, pués soy sobrino de Cura, y mi otro tío llegó Alcade, y en mi familia hay un *Don*, y nunca cargo más que mi capa cuando siento frio, y no la tengo empeñada. Que se la lleve ese borrico.

Y cuando creíamos que elojio tal dirijíase á su contendor, llamó por su nombre al pequeño borriquiño barcino que cabeceaba á la sombra, hizo alzar la balija con el borriquero, quien sesteaba al par de su cuadrúpedo, y siguiendo en pós de ambos, cuesta arriba, empezámos á subir á *Santa María*, (ó á la gloria), que tal parecía aquella escabrosa senda, por lo difícil.

II

Caminando y conversando con el sobrino del Cura que no quiso hacer la ascención por ganarse unos cuartos y la seguia gratis hablando por los codos, sobre lo que había y no había en aquel *Real de Nieva*, á poco llegamos á la Plaza Mayor, que nó por así llamarse, lo era mayor que cuatro capas estendidas, de aquel célebre paño pardo de la tierra, tan renombrado, y sobre el cual, aunque hagan una descarga, nó le entran balas, segun el autor del «Certámen Nacional». Era de ese doble paño especial que se hacían las capas los Alcaldes, pues no le traspasaba puñalada de pícaro.

Llegamos al fin de la subida, preguntando por el Señor Cura.

—Mi tío el Señor Cura no está, que salió muy de mañanita á ayudar á la Alcaldesa en su apuro, pero ahí baja la señora.....

Con tal candidez había respondido medio soñoliento el lugareño: «*el Señor Cura no está, pero ahí viene la Señora!*», que á nuestras mientes vino al punto el inocente saludo al Obispo del Paraguay de una de sus ingénuas feligresas, sin duda por haber aprendido en castellano sólo un saludo, igual para todos, así fueran frailes ó seglares.

—¿Cómo está Señor Obispo? Y la Señora Obispa? Y los obispitos están buenos?

Pero no dando las castas costumbres de los Curas en Castilla pié para desaguisados ó equívocos, que en las enmarañadas selvas de Misiones pudieran ser disculpables por los calores y otras yerbas, como la del mate, recordando que si á los Curas les es permitido tener sobrinas, pero nó hijas, nos abstuvimos de preguntar á la señora por las curitas.

Por otra parte, esta buena señora limpia, retacona y gorda como á su alta investidura correspondía, ama de llaves y directora del director espiritual, dijo cortesmente, adelantándose á nuestro encuentro:

—El Cura está ausente, pero estoy yó para servirle en lo que guste mandar.

—Gracias, señora, aunque si fuera confesión ú otro Sacramento, dudamos pueda administrarlos. Pero siendo lo que se nos ofrece, de menor importancia, podrá suplir la ausencia del párroco.

Y así fué que cambiados unos cuantos cumplimientos, espuesto el caso de nuestra rebusca, compulsa de una Partida y busca de otras, fuimos en el acto cumplidamente atendidos, como la franca educación española acostumbra, tan escasa de la zalamería y vaciedad de ultra-Pirineos.

—Suban ustedes,—nos dijo la buena señora,—por aquí hay algunos libros.

Y ascendiendo la estrecha y vieja escalera del antiguo Convento de Domínicos, sin Domínicos, como aquel día estaba la Parroquia sin Párroco, íbamos recordando que *Santa María la Real* se llama, por que digna fué de hospedar al Rey Don Fernando IV, allá por el año 1750, en el mismo que uno de los Gómez, cuya Partida buscábamos, subía la misma escalerita en semejante rebusca.

Pasando por la pequeña celda en que el susodicho Monarca pernoctó allí, cierta noche de trueno ó de cacería, la que se reserva como habichuela en conserva, con las mismas cortinas de telas de arañas, llegamos al archivo, ó celda que de tal hace.

Ayudado por el sacristan que no sabía leer, y la *señora Cura* ó ama de llaves de la casa rectoral, que leía demasiado, al cabo de larga investigación, encontramos lo que buscábamos.

—A ver, alcánzeme bautismales, desde principios del siglo pasado.

—Jesús! y qué atrasados andan por Indias, señor americano, Aquí andan todos juntos: muertos y vivos, célibes y casadas.

—Sí, pero como para morir talvez preciso sea haber nacido, antes del libro de muertos, deseo hojear el de vivos.

—« 1711 ». Este es! Busque la Partida tal.

Y de una en otra investigación, dimos con la siguiente:

« Dicho día, (20 de Abril de 1711), yó Fray Miguel de Villanueva, « Cura de esta Villa de Santa María de Nieva, puse los santos óleos, « (por estar bautizado en caso de necesidad por la comadre, el día « 26 de Marzo de dicho año), á un párvulo, hijo de Don Francisco « Gomez y de Doña Isabel del Canto, al cual puse por nombre José. « Sus abuelos paternos Francisco Gómez, natural de Magazos, y « Doña Agustina de Montalbo y Tapia, natural de Narros, jurisdicción « de Arévalo. Maternos, Don Francisco del Canto, y doña Mencia « Caro de Ocampo. « Fueron sus padrinos don Manuel del Canto,

« abuelo del bautizado y doña Francisca Velazquez de Figeros, « quienes en caso dado dán fé.—Su abogada Santa Teresa.—*Fecha ut « supra*, y lo firmé.—Fray Miguel Villanueva. »

Esto leimos á fólio 571 vuelta, del libro parroquial de bautismos que empieza el año 1663 y finaliza el de 1714.

—Y como para tener hijos como Dios manda, preciso es haberse casado antes! (no siempre, interrumpió el pillo del sacristán, ducho en tales investigaciones sin duda, que en muchos casos olvidan pasar por la sacristía) busque usted uno ó dos años atrás la Partida de matrimonio de ese otro Gomez Don Francisco, y después la del abuelo y la del anterior. Copiamos las que había, sin poder ascender hasta la del padre Adan, según la buena señora, por que allí no habían nacido todos los ascendientes del Gómez en busca.

—Pero, mire Vd.—agregó la *Señora Cura*, cerrando el libro, sin duda cansada de aspirar el polvo de tanto viejo mamotreto.—Por aquí anda un Gomillo que se dice descendiente de los Condes de Gómez y de Doña Gimena de lo mismo, quien puede á usted dar más datos de los Gómez que partieron para América, pués que es la cartilla del lugar.

—Tía, si partió de caza ésta mañana,—dijo el sacristán.

—Pues ya sabes donde se caza. En la Iglesia ó en el bosque. Conduce al señorito al Pinar que por allí ha de andar.

Y despues de mostrarnos las curiosidades de la Iglesia, que no eran muchas, emprendimos este apéndice al viaje.

Al bajar asomándonos por uno de los ventanillos de la torre, se nos hizo observar que este pueblo de tantos nombres, apénas tiene un kilómetro á cada viento, y ochocientos habitantes á todos lados, con cuatrocientos vecinos, en trescientas casas. Al cerrarse su gran Fábrica de paños, se acabó toda industria, sorprendiéndonos la noticia, de que se iba á emprender la demolición de su moderno edificio de tres pisos, por que cuesta ménos en España echar abajo una gran casa cuando nó produce, que soportar los impuestos, alcabalas, contribución cargos y recargos que la abruman.

III

Pero acompañado al salir por más numerosa comitiva de curiosos y charlatanes, no pudimos sustraernos á la indispensable visita de la Iglesia.

En el centro de ella, se halla un agujero en la peña, rodeado de rejas, alzándose sobre él un altar. Abajo, es donde apareció imájen á la del Lujan parecida, resguardada en un camarin revestído de ex-votos.

Todo el pavimento del Templo está cubierto de tumbas. Un tablero de dos metros por uno las cubre. Sobre estos, durante la misa, estienden piadosos deudos un pequeño paño negro, y cuatro velas en pequeños candeleros, que cada uno trae de su casa, acostumbrándose pagar diez céntimos por el responso, que al final de la misa reza allí el sacerdote.

En la sacristía se lée sobre la cornisa, cerca de la bóveda, lo siguiente:

« Ave María! »

« Esta Capilla dedicada á la Inmaculada y Purísima Concepción « de la Vírjen Madre, mi Señora, dotó y fundó el Alférez don « Alonso del Canto, conquistador de Filipinas, nombrando por Patrono « de Capilla y Capellanía á su sobrino don Martin del Canto, desde « donde sucesivamente, por muerte de Don Manuel del Canto, ha « recaido uno y otro en su hijo el Doctor Don Alonso Melchor de « Canto y Ocampo, Presbítero y Proto-Notario Apostólico de los « participantes del número y Vicaría General de la Real Armada de « Barlovento. Setiembre 20 de 1518. »

En el centro de esta hoy sacristía, antes Capilla independiente, aúnque pegada al camarín de la Virjen, hácia el fondo de la Iglesia, está enterrado el fundador predicho.

En el testero se vé un mal pintarrajeado cuadro de la Concepción. A la izquierda aparece don Alonso del Canto, de rodillas, y á la derecha, de rodillas también, otros caballeros de espada.

En la vieja pila bautismal de negro pié de mármol carcomido, fué bautizado don Jose Gomez, cuya partida buscábamos, y su padre Don Francisco hallábase enterrado bajo una de esas tapas de madera, numeradas en el pavimento de la Iglesia, y por cuya cifra no siempre se encuentra en los libros, el nombre que corresponde. Al presente hay cementerio fuera de la Iglesia.

Todavia se nos hizo notar en el primer pilar, á la derecha del Altar Mayor, otro cuadro, algo peor pintado que el anterior, de una jóven Pastora hincada ante la Vírjen.

«Antonia Caro, hija de Francisco Caro y de Ana Ramos, de edad de doce años, fué á buscar una caballería al término de Martin Muñoz; cayó un rayo junto á la dicha, y no le hizo mal, y sus padres en agradecimiento de gracia, inscribieron este milagro el año de 1729".

Tal reza su leyenda, y como la historia del cuadro vecino al anterior, donde aparece un pequeño Pastor con una pizarrita en la mano, es cuadro de mucha historia, lo dejaremos para el camino entre Niebla y Nieblilla, donde se nos refirió.

Siguiendo cuesta abajo, pasamos bajo el puente del ferrocarril que continúa hasta Valladolid, llegando al Pinar de Nieblilla, á ménos de una legua, y con tan buen guía, á poco andar hallamos al cazador que había salido á cazar, sin cazar nada y que se encontraba como media España, durmiendo la siesta.

Hé aquí la historia que se nos refirió, á la sombra del Pinar de Nieblilla.

«En el pizarral más central de aquel pueblo de Nieva, fundado por el Rey Don Juan II, erguíase un peñascal estéril, apareciendo cual pizarra en blanco, ó en negro, ó de su natural color pizarra. Había allí para proveer de estas á todas las escuelas de la península, que no eran muchas por entónces. Escasa sombra prestaban á laderas peladas, como la mayor parte de esta rejión, á la que se acojían á sestear ganados y pastorcillos. Fué á uno de estos, quién á poco andar cambió de nombre como su pueblo, que cierto día aconteció el sucedido, que antiguas tradiciones de estos lugares conservan.

«El Pastor de Amador, convertióse en Buenaventura, aúnque para lugareños del Pozal de Gallinas, de donde era oriundo, Pedro fué y Pedro el Cabrero quedó siendo.

«Pués sucedió que en sueños, ó desvelado, Periquillo no era de los más despiertos, se le apareció la Vírjen María, y le dijo fuera en busca del Obispo de la vecina ciudad de Segovia, para que viniera á descubrir una imájen por mucho tiempo escondida en aquellos cantizales.

«El Pastor, que como todos los de su oficio, era por demás crédulo, desperezándose, contestó á la voz de la invisible aparecida:

—«Buenas tardes, Señora. Pero lo primero es lo primero, y como por aquí no hay agua, me veo precisado á conducir el ganado á donde la encuentre; después que beba, iré á hacer su mandadito.

«A lo que respondió María Santísima:

—«Pero si quieres agua para tus ovejas, dá un golpe en esas pizarras con el cayado que tienes en la mano.

«Y haciendo y diciendo, á Dios rogando y con el mazo dando, al golpe, brotó agua cristalina, que desde entónces de allí mana con el nombre de "Fuente Santa".

«Vizco quedó Periquillo ante tal maravilla, y de un salto llegó á Segovia, entró al Palacio de su Obispo, que de tan remota data lo usan los Pastores de la cristiana grey, en lugar de la pajiza cabaña de los pastores de oficio.

«Pero á pesar de la importante embajada del campesino, y ménos por su rústica apariencia, que por los humos de los pajecillos del otro Pastor, burláronle estos de loco, alucinado, fanático, mira-visiones, despidiéndolo el más agudo, al decirle:

—«Mal trazas tienes, para ser el anda-ve-i-díle de la Reina de los cielos; anda á cuidar chanchos, y no empines la bota para evitar tales sueños!

«Y salió como rata por tirante, que siempre fué de malos criados en buenos señores, gastar más orgullo que sus amos.

«Vuelto el pastor Pedro de Buenaventura al pizarral de Niebla volvió por segunda vez allí la aparición anterior, ante la que, temblando, todo confuso y cariacontecido:

—«Señora! — dijo, cayendo de rodillas á los piés de María Santísima, solo para él visible, y cuya voz oía, ó creía oir, sin que sus labios se movieran:— No me mande Su Magestad volver á Segovia. Aquellos diablos de pages no me dejan pasar de corredores, y aunque ensayé gritar por si asomaba las narices Su Ilustrísima en alguna endija, ninguna endija con narices se entreabrió; todos se burlaban de mí, llamándome loco, iluso, que andaba viendo visiones, y lo único que hoy veo, son las huellas de cardenales que me dieron por no dejarme ver al Cardenal.

«Y resplandeciendo el pizarral con la dulcísima sonrisa de la celeste aparición, la soberana Madre de Piedad, satisfecha de la sincera conducta del sencillo Pastor, agregó:

—«Vuelve, vuelve pastorcillo, no temas á los pajes, que por esta señal que llevarás en la palma de la mano, creerá el Prelado la

verdad de tu misión, y que venga á este sitio á sacar una imágen mía, oculta aquí».

Todavía se conserva entre las reliquias de aquel Convento, la pequeña pizarrita que dejó como señal en la mano del Pastor.

IV

—«A fé que ahora no habéis de hacerme mal, que el Pastor de ovejas trae para el Pastor de almas, esta señal que me puso aquí mi Señora.

—«Mira, y qué embajador que se ha echado la Vírjen Soberana, observó todavía el más pifión.

«Y el portero, por más esfuerzos que hizo, no pudo despegar la pizarrita de la palma de la mano de Perico, y al fin, por la tenacidad de este Pastor que también es de los de su nombre ser constante, logró franquear la entrada al Palacio, y una vez en presencia del Señor Obispo, con la mayor facilidad él levantó la pizarra, credencial de tan estraordinaria embajada, á la que dando oídos, sin duda por inspiración divina, puso en el acto en movimiento á toda su feligresía, y el Pastor de almas, seguido de piadosas almas, siguió los pasos del Pastor de ovejas, sin ninguna.

«Tal día como hoy, hace quinientos años, que rodearon el más alto pizarral de esta comarca, todos los ases, sotas y sotos de los alredores, por donde la nueva había volado, dejando lelos á los más ingénuos y sabidores.

«El sochantre de Avila, el Alcalde, los Gómez de Noarrez, y los de Martín Muñoz, *que mienten más que vos*, y todos los desocupados de España, que por entónces eran la mitad y otros tantos, pués acababa de descubrirse un mundo para su engorde, que hoy pierden por los medios que para civilizarle practicáran, concurrieron á la cita, sin necesidad de avisos en diarios, que por entónces no se habían inventado.

«Fué, sin duda, por intuición que pisára el Señor Obispo y su larga comitiva, en el mismo lugar donde estaba soterrada la imágen anunciada y empezando á cavar los crédulos con mayor

ahinco, apartaron una losa grande de pizarra, que servía como de lápida á un hoyo poco profundo, descubriendo allí la Sacratísima Imágen de la Vírgen. Sacándola del soto, empezó desde aquel punto, á ser reverenciada, bajo el nombre de «La Sotarránea.»

«Admirable fué el descubrimiento. De rodillas cayeron todos, y adoraron la imágen desenterrada. El Obispo entonó un *Te-Deum*, y y vivas, voces y cánticos poblaron los aires; el maravilloso descubrimiento cundió por todas partes. Hasta el Rey que andaba en picos pardos por Oviedo, vino al trote, y no fué poca la admiración por el buén estado de conservación de una imágen 675 años bajo tierra, pués desde el de 717, que la España se perdió para los cristianos hasta el de 1392, que éstos descubrieron la susodicha imágen, á la profanación de los moros escondida, había llovido algo sobre la tierra de los garbanzos.

«Se improvisó un pequeño altar en aquel mismo sitio, levantado sobre la cueva de la aparición, y desde Segovia, el Obispo y el Rey Don Juan el Segundo, hijo de Don Enrique Tercero, que por aquellos tiempos residían en los Reales Alcázares de Segovia, proclamaron á todos los vientos la milagrosa aparición!»

.....

Tal fué la revelación que dió orígen á Santa María de la Nieva, en estas bajas sierras donde poco nieva.

Y de cómo, quién y cuándo nos refirió el sucedido, diremos á ustedes que el abuelo de nuestro abuelo se lo contó á su padre, el Señor Don Francisco.

—Sabroso está el cuento, con algo del colorido de esa localidad en aquellos tiempos, pero al fin, el Gómez de la rebusca no apareció, dialogaban nuestros guías.

—Ahí verán ustedes. Verdadero Gómez como le dijeron en lo del Cura, no hay ya aquí, pero un medio Gómez tiene usted presente, pués como tres cuarto de sangre por lo ménos, corre en la mía de esa añeja ralea.

—El abuelo de su abuelo, dice usted que se llamaba D. Francisco Gómez; pués el abuelo del mío, lleva el mismo nombre y apellido en la misma calle y número, en esa época, (1580), casa cuya fotografía veo ha reproducido su *instantánea*.

Don Francisco I, á más de Don Francisco II, tuvo otro hijo,

Antonio, que fué abuelo de mí abuela la tuerta, quien casó con Ximeno, de cuyo matrimonio nació Don Lázaro Ximeno, Señor Padre que en gloria está.

Y hé aquí, cómo bajo el Pinar de Nieblilla, vinimos á encontrar un chozno de nuestro chozlo, último resto allí de la noble familia de Gomez, cuya brillante genealojía de esclarecidos hechos, narrada fué en otra Tradición.

CUENTO DENTRO DE UNA CAMPANA

(Tradición Moscovita)

I

Hoy se corona el hombre más poderoso de la tierra. Más de la sesta parte de ésta y cerca de la sesta parte de los hombres que la pueblan, están bajo su autócrata autoridad.

¿Y en tan vasto dominio y con tanto poder, creerán ustedes que no le tiene para hacer lo que cualquier simple mortal, en achaques de corazón, ni para elejir su media naranja?

El actual Emperarador, que se casó nó sin vencer montañas de dificultades, más altas que las de los Balkanes, lo hizo frente al lecho mortuorio de su padre, quien para despejar el paso, anduvo apartando más de dos pares de hermosas bailarinas, prendidas como alacranes á sus faldones.

Ese mismo padre moribundo, si llegó á ser Emperador por carambola, tampoco tuvo independencia para elejir cara mitad. Por sus calaveradas y otras yerbas, fallecía prematuramente, estenuado en la

aurora de su juventud, el primogénito del Emperador Nicolás, cuando en sus últimos momentos, escribió á su hermano: «Puesto que por mi muerte dejó á tí la corona más poderosa de la tierra, te pido buen hermano, que ántes de ella, tomes á quien cómo ninguna otra, te ayudará á llevarla.»

Corona inesperada, y mujer lo mismo, enviada todo en un lote de Niza á Petersburgo, debia pasar ésta última por Dinamarca ante aquel prudente suegro de la Europa monárquica, como ha venido á resultar, el décano de los Reyes, desde aquella isla microscópica.

Al abuelo del jóven Soberano que hoy se corona, le sucedió algo parecido, como á su bisabuelo y tatarabuelo; y tan vieja es la costumbre de que los Emperadores de Rusia, con todo su poder, no lo tienen para pasearse sólos, ni para elejir mujer, que como éco lejano resonando dentro de su gran campana, la tradición que dentro de ella se nos contó, comprueba lo mismo, desde trescientos años atrás.

Por ésto, al ver pasar el anterior Soberano de la Rusia, sobre el puente en que los Nililistas hicieran volar á su padre, oíamos á otro turista francés:

—¿En qué se parecen los Czares á los sentenciados?

—En que sólo pueden marchar entre doble fila de soldados.

Malo se está poniendo el oficio de Emperador, pués que si el actual vaciló tanto como su padre, para llegar á coronarse en la antigua Roma de los Moscovitas, fué sin duda, por que al padre como al hijo y al abuelo, igual número de trenes hicieran saltar en ese caminito.

Hé aquí la tradición que nuestro Guía tradujo no há mucho, dentro la gran campana de Moscow, al salir del Kremlin, donde á estas horas se corona Nicolás II, Alejandrowich:

.....

"Antigua era la costumbre de que los Czares elijieran esposa entre las doncellas pobres de la baja nobleza, siendo éstas conducidas por sus madres á Palacio. Presentadas á la Czarina, se les hospedaba en el gran salon, que acabábamos de visitar, quedando cada una sola, con la doncella que llevaba sus vestidos de noche.

A mitad de ésta, el Czar Miguel Romanoff, fundador de la actual familia Imperial, (en 1616), acompañado por su madre, vino á recorrer la doble larga fila de lechos, en dos rangos estendida: la candidata á novia, en uno, y su doncella en más baja tarima á sus piés.

¡Y qué de hermosas cosas llegaría á entrever el muy ducho á través de holandas, encajes y pieles de Rusia, que encubrían á medias, virjenes temblando, ménos por el frío ó el rubor, que de zozobra y ambición á una corona poderosa, capáz de deslumbrar la Eva ménos curiosa.

Poco era lo del cambio, para la que se acostaba simple doncella, y despertaba Reina de todas las Rusias!

Terminada la interesante incursión nocturna, grande fué la sorpresa de la Czarina Marta, interrogando á su hijo por el resultado de su elección, al contestarle con toda ingenuidad:

—Madre: ninguna de las nobles es de mi gusto. Prefiero la sierva de la última tarima.

Azorada, sin dar crédito á lo que oía: «Reflexiona, le dijo, á qué estremo podría llegar el orgullo herido de los Príncipes y Boyardos por tal desaire. Vuelve á una segunda y más detenida inspección entre dos luces, para ser mejor iluminado. Antes que aparezca el sol debo anunciar al Patriarca cuál es la elejida».

—Salga el sol por Antequera, (nuestro *Cicerone* era el Cónsul de España en Moscow) trás el Volga ó sobre el Neva, antes ó después de su salida, puedes anunciarla. Mi elección es irrevocable.

—Hijo amado! Mira á lo que te espones; sólo has visto á las doncellas á media luz. Que ésta se aumente, abre bien los ojos, y también las ventanas, al venir el día.

—Aunque se abran todas las cortinas, holandas y muselinas, no desisto. He obedecido á la voluntad de Dios y á la tuya, en aceptar una corona que con azáz frecuencia curva bajo su peso la cabeza que la lleva. No osaré ir contra tu deseo; siempre fuiste mi consejera y mi sostén. Obraré según tu voluntad, pero sobre el corazón no se manda, y jamás el mio consentirá en amar á otra. Es mi destino ser siempre desgraciado. Perdi mi primera esposa al mes de serlo, y hoy se me aleja la de mi elección. No es la más hermosa, pero es la que tiene cara de más buena, la belleza del corazón. Siempre he dado oídos al mío; nunca me engañé con sus presentimientos. No es de alto rango, lo soy yó. Es pobre, yó soy rico: nos complementamos. Ella es desgraciada, y en esto somos iguales. Recuerda cuánto he sufrido y cuánto he sido perseguido desde la cuna, esclamó llorando.

¡Qué corazón de madre puede resistir ante las lágrimas del sér querido!

—Oh! mi hijo bien amado, contestó la Czarina. No he sufrido yó tambien? Mi marido se estinguió en tierra estranjera! Cuántas veces he visto levantadas las armas sobre tí! La Providencia te ha protegido, reservándote para gobernar esta tierra. Que la voluntad de Dios se cumpla! No iré yo contra tu deseo. Toma por esposa la que tu corazón ha elejido.

Informándose sobre ésta, resultó parienta, aunque lejana, de la noble doncella que acompañaba, hija de gentil hombre, venido á menos, y retirado á labrar la tierra, en la de su nacimiento.

II

A la mañana siguiente, Eudosia la elejida, yá adornada de las reales vestiduras, fué introducida al departamento del Czar, donde éste le llamó su novia ante Dios, y la futura suegra *su hija muy querida*. El clero de toda las Rusias, elevó plegarias al Rey de los Reyes, que abate el orgullo de los hombres y eleva la virtud oprimida

Sobre la plaza roja, los habitantes de Moscow aclamaron entre víctores y aplausos la Real pareja, y después del Te-Deum, en esta misma Iglesia de cuya torre cayó la campana que nos hospeda, las hijas de los Príncipes y Boyardos vinieron á presentar sus homenajes á la Real novia, besando su Cruz. Toda confusa, no permitió se le besára la mano, adelantándose á abrazar cordialmente á cada una de las jóvenes que con ella habían concurrido de todas las provincias del Imperio. Su lejana parienta, y *orgullosa Señorita* llegó la última. Temblorosa y desecha en lágrimas, se arrojó á sus piés esclamando:

—¡Oh mi Soberana! olvida los malos tratamientos que te he infringido. En nombre de Dios, perdóname!

Esta la alzó diciéndole: "Tú tambien perdóname, si por mi mal servicio te he irritado alguna vez. Que Dios te acuerde el perdón"

Tocante fué la escena á la llegada de su padre el anciano Strieschief, desde su aldea de Molaisk, donde le encontraron los enviados del Czar, guiando personalmente su arado. El y la Czarina Marta, después de salir á recibirle, dejaron al padre y á la hija librados á

las naturales espansiones, pensando que en los palacios como bajo todos los techos, las caricias paternales son el primer bien y la primera riqueza de la vida. El padre conmovido, tomó su modesta Eudosia por la mano, y ambos se arrodillaron ante la imájen de la Madre de Dios!.....

Toda confusa y llorando, se arrojó en los brazos del honrado anciano. «Padre!' le dijo, jamás había pensado ser la novia del Czar». «Dios lo ha querido, le respondió; él es quién de la cabaña te conduce al Palacio, y el que cambia la pobreza y la miseria en honor y en gloria. Dios te ha predestinado. No olvides darle las gracias; es sólo por estos actos que es dable llorar! Qué gracia habría en ser grande solamente por el nacimiento, si nuestras acciones son bajas y sin grandeza! Sed fiel de corazón á tu esposo, no seas orgullosa con nadie, visita los desgraciados, socorre los indigentes, recuerda que tú has sido pobre y desgraciada, antes que Dios, el padre de las huérfanas y protector de los pobres te guardara para amarles, y que él te pedirá cuenta de las lágrimas de los pobres, y de cada suspiro de infeliz que tú hayas desechado. Recuerda lo que has sido, y lo que eres, sobre todo; que es de Dios que recibes todo esto. No olvides su misericordia, guarda sus preceptos, parte todo lo que tengas con los pobres; ellos son tus hermanos, y no oprimas á nadie, cuando tú misma fuíste desgraciada. Recuerda que toda grandeza terrestre no es sinó vanidad, y que una sola palabra de Dios te puede hacer volver á la nada !»

....

Tal fué el cuento dentro de una campana, que nuestro Guía nos refirió. Como es de suponer, la campana de Moscow no es de las de bolsillo, pués por ser la más, grande hasta, hoy se le llama la *Reina de las Campanas*. Fundida en 1733, en la aliación de sus metales hállanse bronces de cañones de todas las Naciones, que la poderosa Rusia sometiera. De seis metros de altura, y otros tantos de diámetro, pesa doscientos cuarenta y seis mil quinientos kilógramos. Desprendiéndose del Campanario de la Iglesia de Ivan Velick, se rasgó, saltando un gran bloque. Posteriormente alzada sobre pedestal de mampostería, hoy se suben cuatro escalones para penetrar á ella por el boquete abierto al romperse en su caída. El viajero se encuentra como en una pieza de gruesos muros de bronce, de veinte metros

cuadrados, amplitud mayor que la de algunos dormitorios de muchos Hoteles.

Al salir de ella nuestro ilustrado Cicerone, Mr. Bawer, Cónsul de España en Moscow, nos hizo notar, entre la infinidad de nombres grabados en el interior de la Reina de las Campanas,bajo el nombre del Duque de Osuna, Embajador de España allí para la coronación de Nicolás I, el de Villanokoff, apellido del célebre Teniente de la Guardia Argentina, Don Benigno Villanueva, cuyas hazañas durante la guerra de Crimea, le hicieron ascender hasta General del ejército ruso, y de quién el General Paz hace honroso recuerdo en sus « Memorias ».

El día de la coronación de Nicolás II, no encontramos mejor augurio para saludarle que los deseos de que sea digno émulo del fundador de su dinastía, el Miguel de nuestro cuento, quién en su largo reinado de treinta años esparció las mejores semillas. El, ante todo, daba oidos á su propio corazón, siguiendo sus nobles inspiraciones, pués que en las heladas estepas de la Rusia, como en las ardientes riberas argentinas, en todas partes, el corazón del hombre es su destino.

....

Sin creerse como el fátuo que declaró en Francia «El Estado soy yo », grandes servicios prestó á su Pátria, consolidando el poder de la Rusia, abriendo sus Puertos al comercio europeo, y desplegando actividad sin igual, echó las bases de obras que impulsaron la civilización en tan vasto país. De aquí puede decirse que la Rusia vino al mundo, ó se reveló ante las Naciones, « Cuna de los Czares » que fundaron la unidad de la antigua Rusia, lo fué entre ellos la de *Pedro el Grande*, reformador del Imperio, á quien dió nueva Capital en la que con su nombre fundára: «Ciudad de Pedro ».

Al salir del Kremlin tan amado de los rusos, parecianos haber encontrado dentro de su histórica campana, algo como un éco de su antigua gloria, allí donde el Aguila protectora fijó su nido en medio de las verdes colinas, cubriendo con sus alas gigantescas toda la Santa Rusia.

Muchos son los rusos que ya han arribado á esta lejana ribera en busca de lo que allí no encontraron. Esperamos que un día no lejano, pueda desde el Kremlin gritarse: « Yá no *la vida por el Czar* » sinó: « El Czar por el pueblo !»

La jóven Rusia sabe que si es poderosa la corona que hoy ciñe la frente de su Soberana, hay otra más grande y esplendente tejida entre las bendiciones del pueblo, que sólo llega á obtenerla el que se sacrifica por él.

Pos-Scriptum. Así como la naturaleza en su desenvolvimiento suele presentar las más raras coincidencias, la historia supera en sus estraordinariedades las más exaltadas fantasías. Ya nó una humilde campesina elevada al más poderoso trono, como en el oríjen de la familia Romanoff, sinó una pobre esclava de abyecto padre nacida, que llegó á vender su propia sangre, es la mujer que hoy se sienta, por segunda vez, en el trono, rigiendo cuatrocientos millones de séres humanos. De esclava á Emperatriz, ha llegado la ilustrada Yin-Ling en el país de las maravillas. Citamos el hecho en comprobación de que no es fantasia la que narramos, pués que en China como en Rusia pastoras y esclavas tuvieron más de una ocasión el cetro.

Somos todos de la misma masa, y así en el uno como en el opuesto estremo de la tierra, nó en la República, el último puede llegar á ser el primero. El jóven Czar que fué saludado en Cronstadt como una esperanza para la Francia, se presenta hoy como una esperanza para la humanidad. Después de dar mayor libertad á los siervos, al inaugurar la inmensa vía férrea transiberiana, proponiendo el desarme de las Naciones, ofrece la paz, la deseada paz sobre la tierra.

ARREPENTIDA

(TRADICIÓN HEBRÁICA)

" Que lo negro del pecado,
Lava el arrepentimiento."

I

Pero al fin, pecó ó nó pecó la bendita Magdalena? Si por lo de Santa aparece sin mancha, por lo de arrepentida debió tener de qué arrepentirse.

Si falta, delito ó crimen fué el suyo, ó simple vanidad, orgullo y desdén por el bien parecer, no lo aclara la bíblica tradición; pero tampoco se ha constatado que antes de caer deshecha en lágrimas á los piés del Salvador, hubiera caído desfallecida en brazos de alguno de sus adoradores, que por entonces lo eran todos los Tenorios de Israel. Si tanta bondad tiernísima le dispensó Jesús, fué porque ejemplarizando con la palabra y la acción, ponía en práctica la parábola del hijo pródigo, recordando, que al que más se alejó del buen camino y vuelve arrepentido, más hay que perdonar. «Porque más me ofendió, más le perdono», dijo; y así su última palabra de

clemencia fué para el ladron del lado y los asesinos que le rodeaban:

—« Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen.»

El que el día de su mayoridad, huérfana yá, le cantára el gallo á Marta, en estos términos:—« Hermanita, si te tira para el Santuario, quédate entre las vírgenes que crecen á la sombra de los altares de Sión, (como quién dice « quédate para vestir santos ») á mi me tira para tirar el anzuelo en las plácidas aguas de Tiberiadas, y á su lago azul me voy á pescar.»

Lázaro, su buen hermano Lázaro, semi-sordo desde antes de pasar tres días entre los muertos, creyó oir: « Que me voy á pecar.» Y hé aquí cómo veces hay que la reputación de una mujer, depende de una letra.

La verdad era que la muy mona salir solía á hacer monadas por la vecindad, y más de una de palos dejára perniquebrado al Centurión bajo sus ventanas.

Pero de que, cuando por las tardes galopaba, gentil amazona en soberbio árabe, fuera alcanzada por un su primo, de parejero más velóz esos y otros tantos galanteos sin consecuencias, ménos tentadores eran que los percances del actual furor bicicletil.....

Hermosa como las judías de otro tiempo, y de carácter independiente, lijero é irreflexivo, como los yankees de los nuestros, una espléndida cabellera rubia flameaba suelta á su espalda, cual dorado velo, y si se agrega que la suavidad de su blanco cútis, comparable era sólo con la de su trato, tan lleno de seducciones, no necesitaba del hoyito en la redonda barba, (nido de amor) para que cayeran por él de cabeza, y hasta con casco y rodela, como en pozo ciego, en ese de amor profundo, cuántos fascinaba su voluptuosa sonrisa.....

Cuando dejó la casa paterna, fué á establecerse en el antiguo Castillo de sus antepasados, reuniendo en Magdalo los primeros artistas de la Judea, y si echó la casa por la ventana, no se arrojó por el balcón. Al menos, no cojeaba de ese pié, que piernas y muy gorditas le quedaron (apesar de cilicios y maceraciones) para andar de Herodes á Pilatos, siguiendo á Jesús por todas partes, y al hermoso Evangelista por otras más, desde las montañas de la Palestina á Effeso, y aún á Marsella, donde fué enterrado.

....

Y esta cuestión de si fué ó nó pecadora la arrepentida, ventilábase en la tarde del Juéves de Páscua, (1872) hace ya muchos años, como el que de esta tradición remonta más allá del año uno, entre grupo de viajeros que de los cuatro estremos de la tierra, la casualidad reuniera en las ruinas del más antíguo Castillo de Galilea.

In illo tempore no había telégrafos, ni vía férrea, ni caminos en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, ni existían diarios, ni una imprenta como hoy, en la Torre de David, ni aún el Colegio de Sión bajo el arco del « *Ecce Homo* ». No llegaban diarios á Magdalo, pero entre las noticias frescas de Buenos Aires, oímos la gran desgracia que amenazára á una de sus distinguidas familias.

Favorecido con especial recomendación del célebre Cardenal Antonelli, y letras para el Patriarca de Jerusalen, fué ese Monseñor Valerga, que antes de llegar á la tierra de Dios, había sufrido martirio en la del Japón, quién nos invitó para acompañarle en breve gira por los Santos Lugares inmediatos á Jerusalen.

Y era el caso, que una de las mas hermosas damas de nuestro tiempo, también María, cediendo sin duda á la fantasía del abuelo de sus hijos, quién miraba en ella á la niña de sus ojos, permitió le retratáran con su niño, de Niño Jesús, otro de sus pequeñuelos de San Juan, y padre, madre é hijos, representando la Sacra Familia. No bien concluido el cuadro, cayó la madre enferma de tal gravedad, que dejada por muerta, su *beau-frére*, médico, apénas por un milagro logró resucitarla. Enfermedad de poco ménos gravedad, sufrieron por largo tiempo, todos los que en aquel hermoso cuadro se hallaban retratados.

Y no fué *pajarito de Santo Domingo* quién llevó la infausta nueva cantando sobre el tamarindo del huerto, sinó fraile de San Francisco que más cerca estaba de la Merced, á cuya espalda se colgó el cuadrito. Pero en los jardines de la hermosa Magdalena, pudieron oir la conmovedora narración de Fray Antonio Orsieri de Cerdeña, que los hermanos de su Comunidad en Buenos Aires, donde un día se hospedó el misionero de Santos Lugares, refería contristado, enumerando los muchos favores que á la familia de tan ilustre filántropo debía.

Y aunque á ese buen Padre, nuestro erudito Guía, que está en el cielo, no puédamos ya citarle como testigo de que el referido cuadro no es de nuestra invención, recuérdalo gran parte de

nuestra sociedad, y la narración que estas páginas repiten, oyéronla con nosotros, á más del Patriarca de Jerusalen, Monseñor Valerga, Mr. Ratisbona, el Obispo de Babilonia, el Canónigo Escardó de Méjico, el Doctor Pardo, Cónsul de Colombia, el *touriste* chileno Ricaredo Ossa, y el Cónsul de España en Jerusalen Casa Sarria.

II

¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!

Nació bonita, y por ende caprichosa. Sus genialidades y belleza fueron su perdición; pero de padres honrados, conservó la opulenta hebrea algo de su honradez, aún en sus días mundanos.

Su madre le dejó huérfana muy niña, y al viejo padre se le caía la baba ante la linda rubiecita. Las vecinas le adulaban por su donaire y los vecinos por su palmito. Rodeada de mimos, bien pronto la complacencia la empujó barranca abajo.

Algo casquivana la Magdalena, no tuvo tiempo de leer á Lamartine, Dumas, ni Victor Hugo, pero la muy perjeñita nació romántica desde la cuna. Su virtuosa madre Eucaria, al morir, lególe su virtud; y no hizo caso de la herencia. Sus hermanos diéronle ejemplo y buenos consejos, que mezquinos dares le parecieron. Su padre, el piadoso Syr, le dejó sus riquezas, y sin duda por no desairar á todos, caso hizo de estas últimas.

Restauró con ellas el Castillo solariego donde actualmente existe la pequeña Villa de Medidol, diez leguas al S. O. de Jerusalen, camino hácia Damasco, y allí disipaba sus días y sus riquezas cortejada por la dorada juventud de Judea.

Entre músicas, danzas y flores de continuado festin, la molicie de sus días sin noche llegaron á enervarla, sin que encontrára su alma sedienta de placeres, una nueva emoción que le satisfaciera. Los vinos de las ricas vides de Engaddí, en que sus adoradores deshojaban rosas de Jericó, le embriagaban ménos, que la abrumante atmósfera de adulación, pues al fin yá nada le halagaba. Encontraba el tédio en el fondo de cada copa, no decidiéndose á que se ajaran los encantos

de su hermosura, de la que era su principal admiradora: soberbia y vana, sin resignarse á ser sumisa no se dejó fascinar, pués si amó á alguno, se amaba sobretodo á sí misma.

Fatigada de tantos placeres fugaces que no le llegaban al alma, hastiada de todo, después de la última cena, en donde los más conspícuos le asediaban, tuvo un sueño terroroso que conmovió su corazón, nó del todo estraviado. De pronto le aparecieron mil nuevas y extrañas ideas, entre los vapores que se disipaban, y media dormida creyó oir lejana frase final: "Corre el tiempo, vuela la juventud, y el alma más gastada que los sentidos. Vamos en mal camino; doblemos por la primera esquina". Toda confusa y estremecida saltó del lecho restregándose los ojos, apartó las cortinas de su ventana, entrando con las frescas brisas matinales, un dulce murmullo semejante á suave música de mundo desconocido. Como fragmentos de frases cortadas, apénas percibía las siguientes:

.....

«Yo soy el anunciado, mi reino no es de este mundo, pero esta vida efímera es muy breve, y la que vengo á profetizar no tiene fin. Desead para vuestro prógimo todo lo bueno que para vos pedis. Tened fé, porque sin ella perdereis la vida eterna. Acompañad á la fé las buenas acciones, pués sin aquella nada habreis hecho para merecer la gloria. Amad, amad hasta á vuestros enemigos, y perdonad, nó en meras palabras, sinó de corazón, á quién os injurió. Ayudad á vuestros prójimos. No olvideis que de la misma medida de que os hubiereis servido para los demás, con esa sereis medido. No desconfieis jamás de la bondad de vuestro Padre celestial, y dirijíos sin cesar á él, pidiendo se os conceda la salvación. Socorred, asistid al que sufre y haced por vuestro prójimo todo lo que quisiérais que hicieran por vos en su caso. *Ayudad á levantar el caído*, y por pecador que seais, no desconfieis de la piedad divina».....

.....

Cada una de estas bellas promesas alzaba un éco en su corazón, y misteriosamente conmovida, imploró el perdón de sus pecados, al reconocer abierto á sus piés el precipicio á que rodaba.

Toda trémula y emocionada, la hermosa Magdalena, mujer de gran corazón, en más desórden su cabeza que su cabellera, y en ligeras vestiduras desceñidas, no se decidía á asomar, contenida por bochorno hasta entonces desconocido.

No atinaba á disipar el dulce ensueño que la despertára más vivamente que música de sus trovadores, sin llegar á distinguir fueran aquellas frases continuación del sueño, ó éste, presentimiento ó prólogo de aquellas. Había oído hablar del nuevo Profeta, amigo de su hermano, que andaba por valles y montañas predicando una nueva doctrina, pero, cuando no pudiendo vencer su curiosidad de mujer, llegó á asomar, yá sólo divisó entre el polvo del camino, el grupo de hombres y mujeres siguiendo al orador, que descansara un momento bajo la sombra del tupido tamarindo de su jardin.

Jesús nada olvidaba; se debía también á la amistad. Lázaro, si bien seis años llevaba lamentándose de su hermana, por más que se hubiéra arrancado de su lado, no podía él arrancarla de su corazón. Nada había confiado al divino Maestro, su amigo. *Hay secretos pesares para los que no hay amigos*: para todos silenciaba las serenatas y enramadas, las cabalgatas, danzas y picos pardos en que andaba la codiciada cortesana de Jerusalen, que sus trovadores popularizaban, cantándole como á la Perla de Oriente y la Flor de Betaña.

.....

Magdalena, toda actividad y decisión, al momento puso en práctica el pensamiento, que como fresca ráfaga viniera á despertarle. Envolvióse en el modesto manto azul de su doncella, y acompañada por ésta, tomando el primer vaso de alabastro de su espléndido tocador, caminito abajo, siguió el de los pasos del Salvador, cuyas palabras de perdón resonaban en sus oídos como éco de otro mundo que atrae.

III

Jesús se había detenido en la pequeña Betaña, á pocos estadios de Jerusalen. Allí Simón el Fariseo le recibió en espléndido banquete, al que concurría, enseñando que por nada deben odiarse los hombres. Al final de la comida, entró la hermosa pecadora en la sala del festin, con los ojos bajos. De todos conocida, á todos conocía, ménos

al divino Maestro, á quién si había oído, nunca había visto, pero presintiéndole por su magestad y mansedumbre, se arrodilló humildemente á sus piés, llorando sobre ellos en tal abundancia, que sus lágrimas los lavaron, secándoles con su espléndida cabellera, y rompiendo la redoma de alabastro, los perfumó con bálsamo de tan esquisita fragancia, que al esparcirse atrajo la atención de los comensales.

Jesús dejaba hacer; Juan se sonrosaba contemplando tanta hermosura por los suelos. Judas, el recaudador, tartamudeaba al oído del anfitrión:

—¡Qué inútil derroche de alabastros y costosas mirras, que á tantos pobres proporcionarian pan!

Mientras que Simón el Fariseo, murmuraba entre si:—«Valiente chasco me he dado con el falso Profeta, pués á serlo de verdad, sabría qué pécora se le acerca. Cierto ha de ser encontrárase la otra tarde en secretitos detrás del pozo con la Samaritana, y que hasta para la mujer adúltera ha tenido palabras de disculpa.»

Estas y semejantes murmuraciones cuchicheaban al rededor de la mesa, cuando *Aquel* que todo lo vé y todo lo oye, alzando sus dulces ojos, con voz suavísima dijo:

—Simón, contéstame. Un acreedor al que ninguno de sus deudores pagaba, perdonó la deuda á quien le debía quinientos dineros, y también al que le debia cincuenta. Díme: ¿Cuál de los dos debe estarle más agradecido?

—Aquel á quién perdonó mayor cantidad.

—Habéis juzgado bién. Oid la deducción de vuestro propio raciocinio. «Esta pobre mujer acaba de hacer por mí lo que vos no habeis hecho. Ni agua para lavarme me habéis ofrecido, ni dado el ósculo de paz. Ella me ha lavado con sus lágrimas, me ha secado con sus cabellos, me ha besado los piés, perfumándome con las más ricas esencias. Por eso lo digo, muchos pecados te serán perdonados porque has amado mucho. Pero aquel que sólo perdona ménos, ama ménos.»

Luego, poniendo su mano sobre la cabeza de Magdalena:—Levántate pobre hija de Eva,—la dijo,— tus faltas están borradas, y te hago tan pura delante de Dios, como el día en que saliste del seno de tu madre. Tu fé te ha salvado. Véte en paz.»

Conmovida por tan sublimes palabras, su redención empezó desde el momento que se estendiera una mano para levantar á la mujer caida.

IV

Tenemos para nuestro capote que la Pecadora pecó, y tuvo de qué arrepentirse la arrepentida, por más que para la capota de nuestro interlocutor, sólo había pequeños pecadillos de vanidad, despreocupación ó menosprecio por recatadas costumbres.....

Bién que este judío converso, Mr. de Ratisbona, descendiente por línea femenina de una de las sobrinas de la bendita Magdalena, más fácil le había sido remontar á tan lejana genealojía, que escudriñar el límite á que llegára esta, aseguraba no encontrarse huella de liviandad en bíblicos textos, y que la hermosa arrepentida murió vírgen de cuerpo, si algo estragada de alma fuera en su mundana juventud. Circunstancias providenciales contribuyeron á detenerla en el dintel. «Nuestra familia era de honrada estirpe,—decía,—y como lijera levadura, queda siempre algo del medio ambiente en que se desarrollan los primeros años, más impresionables.

La hacendosa Marta, siguió lo de «A Dios rogando, y con el mazo dando,» y su plegaria de todos los días era, porque llegára el Señor á tocar el corazón de su estraviada hermana, volviendo arrepentida al hogar de la familia. El buén Lázaro, súplicas sin palabras elevaba de lo más íntimo, y aún despues de muchos años, confiaba en que el Maestro, de algún modo influiría por el lustre de la familia de su amigo, si bién él no sentíase deprimido por culpa de otro.

Anunciaba la antigua ley que hasta la segunda y tercera generación se estendería la mancha del infamado: «Ojo por ojo, y diente por diente.» «Religión de ódios y venganzas». La nueva doctrina enseña que cada uno cargue con sus culpas.... «A cada uno según sus obras. Solo infama lo que de dentro procede, y nó lo que afuera se produce».....

¡Bonito cuento de tías!—agregaba como apéndice nuestro incrédulo amigo, un tanto emperdenido, recordando la otra tarde esta tradición de la *arrepentida*, esplicada por el sobrino de su tía, en el jardín de la Pecadora, con más detalles de los que un breve artículo compende.

El mundo anda indudablemente hácia todos rumbos, hasta en esto de la caridad, de la tolerancia, pero nó en lo de perdonar.

—Más adelantaditos hallábanse ántes del año *uno*, allá por aquellos lejanos pagos, donde el remordimiento de Judas, obligó á colgarse. Hoy, pocos judios se arrepienten, y menor es el número de aquellos á quienes los remordimientos matan.

—En mi largo camino de la vida,—agregaba nuestro anciano amigo,—he conocido muchos hombres, algunos hombres buenos que fueron ofendidos; ninguno que haya perdonado. Más de una mujer caída encontré. Ninguna de sus antiguas amigas que le tendieran una mano para levantarla; pero sí, lenguas implacables deleitándose en hundir más y más á la que resbaló, aumentando su desesperación, pués que las más proximas al precipicio, son las que más piedras arrojan. ¡Cuán olvidado el Consejo del Salvador: « Aquel que se sienta sin mancha, arroje la primera piedra. » Tiempo perdido creer en el arrepentimiento, aún almas piadosas juzgan deber apresurarse á cerrar todo camino. »

¡Qué hermoso es el perdón que eleva al hombre, semejándole al Sér que todo lo perdona! ¡Cómo aligera y ensancha el corazón conturbado! Pero hacemos de lado todo este bién inefable, y cuando el caso llega, el egoismo encoge el corazón, y .....¡ y que perdone Dios!

Lectora amable: ¿Cuántas inmaculadas conoceis que se hayan detenido á levantar la mujer caída? En ese caso, sin duda sois más venturosa que nuestro escéptico amigo de los recuerdos de la Palestina...

¡AQUÍ FUÉ TROYA!

I

Fué preciso llegáramos en nuestros viajes á Suiza, para que al visitar la Capilla de Guillermo Tell, oyéramos que el diestro flechero no ha existido, sinó para la exportación, y tan celebrado Libertador de la Suiza, ni nombrado se halla en la Historia Nacional. Héroe de una tradición indiana, su traducción danesa lo popularizó, para los encantos de la poesía y provecho de los Guías de la montaña.

En fatigosas incursiones de otras ruinas históricas, novedad semejante nos sorprendió; y al divisar las ruinas de Cartago en el fondo de una laguna, oiamos á un sábio Jesuita, á quién sin duda poco simpática le sería la llorona viuda de Siquo por lo suicida, que ni esta Dido, ni su ciudad del tamaño de un cuero de vaca, han existido por las cercanías de Túnez, sinó en la fantasía de Virjilio; como Creusa y su hijo Ascanio, el Julo primogénito del César, pués ni coincide la época histórica de la antigua Reina de Tyro con los fugitivos de Troya, padres de la gente latina.

Por ésto, en la travesía del Pireo á Constantinopla, al salirnos al paso la llanura frígia, nos admiró ménos, que uno dos y tres de esos Cicerones que lo muestran todo, hasta lo que no ha existido, afanosos de enseñarnos: el primero, donde Troya fué; el segundo, (desdeñado de propina que negábamos,) comprobar que no hubo Troya; y el tercero, por triple propina, justificar como dos y tres son cinco, que una, dos y tres ciudades de este nombre, se levantaron, reedificadas unas sobre otras, cuya elevada colina artificial en medio á la llanura de los campos Frigios, comprueban su ubicación.

El célebre investigador Herzverg, repite que no queda vestijio alguno de la primitiva Troya, pero las últimas escavaciones de Schliemann, coinciden con las de Strabon, en que la nueva Ilión que Alejandro, César y Napoleon visitaron, fué reedificada sobre la vieja, al rededor de la colina en que hoy estiende la aldea turca de Chiblek, sus setenta mil habitantes.

Por ésto al navegar frente á la costa del Helesponto á Dardanelos, ribera que señaló César á la moderna, bajamos á visitar las llanuras de Troya, por más que para muchos, sus torres y sus héroes solo hayan existido por los dos poetas antiguos que más honran el talento humano. Gran provisión de virtudes militares, llamaba Alejandro á la *Iliada*, cuyo hermoso ejemplar ponía siempre con su espada bajo la almohada, desde el día que, como afirma Plutarco, dió desnudo la carrera en torno á la columna fúnebre de Aquiles, á usanza troyana, de que fué gran admirador, como César de Alejandro, y de ambos Napoleón.

Creen algunos que Troya no fué del todo arrasada, trás el saqueo de su última noche. Escondidos unos en los montes vecinos, la reconstruyeron al regresar los fugitivos ménos alejados, y cuando muchos siglos después en su conquistas, llegaron las legiones romanas, que se creían sus lejanos descendientes, cuenta César fueron recibidos cual antiguos amigos.

En esta confusión, si existió una, dos ó ninguna Troya al pié del monte Ida, descendimos en busca de la verdad, que siempre huye dos pasos más allá del viajero, de donde nace el adagio: *miente como un viajero*.

Todavía subsisten las dos fuentes en que las mujeres de Troya lavaban sus vestidos resplandecientes: la del Simoës desciende del

Ida y confunde el torbellino de sus aguas con las apacibles del Scamandra, reconocido el hecho de que éste nacía á sus piés y aquel bañaba sus muros. De aquí la controversía de sabios y anticuarios, para fijar la ubicuidad de cada monumento.

II

Según los más eruditos, la ciudad de Troya, famosa yá ántes de su sitio de diez años, señalábase en la Troade ó Frigia menor, cuyo litoral bañaba el Helesponto, que cruzaba toda la cordillera del Ida, por cuyas laderas descendían el Leepo, el Simoës, el Jatno, Scamandra y otros riachuelos, fecundando tan feraces llanuras. Sobre la cumbre del Ida y en la misma cima del Gárgaro, que formaba parte del Olimpo, estaba el bosque de Júpiter.

La Troya cantada por Homero y Virgilio, levantábase sobre la falda occidental del Ida en elevado y desigual terreno, dominado por las cumbres del Gárgaro. Murallas de piedra calcárea, semejantes á construcciones pelágicas, ceñían la ciudad, y anchas y espaciosas calles le cruzaban, dividiéndola en dos zonas iguales, lo que ahora llamaríamos la calle real, que ponía en comunicación sus dos grandes puertas. La Scea que daba salida al mar, protegida por la Torre mayor, y la puerta Dardania que abría al campo. El Simoës y el Jatno, formando ángulo bañaban sus muros.

En medio de la ciudad alzábase la colina que servía de Acrópolis como en Atenas, y desde el centro de ella dominaba el Alcázar de Priámo, á su derredor los tálamos ó moradas de Héctor, París, Eneas, Alejandro, sobresaliendo los templos de Júpiter, Minerva, Apolo y Neptuno. Imitando las antiguas cavernas de los Frigios, Casandra tenía bajo sus habitaciones, sótanos ó escavaciones, para guardar los tesoros del Estado ó almacenar víveres.

En ésta, como en otras muchas comarcas que la historia ha señalado en sus fastos, entre multitud de ruinas y escombros al través de polvo de los siglos, cual si la tierra toda fuera solo un vasto panteón de los hombres y sus obras, apenas truncados fragmentos de tumbas y templos descúbrense; y son sus vestigios los únicos que sirven para fijar y determinar las ruinas más célebres de remotas edades, cual si la religión y la muerte señaláran sobre toda zona el principio y el fin del hombre y de las Naciones.

Frente al solar que se atribuye al Alcázar de Priamo, indícase el del Templo de la airada Palas, donde destrenzadas y llorando las aflijidas madres troyanas, iban tristes y suplicantes, llevando en ofrenda una rica vestidura, y golpeándose los pechos... implorando la victoria para los Danos.....

Descollando sobre todas las ruinas, se reconocen las de la tumba de Aquiles, por la descripción de Homero. Debía levantarse en la más elevada punta de la ribera del Helesponto, á fin de que pudiera apercibirse desde muy léjos sobre las olas del mar, como eterno recuerdo al heroismo y al valor.

Pero indudablemente, lo que hoy resta de Ilión sobre la tierra, es bién poco; más vestigios quedan en las páginas de la Iliada que en las llanuras donde Troya fué.

.....

Nos encaminábamos á la ribera para reembarcarnos, cuando un célebre anticuario y viajero, arqueólogo alemán, á quien habíamos buscado desde nuestro arribo, nos salió al paso, pués celoso de sus trabajos é instruído de que era el primer argentino que allí arribaba, afanábase porque no regresáramos con erradas ideas de tan lijera escursión.

Mr. Henri Schliemann, natural de Hamburgo, es un sábio bibliógrafo, numismático, anticuario, geólogo, pateólogo y poliglota de primera fuerza. Cuenta cincuenta y seis años (en 1872), y es casado con una linda tudesca, tan enérgica y estudiosa como él. Dos veces ha dado la vuelta al mundo, y desde el chino hasta el quichúa, sabe pedir pan en cuántos idiomas se hablan en la tierra, y en muchos de ellos escribir y traducir correctamente.

De regreso de su último viaje á Australia consagróse, á la cabeza de dos cuadrillas de escavadores, (ciento veinte hombres), á descubrir las ruinas de Troya. Yá ha tostado su rostro el sol de los Dardanelos, y blanqueado sus cabellos, en los años que con teson sin ejemplo, curvado sobre los primeros cimientos de ruinas, sigue las subterráneas murallas de Pérgamo, por arrancar á la tierra secreto, que según él, admiraría al mundo: Troya no ha existido donde hoy se enseña, sinó donde él la desentierra.

Según Lebrún y Spon, la nueva Troya, fué levantada más cerca del mar, que la Troya de Priamo, y acaso de esto se origina la eterna discusión entre geólogos y anticuarios, viniendo tal vez unos y otros á tener razón, como frecuentemente acontece en cuestiones de mayor importancia.

Al despedirnos de Mr. Ferdinando Lesseps, sobre el Canal de Suez, conociendo nuestros deseos de visitar las ruinas de Troya, tuvo la galantería de ofrecernos una carta para este célebre arqueólogo.

III

—Esa no es Troya, dijo el sabio; la verdadera Troya es la mia: *aquí fue Troya*! señalándonos con la mano cierto montículo é indicándonos escombros recientemente removidos.

Con tan vehementes esclamaciones apostrofó Mr. Schliemann á nuestro anonadado Cicerone, y tan galantemente disculpó á la vez su retardo en acudir por la carta que se le había enviado, que no pudimos evitar, con peligro de que nos dejara el Vapor, el emprender de nuevo la incursión á sus recientes escavaciones.

Su demora de pocas horas, estaba más que justificada para un anticuario. Trataba de comprobar en aquel momento, cómo unos verdes bronces enmohecidos y corroidos por el orín y la humedad de los siglos, eran nada menos que parte del cinto de la desventurada Creusa, perdido sin duda al perderse de su tierno Julo, y nos enseñaba la escavación de donde ese y otros muchos fragmentos de viejos bronces gastados, acababan de ser estraídos.

Cada uno de esos tesoros numismáticos tenía que ser por él mismo con prolijidad salvado, pués al menor descuido, eran presa de la codicia de los mismos escavadores, que creian se buscaba la veta, ó mejor filón de oculta mina de oro.

La conversación de este sábio nos recordó que estas llanuras de los campos donde Troya fué, poblaronlas los Pélagos que reconocieron por Gefes sucesivamente á Scamandro, Teucro, Dardáneo y Ecrihthonius: que la primera ciudad fué fundada por Troas hácia 1462 años antes de nuestra era y bajo sus sucesores Ilión y Laomédon, rodeándola de murallas, cuya construcción atribuia la fábula á Neptuno y Apolo. Posteriormente Hércules, irritado por la perfidia de

Laomédon, tomó la ciudadela y matando muchos de sus habitantes, dió el trono á Priamo. No es dado ignorar la historia de la guerra de Troya, por la que fué destruida, como doce siglos antes de nuestra era, pero yá en tiempo de César apenas se encontraban fragmentos muy escasos de viejísimas ruinas, según Lucano, sobre este suelo. Hoy desde su altura se descubre el magnífico panorama sobre la planicie de Troya, el mar, las islas de Tenedos, de Imbros, la Chœrsoniesa de Tracia. El plano es terminado hácia el Este por una eminencia que le domina. Allí se elevaba Pérgamo la ciudalela ó Acrópolis de Troya, de la que solo quedan cimientos apenas visibles de algunos muros, una cisterna profunda y tres túmulos de forma muy primitiva, elevados por el agrupamiento de piedras en desórden, de los que los conos han desaparecido, restando solo sus bases circulares. El más grande, presenta un plano de treinta metros de diámetro, suponiéndose sin suficiente comprobación, que pudiera haber sido la Tumba de Héctor.

Frente á Pérgamo, en la opuesta extremidad de la planicie de Troya, dos kilómetros hácia el S.-O., se halla la otra cima también muy nombrada por Homero, llamada el Erineos, que termina en la escarpada cima Scopia. Durante el sitio de Troya, los sitiados habían hecho una especie de observatorio, donde subían á cada instante para descubrir las novedades del campo de batalla, pués desde allí se divisa el mar. Sobre el Scopia consérvase un túmulo cónico recubierto de césped, pero no se sabe á ciertas á qué héroe atribuirle.

A la izquierda del Erineos, camino que viene de Bonnar Bachi, se encontrarían sin duda, según las observaciones de este anticuario las puertas de Seca; aún no se ha podido reconocer su sitio preciso. Los más eruditos siguen en estas investigaciones indicios por demás vagos, recordándose únicamente, que un camino partía desde esta puerta é iba á concluir al mar, pasando cerca de las más altas fuentes del Scamandra, por el que subía Priámo para volver al campo de los Griegos.

Al rededor de este campo, comprendido entre las puertas de Scea y las fuentes del Scamandra, es que Aquiles y Héctor dieron vuelta tres veces antes de combatir, y nó alrededor de la ciudad, como se traduce generalmente.

De Scopia, se desciende hácia el Sur, dejando á la derecha la villa de Arabler Kein y contorneando hácia el E. la base de la montaña, se vuelve á encontrar el valle de Simoës, donde se remonta su corriente siguiendo siempre la ribera derecha del río. Este valle, de contornos estrechos y salvajes, váse abriendo poco á poco hasta desembocar en una vasta planicie en que se levanta Enay, aldea de unas doscientas casas habitadas por turcos y griegos, donde descansa hoy en un mal albergue el viajero de Troya.

El perímetro fijado hasta la fecha á la antigua Troya dentro de sus muros es bien estrecho. Afirmando la mayor parte de los autores antiguos, que esta ciudad contaba apenas entre sus defensores la décima parte de los soldados que la rodeaban, y estando los clásicos contestes en que más de cien mil aliados desembarcaron sobre las playas frígias, en diez años, viénese á deducir que tan pequeña ciudad ha tenido que contar casas de dos y tres pisos, para que, según la estadística moderna, pudiera formar diez mil soldados, á no ser que en aquellas antigüedades, como en el Paraguay, se obligára á llevar las armas desde los diez á los ochenta años.

Una objeción se hace, y es que muchos de aquellos Príncipes confederados mandaron cuerpos numerosos de tropas ligeras, que iban y venían como los del negro Neumon que trajo sus falanjes orientales desde la Etiopia, las huestes de las Amazonas, conducidas por la fogosa Pentesilea, y de veinte pueblos más de la Frigia que más tarde devastara Ulises.... Pero á esto se contesta, que en diez años de sitio, una generación aumenta y el sitio tan decantado, mucho se reduce. Los últimos años, ocupáronse los Griegos en destruir y saquear todas las ciudades vecinas, para estrechar más la plaza sitiada.

Los hijos de Montevideo que vivieron en la década desde 1840, pueden decir lo que es un sitio de diez años. Constancia y valor hubo indudablemente entre los Danaos, pero privaciones.... Tenían el mar cerca y la via espedita para ser proveídos por Naciones aliadas en el interés común de destruir á los griegos que amenazaban arrasar toda la tierra.

Seguíamos al fin á reembarcarnos por el camino de la playa, desde donde tres veces al rededor de Ilion el cadáver de Héctor había

sido arrastrado por Aquiles, antes de poner á vender por oro vil sus despojos sangrientos, cuando al divisar el Estrecho que separa aquí el Asia de la Europa, reflexionábamos profundamente más en el pasado.

IV

Los grandes soberanos de la tierra y los poetas de todos los tiempos, éstos otros soberanos del génio, más inmortales, y tambien menos sanguinarios, han dejado su huella marcada al pasar por la planicie donde Troya fué.

Sesostris, Ramsés II, el Faraon que sucedió al perseguidor de los Israelistas, el primero entre los conquistadores que formó el plan audaz de sojuzgar la tierra bajo su dominio, y que alcanzó á estenderla desde los confines de la Persia sobre la India, hasta el Danubio, acampó en este sitio, según la inscripción aquí encontrada, referida por Herodoto: «El gran Faraon, Rey de Reyes, faro de la humanidad, luz del espíritu que guía á todos los ejércitos de la tierra, puso este país bajo sus sandalias».

Artajerges y Jerges, sucesivamente, con el ejército más grande de todas las edades, (cinco millones, según Tucidides), pasaron por estas playas para encontrar su tumba en Maraton, donde nació el poder de la Grecia, y en Salamina donde pereció con el de la Persia el de todo el Oriente. Alejandro Magno esclama al saludar la tumba de Aquiles: «Ay ¡no tener un Homero! Podré eclipsar á Aquiles, pero quién inmortalizará mis hazañas?»

Después de sus días, uno de sus Generales, Antigone, fundó aquí en su gloria, un pueblo con su nombre, Alejandría en Troya. Cerca de este punto pasó César sus lejiones sobre el Helesponto, y Constantino al dejar Roma para fundar en Bizancio con su nombre la Capital del Imperio Romano, pagó tributo á los héroes de Troya.

No de otro modo los génios de la lira han dejado en todo tiempo su nombre perenne sobre estos lugares. Asi como el monolito más culminante del ingénio humano destaca de entre las sombras de los primitivos tiempos de las letras, coetáneo con Salomón, y el más sábio del mundo europeo, como lo fué éste del mundo oriental, la figura magestuosa de Homero se alza aquí, poblando con sus cantos

inmortales tipos de eterna belleza, de valor, de prudencia, de heroísmo moldes inquebrantables, en que desde entonces hasta hoy se han vaciado las grandes almas de la humanidad.

Y desde Homero hasta Lamartine, todos los sublimes inspirados del génio han saludado á la antigua Troya, cuna de héroes y mártires de la Pátria, cual urna sagrada de la histórica, que por tres mil años, ha recordado á una y otra generación, el símbolo de la gloria, y el ejemplo de virtudes inmortales.

Píndaro cuelga su lira de los muros de Pérgamo; y Virgilio la toma de Homero, para pasarla al Dante, Profeta de la nueva era. Byron cumpliendo la misión del poeta moderno y entusiasmando al par que con su acento, con su ejemplo, recoje sobre esta tostada arena de la Frigia, la rota lanza de Aquiles, para correr en defensa de la independencia de los griegos, y muere con ellos. Chateaubriand y Lamartine, después de haber saludado estas playas, elevan acentos de elocuencia en los Congresos de su pais, pidiendo la libertad para sus hijos, en nombre de un recuerdo histórico al menos, de haber, sido en otro tiempo la madre de la civilización, y por lo que, sin resaltar la mas chocante como monstruosa contrariedad, el pabellón francés que se alzaba contra el tráfico de los negros, no podia cubrir indiferente el tráfico de los blancos.

Asi esos divinos Profetas del porvenir, al través de treinta siglos, complementan la obra de Homero. Este inmortaliza los Danaos y sus esfuerzos, aquellos glorifican la resurrección de la Grecia. Siempre la lira sirvió para exaltar el patriotismo. Infinidad de recuerdos poéticos y gloriosos reviven al solo nombre de Troya!

El día siguiente seguiamos viaje por los Dardanelos. Habíasenos enseñado, desde antes de visitar las siete cunas de Homero, en ese mismo Archipiélago: dos Cartagos, tres Espartas, cuatro Tebas, dos Babilonias, siete Paraisos: ¡Qué estraño que al presente solo se enseñen dos ó tres Troyas!

Fuere en uno ú otro solar que esta ciudad se haya levantado, no son sus monumentos de piedra los que á la humanidad interesan, sinó las divinas personificaciones de heroismo y virtud, que cual al al través de ánfora transparente, guardan las inmortales estrofas de la Iliada.

Troya ha caído hace ya muchos siglos, pero los monumentos que sobre sus ruínas levantaron Homero y Virgilio vivirán, mientras un corazón lata sobre la tierra. Bastarán los tipos esclarecidos con que esos grandes poetas han enriquecido la especie humana, para que su renombre y la fama de los Teucros atraiga en toda época á estas playas, hoy desiertas, las miradas del viajero; pués Ulyses, Aquiles, Priamo, Héctor, se recordarán mientras la prudencia, el valor, el amor paternal, y la abnegación por la Pátria, sean estimadas entre los hombres, y siempre serán dignos ejemplos de comparación la fidelidad de Penélope, ó el piadoso Eneas.

Al alejarnos con el corazón complacido de esta visita memorable á ruinas tan antiguas, recordando los literatos argentinos que ya con uno ú otro motivo se han ocupado de Troya, de su historia ó de su poesía, y entre los que el clásico poeta D. Juan Cruz Varela, el sábio jurisconsulto Dr. Velez, y el Dr. Larsen, descuellan por su erudición, un último aleccionamiento deducimos, ante lo que resta de esta antiquísima ciudad.

Homero nos enseñó en sus cantos, al par que á ocultar las miserias de la Pátria dentro nuestros propios muros, á reconocer y enzalsar las virtudes del enemigo, recordándose hasta hoy el patriotismo de Héctor, el amor de Priamo, y el heroismo de los Troyanos por los écos de una lira griega!

.....

Si aún no tenemos virtudes que ofrecer en nuestra naciente literatura, aprendamos con Homero á honrar la de los otros, y nó espongamos nuestros defectos ante el intolerante estrangero.

Apéndice

NOTA

En el Apéndice de las Tradiciones de Buenos Aires, no se ha creido fuera de lugar, coleccionar algunas recojidas por el Autor en sus viajes por Asia, Europa y América, cuya deducción moral coincide con las anteriores, como *El Señor de la Sandalia*, *Las Apariencias acusan* y otras.

No teniendo otro lugar en libro sin prólogo, introducción ó advertencia, adelantamos aquí una palabra aclarativa sobre el oríjen de su única lámina.

Notamos la alteración de la fauna y flora local, inmediatas á esta Cuidad, con la muestra de la de cuatrocientos años atrás, en los contornos del primitivo recinto Real. Hoy no existen por los bosques de Palermo más leones melenudos, que uno que otro yá degenerado, de los que perseguían leonas á la *derniére*; ni en la Avenida de sus palmeras, trasplantadas por Sarmiento, congénere alguna oriunda de estas riberas. A pesar de ésto y otros anacronismos, como soldados correctamente uniformados, en días que la miseria y carencia les hacía comer hasta las

suelas de sus zapatos, cuan imperfecto es el paisaje, lo reproducimos para justificar la tradición de la *Maldonado*. Mas importante es la investigación de la escena misma, que si ella tuvo lugar bajo un molle ó un ombú. El clisé que tan galantemente nos ha ofrecido el Museo de la Plata, grabado espresamente en sus talleres para nuestra Tradición, reproduce la mas antigua lámina que su archivo conserva, en la obra del sábio Charlevois «Historia del Paraguay y Río de la Plata», ciento cincuenta años há impresa en Europa. La exhibimos en la primera pájina, confirmando el episodio histórico que refieren cuántos han escrito sobre esa época, desde el primer cronista.

JUICIOS DE LA PRENSA

SOBRE LAS TRADICIONES PUBLICADAS

Señor Doctor Don Pastor S. Obligado

SEÑOR Y AMIGO

Leído yá por completo su interesante libro de Tradiciones bonaerenses, no quiero retardar sin escusa la contestación á su carta de 9 del presente, obsequiándomele con *obligante* gentileza. Bello libro en verdad, el que hace amar aún más ta tierra en que ambos tuvimos la fortuna de nacer, al mostrárnosla en sus principios é intimidades de bien nacida y dulce criolla!

Plácemes al distinguido escritor que identificado con ella ha tenido el arte de prolongar su existencia, pasando de lo antiguo á lo moderno, y vice-versa, sin más que cambiar trajes,

poniéndose á veces el calzón, la chorrera y la casaca de gala, para presentarse dignamente en el Alcázar del *Virrey de los tres sietes*, ó en cualquiera otra buena compañía de la muy noble y muy leal Ciudad de Buenos Aires.

De veras que en mi forzada reclusión por padecimientos inquisitoriales de larga data, le estoy á Vd. agradecido, pués me les ha hecho llevaderos, mientras me entretuvo con sus viejas historias. Leyéndole, conocí á sus originales personajes. Entre ellos merecen particular estimación los Generales *Mano de plata y mandíbulas de idem*, *Cabeza de mate*, el Mariscal *Pierna de palo*, y sobre todo, el bravo entre los bravos, General *Pata-Gallina*. ¿Cómo dejar de estarle á Vd. reconocido, si no pudiendo hace años concurrir al teatro, me ha llevado Vd. de la mano á la primera Comedia, representada (1747) en *un hueco*, por jóvenes aficionados, entre ellos algunos Oficiales de Marina, sirviéndoles de telón de boca, en el proscenio improvisado al aire libre, la vela mayor del barco á que pertenecían? Paréceme que asisto á las fulminaciones desde el púlpito del obeso Fray José Acosta, contra el escandaloso espectáculo y las comparsas de máscaras, lo que le valió al pobre lo soplara el Gobernador Vertiz en la reducción de Recoletos; quedando el público convencido después del sermón de desagravio del Padre Olivares, "que el Señor Baile puede contraer matrimonio con la Señora Devoción", recojiendo por fruto de su elocuencia, le echase una peluca el Fiscal de Indias, desde la Corte de Madrid. Tan sabroso es el cuento, que si hubiese tenido yó á mi disposición, por herencia transversal, el primer carruaje que rodó en nuestro empedrado, (1789) en la época del *Virrey de las luminarias*, de que nos habla Vd.—carruaje de la propiedad de mi venerable pariente el Alcalde de 1.er Voto, Don José Antonio Otálora,—me voy zangoloteándome á visitarle, para que recordásemos juntos, revolviéndolo todo, las cenas impagables del Obispo. Carmelita descalzo, San Alberto; devoradas por sus familiares, quedándose el sábio prelado en ayu-

nas, asistiendo luego alguna vez, santamente, por servir la caridad, á la zambra y los *punteos, ó resurrección de la carne,* con que la penitente viuda Rodriguez distraía en su propia casa á los amigos parranderos.

Pero nó sólo nos inicia Vd. en los sucesos característicos de la vida ordinaria de nuestros excelentes abuelos. La época aparece tambien en su animada narración, despidiendo relámpagos de gloria, que iluminan sus deliciosos cuadros de género. A esa luz reconocemos nobles figuras históricas: la virtud cívica, el valor, la hidalguía personificados en ellos. Citaré de preferencia, la intimación de rendirse, hecha al General Berresford, por el Ayudante Quintana, mi valeroso tio, más tarde el General Don Hilarión de la Quintana, gefe de la reserva que decidió de la victoria en la batalla de Maipú. Y pués de los ascendientes se trata, le diré francamente, no acierto á explicarme, cómo al nombrar de paso á mi padre el Brigadier General Tomás Guido, en su relación sobre el cautiverio entre los indios de Don Leon Ortiz de Rozas, no le ha ocurrido á Vd. otro calificativo para designarle que "el del más ceremonioso de nuestros diplomáticos" ¡El más ceremonioso!...¡Señor Doctor!. ¡Y sirva Vd. brillantemente á la pátria durante sesenta años!...

Pero lo grave no es esto, sinó lo que escribe Vd. de Bolivar, comparándole con San Martín, llamando al héroe colombiano "ambicioso coronado, pués que la cadena de sus victorias sirvió sólo para uncir al carro de la conquista, los pueblos que vencia con su espada". Dá ganas de repetir aquí el epigrafe del Capítulo (p. 191), donde estampó Vd. esa herejía:— *¿Para qué sirve la gloria?* (a)

En nombre de la América redimida, compatriota, teste Vd.

(a) Fácilmente se aclara la tersgiversion deslizada. El autor alude al Emperador Napoleon "despóta coronado que nacido en la Revolución, la traicionó luego para uncir al carro de la conquista los pueblos que subyugaba. No ha podido aludir al Libertador Bolivar, que nunca llegó á coronarse. Salvado el error, desaparece la crítica, que por otra parte aceptamos complacido todas las que se nos dirijan, mucho mas si vienen de mano maestra como la del eximio poeta Guido Spano, honra de nuestras letras.

esas injuriosas palabras, escritas, es de suponerse, en un momento de impremeditación y de olvido.

Yá vé Vd. que no soy lisonjero, con lo cual mi elojio á sus Tradiciones, tendrá ante su criterio, sin duda, más valor. A eso respecto afirmo y corroboro mis anteriores juicios, tratándose de trabajos análogos debidos á su fecunda pluma.

Soy de la opinión de los que le encomian hoy de nuevo con justicia, acompañando al erudito amigo Doctor Angel I. Cárranza en sus atinadas apreciaciones, y aplaudiendo el elocuente artículo de " La Nación ", reproducido al final de su obra, que lleva por lema: "*Fervet opus*". Ganada, y bien ganada, con su estilo arcáico, segun conviene acaso usarlo á un eximio anticuario, merece Vd. la carta de ciudadanía yá otorgada en las regiones luminosas del arte y de la historia.

Réstame ahora agradecerle su finísima carta. ¿Con que me recordó Vd. alguna vez, allá en Oriente, leyendo mis "Hojas al Viento", á la sombra de los cedros del Líbano, y teniendo presente, no sé bien el motivo, á la hija del Emir Ab-el-Kader? Yó que Vd. dejo los versos á un lado, y me voy, aunque fuese disfrazado de beduino, en busca de la jóven árabe, siquiera para consolarme de verme tan léjos de las pátrias riberas. Yá de regreso á ellas, no dejará Vd. de volver alguna vez la frente pensativa, á la hora en que desde el minarete de la mezquita llama el muerino á la oración, hácia el país de la leyenda bíblica, donde crecen las rosas de Jericó y las palmeras de Idumea. Si nó de esas plantas, se formará para Vd. verde corona de las indígenas, con el agregado de algún humeante incensario de plata de la Virreina Vieja.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO.

II

A veces, la historia suele padecer omisiones inexplicables, que son recogidas y salvadas por la *tradición*, ese éco simpático, que reflejando, resucita el pasado al exhibir sucesos y protago-

nistas de segunda fila, los cuales, por su fácil asimilación, hieren con vehemencia á la masa popular que les diera origen.

Así, en las noches tenebrosas del océano, sea bajo la palmera que se abanica en el arenal abrasador ó ya á la fresca sombra del *ombú*, en la pampa solitaria—viajando á bordo de velero sorprendido por falta de viento en los trópicos, ora sobre la giba de tardo camello ó en el lomo de pisador encalmado—el marino supersticioso, tanto como el árabe fanático, ó nuestro gaucho indomable, son abstraídos por el imán del cuentista de casos y tradiciones, el que, hermanando su fantasía á una memoria feliz, esmalta reminiscencias en pós de las cuales, las horas con ligera danza, ahuyentando la monotonía, se deslizan insensibles.

Como es sabido, en la primera edad del mundo, los hombres no escribían; apenas conservaban el recuerdo de los hechos por la tradición oral, y cuando faltaba la memoria, era suplida con creces por una imaginación fecundísima y vivaz.

Esto demostraría, que la tradición, entra como parte esencial en las costumbres de los humanos, tan propensos á lo sobrenatural y siempre ganosos de escuchar y acoger con deleite lo extraordinario, lo maravilloso, aquello que, preocupando la imaginación, llena el alma de espanto. Por eso eran considerados los cuenteros de oficio, distinguiéndose por su traje bermejo en la corte de Florencia, y ha sobrevivido á los siglos, lo que relata Virgilio de la noche infausta de Troya....

Tal es el sujeto del libro digno de popularidad, á cuyo frente trazamos estas páginas. Su autor, como en los que lleva publicados de índole semejante, es ya un especialista en el género de literatura que cultiva, el que, adelantando cada día, ha logrado dominar la materia, siendo bien conocido, nó solo en los países del habla americana, sino también en otros de ambos continentes, cuya prensa periódica y revistas literarias, hace años reproducen con frecuencia, ó vierten á su idioma,

como un atractivo, las tradiciones bonaerenses, acompañándolas de los juicios más alentadores.

El doctor Obligado, ha elegido por tema de las presentes, como de las anteriores tradiciones, episodios que podemos llamar nacionales — agrupados en acertadas síntesis, abarcando en sus páginas el Alto Perú, (hoy Bolivia), Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay— provincias todas que integraban el antiguo Virreinato del Río de la Plata— vale decir, la patria vieja, grande, tal como la conocieron nuestros antepasados, como la soñamos los presentes y quizá puedan verla más tarde nuestros venideros.

Estas narraciones amenas y rebosando en interés dramático, á la vez que saturadas por el sentimiento criollo, revelan nuestros hábitos en el pasado, que es el objetivo que persigue, y ha conseguido su autor, al bordar la leyenda en la que nos hace asistir con curiosidad y misterioso encanto á escenas entretenidas de la remota época colonial, como á otras afligentes en la fatigosa gestación de nuestra vida autonómica.

Durante la larga travesía desde Madrid á Huelva, para concurrir al Congreso Internacional en Santa María de la Rábida, departiéndose de todo un poco, oímos exclamar á un compañero de cruda trasnochada— *Con qué, según Vd., su compatriota y mi amigo, Pastor Obligado, me considera como su maestro? Efectivamente, la lectura de sus numerosas tradiciones me proporcionó ratos agradables, demostrando también que ellas pueden ser cultivadas con éxito fuera de Lima, por una pluma que no está destituida de las galas del buen decir.*— Tal opinaba Ricardo Palma, reputado príncipe del ingenio y de quien se ha dicho con justicia, que desde la mina escabrosa, saca á la luz del mundo literario, ese grano de oro sin liga que resplandece en sus Tradiciones con brillo insuperable.

Realmente, el esquisito coleccionador de frases, refranes y joyas viejas, tenía razón al emitir aquel juicio benévolo, porque los libros de nuestro festivo *tradicionista*, también nos hacen

vivir en el tiempo que fué, con ese chispeante y malicioso estilo que roza apenas la epidermis de sus personajes, sin ofender la moral ni las buenas costumbres — puesto que no introduce hasta el hueso el bisturí de la crítica, sino que, manteniéndose en una atmósfera de prudente ingenuidad, aumenta el mérito de sus cuadros sobre la retardada sociedad de antaño.

Por lo que hace á la presente 3ª Serie ó *puñado* de tradiciones argentinas, como las llama el autor en su lenguaje pintoresco, es una labor, concebida y llevada á término bajo un plan meditado — brindándonos en ella, la rubia espiga sembrada con intención sana en campo exuberante y apenas explotado— la que deja al alcance de todos, después de animar con el soplo de su inventiva, á hombres y hechos que pasaron, pero dignos de perpétua recordación. La frase suelta y exenta de esa especie de anquilosis que se nota en otros congéneres, también es aventajada en gracia y en facilidad — dejando traslucir sus conocimientos en las apreciaciones que emite, no ménos que su percepción estética.

Narrador feliz y oportuno, exorna y dá realce hasta tener pendiente de su relato al lector, fingiendo á las veces, candidez, para interesar ó divertir ; pero la claridad surge en él como un manantial de luz, haciéndole orillar las frases vagas ó conceptos poco determinados, y aunque refiera lo inverosímil, parece no serlo — tal es la maña, habilidad y primor con que lo hace, pudiendo repetir con el genial Hartzembusch —«....Mis tradiciones fueron escritas más bien para deleitar con la amenidad de la narración, que con la verdad de los lances.»

Es pués un hecho averiguado, que la tradición desarrollada con destreza, cautiva y apasiona. Así, leyendo en Europa á un célebre catalán (Balaguer), de estilo tan sencillo como elegante, hizo surgir en nosotros y realizar el anhelo de ver en persona entre otras, las ruinas imponentes del castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde residió doña Juana *la Loca* y acabó sus días Isabel la Católica.

Empero, nuestro compatriota, sabe tambien comunicar ese fuego sagrado que se trasforma en claridades de nobilísimo entusiasmo, al desenvolver las tradiciones de este suelo, dueño de un pasado tan glorioso, como es inmenso su porvenir.

Desapegado por temperamento y por sistema, de la pasión política que todo lo absorbe, sus gustos literarios le llevan á otro escenario, bien alto el confalón humorístico que simboliza su pluma original é innovadora y de cuyos puntos brotan equívocos y reticencias que dan forma seductora á su pensamiento. Así, de un chascarrillo popular, de una efeméride cualquiera, de un aniversario ó de un pasaje histórico poco dilucidado, sobre dichos ó hechos de hombres notables — el *tradicionista* nacional, urde con acentuado colorido, narraciones que parecen cuentos de hadas, por más que tengan en el fondo su médula de verdad — ya recordando edificios ó literatos olvidados; bien, exhumando soldados beneméritos, cuando no pone de bulto, siquiera sea de paso, nuestros ultimos progresos.

Con el objeto único de salvar lo poco que va quedando de una época que ya se borra, nuestro autor, con los ojos y el espíritu fijos en la tierra amorosa del hemisferio republicano, escudriña el tesoro que guarda su tradición y sin otra guía que el exámen ; estudiados y sostenidos sus tipos, traslada al papel escenas y diálogos que conservan todo el sabor de la realidad — después de emplear como el poeta latino, las horas fugaces de su existencia, en adornarlos con las emociones más puras y más laudables.

De esa manera, tal vez en su totalidad, cuanto refiere ha sucedido, vale decir, tiene base de verdad — dando color y movimiento con las múltiples tintas de su paleta de artista de buena cepa — á parábolas realmente edificantes, como entre otras, la tradición que intitula; *Cenas del Obispo San Alberto*, aquel modelo de prelados por su saber y virtud evangélica — que alecciona á una *viuda honrada, pero que no tenía*

la puerta cerrada, — la del *Fiscal Catoniano*, al que yá en su decadencia, admiramos de cerca, descubriéndolo en ella, retratado de cuerpo entero — la del *Amor de rodillas*, en que figuran dos beldades, hoy desvanecidas: Marta Luján y Genoveva Corbalán, pertenecientes ambas á la primera sociedad de Salta — la de *El hombre que voló*, ó sea uno de los esforzados defensores de Buenos Aires en 1807, al que alcanzamos en la inopia más de medio siglo después de su doble hazaña — la de *El primer Ferrocarril*, en cuyo corto viaje de ensayo, *no se animó* á estrenar el tren, ni la respetable Comisión Directiva que invitára al pueblo á presenciarlo — la de *El primer barco á vapor* que mojó en estas aguas, etc., etc., — todas á cual más interesantes, recreativas y de enseñanza moral — debiendo añadirse, que las ilustraciones del texto, representan con propiedad, monumentos, lugares y otros objetos de que se ha hecho referencia en la tradición respectiva.

Por lo demás, cumple repetir—el autor es un antiguo ciudadano de la república literaria, por los trabajos útiles con que la ha enriquecido siempre, conservando en su poder testimonios de aprecio de escritores y publicistas como Mitre, Sarmiento, Juan María Gutierrez, Villergas, D'Amicis, Quesada, Guido, Pellegrini (padre), Tobal, Esteves Seguí, Argerich, etc., razón que nos asiste para no cerrar estas líneas, sin dedicar algunas más á su respecto, como un tributo de ajustada equidad á la constancia y patriotismo con que contribuyó desde temprano, al afianzamiento del principio liberal en nuestro país, al propio tiempo que llevaba adelante su obra de propaganda literaria en esta sección de la América, aún en circunstancias en que la indiferencia pública, condenó á sus apóstoles á vegetar entre paredes de hielo!...

***

Pastor Servando Obligado, nació en Buenos Aires, el 26 de Octubre de 1841. Hijo del primer Gobernador constitu-

cional de dicha provincia, durante cuya administración se consolidó el órden público, iniciándose la era de reformas materiales é intelectuales que dieron luego resultados admirables—es nieto del doctor Manuel Alejandro Obligado, que fué Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda, bajo el Directorio de Pueyrredon.

Dedicado á la carrera de sus antecesores, obtuvo en 1862, las borlas del Doctorado en la Universidad de Buenos Aires. Un año después, pronunciaba en el teatro de Colón, en presencia de los Generales de la Independencia, su aplaudido discurso contra el bombardeo del Callao por la Escuadra española, el que reproducido por la prensa local, lo fué también en París, por Torres Caicedo, en el *Correo de Ultramar*.

Aunque refractario á la política por sus inclinaciones que lo impelian á diverso teatro, como se ha dicho, sin embargo, cuando en momentos de peligro, creyó afectada la vida libre y política de la pátria, á la par de otros jóvenes de su generación, tomando una espada en sus manos de ciudadano, concurrió como voluntario, batiéndose en dos campañas en el interior de la República, y también á una guerra sangrienta provocada por el extranjero—siendo el corolario de tal situación, que se alistara transitoriamente en la prensa militante como colaborador, fundador ó corresponsal, ya en Buenos Aires, el Rosario ó Corrientes, en cuyos clubs vibró su palabra ante la multitud entusiasta y encrespada.

Propagandista de la educación pública desde 1864, luchó por su difusión,estableciendo Escuelas en los cuarteles y hasta en el centro mismo de la Pampa, á la vez que estudiaba otro problema, como la reglamentación de la corriente de emigrantes que afluía á nuestras playas—convencido de la trascendencia de ambos factores en el futuro nacional.

En 1871, emprendía una jira por Europa, Ásia, África y América, la que duró tres años, siendo hasta entonces, el pri-

mer argentino que diera la vuelta al mundo—dejando como jalón de aquella, su *Viaje á Oriente*, publicado en la época.

Cinco años más adelante, con motivo de su visita á la Exposicion de Filadelfia, sobre la que escribió otro libro en el que refleja sus impresiones, *(Los Estados Unidos, tal cual són,)* recorrió las Repúblicas del Pacífico, siendo presentado á su prensa periódica y centros literarios, por Vicuña Mackenna, en Chile, por Palma, en el Perú, y por el insigne poeta *yankee* Longfellow en Boston - como ya lo fuera en España, por Castelar, Alarcón, Castro Serrano, Campoamor, Zorrilla, Varela y otras notabilidades—contándolo entre los peregrinos, la Exposición de París en 1889 tercer viaje en que dirigió sus escursiones por Suecia, Moscou, etc.

Llevado á la magistratura de su país, inició varias reformas en el procedimiento legal, con el propósito de que la justicia fuese rápida y barata.

Para reasumir, añadiremos, que el Dr. Obligado fué en diversas épocas de su vida : militar, periodista, viajero, Secretario del Departamento General de Escuelas, Fiscal, Juez de 1ª Instancia, Municipal, etc.—colaborando sin descanso, en diarios, correspondencias y folletines, de dentro y fuera del país, incluso la histórica *Revista de Buenos Aires*, cuyas páginas ensayó al vuelo dejando rastros de su pluma humorística, infatigable y fecunda—sin olvidar por último, sus ciento y tantas *Tradiciones* ya coleccionadas.

***

Al dar fin á este esbozo relativo al inteligente modesto publicista que lo ocasiona, nos permitimos tomar de carta anterior del laureado Cárlos Guido Spano, un pasaje en que le congratula sinceramente por su labor literaria con estas palabras generosas, que también hacemos nuestras.

«...Mil plácemes por su libro que ha merecido ya tantos aplausos. Visito en compañia de Vd. lo que otros han ido

abandonando en el camino y cuyo recuerdo se perpetúa en las narraciones vivas de su pluma amenísima. Volver la mente á lo pasado, equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual. Vd. ha registrado los cofres de los abuelos fenecidos, y han encontrado en ellos joyas, que si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias, por la parte que puede corresponderme en la herencia común, inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas...»

ANJEL JUSTINIANO CARRANZA

San Felipe de Miguens, 11—XI—96.

(*La Prensa*)

(*Fervet opus.*)

III

Las abejas trabajan y los blancos panales exhalan ya la fragancia del tomillo y otras flores.

El Doctor Obligado en su bello é interesante libro, que será leído con placer intenso, y que le conquistará puesto eminente en las letras argentinas, nos refiere los episodios más curiosos de la crónica antigua.

En penosa é inteligente labor ha recogido las tradiciones esparcidas del niño maravilloso, y nos las presenta en bello conjunto, para que el sentimiento y el pensamiento argentino puedan beber en ellas é inspirarse, y el alma toda templarse al calor generoso de un noble y fecundo pasado. Acto de profundo patriotismo importan estos doctos trabajos que traen vivificante pábulo á la vida nacional y contribuyen con efi-

cacia irreemplazable á la unidad social, derramando en el seno de las masas, gérmenes de cohesión y afinidad, que cristalizan en las entrañas populares el alma de la Nación, como las fuerzas geológicas cristalizan el brillante en las entrañas de la tierra. Y en nuestra historia moderna, en nuestra actualidad, ¡cuántos ejemplos no pudiéramos invocar que nos están revelando á gritos, cuán efímera, cuán transitoria y deleznable es, toda grandeza que no se basa en el único fundamento sólido é indestructible de la verdad y de la libertad!

Pensando de acuerdo con estas ideas y con las lecciones de la vida, el Doctor Obligado—animado del espíritu de su raza patricia, lanza su interesante libro, como para recordarnos al reflejar el alma de nuestros mayores en la vida del pasado, que éstos hicieron y alcanzaron grandes cosas, porque sus propósitos fueron siempre nobles y sus fines siempre elevados. Si el mérito de un libro se midiese sólo por su oportunidad, el de éste sería indisputable, por cuanto hoy, que caen tantos *Marino Falieri*, nos recuerda que nuestros abuelos no conocieron la *pillería política*, no tuvieron Catilinas, y cuando nos legaron un tirano, nos legaron un tirano grande, en su grande barbarie. Pero como entre los elementos de apreciaciones no es éste el solo y único, tiene también, fuera de otros, el de la trascendencia.

El libro del Doctor Obligado es trascendente, porque al revelarnos con el testimonio elocuente é incontestable de los hechos de la vida de nuestros mayores, que la virtud, que la audacia, en el concepto y en la acción, son antiguas en nuestra República, nos advierte, con ironía tribunicia, que no debemos engreirnos de la prosperidad presente, que nada nos debe, que poco, muy poco, hemos hecho aún, para hacer práctico el testamento de nuestros antepasados y alcanzar sus votos grandiosos, que estamos muy lejos de la sublimidad de sus atrevidas intenciones, y por último, que nuestras faciles vanidades y vacías pretensiones chocan con aquella grande y clásica

humildad de aquel ilustre y noble mártir, que al rechazar el título de General, pedía sentido perdón á la Legislatura de su país por no haber hecho, en su concepto, á pesar de sus hechos gloriosos y de sus caros sacrificios, nada digno y merecedor de tan grande mérito y de tan alto lustre.

El Doctor Obligado, fiel á su generación, á su gente y á las pátrias tradiciones, ha concretado como Plutarco, en perfiles hermosos, la fisonomía nativa, cuya belleza moral marca y hace resaltar, y que todos nosotros debemos prestigiar, para que personalidades espúreas no nos desvíen de nuestras rutas y rumbos nacionales, y nos lancen forzadamente en ideales negativos, pobres y espirantes, que se alzan sarcásticamente en el Nuevo Mundo chocando con su virginidad, con su juventud y con su porvenir.

El Doctor Obligado, en su modestia, trabaja más, por su pátria, por su nación, por su raza, que tantas nulidades doradas por la fortuna, que ni siquiera por gratitud á las encumbradas posiciones que no merecen, sirven y responden á los altos fines de libertad y de civilización que encarna nuestra madre América!

Puede estar satisfecho el escritor que, siguiendo las nobilísimas inspiraciones de Mazzini, no hace de su pluma el instrumento servil de su gloria y de su propia infatuación, sinó que con espíritu religioso y con alto amor de pátria, la consagra y deposita, como ofrenda pía, sobre los altares de la verdad y del bien, destellando fulgores apacibles, bordando con puros matices las hermosas auroras que se alzan sobre el pasado de un pueblo noble, viril y animado del espíritu de Dios.

DOCTOR TOBAL

(La Nacion)

IV

LAS TRADICIONES DE BUENOS AIRES están destinadas á tener simpática resonancia en toda la América.

Es un libro que será discutido, por su acentuadísimo sabor nacional y porque raro es el libro apreciable que no sea desmenuzado por la crítica. Su prólogo indica admirablemente sus tendencias, su perfecto acuerdo con la reacción contra el extrangerismo absorbente,—reaccion que en la prensa y el parlamento ha dejado oir sus voces elocuentes en los últimos tiempos. La tradición completa la historia, y mantiene vivo el sentimiento de la nacionalidad. La conseja popular no dista mucho del símbolo, y contiene provechosas enseñanzas para el que sabe sondear sus misterios y sus veladas significaciones. La vida humana es una cadena nunca interrumpida (perdóneseme la manoseada espresión) y en ese libro, en esos écos de la vida colonial, en esos primeros vagidos de la independencia y de la libertad, se encuentra en embrión esta poderosa civilización nuestra, que deslumbra y atrae como una de las maravillas del siglo á los pensadores de la Europa.

Obligado ha recogido de boca de los ancianos esas anécdotas, esos cuentos, muchas veces picarescos, que sin sus piadosos propósitos habrían « corrido burro », como vulgarmente se dice. Las primeras enseñanzas, los primeros progresos, la faz simpática del insigne Vertiz en la vida reducida y vegetativa de la aldea, destinada á ser una de las más grandes ciudades del mundo; el cuadro sencillo é imponente de la tempestad desatada de Santa Rosa, en 1780; la tradición de la Plaza del Retiro; las murmuraciones epigramáticas de nuestros abuelos,—todo esto revive en este libro, que es la resultante de la labor patriótica de largos años, como á nadie mejor que al que suscribe le consta; pues he visto al autor infatigable durante largos años, ser el concurrente asíduo de la Biblioteca Nacional, revolviendo colecciones y legajos vetustos, en busca del dato exacto y de la renombranza pintoresca, y lo he visto en su gabinete de estudio entre montones de libros, de empolillados manuscritos y de notas, confeccionar estas tradicciones que tanta luz proyectan sobre el Buenos Aires moderno, al que sólo le falta

ser más consecuente con la tradición del pasado para ser más grande y más genuinamente argentino. Pero estamos en una época de transición y en una época de reacción y no hay que desesperar del futuro, porque nuestro país, como toda tierra rica y libre, posee ese inmenso poder de asimilación que hizo la grandeza incontestable de Roma.

Este libro se incorpora de lleno á la literatura histórica. La crítica severa podrá reprocharle algunas incorrecciones, algunos colores mal combinados, de cuando en cuando alguna falta de colorido y de relieve; pero los que saben que no ha pretendido hacer un libro de formas perfectas é inpecables, porque así lo confiesa y lo crée, juntarán ambas manos para aplaudir al escritor patriota y concienzudo, que haciendo un paréntesis á arduas y pesadas tareas, ha sabido presentarnos un libro desbordante de recuerdos preciosos, y que da un nuevo desmentido á aquel escritor americano que sostenía, que el Río de la Plata no había sido hecho para oir los ecos armoniosos de la tradición y de la poesía, sino las griterías y las convulsiones de que son diariamente testigos las aguas cenagosas del Támesis.

(*Chile*) EL MERCURIO

V

En un elegantísimo volúmen de 300 pájinas, acaba de ver la luz pública en la vecina orilla, la tercera edición de las *Tradiciones de Buenos Aires*, del reputado escritor argentino Pastor Obligado.

A quien no conozca la brillante obra histórico-literaria del Doctor Obligado, le diremos que es un monumento vivo de Buenos Aires antiguo; una historia de verdad, de palpitante interés, narrada en estilo lleno de amenidad, que así instruye como deleita.

El señor Obligado, á la manera del historiador del Montevideo antiguo, ha desentrañado con raro talento, del fondo de la esencia de la tradición, lo verdaderamente útil, lo que revela más netamente el carácter de la antigua ciudad, de sus sus habitantes, de sus hábitos y costumbres.

No ha escaseado detalles el escritor, siempre que ellos han sido en beneficio de la mejor competencia del objeto, persona, calidad que pinta ó describe.

Hay en *Tradiciones de Buenos Aires*, cuadros de verdadero relieve, en los que el escritor ha puesto todo su corazón de patriota.

Al contemplarlos con la imaginación, el espíritu se traslada á los tiempos que fueron para ver desfilar en animada sucesión las antiguas murallas, los templos, la ciudad antigua, sus hombres y mujeres de sencillas costumbres, y la naturaleza riente y lozana en que el paisano se destaca siempre como un patriota, como un adalid de las leyes nacionales y de la libertad.

Esas *Tradiciones de Buenos Aires*, enseñan más que muchos libros de derecho constitucional y de filosofía; enseña á querer el terruño, á honrarlo, á engrandecerlo, á venerar sus héroes, á hacer patria grande y feliz.

Alabados sean esos escritores genuinamente de su época y de su tiempo que, sin dejar de serlo, dirijen la vista al pasado para enseñar lo que es verdad, y lo que es pátria.

El "Palma argentino", llamó el Doctor Carranza al autor de las *Tradiciones de Buenos Aires*, á quien Vedia señaló también autor de un nuevo género entre nosotros. Nó solo fué el primero que introdujo el Folletín ilustrado, haciendo conocer en LA NACIÓN, *La primera casa*, *El primer carruaje*, *El primer Vapor*, que navegó en el Plata, *La primera locomotora* en la Argentina, y otras antigüedades, sinó que apénas dejó pasar aniversario ó fasto histórico, sin que publicára la Tradición desde su origen, en los grandes dias de la Patria.

La obra del escritor argentino Pastor Obligado, será leída con

fruicion por los espíritus cultivados y guardada como testimonio de selecta literatura nacional por todos sus connacionales amantes de las bellas letras.

El Doctor Angel Justiniano Carranza, en un prólogo lleno de erudición, de justícia, y en brillante estilo hace honor á las cualidades históricas y literarias de la obra.

Nos inclinamos respetuosos ante el juicio sensato del literato argentino y felicitamos dos veces al autor de *Tradiciones de Buenos Aires*; primero, por su dignísima producción, y luego, por el merecido elojio al que tenemos el honor de adherir con nuestro mayor aprecio.

Lástima grande que obras tan hermosas no vayan por millares al extranjero, á dar noticia de cuánto valen los escritores rioplatenses que escriben con el corazon en la mano!

Montevideo LA NACIÓN

ANTIGUAS FAMILIAS

RECORDADAS EN LA PRESENTE SÉRIE DE TRADICIONES

Arroyo
Escalada
Sánchez
Thompson
Sarrate
Lasalaa
Riglos
Mandeville
Alvear
Barquin
Balcarce
Casamayor
Arana
Uriarte
Parravicini
Carreras
Vernet
Elizalde
Rondeau
Gutierrez
Gonzalez
Picazarri
Gómez
Rozas
Monasterio
Mansilla
Osornio

López
Rodríguez
Marín
Billao
Insiarte
Becar
Lalama
Carabassa
Zavaleta
Liniers
Sobremonte
Ibañez
Anchorena
Aguirre
Pueyrredón
Larrazábal
del Sar
Rivadavia
Pacheco
Quintana
Agote
Nuñez
Márquez
Medrano
García Zúñiga
Cano
Llavallol

Agramonte
Ardonaegui
Lómez
Ibarrola
Santillán
Achával
Alcorta
Gondra
Zavalía
Paz
Aberastain
Varela
Ibarguren
Perez Millán
Castro
Taboada
Bogado
Aunúe
Gallo
Gorostiaga
Neirot
Alvarado
Iramain
Beltrán
Lavalle
Acuña
Eguren de Blás

Moyano
Aldao
Iturriaga
Eastman
Sagasta
Pondal
Irigoyen
Rolón
Dávila
Sosa
Peralta
Basualdo
Guerrico
Elorga
Rucker
Malbrán
Olazarri
Zapiola
Arcos
Ramirez
Conde
Cramer
Melián
Beruti
Pico
Salas
Calzadilla

Pinedo
Goyeneche
Ochoa
de Almarita
Zurita
Las Heras
Ortiz
Rivas
Tula
Herrera
Mota
Lascano
Correa
Gari
Castellanos
Ledesma
Guido
Plaza
Medina
Espejo
de la Cruz
Piñero
Garrigós
Frias
Ocampo
Molino Torres
Osmill

Pineda
Dorrego
Acevedo
Quintana
Huergo
Benguria
Perez
Rivarola
Araujo
Moreno
Cranwell
Miró
Luna
Viale
Diaz
Albarracín
Callejas
Uriarte
Jurado
Obligado
Drago
Llambí
Almeida
Lorea
Vega
Ponce de León
Villanueva

Durán
Martínez de Hoz
Chás
Cazón
Hidalgo
Rico
Pereyra
Villarino
San Ginés
Madero
Zamudio
Lima
Sagastume
Cordero
López
Borches
Barros
Méndez
Adrogué
Del Solar
Grigera
Hernández
Olmos

Taibo
Olavarría
Esquivel
de la Concha
Saavedra
Ituarte
Costa
Beláustegui
Cazón
Rodríguez Vega
Borbon
Fuentes
Ascasuso
Martínez
Carranza
Dorrego
Miranda
Quintero
Elortondo
Castellano
Peña
Bosch
Brian

Diaz
García
Esquiú
Risso
Segura
Avellaneda
Russo
Warnes
Castex
Ezcurra
Oromí
Boado
Haedo
Alsina
Halbach
Olazábal
Coquet
Boneo
Castillo
Mauvasin
Bustamante
Molina
Centeno

Espeche
Villafañe
Arias
Saraví
Ramos
Suarez
Lastra
Rodríguez
Soler
Sánchez
Ruiz
Senillosa
Merlo
Escalada
Real de Azúa
Olaguer
Alzaga
Posadas
Azcuénaga
Basavilbaso
Otárola
Miguens
Urribelarea

Dozal
Elía
Molina
del Pino
Tejedor
Echevarría
Gallardo
Aramburú
Lamarque
Esnaola
Lerbet
Pestaña
Maciel
Islas
Alvarez
Hornos
Campana
Belgrano
Somellera
Balbin
Torres
Palacios
Colina

Guerrero
Ellauri
Lynch
Ortega
Zorrilla
Benitez
Flores
Rivera
Vergara
Rodríguez Peña
Casares
Arrotea
Castaño
Pereyra Lucena
Vedia
Carrasco
Gamboa
Necochea
Herrera
Pérez
Lanús
Zamora
Portela

ÍNDICE DE LA 5ª SÉRIE

Un cuento en el aire.
¿Llegó á Buenos Aires San Francisco Solano?
Salto de cinco mil piés.
Fray Pantaleón pico de plata.
¿Llegó mujer con los repobladores?
La monjita del mirador.
Centenaria.
Secreto.
Amor que mata.
La piragüa paraguaya.
Un fraile de campanillas. (Fray Castañeda.)
Funcionó la Inquisición en Buenos Aires?
El más viejo.
Victor Fernandez.
La entrada del Virrey.
El primer periódico en Buenos Aires.
Un milagro en la Pampa.
El Ciprés de San Francisco.
La carpeta verde.
Manía de las grandezas.
Novio tenemos, Convento habemos.
La monjita ingénua.
El barrio de los tambores.
Los nacimientos de mi tiempo.
Amor de madre.
De Heliópolis al Cuzco.
La bandera salvada.
Una noche en el Convento de la Rábida.
Casamiento á puñaladas.
Lo que valen las hechuras.
Los olvidados.
El último esclavo.
El Pirata del Paraná.
Un milagro en la Alhambra.
El primer maestro de Escuela.
Los nacimientos del barrio del alto.
El millonario suicida y el atorrante feliz.
El Himno de la Pátria: su primera audición.

PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

Viaje á Oriente.

Biografías de argentinos ilustres.

Discurso pronunciado en el Teatro Colón.
(Meeting á favor del Perú).

Discurso histórico en el Círculo Literario.

En Chile, Bostón, Madrid.

Los Estados Unidos tal cual son.

Tradiciones de Buenos Aires.

Las Estátuas de la Universidad.

El combate de Obligado.

El Comandante Buchardo.

El Sargento Cabral.

El Caudillo Chileno.

El abrazo de Maipú.

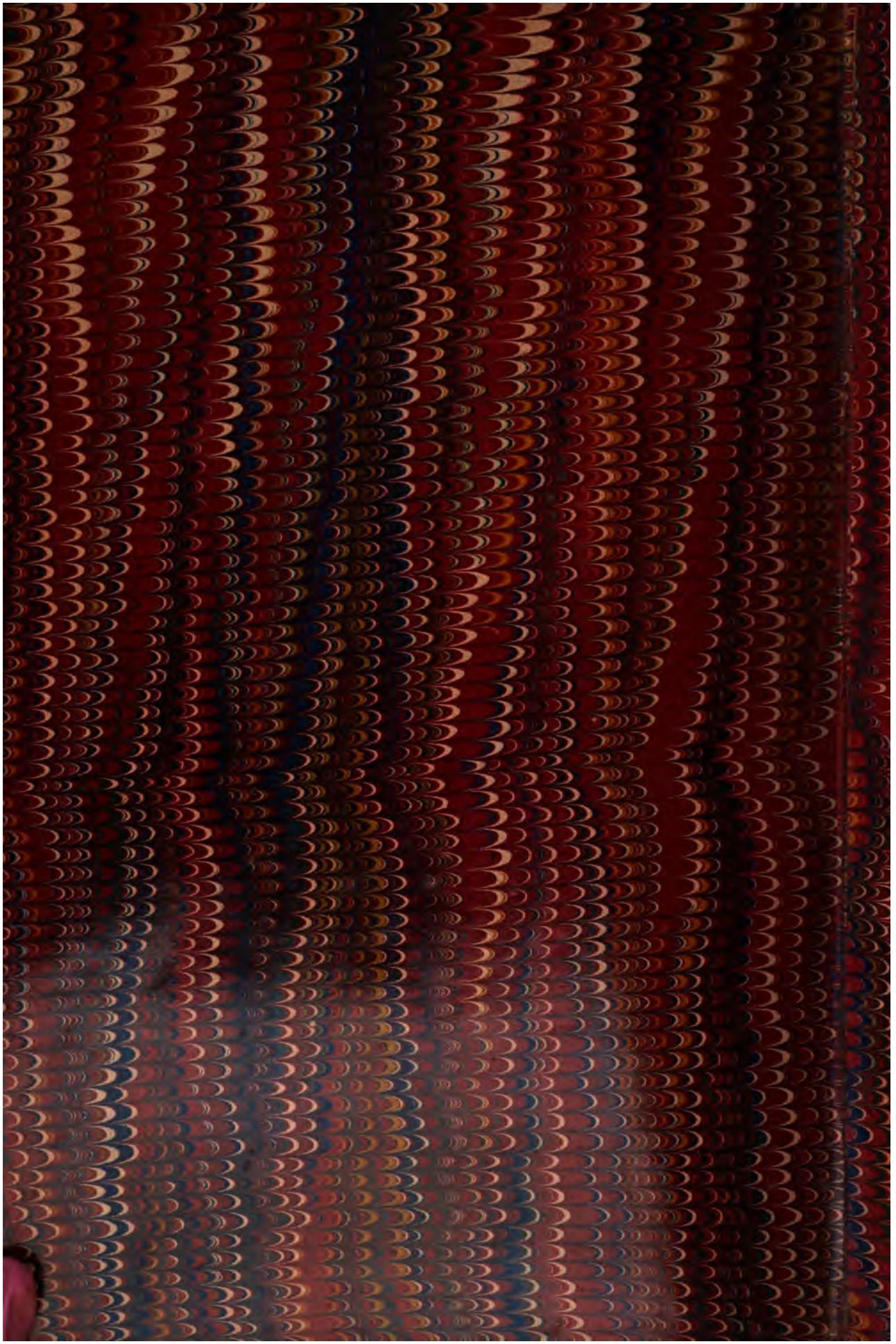
El primer Almirante.

Cuentos bajo la carpa.

FÉ DE ERRATAS PRINCIPALES

PÁGINA	LÍNEA	SE LÉE	LÉASE
16	20	perlas	brillantes
27	11	que con	que en
30	8	testigos	eran testigos
31	23	no podemos	podemos
31	32	*pichuleos*, huevos,	*pichuleos* en huevos
33	17	simismado	simismando
37	4	en la	de la
37	8	con el	por lo
43	18	en medio	al medio
61	8	fundió	fundó
63	17	órden á	ordenó
65	9	llamativas	señas
66	5	insistiendo introducirle	insistiendo en introducirle
68	23	pasar lista	pasar revista
69	19	trás de	trás su
69	27	larga	su larga
71	3	enceguecía	perseguía
74	29	burro	mula
80	27	no se morían	se morían
83	1	crucito	Crucito
83	2	ropa	tropa
89	20	con estas	en estas
92	15	que habían	por haber
101	6	deliberación	contradecirle
107	10	con cuyos	al compás de
113	16	hechos	agregados
127	14	hubo trégua	había habido una
128	29	clavado	clavada
129	18	en medio	caía en medio
130	21	el último veterano	Loaces y Lamas el último veterano
130	25	Escuela	Escuadra
134	4	andaba dándome	andábamos dándonos
135	6	quedaría	quedára
136	8	Corti	Cotti
141	27	que descollaron	en que descollaron
141	32	que abatieran	que se abatieran
146	12	como lo	según lo
149	1	de quiénes	con quiénes
149	20	en las naves	en ciertas naves
150	18	padre del primer	padre era del primer
154	20	pero sí	en la cual sí
155	3	regresando	debiendo regresar
155	15	le oyera	acababa de oirle
156	23	con	como
160	21	haber	de haber

PÁGINA	LÍNEA	SE LÉE	LÉASE
173	25	saltaron	soltó
183	21	así más	las más
184	11	Andrés Calañesito	Andrés el Calañesito
189	22	un arbusto, sustancia	un arbusto, ó sustancia
191	1	misturas	ingredientes
192	6	repite	repetía
193	18	ó amor	ó haciendo el amor
197	23	sicaras	sí, paras
213	7	tracción	atracción
214	7	limosnas, ex-votos y ofrecidos	limosnas y ex-votos ofrecidos
217	7	causa chica de	causa de sempiternas
219	14	estuvieron de quedarse	estuvo de dejarles
221	17	telas de araña	telarañas
226	17	piadosas almas	piadosas devotas
230	30	baja nobleza	pequeña nobleza
233	30	Rusia sometiera	Rusia venció
235	2	Soberana	Soberano
235	15	tuvieron mas	subieron en más
235	17	nó en la	nó sólo en la
239	14	tierra de Dios	tierra de Jesús
240	5	Casa Sarria	Conde de Casa Sarria
341	30	alzaba	reproducía
242	30	por nada deben	por diferencias no deben
244	7	bien que este judío	bien que á ese judío
244	23	no sentiasa	no se sintiera
247	11	Siquo	Siqueo
248	5	de propina	por propina
251	33	rodeándola	rodeáronla
253	18	ochenta	setenta
253	27	Ciudades	poblaciones
254	3	profundamente mas	más profundamente
254	33	poblando con	recordando en
255	2	heroismos, moldes inquebrantables	heroismo, inquebrantables
255	3	se han vaciado	se han modelado
259	9	Notamos la	Notamos en ella la
270	10	Varela	Valera
270	22	cuyas	en cuyas



This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.